

A dramatic photograph of a hand reaching out of the ocean's surface. The hand is dark and appears to be emerging from the water, with fingers spread. The background is a sunset or sunrise over the ocean, with a bright, glowing horizon and numerous small, shimmering droplets of water suspended in the air around the hand. The overall mood is evocative and powerful.

Ainhoa Urberuaga Ceballos

**EN TU NOMBRE
Y EN EL MÍO**
GAZTELU II

Letrame
Grupo Editorial

Table of Contents

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[Agradecimientos](#)

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Ainhoa Urberuaga Ceballos

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1181-046-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

.

Nunca he tenido una tristeza

que una hora de lectura

no haya conseguido disipar.

Montesquieu,

(abogado, pensador, político y escritor francés, 1689-1755).

.

A mis padres,

por haberme ayudado a convertirme

en la persona que soy.

A mis hijos,

por darme la fortaleza necesaria

para continuar.

.

Llueve. De hecho, no ha dejado de llover ni un solo momento en todo el día. No es una lluvia fuerte, de las que levantan burbujas en el asfalto, pero es incómoda por su cadencia incesante y aburrida. A pesar de que ya estamos inmersos en el horario de verano y de que los días deberían comenzar a alargar sus horas de luz, a las ocho de la tarde de un día diez de abril parece que es noche cerrada a mi alrededor.

Más allá del leve chapoteo de la lluvia sobre la ría y su ataque deliberado contra los charcos que me rodean, escucho con claridad el silbido del viento en la otra orilla, entre los

árboles que custodian la margen derecha de la ría de Bilbao, en el paseo del Campo Volantín, y hacia allí dirijo una mirada lenta e inquisidora. Las calles están desiertas en ambos márgenes. En una tarde como esta, fría y desapacible, lo mejor que se puede hacer es permanecer a cubierto. Por eso me gustan tanto estos días de primavera. La calle es solo mía y puedo deambular con libertad. Sin testigos incómodos.

El paseo de Uribitarte resplandece bajo la luz de las farolas. Es una pena que las hordas de turistas que lo recorren cada día solo aspiren a pasear bajo el sol, inundándolo todo con sus indumentarias de colores y salpicándolo de voces y griterío ensordecedor. No sabrán nunca que la auténtica belleza reside en el silencio y la contemplación de este lugar bajo la humedad de la fina lluvia de Bilbao.

Desecho estos pensamientos con un ligero movimiento de cabeza, un leve tic que se origina en el cuello y me obliga a acatar esa acción involuntaria e inesperada. Pienso en las implicaciones del diagnóstico médico a este problema y me irrito. «¡Qué sabrán ellos!», reniego mientras me inclino un instante sobre la barandilla metálica pintada de blanco que protege el paseo y recorro con la mirada las escaleras que descienden hacia el agua, con curiosidad creciente. El verdín que las recubre puede ser una trampa mortal si no se tiene cuidado. Yo lo tengo. Siempre.

La marea está bajando. Observo cómo el agua se riza en finas ondas en su descenso hacia la desembocadura del Abra. Unos kilómetros más y fluirá libre hacia el mar. El momento resulta ideal.

Dejo mi atalaya y camino despacio hasta encontrarme delante del monumento a las sirgueras. Me giro de inmediato, sin apenas dedicarle una mirada, y descendiendo el primer tramo de escaleras sujetándome a la barandilla, que está fría y húmeda al tacto. Observo mis manos, embutidas en unos guantes quirúrgicos azules, de nitrilo, para no dejar huellas. Puedo estar tranquilo.

En el segundo tramo no hay barandilla. Es momento de andar con más cuidado, para no resbalar. Sería una pena que un accidente a estas alturas pudiera desbaratar todos mis planes.

Con la bajada de la marea ha quedado al descubierto incluso un tercer tramo de escaleras, el que da paso a la abertura situada por debajo del paseo, justo a la izquierda del mirador. Me asomo con cuidado y ahí está el cuerpo, a la vista, por fin. Lo observo con deleite y sonrío. Ya es hora de que la espera finalice.

Antes de poder avanzar más, un chapoteo cercano me pilla desprevenido y me hace dar un traspié. ¡Maldita sea! Y ahora, ¿qué pasa? Desciendo otro peldaño para tratar de ocultarme tras una de las columnas que me rodean, intentando esquivar el brillo de las farolas que se reflejan en el agua abriendo un haz de luz a su alrededor. Desde mi ubicación no consigo averiguar de qué se trata hasta que pasa directamente por delante de mí. Es una trainera, que desciende por la ría a buen ritmo. Me obligo a asomarme un poco, por la curiosidad de intentar ver quiénes son. Se trata de la trainera de Deusto, seguramente de regreso hacia el pabellón de remo y, para mi asombro, todas sus ocupantes son mujeres. Eso me irrita aún más, provocando que el tic de mi cuello regrese. Mujeres en un deporte de hombres. Es insultante. ¿Cómo hemos podido llegar a este punto? Quieren ocuparlo todo las malnacidas. Siento ganas de vomitar como consecuencia de la rabia contenida.

Ya se alejan. El sonido de los remos contra el agua es cada vez más débil. Creo que no se han dado cuenta de mi presencia, aunque, por un instante, me ha parecido que una de las remeros miraba en mi dirección. Sin embargo, es imposible que haya podido ver algo con claridad. No tengo de qué preocuparme.

Vuelvo la cabeza de nuevo para contemplar el cuerpo. Me tomo unos segundos para deleitarme en su visión y sonrío, satisfecho. Permanece atado con cuerdas a otra de las

columnas de piedra que soportan el peso de los miles de paseantes que recorren la zona cada día. Se ha conservado bien. Quizás esté un poco hinchado por el tiempo que ha permanecido bajo el agua, pero sus rasgos se distinguen a la perfección. No se aprecian traumatismos ni laceraciones en la piel de las muñecas. Me he asegurado de que los nudos no aprieten, que únicamente cumplan su función de retener el cuerpo hasta la bajamar. Tiene que parecer un ahogado más, uno de esos infelices que, de vez en cuando, aparecen en la ría y a los que apenas se menciona en las noticias. ¡Pobre incauto! No te imaginabas este final, ¿eh?

Corto las cuerdas y las recojo con cuidado, tratando de no dejar ningún indicio visible. Ha de parecer que ha sido la marea la que lo ha arrastrado hasta allí. Una vez liberado de las ataduras, el cuerpo queda retenido en el espacio entre la escalera y las rocas, entre ramas de árboles y suciedad arrastrada por el agua hasta ese rincón apartado. Ya no se va a mover de ahí.

Me doy la vuelta y comienzo a desandar el camino, ascendiendo los tres tramos de escaleras, sin molestarme en dedicarle un último vistazo. El trabajo está hecho y ya solo me queda regresar por donde he venido. Esta vez me sujeto con la mano izquierda a la pared, para no resbalar con el verdín. A media altura, noto un dolor punzante en la palma de la mano. Algo me ha rasgado el guante, clavándose ligeramente en la piel, posiblemente un clavo roñoso olvidado en la pared. Ahora que me fijo bien, hay unos cuantos situados a distintas alturas de la piedra. Se me había olvidado que esta es una zona de pesca y los pescadores, con toda probabilidad, los utilizan para afianzar los diversos utensilios que acarrear en su cesta. Vuelvo la vista atrás para recordar cuántas veces he venido aquí, de niño, acompañando a mi abuelo en la pesca de la angula, sujetando el cubo mientras él se hacía cargo del cedazo y el farol. Suspiro. Eran otros tiempos. Acelero el paso para salir cuanto antes de allí.

Una vez de vuelta en el paseo, localizo un contenedor donde deshacerme de guantes y cuerdas, y me alejo a buen paso, recordando cuál está previsto que sea mi siguiente movimiento. El puente Zubizuri, uno de los cinco puentes que conectan ambas márgenes, se alza majestuoso ante mí, invitándome a ascender por su pasarela sobre la ría.

—SOS Deiak, arratsalde on, buenas tardes. ¿Cuál es su emergencia? —La contestación del 112 no se hace esperar y lo hace titubear.

—Eh... buenas tardes —contesta, tratando de ganar tiempo para pensar qué palabras emplear exactamente.

—Señor, dígame, ¿cuál es su emergencia? ¿Puedo ayudarle?

—Bueno... yo... yo estoy bien, pero... he visto a alguien en el agua.

—En el agua, ¿dónde? ¿Sabe usted dónde está?

—Sí, sí... Está al final de las escaleras.

—¿De qué escaleras me habla, señor? ¿Puede darme la ubicación? Estoy rastreando su teléfono.

—En las escaleras frente al puente Zubizuri. He visto su rostro. Tiene los ojos abiertos.

—Señor, dígame su nombre —reclama el operador que está al otro lado de la línea.

—Está ahí abajo...

—Señor, ¿cómo se llama? —insiste—. Estoy enviando ayuda. Llegará en unos minutos. ¿Puede usted ver en estos momentos a la persona que está en el agua?

—Yo... no.

—Está bien. Esto es lo que vamos a hacer: quédese usted donde está. Enseguida llegará la...

He cortado la comunicación. Ya le he facilitado la información básica y me fastidia que siga haciéndome preguntas. ¿Para qué necesita saber más? Supongo que solo se trata de una forma de entretenerme para que me mantenga en línea. ¡Como si no lo supiera! Puedo imaginarme su cara de perplejidad cuando he colgado el teléfono. ¡Qué demonios! Que hagan su trabajo y envíen a alguien de una vez. Tengo que asegurarme de que lo encuentran cuanto antes. Estoy harto de estar aquí.

Continúa lloviendo. El paraguas bajo el que me protejo está empapado y deja caer por cada una de sus puntas regueros de agua que se deslizan por las mangas de mi chaqueta gris. Miro hacia adelante. Como era de esperar, el suelo acristalado del puente Zubizuri está resbaladizo y peligroso en los laterales. ¡Menudo error de cálculo que tuvo el arquitecto que lo diseñó al no tener en cuenta el clima de Bilbao! La de caídas que ha provocado esa dichosa baldosa de cristal... Al menos a alguien se le ocurrió la idea de poner una alfombra cubriendo toda la superficie para evitar accidentes... Aunque bien pensado, ¿una alfombra en un puente de diseño! Una aberración que ahora está empapada también. Mis zapatos se hunden en ella y levantan agua con cada paso que doy. Está claro que no se puede confiar en nadie. Por eso yo siempre digo que, si quiero algo, tengo que hacerlo yo mismo, sin intermediarios, sin testigos.

Ya se acercan las luces azules, acompañadas por el molesto ruido de las sirenas encendidas. Las contemplo desde mi atalaya en la parte central del puente. El operador ha hecho un buen trabajo. Durante un instante contemplo el teléfono con el que he efectuado la llamada a emergencias. Aún lo conservo sujeto entre los dedos. Levanto el brazo, respiro hondo y lo lanzo por delante de mí, hacia la ría. Chapotea al unirse a la corriente, emitiendo un sonido sordo seguido de alguna salpicadura. Ahora no sé qué hacer con mi mano vacía y húmeda, así que la guardo en el bolsillo, protegida al fin de la inclemente lluvia.

El sonido de las sirenas ha cesado de manera repentina, pero el brillo de las luces permanece, emitiendo sus destellos intermitentes. Dos patrullas de la división de Seguridad Ciudadana de la Ertzaintza y un coche sin identificación han estacionado en la zona. Los contemplo desde la seguridad que me ofrece la balaustrada del puente, lo suficientemente cerca como para poder ver lo que está sucediendo ahí abajo; lo suficientemente lejos como para que no se den cuenta de que hay alguien observando.

Una figura uniformada desciende por las escaleras con cuidado, deteniéndose cada pocos pasos, mientras otra se asoma a la barandilla y hablan entre sí, una inclinada hacia la otra, pero el viento se lleva sus palabras en una dirección que no es la mía y no alcanzo a distinguir lo que dicen. Levanto el cuello de mi chaqueta para protegerme del aire frío que me golpea en la nuca, mientras permanezco un rato más contemplando el movimiento que mi llamada ha desatado.

Desde mi posición, puedo distinguir a otras dos figuras acordonando la zona con cinta amarilla para impedir el acceso a cualquier persona que no esté acreditada. No parece que sea una labor muy necesaria. Pura rutina. El paseo lleva horas desierto.

El sonido inconfundible de un motor me hace desviar la mirada hacia el agua. A la luz de las farolas, se aprecia la silueta de una lancha de rescate de la Cruz Roja que se aproxima por la ría con tres personas a bordo. También la ambulancia ha llegado ya. Y una patrulla de la Policía local. «¡Qué despliegue más innecesario! ¡Y lo que nos va a costar a los contribuyentes!», pienso, admirando aquello que he conseguido hasta el momento.

En los edificios colindantes se levantan algunas persianas, dejando entrever luces encendidas en el interior de las viviendas. En un día como hoy, la curiosidad a través de los

cristales es un gran entretenimiento para paliar el tedio que la lluvia ha otorgado a la jornada.

No me quedo a observar cómo sacan el cuerpo del agua. Al fin y al cabo, suicidios hay todos los días, por más que traten de ocultarlos a la opinión pública. Sonríe con discreción. La euforia mal contenida es algo que no me puedo permitir.

Atravieso el puente con cuidado de no resbalar, utilizando mi paraguas a modo de bastón improvisado y sintiendo bajo mis pies el agua retenida entre las fibras de la alfombra. Desciendo esta vez hacia el Campo Volantín y me escabullo entre calles, buscando la protección de los edificios. Las luces azules se reflejan en los cristales de las ventanas durante un rato más. Luego, nada.

1.

—¡Venga! ¡Vamos! ¡Date prisa! ¿Qué pasa, es que ya no puedes más? —El tono de voz de Jone es entrecortado cuando gira la cabeza para dirigirse a su compañero, sin dejar de correr. Al esfuerzo por la carrera se une la risa de saberse vencedora y sufre un ligero ataque de tos que le hace bajar el ritmo, favoreciendo que la distancia entre ambos se acorte ligeramente. Sin embargo, no se detiene. El orgullo la impulsa a seguir adelante. Faltan escasos metros para alcanzar el objetivo diario y quiere llegar la primera, lo que le permitirá regodearse durante toda la jornada, burlándose de Xabier.

—Es duro dejar de fumar, ¿eh? —continúa mofándose y pinchándole, a sabiendas de que no va a conseguir alcanzarla y mirando hacia atrás de nuevo, mientras completa la distancia que le queda hasta finalizar el recorrido. Apenas tres segundos más tarde la alcanza su compañero y ambos se apoyan contra la pared, tratando de recobrar el aliento.

—¡Objetivo conseguido! —exclama alegremente, palmeándole en la espalda como muestra de apoyo. Sabe que a Xabier le cuesta levantarse cada mañana y enfundarse en la ropa de correr, pero lo hace sin protestar desde el día en el que decidió que había llegado el momento de cuidarse—. Vamos a por esa ducha, que hoy te la has merecido —dice sin ocultar el brillo de admiración de su mirada, mientras abre la puerta del portal y comienza a subir las escaleras.

Sin embargo, Xabier se queda donde está, sin hacer ningún amago de moverse, con las manos en la cintura y tratando de inhalar el aire necesario para llenar sus pulmones antes de animarse a contestar a las provocaciones de su compañera y comenzar a subir las escaleras tras ella. Jone le ha prohibido utilizar el ascensor como parte de su entrenamiento diario. Se ha tomado muy en serio el asunto de ejercer como su entrenadora personal. No es que no se lo agradezca, pero a veces se pregunta si no habría resultado mejor mantener la boca cerrada y no dejar que se implicara tanto. En un inicio, se prometió a sí mismo dejar de fumar como un primer paso para recuperar la capacidad pulmonar perdida. Voluntad, infinidad de paquetes de chicles y un libro de autoayuda fueron sus aliados. Una vez superada la ansiedad inicial, el proceso fue más fácil y posibilitó que se viera lo suficientemente capaz como para dejarse arrastrar por las recomendaciones de Jone. Dejar de utilizar el ascensor le supuso una especie de reto en su afán por ponerse en forma, algo que, a todas luces, parecía sencillo. Subir y bajar cada día los escalones hasta la cuarta planta no debería suponer un esfuerzo excesivo, pero ¡nadie le había dicho que también tendría que hacerlo después de correr durante una hora por la playa! Hace unos meses era un tipo bastante comodón, asentado en sus cuarenta años, sin grandes vicios, salvo el tabaco. Ahora ha dejado de fumar y sale a correr cada día. No es que se arrepienta, pero... echa de menos llevarse un cigarrillo a la boca.

—¿Vas a quedarte ahí toda la mañana? —La voz de Jone le llega nítida y lo saca de sus pensamientos. Se gira hacia ella y contempla su mueca burlona. Comprueba que su

respiración va recuperando el ritmo habitual, así que decide contraatacar utilizando su papel de víctima del esfuerzo.

—No seas tan dura conmigo y déjame respirar un poco, anda, que estoy sin aliento —dice, exagerando una expresión lastimera—. Por cierto, ¿ya has mirado a ver si hay algo de correspondencia en el buzón? —pregunta, de manera inocente y tratando de ganar tiempo.

—Tienes razón. No he mirado —contesta Jone, un poco contrariada y ajena a sus intenciones, descendiendo de nuevo los cuatro escalones que ya había subido y aprovechado para darle tiempo de recuperar el aliento—. No hay nada —confirma, mientras cierra la tapa metálica.

—Ja. ¡Ahí te quedas, muñeca! —Xabier se adelanta, visiblemente recuperado, y sube las escaleras de dos en dos para llegar a casa antes que ella, emitiendo una sonora carcajada.

—¡Eh! ¡Eso es trampa! —grita Jone, mientras escucha la risa de su compañero a través del hueco de la escalera y lo sigue de cerca, riendo también.

Por costumbre, Xabier deja las llaves en el recibidor al entrar en casa y mira alrededor, sacudiendo la cabeza de manera inconsciente. Aún no se cree del todo que haya accedido a vivir con Jone. La novata ha conseguido colarse dentro de su cabeza y, por qué no decirlo, dentro de su corazón, recordándole sensaciones que creía perdidas. Aunque quizás aún sea pronto para plantearse una relación formal. No quiere pensar las cosas demasiado, prefiere dejar que el tiempo transcurra, y prueba de ello es que ninguno de los dos ha contado nada a sus compañeros en la comisaría. ¿Miedo al fracaso? ¿A repetir errores del pasado? No sabe muy bien el motivo, pero, en cualquier caso, lo importante es que están bien, se divierten y se complementan. Pero es consciente de que, si algo saliera mal, posiblemente uno de los dos tendría que alejarse, cambiar de lugar de trabajo. Sería muy incómodo seguir compartiendo comisaría, trabajar en los mismos casos y verse a cada momento y en cada turno. No se trata de que sienta inseguridad, ni siquiera por la juventud de ella o por sus propias circunstancias, pero la experiencia le dice que esas cosas pasan y son difíciles de digerir.

—¿En qué piensas? —pregunta Jone, mientras lo abraza desde atrás, con los ojos brillantes.

—En nada —dice, desechando cada pensamiento—. Solo te esperaba.

Xabier se da la vuelta despacio para quedar frente a ella y le sujeta la cara entre las manos, contemplando la curva de su rostro, como si quisiera retenerla en la memoria para siempre. Le asalta la imagen de aquella ocasión, hace unos meses, en que creyó perderla arrastrada por la marea. Todavía hoy hay noches en que se despierta pensando en ello y alarga la mano hasta tocar su cuerpo y empaparse de su calidez. Se da cuenta de que la sonrisa de Jone ha desaparecido, pero, a cambio, el brillo de sus ojos ha cobrado intensidad. Sin dejar de mirarla, acerca su boca a la de ella para depositar un ligero beso. Se retira apenas un centímetro para contemplar su reacción y vuelve a acercarse de nuevo, satisfecho. Los labios entreabiertos de Jone son una invitación que no puede ni quiere rechazar. Mientras busca su lengua cálida, se acerca más a su cuerpo y la aprieta contra él, sintiendo el sudor de ambos a través de las camisetas empapadas.

Como le sucede siempre que está cerca de ella, el instinto toma las riendas y se siente incapaz de pensar en otra cosa que no sea tocarla, sentirla, dejarse impregnar por su calor, así que introduce las manos por debajo de su camiseta para acariciar la piel húmeda. Jone se estremece al contacto de sus manos y ladea ligeramente el cuello, ofreciéndoselo a sus besos. Xabier acepta la oferta con deleite y desliza la lengua por el lóbulo de su oreja, descendiendo despacio hacia el cuello hasta rozar el comienzo de la tela de su camiseta, que

ya empieza a molestar. Jone es plenamente consciente de la vibración de su cuerpo al sentir el húmedo contacto, del cosquilleo que la invade y amenaza con hacerle perder el control, así que no duda en levantar los brazos mostrando con su gesto lo que ansía. Xabier entiende la insinuación a la perfección, sin necesidad de palabras, y accede a cumplir sus deseos retirándole la camiseta, sujetándola desde el borde inferior y tirando de ella hacia arriba, dejándola caer luego al suelo, a sus pies. Durante un instante, contempla a la mujer que tiene delante con adoración, provocando un atisbo de rubor en su rostro. Le hace un guiño cómplice y se agacha ligeramente para acercar su boca a los pechos de ella, apartando a un lado la tela del sujetador y aproximando los labios a los pezones erectos. Las manos de Jone descansan en su cabello y, mientras sus dedos se enredan entre mechones de pelo húmedo, su boca deja escapar un ligero gemido de satisfacción.

Cuando el teléfono de Xabier suena, este ni siquiera lo escucha. Su mente ha decidido bloquear cualquier distracción permitiéndole continuar con su juego de placer, haciendo descender sus manos por el cuerpo de Jone hasta alcanzar la cadera y atraerla contra su propio cuerpo, presa de excitación. Sin embargo, la insistencia de quien llama provoca que la espalda de Jone se tense, haciendo que la mujer dé un paso atrás poniendo unos centímetros de distancia entre ambos.

—¿No vas a contestar? —pregunta, observando su cara de fastidio con expresión divertida y haciéndole un guiño.

Xabier emite un gruñido de disconformidad y revisa la pantalla de su teléfono, irritado por la interrupción. Se trata de Amaia Valle, forense jefe del Instituto Vasco de Medicina Legal. Nada más leer su nombre en la pantalla, sabe que el día acaba de complicarse y suspira resignado. Jone le dirige una mirada interrogante y le hace un gesto con la cabeza animándolo a contestar. No le pasa desapercibida la expresión de Xabier, que se ensombrece mientras se gira, dándole la espalda, antes de activar la llamada. Jone permanece unos instantes contemplando su espalda antes de dirigirse a la cocina para refrescarse bebiendo un vaso de agua, concediéndole un poco de privacidad y tratando de no interferir en la conversación.

—Gaztelu, egun on —contesta, con tono neutro y profesional, mientras camina por el pasillo esperando las primeras palabras de la forense. Hace tiempo que su relación ha quedado relegada a unas pocas conversaciones que, por lo general, se limitan a monosílabos o se producen a través de intermediarios y siempre por motivos estrictamente laborales.

—Buenos días, Xabier. ¿Qué tal estás? —escucha al otro lado del terminal.

La voz inesperadamente amable de la forense y esa forma de tutearlo lo desarman por un momento. Las escasas conversaciones de los últimos tiempos siempre han sido demasiado formales y rígidas, huyendo del terreno personal, en el que ninguno de los dos se encuentra cómodo, así que tarda unos segundos en contestar y, cuando lo hace, utiliza la prudencia.

—Buenos días, Amaia. Estoy bien. Gracias por preguntar —contesta. Y después de una breve pausa, añade—: ¿Qué tal estás tú? —La pregunta lleva implícito algo más que la mera cortesía.

—No me puedo quejar, Xabier. Ya sabes, tengo mis momentos, como todo el mundo, supongo, pero en general puedo decir que estoy tranquila, aprendiendo a vivir de nuevo —confiesa, con la confianza que le proporciona el escudo de la distancia.

—Bien. Eso son buenas noticias. Me alegro por ti —contesta con sinceridad.

Xabier no puede evitar hablar con cautela. Trata de no ofrecer demasiada información personal y no quiere recibirla tampoco. Tras lo que sucedió con su pequeño y el divorcio posterior, la relación entre ellos se ha ido deteriorando a pasos agigantados y, en los últimos tiempos, toda la confianza que antes pudieran haber tenido ha desaparecido por completo, dejando paso a las suspicacias. Por ese motivo, no quiere dejarse engañar por el tono amistoso de su interlocutora.

—Supongo que no me llamas solamente para saber qué tal estoy, ¿verdad? —pregunta con curiosidad, mirando hacia la cocina, desde donde Jone le hace un gesto indicándole que va a darse una ducha. Xabier asiente con la cabeza a modo de contestación antes de continuar prestando atención a las palabras de Amaia, que parece meditarlas bien antes de hablar.

—Sí y no, Xabier. Lo que tengo que contarte te lo podría haber dicho Marga, mi ayudante, pero he preferido llamarte yo. Hace mucho tiempo que no hablamos y quizás ya sea hora de ir limando asperezas. Quiero que sepas que estoy dispuesta a hacer una tregua —dice, tratando de eliminar todo rastro de resentimiento de su voz—. Pero ya hablaremos de ello cuando quieras o cuando estés preparado. De momento, vamos a ceñirnos al trabajo.

»No sé si has escuchado la noticia de la aparición del cadáver de un hombre en la ría de Bilbao ayer a última hora de la tarde. Tengo entendido que se han hecho eco ya todos los medios de comunicación.

—Algo he leído a primera hora, mientras desayunaba. Una noticia muy breve —confirma con curiosidad—. Al parecer, la marea ha arrastrado el cuerpo hasta las escaleras que hay frente al puente Zubizuri y la bajamar lo ha dejado expuesto, ¿no?

—Eso parecía, sí. Un hombre que no quiso identificarse dio el aviso a emergencias y se movilizaron los equipos de rescate, pero, cuando llegaron al lugar, ya no fue posible hacer nada por salvarle la vida. Los sanitarios que se personaron en la zona no pudieron hacer otra cosa que determinar la ausencia de vida y avisarnos al juez de guardia y a mí —explica con detalle.

—¿Quién estaba de guardia? ¿Méndez? —pregunta Gaztelu con una sonrisa irónica, recordando los rumores que llevaban tiempo circulando sobre una posible relación entre el juez y la forense.

La doctora Valle hace caso omiso a la provocación y continúa con el relato, consciente de que aún no ha llegado al motivo de la llamada.

—Tardamos un par de horas con las primeras observaciones, desde que nos personamos en el lugar hasta que se procedió al levantamiento del cadáver, y he pasado la noche en el anatómico repasando la grabación con el examen inicial del cuerpo y preparando los preliminares de la autopsia. Aún no he terminado, pero a estas alturas cada vez tengo más claro que hay algo extraño. Por eso te llamo.

—¿Extraño? ¿Cómo que extraño? ¿A qué te refieres? —Las palabras de la forense han encendido todas las alarmas en la mente del comisario Xabier Gaztelu.

—No lo sé, Xabier. Y esto te lo cuento a ti en confianza. Aún es pronto para sacar conclusiones y ni siquiera se ha podido determinar su identidad. De momento, he enviado

todos los posibles rastros que he encontrado en el cuerpo para que se analicen, a ver si en el laboratorio sacan algo en claro, pero hay un asunto que me ha sorprendido mucho. —La voz de Amaia parece cansada, resignada, como si hubiera perdido la motivación por el trabajo. Algo en el tono que utiliza al hablar le indica que ya no conserva la chispa de alegría que antes tanto le atraía de ella.

—Al efectuar un primer análisis visual del cuerpo, comprobé que este no presentaba traumatismos apreciables, salvo los producidos por el contacto repetido contra las rocas, por lo que no parecía tratarse de una muerte violenta, y así se lo hice saber a Méndez. —Tras una pausa no demasiado larga, durante la cual Gaztelu permanece expectante, la forense continúa hablando para hacerle partícipe de su descubrimiento—. Sin embargo, he comprobado la existencia de un minúsculo punto en la base del cráneo, rodeado por un pequeño círculo rosáceo, que podría corresponder a una ligera perforación por un objeto punzante, una jeringuilla, con toda seguridad. Se trata de un único punto que, en cualquier otra parte del cuerpo, no me habría llamado excesivamente la atención, pero en la base del cráneo... es poco probable que nuestra víctima se haya pinchado a sí misma en ese lugar y no hay ninguna señal que indique que siguiera algún tratamiento médico que conllevara la punción en esa zona. Por lo que he podido comprobar al examinar el cuerpo, el sujeto gozaba de una salud excelente —confirma.

Tras las palabras de la forense, se hace el silencio a ambos lados de la línea. Amaia aguarda un instante, dejando espacio para que el comisario Xabier Gaztelu interiorice sus palabras y espera su reacción. Al ver que este no contesta, decide añadir un último dato.

—En cualquier caso, solo quería que supieras que me he puesto en contacto de nuevo con Méndez para comunicarle el hallazgo y solicitar autorización para realizar un análisis de tóxicos. Ya están enviadas las muestras al laboratorio, así que espero que no tardemos más que un par de días en tener los resultados del estudio. Te avisaré en cuanto recibamos algo —promete—. De momento, es una información confidencial que no debe trascender, hasta que estemos seguros —le recuerda con cautela.

Xabier Gaztelu, comisario de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza, respira hondo antes de contestar. En su cabeza ya se dibuja el esbozo de los pasos a seguir a continuación.

—Te agradezco mucho el aviso, Amaia. Voy a convocar una reunión urgente con los miembros de mi sección. Aunque oficialmente aún no tenemos caso, podemos ir haciendo algunas comprobaciones previas. Habrá que empezar por tratar de identificar el cuerpo, a ver si la Unidad de la Policía Científica ha podido analizar ya las huellas o alguno de los rastros que has enviado. Mantenme informado de cualquier otro detalle que vaya surgiendo y facilítanos los resultados de tóxicos en cuanto los recibas.

—Claro. No te preocupes. Te mantendré al tanto de todo lo que vaya surgiendo. ¡Ah! Y... Xabier. Cuídate, ¿vale?

—Tú también, Amaia. Tú también.

Gaztelu corta la comunicación, doblemente intrigado. Las palabras de Amaia le han hecho recordar el último caso de asesinato en el que su equipo ha trabajado. Hace meses que se encuentra en prisión aquel al que los medios de comunicación han insistido en bautizar como el asesino de las marionetas y que tanto revuelo ha causado entre la población, sobre todo entre las mujeres jóvenes, por las características de las víctimas que escogía. Y ahora, justo cuando las aguas estaban volviendo a su cauce y los medios de comunicación estaban dejando de hablar de ello, ¿van a tener que enfrentarse a un nuevo caso de asesinato? No quiere creerlo, pero en su fuero interno tiene la absoluta certeza de que Amaia no le habría comunicado sus sospechas si no tuviera indicios firmes sobre los que trabajar.

—Buenos días, comisario. ¿En qué puedo ayudarle? —Le alivia escuchar la voz del agente Ramírez al otro lado de la línea telefónica. Contar con él en su equipo siempre le produce una grata sensación de tranquilidad.

—Buenos días, Ramírez —saluda a su vez—. Necesito un par de cosas.

—Claro, comisario. Dígame.

—En primer lugar, quiero que convoques una reunión urgente para dentro de una hora. Acabo de terminar de hablar con la doctora Valle y hay un asunto que me gustaría comentar con todos —explica, sin dar más detalles.

—Está bien, comisario. Les aviso inmediatamente. ¿Y el otro asunto?

—Sí... bueno, me gustaría que hablaras con los medios de comunicación para que publiquen una breve nota. Necesitamos la colaboración ciudadana para identificar a un hombre que ha aparecido ahogado en la ría.

—¿El que apareció anoche? He leído la noticia hace un rato.

—Sí. Ese mismo. De momento no se le ha podido identificar. Habrá que comprobar si alguien ha echado de menos a algún familiar o amigo en las últimas horas...

—Está bien, comisario. Me pongo con ello. Si este aviso está relacionado con lo que le haya dicho la doctora Valle, me da que vamos a estar entretenidos durante unos días —dice el agente, respirando con resignación.

Amaia Valle. Piensa en ella y le vienen infinidad de imágenes a la cabeza. Tantos años de recuerdos compartidos y tantos desencuentros en los últimos tiempos. Y le sorprende sobremanera su cambio de actitud. Si se detiene a pensarlo, no recuerda realmente cuándo fue la última vez que intercambiaron una palabra amable. ¿Le habrá sucedido algo que justifique ese comportamiento? Aún es pronto para considerar que han podido superar el dolor por el fallecimiento de su hijo, aunque él intenta refugiarse en el trabajo y no dedicar demasiado tiempo a pensar en ello y, sobre todo, trata de aprender a vivir de nuevo, asumiendo la pérdida poco a poco, con esfuerzo. También le ha llevado su tiempo entender el abandono de Amaia, que quiso culparlo a él para aliviar su propio sufrimiento. Sospecha que quizás para ella fue la única forma de conseguir sobrevivir a la tragedia. Está seguro de que, durante todo este tiempo, han sido la distancia y la frialdad las que lo han ayudado a mantenerse a flote y no desea que las cosas cambien. No está preparado. Aún no.

Escucha el sonido del agua en la ducha. Jone debe de estar sacándose de encima el sudor, que se habrá quedado tan frío como el suyo propio. Espera unos minutos a que el sonido cese y a que Jone se encamine al dormitorio para sumergirse él también bajo el agua. Necesita entrar en calor.

Una hora después, Xabier Gaztelu atraviesa la puerta de la comisaría con paso rápido y decidido, y se dispone a acceder directamente a la sala de reuniones. Sabe que sus compañeros le están esperando allí, porque ha convocado la reunión hace ya un buen rato. Además, Jone, que ha salido de casa antes que él en su propio coche, como suele hacer habitualmente para evitar llegar juntos a la comisaría e intentar mantener el secreto de su relación, le ha enviado un mensaje de texto hace escasos minutos:

—¿Dónde estás? Ya estamos todos aquí, esperando.

—Llego enseguida. He parado a comprar unos chicles en el quiosco de la esquina y me he retrasado un poco.

—Vale. Pero no te entretengas más, que aquí están todos nerviosos, deseando saber para qué nos has convocado. ¿Quieres que les diga algo?

—No, no hace falta. Prefiero hacerlo yo. En cinco minutos estoy.

Sonríe al recordar los emoticonos cargados de corazones que siempre ponen punto final a sus conversaciones. ¡Quién se lo iba a decir hace unos meses!

Sin embargo, al atravesar la amplia oficina en la que los agentes acostumbran a trabajar desde sus ordenadores, se da cuenta de que el agente Ramírez se encuentra aún en su mesa, hablando por teléfono. Le hace un gesto para que corte la comunicación en cuanto pueda y se una al resto de compañeros en la sala, pero el agente le indica por señas que espere. Parece que los datos que su interlocutor le está facilitando son importantes y no deja de tomar notas en la libreta que tiene abierta sobre la mesa. El comisario se acerca a él con curiosidad y gesto interrogante, y revisa alguna de las anotaciones que, con letra irregular, van llenando la libreta. Sacude la cabeza y frunce el ceño pensando en cómo el agente será capaz de entender su propia letra... Aquello parece un galimatías indescifrable. Cansado de forzar la vista para entender aquel desastre, el comisario se arma de paciencia y decide esperar a que el agente finalice la conversación.

Mientras aguarda, se entretiene pasando la vista con interés por la mesa del agente y, en uno de los extremos, alcanza a ver un papel impreso con una noticia reciente. Le hace un gesto al agente Ramírez y este, sin soltar el teléfono, le indica que lo lea.

Fuentes policiales solicitan la colaboración ciudadana para identificar al hombre cuyo cuerpo sin vida apareció en la tarde de ayer en la ría de Bilbao.

La descripción corresponde a un varón de entre 25 y 35 años, 1.75 de estatura y complexión mediana. Es de raza blanca y tiene el cabello castaño muy corto.

En el momento de su aparición, el cuerpo se encontraba indocumentado.

En caso de tener sospechas sobre la desaparición de alguna persona de su entorno que coincida con las características mencionadas, no dude en ponerse en contacto con la comisaría de la Ertzaintza más cercana.

El comisario Gaztelu emite un suspiro hondo nada más terminar de leer la comunicación emitida a los medios, consciente de que las llamadas no han hecho más que empezar.

Vuelve la atención de nuevo hacia el agente Ramírez, pendiente de que finalice la conversación. Sabe que es inútil tratar de captar retazos de ella, ya que el agente asiente y contesta con monosílabos a su interlocutor, impidiéndole hacerse una idea básica de lo que están hablando, así que da un par de pasos hacia la pared del fondo, tratando de calmar su impaciencia. Un par de nubes caprichosas se dejan ver a través del ventanal que conforma la fachada del edificio y ocultan un rayo de sol que incidía hasta hace un momento sobre el rostro del agente, aunque este no parece haberse dado cuenta del cambio de luz, ya que sigue con la vista fija en sus anotaciones. Al fondo del pasillo, un coro de voces comienza a hacerse audible, llamando la atención del comisario, que se da la vuelta con la intención de encaminarse hacia la sala de reuniones, donde se encuentra el resto de agentes, con el fin de calmar sus dudas. Sin embargo, un sonido a su espalda lo retiene donde está. Ramírez ha

colgado el teléfono y ya se levanta de su silla para acercarse a él, libreta en mano.

—Comisario, tengo un par de cosas para usted —le indica, con la vista fija en sus anotaciones y cambiando la mirada de una hoja de la libreta a otra, no queriendo omitir ningún detalle—. Disculpe, pero hace rato que el teléfono no deja de sonar.

—Está bien, Ramírez. Ya lo imagino —dice, señalando la hoja de papel que descansa sobre la mesa y en la que se solicita la colaboración ciudadana—. Pero, si le parece, mejor nos acercamos a la sala y nos comunica los datos a todos, así vamos adelantando tiempo —contesta el comisario Gaztelu, seguro de que la información que el agente Ramírez les vaya a aportar será de interés para todo el equipo.

—Comisario —insiste el agente bajando la voz—, antes de que vaya a la sala, tiene que saber que hay una persona esperándolo en su despacho.

Gaztelu frena sus pasos y se da la vuelta para mirar a Sergio Ramírez con expresión de extrañeza, ya que no recuerda haberse citado con nadie ni espera ninguna visita.

—¿De quién se trata? —pregunta, cambiando la mirada para dirigirla hacia su despacho, donde alcanza a distinguir, a través de la pared de cristal, a un hombre que permanece de pie junto a la mesa, de espaldas a donde ellos se encuentran. A primera vista, no parece conocerle, y vuelve a mirar al agente Ramírez, interrogante, pero antes de que este pueda contestar, el hombre, como si hubiera intuitido que hablaban de él, se da la vuelta y queda frente a ellos, observándolos.

Ramírez hace ademán de adelantarse hacia donde el hombre se encuentra mientras este comienza a su vez a caminar hacia ellos, de tal manera que los tres coinciden junto a la puerta del despacho del comisario Gaztelu.

—Comisario, le presento al subcomisario Iván Ochoa. Se incorpora hoy al equipo. —La voz del agente Ramírez está revestida de una seriedad respetuosa, indicativo de que la apariencia del subcomisario, con sus ojos vivos e inteligentes, y su corpulencia le han causado una honda impresión.

—Subcomisario, este es el comisario Xabier Gaztelu —continúa, mientras ambos hombres se dan la mano, valorándose detenidamente.

—Encantado, comisario —se adelanta el recién llegado.

—Igualmente, Ochoa. ¡Ya era hora de que nos enviaran a alguien para completar el equipo! Le esperábamos hace más de un mes. Bienvenido —saluda Gaztelu, haciéndoles a ambos un gesto para que lo acompañen a la sala de reuniones.

Como había supuesto, los agentes que esperan en la sala están entretenidos charlando de manera informal cuando ellos se acercan y, en un primer momento, no se percatan de su llegada. El comisario Gaztelu carraspea con el fin de llamar la atención, consiguiendo que el silencio se apodere del espacio y los agentes reunidos cesen sus animadas conversaciones.

—Buenos días a todos —dice, entrando en la sala seguido por Ramírez y Ochoa, y sintiendo las miradas de los agentes sobre su persona—. En primer lugar, espero que disculpéis este rato de espera. Os doy las gracias por haber acudido a la reunión habiéndoois avisado con tan poca antelación, sobre todo a la agente Sagarna, que ha tenido que cancelar su día libre para estar aquí —agradece, haciendo un gesto de reconocimiento que la agente devuelve con una sonrisa—. Soy consciente de que todos tenéis muchas cosas que hacer, así que voy a intentar ser breve.

»Me vais a permitir que os presente al subcomisario Iván Ochoa, que ha llegado para incorporarse al equipo hoy mismo. Nos va a venir muy bien contar con una persona más en la unidad, sobre todo en estos momentos en los que desde el Instituto de Medicina Legal nos comunican que podría haber indicios de un posible homicidio relacionado con un cuerpo aparecido ayer en la ría —dice, mirando a cada uno de los presentes a la cara, buscando su reacción.

El silencio que reinaba en la sala hasta ese momento se quiebra con una serie de murmullos que recorren a los que allí se encuentran y que son acallados de nuevo por la firme voz del comisario.

—Subcomisario Ochoa, le presento a los agentes Maitane Sagarna, Iñaki Mendibe y Jone Maya, y al agente Sergio Ramírez, a quien ya ha conocido al llegar —indica el comisario Gaztelu, enumerándolos de derecha a izquierda, según están situados alrededor de la mesa.

El subcomisario se adelanta unos pasos para acercarse a cada uno de sus nuevos compañeros y estrecharles la mano con interés y sin prisa, valorándolos con detenimiento. Tras los primeros intercambios de saludos y gestos amigables, el comisario les insta a tomar asiento alrededor de la mesa para poder comenzar con el orden del día de la reunión.

—Como os he adelantado antes, en las presentaciones, esta misma mañana he recibido una llamada del Instituto Vasco de Medicina Legal, de la forense Amaia Valle, haciéndome partícipe de sus sospechas con relación al cuerpo del hombre que apareció anoche ahogado en la ría de Bilbao —comienza a explicar—. Por si alguno de ustedes no ha escuchado las noticias, ayer, sobre las ocho de la tarde, una llamada a emergencias alertaba de la presencia de una persona en el agua, a la altura de las Torres de Isozaki. Tras personarse la patrulla ciudadana y el equipo de rescate, comprobaron que no había nada que pudieran hacer por salvarle la vida, así que se procedió a dar aviso a la comisión judicial. Según las primeras hipótesis del equipo forense, la muerte se habría producido un par de horas antes. El análisis preliminar indicaba la posibilidad del suicidio y la muerte por ahogamiento, dada la coloración de la piel. Sin embargo, en un análisis más exhaustivo, han podido comprobar que el cuerpo presenta una ligera marca de punción en la base del cráneo compatible con el pinchazo de una aguja —explica Gaztelu a una audiencia completamente atenta y silenciosa—. Se ha solicitado autorización al juez para efectuar un análisis de tóxicos y nos mantendrán informados.

Después de una pausa para dejar que los agentes digieran la noticia, Gaztelu se dirige a Ramírez con el fin de que este añada toda la información que ha podido obtener en la última hora.

—Ramírez, creo que tiene algunos datos para compartir —dice, mirándolo directamente y esperando a que el agente les ponga al corriente de la información que ha recibido por teléfono y que él mismo desconoce.

—Así es, comisario —contesta, haciendo un parón para mirar a sus compañeros antes de comenzar a exponer sus datos—. Hace un rato han llamado de la unidad científica. Tras analizar las huellas que les han enviado desde la oficina del forense, han podido determinar la identidad del hombre. —Ramírez consulta su libreta antes de continuar hablando, consiguiendo que sus compañeros se mantengan en un silencio expectante—. Se trata de Jon Uriona Leguizamón, de treinta y cuatro años, profesor invitado durante el presente curso en la Universidad de Deusto. Aún no se conocen más datos —concluye el agente, levantando la vista para mirar al comisario directamente.

Gaztelu le mantiene la mirada, pensativo. En un gesto inconsciente, saca un paquete de chicles del bolsillo del pantalón y se introduce uno en la boca, dejando el resto sobre la mesa, al alcance de los demás, aunque ninguno de sus compañeros hace ademán de alargar

la mano para cogerlos.

—Este dato que nos han facilitado coincide con la información obtenida de las llamadas efectuadas por la ciudadanía a raíz de la publicación del artículo solicitando su colaboración —continúa el agente, revisando de nuevo sus anotaciones y mostrando a sus compañeros una copia del comunicado que han publicado todos los periódicos—. Entre todas las llamadas recibidas hasta ahora, hemos contestado a una en la que nos informaban sobre un profesor de la Universidad de Deusto que no había aparecido por su despacho hoy. Se trata de la misma persona: Jon Uriona Leguizamón.

—¿Se sabe quién ha efectuado esa llamada? —pregunta Gaztelu, tratando de ampliar la información.

—Sí, comisario —contesta el agente Ramírez, consultando de nuevo su libreta—. Una mujer. Se ha identificado como Amelia Ortiz, compañera de la víctima.

—Bien. Parece que ya sabemos por dónde empezar a tirar del hilo —reflexiona en voz alta el comisario—. Ramírez, Sagarna, quiero que se pongan a buscar detalles sobre la víctima de inmediato. Tenemos un nombre, pero quiero conocer cualquier dato que encuentren sobre su vida, domicilio, trabajo, familia, con quién se relacionaba... todo lo que encuentren. Si tenía antecedentes, aunque sea una multa de aparcamiento, quiero saberlo. Consigan que la científica les envíe las fotos del escenario donde ha aparecido. No sé si habrá muchas, teniendo en cuenta que los primeros indicios apuntaban al suicidio o a un accidente, pero las que haya habrá que revisarlas con calma. Y comprueben también si hay alguna cámara en las inmediaciones de las Torres Isozaki. Es una zona amplia y abierta, pero quizás encontremos alguna que nos sirva de ayuda para revisar imágenes de ayer.

»Mendibe, acompañe al subcomisario Ochoa al lugar donde apareció el cadáver. Revisen bien la zona. Si hay algún indicio de que pudo haber alguien por allí acompañando a nuestra víctima, quiero saberlo. También estaría bien contactar con Capitanía Marítima del Puerto de Bilbao. Es posible que necesitemos un estudio de las mareas. Teniendo en cuenta la hora aproximada del fallecimiento y el estudio de las corrientes, habrá que intentar determinar dónde pudo caer al agua.

»Ramírez, ¿ha tenido tiempo de comprobar en qué facultad era profesor invitado? —pregunta, tratando de reunir todos los datos posibles.

—No, comisario. Aún no he podido comprobarlo. Me pongo ahora con ello —contesta el agente, recogiendo su libreta y dirigiéndose a la puerta.

—Bien. Indíqueme lo que averigüe. La agente Maya y yo nos vamos a acercar a la universidad, a ver si podemos hablar con sus compañeros. Sería interesante poder contar con algún dato antes de que lleguemos allí —sugiere Gaztelu, mientras retira la silla hacia atrás para levantarse, dando por finalizada la reunión. El resto de agentes le imita, dirigiéndose cada uno a su lugar de trabajo antes de ponerse en marcha.

2.

—¿Conoce la zona donde ha aparecido el cuerpo, Mendibe? —pregunta el subcomisario Ochoa nada más acceder al vehículo.

Mendibe observa durante unos instantes a Ochoa antes de contestar.

—Claro, subcomisario. Todo el mundo la conoce. Es la zona donde más turismo se concentra de todo Bilbao. El paseo de Uribitarte es escenario de acontecimientos deportivos, conciertos y toda clase de actividades lúdicas. Concretamente, el lugar al que

nos dirigimos está muy cerca del museo Guggenheim. No me diga que no lo conoce —le cuestiona el agente Mendibe, dando a sus palabras un toque de incredulidad y mirándolo con cara de sorpresa antes de arrancar el vehículo.

—No soy de Bilbao, agente. En contra de lo que usted y otros muchos puedan pensar, el mundo no gira alrededor de esta ciudad —contesta Ochoa, dando a sus palabras más brusquedad de la que pretendía.

El agente Mendibe se queda en silencio, sin saber muy bien cómo tomarse esas palabras o si debe articular algún tipo de disculpa. Aún es pronto para poder catalogar al subcomisario que, a primera vista, le parece un hombre extraño y un tanto hermético. Está seguro de que ha metido la pata, así que arranca el vehículo sin decir una palabra más, mirándolo de reojo para tratar de leer algún tipo de reacción en su rostro, pero este ha vuelto la cabeza hacia su derecha, dispuesto a contemplar el avance de la carretera a través de la ventanilla cerrada y no parece tener intención de prolongar por más tiempo la conversación.

—¿De dónde es usted, subcomisario? Si no le importa que se lo pregunte, claro. —Las palabras de Mendibe se muestran cordiales, tratando de marcar una pequeña tregua en la tensión instalada en el vehículo.

—Del barrio de Amara, en Donostia —contesta Ochoa escuetamente y sin volver la vista hacia el agente.

—Ahí es donde se encuentra el campo de fútbol de la Real Sociedad, ¿verdad? —La pregunta del agente Mendibe llega con interés renovado y sin ningún atisbo de rencor, dando muestras de su interés futbolero.

El subcomisario Ochoa gira al fin la cabeza y lo observa largamente, tratando de detectar ironía o algún otro tono similar en sus palabras. Mendibe, sin embargo, se mantiene impassible, sin retirar la vista de la carretera.

—Sí. Ahí es exactamente donde está el Reale Arena. ¿Lo conoce? —pregunta, dejándose arrastrar por la curiosidad de su compañero.

—No, señor. No se me ha perdido nada ahí. —La contestación le sale sin pensar, aunque nada más vocalizar esas palabras se da cuenta de que ha sido demasiado impulsivo y a su interlocutor podrían no haberle sentado bien. Decide recuperar la cautela, así que se aventura a dar una explicación que reste brusquedad a lo que acaba de decir—. No me entienda mal, subcomisario. Yo soy del Athletic desde siempre. Mi padre y mi abuelo también lo eran y me inculcaron el amor por los colores. Conozco San Mamés, el estadio y el museo. Salgo a tomar vinos por Pozas con mi cuadrilla, vistiendo la camiseta rojiblanca y cantando el himno a voz en grito —añade, queriendo justificar su afirmación anterior.

Ochoa lo mira con intensidad durante unos segundos que se le hacen eternos. Al contrario de lo que esperaba, después de un silencio incómodo, el subcomisario le sorprende emitiendo una sonora carcajada y relajándose en el asiento.

—Nos vamos a llevar bien, Mendibe —afirma, mirando a través del parabrisas—. Nos vamos a llevar bien.

Iñaki Mendibe conduce el coche con destreza entre el tráfico que a esas horas se acumula en la A-8. A su lado, el subcomisario Ochoa hace rato que ha dejado de observarle, relajando su actitud y sentándose cómodamente en su asiento, olvidada ya la tensión de los primeros instantes. No sabe por qué, pero le ha parecido detectar una ligera desconfianza hacia él en la actitud del subcomisario. O quizás no tenga nada que ver con él y se trate

únicamente de un mecanismo de defensa al enfrentarse a un grupo nuevo de trabajo. En cualquier caso, tendrá que tratar de medir sus palabras, al menos de momento.

La salida 118 de la autopista, que están a punto de tomar, viene precedida de un cartel que indica: Bilbao - San Mamés - Basurto. Ambos hombres cruzan sus miradas durante un instante sin decir nada. En el rostro del subcomisario Ochoa surge una chispa de duda y frunce el ceño con resentimiento, como si por su mente cruzara la idea de estar a punto de sufrir una broma pesada por parte de su compañero, forzándole a realizar una visita al estadio del que le ha hablado antes para vanagloriarse con la construcción de lo que él considera una «bilbainada». Lo observa con rostro serio, tratando de detectar algún indicio de burla o una sonrisa irónica, pero no lo encuentra. El agente Mendibe conduce impasible, serio, sin hacer comentario alguno y sin detenerse en las inmediaciones del estadio por el que acaban de pasar. El objetivo es llegar cuanto antes al lugar donde fue hallado el cuerpo de la víctima. Lo demás son rencillas que pueden esperar.

La llovizna del día anterior se ha transformado, al fin, en un cielo azul salpicado de infinidad de nubes blancas poco amenazadoras que permiten el paso de los tibios rayos del sol, haciendo que el paseo de Uribitarte bulla de actividad. Tras estacionar el vehículo en una calle cercana, Ochoa y Mendibe se aproximan al lugar que les han indicado, caminando despacio y mezclándose entre los turistas, tratando de hacer una inspección ocular rápida de edificios y locales cercanos.

—No parece que haya demasiadas cámaras instaladas a lo largo de este tramo de calle —comenta Ochoa, echando un vistazo alrededor.

El agente Mendibe hace un gesto afirmativo con la cabeza, dando a entender que él estaba pensando lo mismo.

—Parece que lo vamos a tener difícil para localizar imágenes de las horas previas al levantamiento del cadáver —confirma con resignación.

—Es curioso —remarca el subcomisario, llamando su atención—. ¿No dices que esta es una zona muy transitada? ¿Cómo es posible que nadie viera nada? Aunque no haya cámaras que pudieran grabar imágenes de este sitio, alguien tiene que haber visto algo desde algún lugar cercano —afirma fijándose en el ir y venir de gente a esa hora del mediodía—. Sin embargo, únicamente contamos con el aviso de un testigo, que ni siquiera quiso identificarse.

—Anoche el tiempo no invitaba a salir a la calle, subcomisario. La lluvia y el viento favorecen que la gente se refugie en sus casas y no salga, salvo que sea por necesidad —contesta Mendibe, sin mucha convicción.

—Aun así, no estaría de más hacer un llamamiento a la ciudadanía para localizar testigos. Además de la ayuda para identificar el cadáver, es posible que podamos dar con alguien que haya visto algo —sugiere.

—Es probable que el agente Ramírez ya se haya puesto con ello, subcomisario. De todas formas, lo comprobaremos al volver a la comisaría, por si acaso. No parece una mala idea —confirma Mendibe, convencido también de que puede ser una forma útil de obtener algún tipo de información.

El monumento a las sirgueras los recibe con su habitual seriedad y con sendas parejas de turistas tratando de tomarse fotos, escogiendo el mejor ángulo en el que posar. Ochoa observa la escena sin perder ningún detalle, pero sin decir nada.

—¿Son estas las escaleras? —pregunta, desviando la mirada y asomándose a ellas desde el borde del paseo, justo de frente a la primera de las estatuas.

—Sí, subcomisario. Este parece ser el lugar —contesta el agente Mendibe, sin ningún atisbo de duda.

—Un sitio un tanto pintoresco para ocultar un cadáver, ¿no te parece?

—La verdad es que sí—confirma el agente, asomándose también a las escaleras y barriando cada peldaño con la mirada.

—¿No ha avisado nadie a la unidad científica aún? ¿No tendrían que estar aquí tomando huellas o buscando algún rastro? —pregunta, un tanto molesto—. Ni siquiera han precintado la zona.

—Señor, recuerde que hasta el momento solo se ha notificado un suicidio. Mientras las sospechas de la doctora Valle no sea oficiales, no creo que...

El subcomisario Ochoa hace un gesto con la mano, pidiendo silencio al agente. Su teléfono móvil vibra con la entrada de una llamada.

—Subcomisario Ochoa —responde, sin haber conseguido identificar, en un primer momento, la procedencia de la llamada.

—Subcomisario, soy el agente Ramírez. ¿Se encuentran ya en el lugar donde se localizó el cuerpo? —pregunta, sin dar más explicaciones.

—Sí, agente Ramírez. Estamos junto a las escaleras, inspeccionando la zona —contesta Ochoa, tratando de imaginar cuál puede ser el motivo de la llamada.

—Tenemos alguna novedad interesante —anuncia Ramírez, con un tono de urgencia en la voz.

—Un segundo, Ramírez, déjeme que conecte el altavoz para que le escuche también el agente Mendibe, que está aquí conmigo —contesta, llamando la atención de Mendibe para que se acerque—. Díganos cuáles son las novedades.

—Sí, señor. En primer lugar, como ya imaginábamos, y según le había adelantado la doctora Valle al comisario, la causa oficial de la muerte ha dejado de ser el suicidio —explica el agente—. Al parecer, además de la marca de punción en la base del cráneo, la autopsia ha determinado la presencia de una equimosis ante mortem en el tejido celular subcutáneo de muñecas y tobillos, que en el estudio preliminar había pasado desapercibida.

El subcomisario Ochoa dirige una mirada silenciosa a su compañero, pensando en las implicaciones de lo que Ramírez les está explicando.

—Eso quiere decir que nuestra víctima fue atada de pies y manos y que, además, se le inyectó algún tipo de sustancia por medio de una punción en la base del cráneo —se adelanta Mendibe, sacando sus propias conclusiones—. ¿Se sabe con qué lo ataron? —pregunta, tratando de hacerse una composición de la escena en su cabeza.

—No nos han comunicado más detalles, Mendibe. Aún estamos a la espera del informe completo —explica Sergio Ramírez, ante la curiosidad de su compañero.

—Ramírez, ¿ha contactado con el comisario para ponerle al tanto de las novedades? —pregunta Ochoa, tratando de adivinar cuál será el siguiente paso en la investigación, ahora que oficialmente se trata de un asesinato.

—Sí, señor. Acabo de hablar con él —confirma el agente—. El comisario y la agente Maya se dirigen en este momento a Barroeta Aldamar, al Instituto Vasco de Medicina Legal, para hablar con la doctora Valle y obtener la información completa. Han pospuesto la visita a la Universidad de Deusto hasta recabar todos los datos forenses —les explica Ramírez.

—Bien. En ese caso, el agente Mendibe y yo vamos a echar un vistazo por la zona, a ver si localizamos algo que nos llame la atención —contesta, sin mucho ánimo—. Este sitio está sin precintar y, si en algún momento ha habido algún detalle interesante relacionado con nuestro cadáver, es probable que ya haya desaparecido o se haya contaminado. En cualquier caso, trate de hablar con la unidad científica, a ver si envían a alguien a revisar este lugar —le recuerda el subcomisario, guardándose sus dudas.

—Creo que ya están de camino, señor. Probablemente, no tardarán en llegar. El comisario les ha dado el aviso nada más recibir la confirmación —les asegura Ramírez.

—Perfecto. Ah, y... otra cosa, Ramírez. ¿Habéis podido revisar si hay cámaras en los edificios de esta zona, para solicitar las imágenes? —dice, mirando alrededor.

—Por lo que hemos comprobado, no hay nada aprovechable, ninguna cámara que enfoque en esa dirección, así que vamos a seguir las indicaciones del comisario y no nos vamos a molestar en pedir autorización al juez de guardia para la obtención de imágenes. Sin embargo, sí vamos a emitir un llamamiento a la ciudadanía a través de los medios de comunicación, a ver si alguien ha podido ver algo o fotografiar algo sin querer o, quién sabe, quizás haber grabado algo con el móvil que pueda ser de utilidad —explica el agente—. Estoy redactando el texto ahora mismo, para enviarlo cuanto antes.

—Perfecto, Ramírez. Veo que lo tiene todo controlado. Muchas gracias. Si tenemos cualquier novedad, nos pondremos en contacto con el comisario —dice, dejando claro un cierto resquemor por la llamada del agente que hace que este se quede pensativo al otro lado del teléfono. Su rango, definitivamente, le hace considerarse merecedor de que sea el propio comisario quien le comunique las novedades, o eso le parece a él, mientras se despide del agente Ramírez y le hace un guiño a Mendibe, que permanece de pie a su lado, ajeno a estos pensamientos.

Iñaki Mendibe se ha mantenido sumido en sus propias cavilaciones durante toda la conversación, escuchando y tratando de visualizar en su mente los siguientes pasos a seguir. Gaztelu y la agente Maya van a acercarse a hablar con la doctora Valle y les informarán de las novedades, pero ellos deberían revisar con detenimiento la zona en la que se encuentran, así que, una vez que el subcomisario Ochoa cuelga el teléfono, le hace un gesto interrogante en dirección a las escaleras y, ante el cabeceo afirmativo de este, ambos hombres comienzan a descender cada tramo despacio, comprobando uno a uno todos los peldaños.

—Este es el lugar —dice Mendibe, visualizando en su teléfono móvil las imágenes que el equipo de rescate tomó del cadáver y mostrándoselas a Ochoa—. Mire. La marea estaba algo más baja que ahora, pero se ve perfectamente el lugar donde quedó retenido el cuerpo.

Una serie de columnas al final de las escaleras, todas ellas descascarilladas por el paso del tiempo y castigadas por el salitre, rodean una pequeña zona rectangular, un reducto donde la marea va abandonando a su paso todo tipo de residuos, troncos, plásticos y cualquier otro deshecho, que salen a la luz con la bajamar. En las imágenes que Iñaki Mendibe guarda en su teléfono se ve el cuerpo inmóvil apoyado contra una de las columnas,

con las piernas sumergidas en el agua casi en su totalidad, descansando en una posición extraña.

El subcomisario Ochoa hace un gesto afirmativo con la cabeza tras contemplar la imagen en la pantalla del teléfono. Sin decir una palabra, se dedica a observar alrededor con interés, intentando captar cada detalle y recrear la escena en su mente.

—¿Qué opina, subcomisario? —La pregunta de Mendibe lo saca de sus pensamientos, trayéndolo de vuelta a la realidad del lugar—. Creo que, si lo trajeron hasta aquí inconsciente y maniatado, su agresor debía ser alguien lo suficientemente fuerte como para cargar con el peso, y lo suficientemente inteligente y calculador como para elegir el momento idóneo y no levantar sospechas. Aunque quizás se libranan del cuerpo en otra zona de la ría y fuera la marea quien lo arrastrara hasta aquí...

—¿Qué es aquella construcción de enfrente? —lo interrumpe Ochoa, refiriéndose a una especie de caseta sobre la ría, una diminuta edificación con flores en las ventanas situada en la orilla opuesta, en el Campo Volantín.

—Es la caseta de los boteros, subcomisario —contesta Mendibe—, los trabajadores que guiaban los antiguos gasolinos que cruzaban la ría hace años, uniendo las dos orillas.

—¿Y quién la utiliza en estos momentos? No he visto ningún bote de ese tipo por aquí desde que hemos llegado —se extraña Ochoa.

—Según tengo entendido, subcomisario, la caseta hace años que está en desuso. Ahora contamos con puentes a lo largo de la ría que favorecen que no sea necesario el servicio —contesta, haciendo gala de su conocimiento de la zona.

El subcomisario Ochoa lo mira largamente desde el abismo de sus ojos profundos. Parece que Mendibe ya se está acostumbrando a esa mirada penetrante que parece que le traspasa de lado a lado y que, al principio, le producía escalofríos.

—Y si está en desuso, ¿por qué tiene flores en las ventanas? ¿Quién las pone ahí? Vistas desde aquí, parecen bastante recientes... Igual hay que comprobarlo, no vaya a ser que nos encontremos ante un posible testigo —expone, pensando en voz alta.

—No lo sé, subcomisario. Según tengo entendido, el único acceso posible a esa caseta es desde la ría. Los antiguos trabajadores lo hacían desde los botes. No tiene ninguna entrada desde el Campo Volantín. Si alguien accede a ella, seguramente será desde algún tipo de embarcación.

El subcomisario Ochoa vuelve a mirar hacia el rectángulo de agua entre las columnas y, durante unos instantes, no dice nada.

—Si lo piensas bien, Mendibe, esta zona en la que ha aparecido el cuerpo no parece visible desde el paseo ni desde ese puente que hay ahí delante. Queda oculta a la vista —dice, señalando la mole del puente Zubizuri, cuya superficie reluce al sol—. Nuestro testigo, el hombre que llamó a emergencias, ¿dónde crees que podría haber estado? —pregunta, buscando una explicación coherente por parte de su compañero.

—Sinceramente, no lo sé —reflexiona el agente, mirando alrededor—. Quizás en alguna pequeña embarcación de las que recorren la ría. Puede que lo viera al pasar por delante de las escaleras.

—O quizás en la caseta de las flores... Habría que comprobar quién la usa en la actualidad, si no son esos boteros.

—Tiene usted razón, subcomisario. Hablaré con Ramírez, a ver si puede comprobarlo.

Igual en el ayuntamiento pueden decirle algo al respecto —dice el agente, mostrando su acuerdo.

—Está bien. Vámonos. Parece que aquí no hay mucho más que ver —determina Ochoa, comenzando a subir de nuevo las escaleras.

—Espere un segundo, subcomisario —le pide el agente Mendibe.

Cuando Ochoa se gira para ver qué es exactamente a lo que quiere esperar el agente, lo encuentra agachado, mirando con detenimiento algo que le ha llamado la atención en el suelo.

—¿De qué se trata, agente? —pregunta, con curiosidad, mientras se acerca.

Mendibe, todavía agachado, levanta la mirada para dirigirla a su superior. Tiene el ceño fruncido en un gesto de extrañeza.

—Creo que es un trozo de guante, subcomisario. Puede que no sea nada, pero habría que avisar a la Policía científica e informarles de ello. Esperemos que se acerquen por aquí cuanto antes. Ahora que es oficial que la causa de la muerte no es el suicidio, cuanto antes se cierre esta zona, mejor, por si hubiera algún rastro que aún no haya sido contaminado —contesta el agente Mendibe, visiblemente contrariado.

—Tiene usted razón, agente. Acérquese hasta el coche a por la cinta para marcar la zona mientras les meto prisa. Pediré también que una patrulla ciudadana vigile el perímetro hasta que lleguen —decide el subcomisario Ochoa—. Por cierto, Mendibe, buen trabajo —lo felicita, cuando el agente ya se encuentra de espaldas camino del coche.

3.

El comisario Xabier Gaztelu ha viajado todo el trayecto con los ojos cerrados, apoyado contra el reposacabezas, sin hacer apenas el más leve movimiento. Sin embargo, no duerme. Solo trata de poner orden en sus ideas aprovechando esos instantes de calma regalada. Una pequeña rendija en la ventanilla deja paso al aire del exterior, dándole de lleno en el lado derecho de la cara, pero no parece molestarle. Al contrario, le resulta de gran ayuda para relajarse.

Nada más salir de la comisaría, le ha cedido las llaves del coche a la agente Maya, justificándose con un «necesito pensar» demasiado escueto. Sin hacer ningún comentario al respecto, la agente se ha sentado al volante del vehículo, tomándose su tiempo para adaptar los espejos a su altura y tener así una correcta visibilidad. En realidad, no siente excesiva extrañeza por la actitud del comisario. El tiempo le va enseñando a aceptar sus silencios, tan necesarios para su mente organizativa, y confía en que antes o después le haga partícipe de sus pensamientos, pero, a pesar de ello, vigila regularmente que su figura en el asiento de al lado se mantenga impasible. Si no tiene ganas de hablar o hacer comentarios sobre el caso, ha de respetarlo. Sin embargo, no puede evitar sentir una punzada desconocida en el estómago, un signo que no sabe interpretar, pero que no le gusta lo más mínimo.

El número 10 de la calle Barroeta Aldamar, sede del Instituto Vasco de Medicina Legal, no es un lugar muy concurrido, a pesar de ubicarse muy cerca de la Gran Vía bilbaína. Aun así, a esas horas la fila de aparcamientos más cercana está completa y la agente Maya se ve obligada a estacionar el vehículo en el que viajan, un Citroën C4 sin distintivos policiales, en una zona reservada a servicios del palacio de justicia.

Gaztelu abre los ojos al sentir que el movimiento del vehículo se detiene y mira

alrededor, algo desorientado.

—Ya hemos llegado —le indica Jone en un susurro, sin moverse de su asiento, con la esperanza de que el comisario comparta con ella las ideas o pensamientos que le rondan por la cabeza. Sin embargo, Gaztelu la mira en silencio un instante, antes de desviar la vista hacia la calle.

—Vamos allá —dice, respirando hondo y sin añadir ni una palabra más.

Ambos cruzan la acera sin reparar en el mal estado de los adoquines que conforman el borde y se dirigen directamente hacia las columnas que enmarcan el rótulo del Palacio de Justicia. A la derecha, bajo la cubierta del edificio y tras unos pocos pasos a lo largo de lo que les parece una zona un tanto sombría, alcanzan la puerta de acceso al Instituto Vasco de Medicina Legal. La agente Maya observa con curiosidad la placa indicativa de que van a acceder a un edificio del Gobierno Vasco en el que nunca ha estado y que alberga también los servicios de laboratorio y patología forense. Dirige una mirada al comisario, pero este no parece darse cuenta, así que permanece atenta a sus movimientos. Cuando el comisario comprueba que la puerta metálica está cerrada, pulsa el timbre situado a su izquierda y ambos esperan en silencio. La puerta se abre unos segundos después de manera automática y Xabier le cede el paso a la agente Maya, que le hace un guiño cariñoso con el fin de infundirle ánimo.

El pasillo estrecho que se abre ante ellos va a desembocar en un mostrador tras el que un hombre revisa unos papeles con interés aparente. El hombre, cuya mirada queda parcialmente escondida por los reflejos que destellan en sus gafas de pasta gris, alza la cabeza con un gesto interrogante.

—Ustedes dirán —dice, de manera automática.

—Buenos días. Somos el comisario Gaztelu y la agente Maya, de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza —dice, presentándolos a ambos formalmente y mostrando su identificación—. Venimos a hablar con la doctora Valle.

—Buenos días, comisario, agente —contesta, con una ligera inclinación de cabeza y mirándolos con interés renovado, sobre todo a la agente, a la que observa sin disimulo—. La doctora Valle los está esperando en su despacho. Cojan el ascensor de la derecha y bajen al primer sótano. Cuando salgan, tomen el pasillo de la izquierda y...

—No se preocupe —le corta el comisario, con educación—. Conocemos el camino —explica, haciéndole un gesto a la agente Maya para que le siga.

El hombre contesta con una afirmación de cabeza, dándoles permiso para internarse en el edificio y volviendo a dirigir su atención a los papeles que estaba revisando antes de la interrupción.

—¿Estás bien? —pregunta Jone, aprovechando la intimidad que el ascensor les ofrece y buscando recuperar la cercanía con Xabier.

—Estoy bien, Jone. No te preocupes —la tranquiliza, cogiéndole la mano y dándole un ligero apretón antes de que las puertas del ascensor se abran, rompiendo el momento.

«No lo parece», piensa la agente con el corazón encogido, sin atreverse a verbalizar esa sensación de que algo se le está escapando.

El despacho de la doctora Valle es el más cercano al ascensor, en el pasillo que encuentran a su izquierda. Un rótulo de color azul ubicado sobre la puerta les indica que

han llegado al lugar que buscaban. Al igual que el resto de las puertas que se distinguen a lo largo del pasillo, la del despacho de la doctora está cerrada, así que el comisario Gaztelu golpea suavemente sobre la madera tres veces con los nudillos.

—Adelante. —Se escucha una voz amortiguada que proviene del otro lado.

El comisario Gaztelu gira el pomo y abre la puerta lo suficiente como para que les franquee el paso a él y a la agente, pero sin llegar a abrirla del todo. Frente a ellos, Amaia Valle se levanta de la silla en la que permanecía trabajando y se acerca decidida, sin emitir apenas ruido al caminar, lo que hace que, inconscientemente, la agente Maya dirija la mirada a sus zuecos blancos de goma, gesto que no le pasa desapercibido a la doctora, que trata de disimular una sonrisa divertida.

—No son elegantes, pero debería probarlos. Hacen que las horas en la oficina resulten mucho más llevaderas —dice al pasar junto a Jone, guiñándole un ojo.

La doctora Valle es una mujer alta y delgada, de apariencia juvenil con su media melena morena, a pesar de que probablemente ya haya superado los cuarenta. Viste una bata blanca que le llega por debajo de las rodillas y que no consigue restar elegancia a su porte imponente.

—Xabier —dice, acercándose a él con una media sonrisa y regalándole un abrazo que al comisario le pilla desprevenido.

—Buenos días, Amaia —contesta separándose de ella incómodo y girándose hacia Jone—. Esta es la agente Maya.

—Buenos días, agente —saluda observándola con intensidad antes de darse la vuelta y acercarse de nuevo a la mesa con la excusa de recoger unos papeles—. Me alegro de que hayáis podido venir tan pronto —indica, pasándole una carpeta al comisario y haciéndoles un gesto para que tomen asiento alrededor de una pequeña mesa de reuniones que ocupa una de las esquinas del despacho.

—Mi equipo ha remitido al juzgado el informe preliminar de la autopsia hace un rato, a la espera de recibir todos los resultados del laboratorio —explica mientras coloca una serie de fotografías sobre la mesa, frente a ellos.

—Como te había adelantado por teléfono —dice dirigiéndose al comisario y señalando una de las fotografías—, el cuerpo tiene una marca de punción en la base del cráneo, compatible con algún tipo de aguja o jeringa. Es una marca limpia, sin hematomas alrededor. Únicamente se aprecia esta pequeña circunferencia rosácea en los bordes —dice, marcando la zona en la imagen con el dedo índice. Gaztelu y la agente Maya se inclinan sobre el papel, centrando su atención en el lugar que les indica la doctora—. Aparte de eso, no hay ningún signo en el cuerpo que evidencie cualquier tipo de lucha. Este hombre debía estar dormido o inconsciente cuando le pincharon, porque no hay señales de que se resistiera.

»También hemos encontrado una equimosis ante mortem en el tejido celular subcutáneo de muñecas y tobillos. En estas fotos se pueden apreciar las pequeñas roturas de vasos sanguíneos. Este hombre permaneció atado durante algún tiempo, aunque no demasiado, porque las lesiones no están muy extendidas —les explica la doctora.

—Doctora —interviene la agente Maya adelantándose a cualquier otra explicación—, ¿han podido determinar cuál es la causa de la muerte?

Amaia Valle no puede evitar sonreír ante la impaciencia y el ímpetu de la agente.

—Veo que no quiere andarse con rodeos, agente. A decir verdad, este hombre murió

por ahogamiento húmedo —confirma—. ¿Ve esos restos de espuma que se aprecian alrededor de la boca y las fosas nasales? —pregunta dirigiendo la atención de la agente y el comisario hacia otra de las fotografías. Ambos hacen un gesto afirmativo con la cabeza, animando a la doctora a continuar con su explicación—. Esa espuma se produce cuando el agua penetra en las vías respiratorias y se mezcla con las secreciones mucosas. Cuando la persona que se está ahogando hace un gran esfuerzo por respirar, el resultado es una buena cantidad de espuma de burbuja fina. Nuestro cadáver, sin embargo, no tenía una gran cantidad de espuma, lo cual me lleva a pensar que podría haber estado inconsciente en el momento de sumergirse en el agua.

—Eso cuadra con el hecho de que se le inyectara algún tipo de sustancia previamente —dice el comisario, pensando en voz alta—. ¿Alguna idea de qué ha podido ser?

—En realidad, podría tratarse de diversos tipos de sustancias, pero mientras no tengamos los resultados de toxicología, no podremos determinarlo con exactitud —confirma la doctora—. En cualquier caso, también hemos tomado muestras de las diatomeas encontradas en la sangre de la víctima, para enviarlas al laboratorio.

—¿Diatomeas? —la interrumpe el comisario, tratando de entender lo que la doctora les está explicando.

—Disculpad. Sí. Las diatomeas son una especie de algas microscópicas que se encuentran en el medio acuático. En un caso de ahogamiento, estas algas penetran en el cuerpo de la víctima y, además de quedarse en los pulmones, se transfieren a la sangre y se distribuyen por los distintos órganos —explica con paciencia.

El comisario Gaztelu y la agente Maya se quedan en silencio unos instantes, tratando de digerir las palabras de la doctora Valle y sus posibles implicaciones.

—Entonces, doctora —reflexiona en voz alta la agente—, si se hiciera un análisis del agua de la zona en la que apareció el cadáver y este coincidiera con el análisis de las... diatomeas, eso querría decir que el hombre se ahogó allí mismo y no fue arrastrado por la corriente desde ningún otro sitio, ¿verdad?

—Es correcto, agente Maya —contesta Amaia Valle, analizándola con ojos brillantes—. De todas formas, es poco probable que el cadáver fuera arrastrado por la corriente. De haber sido así, habría evidencia de golpes y contusiones por todo el cuerpo, por el contacto con las rocas de la orilla y, como pueden ver, salvo lo que hemos comentado de muñecas y tobillos, no se aprecian hematomas ni otros signos de lesión post mortem. Me atrevería a decir que la víctima, en estado inconsciente, fue abandonada en el lugar en el que encontraron el cuerpo. Le habrían atado muñecas y tobillos para que no pudiera moverse, en el caso de recuperar la consciencia, y falleciera allí mismo por ahogamiento. Lo más probable es que su asesino regresara más tarde para retirar las ligaduras y simular un suicidio.

Las palabras de la doctora Valle dejan al comisario y a la agente sumidos en sus propias cavilaciones, tratando de asimilar la secuencia de hechos.

—Entonces, si seguimos su razonamiento, eso querría decir que nuestro asesino estuvo en el lugar del crimen dos veces. La primera de ellas, la víctima aún estaba viva, aunque inconsciente. Con la marea baja, el asesino tuvo tiempo de llevar al profesor hasta allí, atarlo y dejarlo abandonado para que se ahogara. Y tuvo la paciencia de esperar hasta que el agua de la ría cumpliera su función y regresar más tarde para liberar al cadáver de las ataduras, simulando un suicidio —reflexiona la agente—. Quizás ni siquiera se alejara demasiado durante la espera —añade pensativa—. Eso nos dejaría ante un individuo muy organizado, inteligente y con una gran capacidad de planificación.

—No se trata de mi razonamiento, agente. Se trata de lo que nos muestra el cadáver —

asegura la doctora Valle, mirando fijamente a la agente.

—¿Se ha podido determinar la hora aproximada de la muerte? —interviene el comisario, tras tomar nota mental de todos los datos.

—Creemos que ha podido ser sobre el mediodía o quizás un poco más tarde, entre las doce y las dos, aproximadamente —contesta la doctora Valle, tras consultar sus notas.

—Coincidiendo con la pleamar... —piensa en voz alta la agente Maya.

—Bien —resume el comisario Gaztelu, haciendo un gesto que indica que da por finalizada la reunión —, habrá que solicitar a la Unidad de la Policía Científica que tome muestras del agua de la zona. Para confirmar que haya coincidencia. Muchas gracias, Amaia —dice dirigiéndose a la doctora, que ya se ha levantado para despedirles—. Por cierto —añade—, ¿podemos llevarnos las fotografías?

—Por supuesto. Puedo hacer más copias, si las necesitáis. Y tengo el archivo en el ordenador —contesta, retirándose hacia su mesa y desbloqueando la pantalla de su equipo, como si quisiera confirmar sus palabras.

—Envíaselas al agente Ramírez —solicita—. Y envíale los resultados del laboratorio en cuanto los tengas —dice, alzando una mano a modo de despedida.

—Claro. Y si tenéis cualquier otra duda, ya sabéis dónde estoy —le asegura la doctora—. Ah, y... Xabier. Recuerda que tenemos una conversación pendiente, cuando puedas.

Xabier hace un gesto afirmativo con la cabeza sin comprometerse a nada, antes de despedirse y salir del despacho para dirigirse al ascensor.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunta Jone con curiosidad, pero el comisario no contesta. Únicamente sujeta con fuerza la carpeta con la documentación que la doctora les ha proporcionado y le indica por gestos que ya hablarán de ello más adelante.

4.

La Ertzaintza investiga el hallazgo del cadáver de un hombre que fue localizado en la tarde de ayer día 10 de abril en la ría de Bilbao, en las inmediaciones del puente Zubizuri.

Agentes de la Policía vasca, junto a agentes de la Policía local, miembros de los equipos de rescate, bomberos y ambulancia se desplazaron a la zona tras una llamada anónima al servicio de emergencias SOS Deiak.

Una vez determinado el fallecimiento del hombre y tras el desplazamiento de la comitiva judicial al lugar, se efectuó una primera valoración por parte del médico forense, ordenándose el traslado del cadáver al Servicio de Patología Forense de Bilbao.

Dadas las características del suceso, se ha abierto una investigación para esclarecer los hechos, por lo que la Ertzaintza solicita la colaboración ciudadana. Cualquier persona que pueda tener alguna información al respecto deberá ponerse en contacto con la comisaría más cercana.

El agente Ramírez suspira hondo con el último toque de tecla en su ordenador: por fin ha terminado de preparar el comunicado y enviarlo a todos los medios para difundir la noticia y poner de manifiesto la necesidad de contar con la colaboración de la ciudadanía. «Ahora toca esperar y cruzar los dedos», piensa, consciente de que, en este momento, lo

primordial es tratar de localizar algún testigo que pueda aportar algo de información sobre lo sucedido. Sabe de sobra que la difusión en redes sociales puede acarrear infinidad de llamadas que no sirvan de gran ayuda, pero es posible que, entre todas ellas, pueda haber alguna que aporte algún dato importante.

—Ya he enviado el comunicado —confirma el agente dirigiéndose a su compañera, que trabaja en el ordenador de al lado.

Maitane Sagarna hace un gesto con la cabeza mirando el teléfono, que descansa sobre la mesa y que, de momento, permanece en silencio.

—Verás la que se nos viene encima... —contesta, consciente de la cantidad de llamadas que van a recibir en cuanto la noticia se difunda.

—Lo sé... Nos van a bombardear a llamadas y acabaremos odiando este aparato —dice, señalando el teléfono—, pero es la única forma de conseguir alguna información. No hemos obtenido imágenes de ninguna cámara de la zona. No tenemos nada ahora mismo. —Ramírez no puede ocultar su preocupación.

—Deberíamos hablar con el comisario para que desvíen todas las llamadas a la central de teléfonos y solo deriven aquí las que tengan algún tipo de credibilidad —reflexiona la agente Sagarna, consciente de que ellos dos solos no van a poder contestar a todos los números entrantes.

—No es mala idea, Maitane. Dame un segundo, que le voy a llamar ahora mismo —dice, haciendo un gesto con la mano para que guarde silencio y levantando el auricular del teléfono para marcar el número del comisario, que no contesta inmediatamente.

Ramírez realiza dos llamadas al comisario, pero este no atiende a ninguna.

—Seguirán reunidos con la doctora Valle —sugiere la agente Sagarna—. Dales cinco minutos y lo vuelves a intentar.

Al tercer intento, el comisario contesta la llamada con rapidez.

—Ramírez, dígame —contesta Gaztelu—. Justo tenía el teléfono en la mano para devolverle la llamada.

—Comisario, ya está enviado el comunicado a los medios. Nos han confirmado que lo publicarán enseguida —dice, nada más escuchar la voz del comisario al otro lado.

—Perfecto, Ramírez. Gracias. La agente Maya y yo hemos terminado ya en el anatómico y nos vamos a acercar ahora a la universidad, a ver qué podemos averiguar sobre nuestra víctima.

—Entendido, comisario. Por cierto, ¿qué tal les ha ido con la doctora Valle? ¿Hay algún dato nuevo sobre la causa del fallecimiento? —pregunta con curiosidad.

—Parece que ya se ha enviado el informe preliminar al juzgado determinando que no fue un suicidio, así que, definitivamente, ya es oficial que tenemos un caso de asesinato. La doctora nos enviará todas las imágenes y también los resultados del laboratorio cuando los tenga. Convoque, por favor, una reunión para mañana a primera hora. Creo que para entonces habremos reunido más detalles —indica Gaztelu.

—Claro, comisario. Pero, en realidad, yo le llamaba por otra cosa. La agente Sagarna y yo hemos estado hablando y consideramos que sería útil que las llamadas que se reciban una vez difundido el comunicado se deriven a la central de teléfonos y que únicamente nos trasladen aquellas que resulten de interés o tengan credibilidad —explica el agente a su interlocutor—. De esa forma, podríamos dedicar más tiempo a otros aspectos de la investigación.

—Sin problema, Ramírez. Estoy totalmente de acuerdo con ustedes. Ahora mismo doy el aviso —dice, valorando positivamente la efectividad de la sugerencia del agente.

—Gracias, comisario. Le mantendremos al tanto si hay alguna novedad.

—Hágalo —dice, antes de colgar el teléfono.

Cuando finaliza la conversación, Ramírez se da cuenta de que la agente Sagarna le está mirando fijamente, aunque parece sumida en sus propias cavilaciones, como si se hubiera olvidado de que él también está ahí.

—¿Pasa algo? —pregunta, soltando el auricular y tratando de descubrir lo que se oculta tras el ceño fruncido de la agente.

—Estaba pensando en la persona que hizo la llamada a emergencias... Era un hombre, ¿no? —reflexiona tratando de recordar los datos expuestos en la reunión.

—Era un hombre, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... ¿alguien ha hablado con él? Es posible que pueda darnos alguna otra información que nos sirva de ayuda. Parece que es el único testigo que tenemos ahora mismo —dice, valorando las distintas opciones que podrían tener para localizarlo.

—No se identificó durante la llamada, así que no sabemos quién es —contesta Ramírez, pensativo—. No quiso responder a las preguntas de la persona que contestó al aviso y colgó sin dar más datos.

—Pero la llamada habrá quedado registrada. Podemos solicitar que nos envíen la grabación y revisarla. Quizás haya algún dato que haya pasado desapercibido hasta ahora. Y tendríamos que tratar de localizar el teléfono desde el que se hizo —decide Maitane, acercándose al ordenador—. Voy a ver qué puedo hacer.

Ramírez sonríe viendo a su compañera trabajar. Sabe que la agente Sagarna puede encontrar cualquier cosa que se proponga.

5.

Gaztelu y la gente Maya abandonan el edificio que alberga el Instituto de Medicina Legal como han llegado, envueltos en un incómodo silencio que los mantiene sumidos en sus propios pensamientos y sin apenas cruzar una mirada. Ambos caminan codo con codo acompañando sus pasos, aunque no así sus mentes.

El comisario saca el teléfono del bolsillo del pantalón para quitar el modo silencio que había activado al entrar al despacho de la doctora Valle y comprueba que tiene dos llamadas perdidas del agente Ramírez, pero decide aplazarlas hasta un poco más tarde. Aún bullen en su mente las palabras de Amaia y necesita reflexionar sobre ellas con calma. La agente Maya se adelanta un par de pasos mientras él revisa el teléfono, pero no tarda en ponerse de nuevo a su altura y ambos se dirigen hacia donde han estacionado su vehículo al llegar. La zona tiene una señal de carga y descarga que prohíbe aparcar a todo vehículo que no lleve la identificación oficial, y es evidente que la Policía local ha pasado por allí. Hay un papelito rosa en el frontal del vehículo.

—¿Vamos a comer algo? —pregunta, mientras coge el papel, hace una bola con él y lo tira a la papelera más cercana—. Tengo hambre.

Su compañera mira el reloj y constata que, efectivamente, han pasado muchas horas desde que han probado bocado por última vez.

—Claro. Yo también tengo hambre —reconoce, mirándolo detenidamente, aunque evita decir que tiene un ligero malestar en el estómago que puede que le impida probar bocado.

«Serán los nervios», piensa, tratando de no darle mayor importancia—. ¿Conduces tú o conduzco yo?

—Pásame las llaves. Creo que ya sé dónde nos van a poner unos buenos pintxos — contesta Xabier alargando el brazo para coger el llavero de manos de Jone.

El gesto hace que los dedos de ambos se rocen, derribando la barrera de frialdad que estaba creciendo entre ellos, y el contacto se alarga durante unos segundos, permitiendo que ambos se miren a los ojos reconociéndose una vez más. Durante ese pequeño intervalo de tiempo, apenas un instante breve, Jone puede sentir cómo su ansiedad desaparece dando paso a una oleada de calor que recorre su cuerpo de arriba abajo, mientras Xabier recuerda que tiene algo bueno delante, algo que no quiere perder.

—Llamo a Ramírez y nos vamos —dice, mientras escucha las protestas de su estómago rompiendo el encanto del momento.

En ese instante, como si estuvieran sincronizados, una nueva llamada entrante del agente sorprende a Gaztelu, que contesta con rapidez.

Jone sonríe, quizás por primera vez desde hace horas, y abre la puerta del vehículo con la intención de esperar en su interior, al abrigo de la corriente de aire helador que atraviesa la calle.

La conversación entre el comisario y el agente Ramírez es breve y, desde su refugio, Jone no alcanza a escuchar las palabras de ninguno de los dos hombres, así que, cuando el comisario entra y arranca el vehículo, se pone cómoda en el asiento a la espera de que le haga partícipe de las novedades.

—Xabier —dice con semblante serio, cuando este termina de ponerle al día—, cuando esto acabe, ¿me contarás realmente lo que pasó? Ya sabes, con la doctora Valle...

Por un instante, la sorpresa se refleja en los ojos de Gaztelu. Pensaba que Jone estaba atenta a las novedades sobre la investigación, pero se da cuenta de que son otras las cosas que ocupan su cabeza en este momento. Guarda silencio durante unos segundos y se concentra en estacionar el vehículo. Está tentado de contestar con una negativa, pero, sin embargo, algo en el rostro de la agente hace que sus alarmas se enciendan, así que se acerca a ella y le pone una mano en la nuca, acercándola más a él. El contacto con sus labios es breve, pero, aun así, está cargado de promesas.

—Cuando esto acabe —repite, en un susurro—, te contaré todo lo que quieras saber.

6.

—Buenos días, profesora —saluda Xabier Gaztelu nada más abrir la puerta del despacho, tras escuchar a través de la puerta cerrada las palabras que les permiten acceder a aquel recinto lleno de viejas estanterías, libros y papeles.

No les ha resultado complicado dar con ella. Tras estacionar en el aparcamiento que discurre paralelo a los jardines, han accedido a la Universidad de Deusto por su edificio central, el más antiguo y al que llaman La Literaria. En la secretaría general, una mujer de mediana edad les ha atendido amablemente cuando han preguntado por el profesor Jon Uriona. Mirando alternativamente al comisario y a la agente por encima de sus gafas progresivas de montura de metal, les ha facilitado todos los detalles relativos a su trabajo

como profesor invitado, los cursos que imparte y sus horarios, además de indicarles cómo acceder al despacho de la titular del departamento, la doctora en Filosofía y Letras Amelia Ortiz de la Cruz.

Ni la agente Maya ni el comisario Gaztelu han recorrido las instalaciones de la universidad con anterioridad, así que, en lo que parece un acuerdo tácito, deciden tomarse con calma el paseo hasta el Decanato, donde se encuentra ubicado el despacho de Amelia, empapándose de todos los detalles de la arquitectura y el ambiente que los rodea. El paso por el claustro lo hacen en silencio, contemplando las altas columnas de piedra con arcos de medio punto que dan soporte al edificio y admirando los reflejos de la luz del sol que se filtra a través de la moderna cubierta rígida instalada para hacer frente a las inclemencias del clima de Bilbao. No parece un día de mucho bullicio. A su alrededor, algunos estudiantes se mueven con pereza o charlan en pequeños grupos que se sitúan tratando de acaparar alguno de los rayos de sol, permitiendo que el calor caliente sus cuerpos después de la lluvia del día anterior.

Han accedido al tercer piso a través de una sombría escalinata de piedra pulida en la que el ambiente es tan fresco que consigue provocarles un ligero estremecimiento. Por el camino no se han cruzado con nadie, ni estudiantes ni profesores, y en el silencio que les envuelve casi pueden intuir cada uno los pensamientos del otro.

El pasillo de la tercera planta, sin embargo, los sorprende por su bulliciosa actividad. A ambos lados se suceden puertas que corresponden a despachos de docentes de los que entran y salen alumnos cargados de cuadernos bajo el brazo, que charlan entre sí comentando las novedades de las tutorías que acaban de realizar y que los observan con extrañeza cuando pasan junto a ellos. Algunos incluso se dan la vuelta para tratar de adivinar a dónde se dirigen, sabiéndolos fuera de lugar. Mientras caminan a lo largo del pasillo, los ojos de la agente y el comisario pasean por delante de cada puerta para leer el cartel que la acompaña.

—¿Buscan a alguien? —les pregunta con curiosidad una chica que se ha detenido al pasar a su lado. Lleva el pelo teñido de rosa recogido en una coleta alta y en la aleta de su nariz destaca un piercing en forma de aro que se mueve cuando habla.

—Buscamos a la profesora Amelia Ortiz —contesta la agente Maya mientras el comisario Gaztelu mira alternativamente a la chica y al resto de personas que pululan por allí, tratando de catalogarlas—. Nos han dicho que su despacho está en esta planta.

—¿Ameli? —pregunta, más para confirmar que ha entendido bien que para obtener una respuesta—. Su despacho se encuentra al final del pasillo, en el lado de la derecha, junto al ventanal —dice, señalando con la cabeza en la dirección que les indica.

—Gracias —contesta la agente, acompañando sus palabras de una sonrisa amable y siguiendo al comisario, que con un ligero gesto de despedida ya ha comenzado a acercarse hacia la puerta indicada.

La chica permanece en el pasillo, contemplándolos con extrañeza durante unos instantes mientras se dirigen al despacho. Luego, se da la vuelta y desaparece por las escaleras sin cuestionarse por más tiempo su presencia allí.

Gaztelu y la agente Maya avanzan a lo largo del pasillo leyendo los carteles ubicados junto a cada puerta hasta encontrar aquel que estaban buscando, justo en el lugar en el que la chica de pelo rosa les ha indicado:

Amelia Ortiz de la Cruz

Filosofía y Letras (Filología Inglesa)

Atención a estudiantes: martes y jueves de 12:00 a 14:00

No están dentro del horario ni son estudiantes, pero en la secretaría les han asegurado que la profesora estaría allí y los atendería gustosamente.

—Buenos días, comisario, agente. No pongan esas caras de sorpresa. Me han avisado de secretaría de que me estaban buscando. ¿Pensaban que les iban a dejar llegar hasta aquí sin decirme nada? —El tono de Amelia se muestra jovial, sonriendo de medio lado de manera pícaro, como si la hubieran pillado realizando alguna travesura—. Pasen, por favor, y siéntense —dice, señalando las dos sillas que se encuentran delante de su mesa, frente al sillón donde trabajaba cuando han llegado.

Xabier Gaztelu y Jone Maya se acercan hasta donde les indica la profesora y se sientan, sin dejar de mirar con curiosidad alrededor, tratando de absorber cada detalle del espacio que los rodea.

El despacho no es excesivamente grande, pero está organizado de tal manera que irradia sensación de amplitud, quizás por las paredes blancas que reflejan la luz o por los muebles de madera clara, que hacen menos denso el ambiente. Decididamente, no se parece a lo que habían esperado encontrar dentro de una construcción tan antigua como aquella.

A primera vista, la profesora Amelia Ortiz parece una persona ordenada y pulcra. Su mesa está cubierta por papeles distribuidos en diversos montones, todos ellos con un cartel indicativo de qué tipo de documentos contienen. Parece una de esas personas que siempre encuentra lo que busca.

—¿A qué debo esta visita? —dice, distrayendo al comisario Gaztelu y a la agente Maya de la inspección ocular que estaban realizando.

—Disculpe que nos hayamos presentado así, sin avisar —comienza a explicar el comisario—. Necesitamos hacerle alguna pregunta con relación a Jon Uriona Leguizamón. Tenemos entendido que era profesor invitado de su departamento.

Amelia Ortiz no responde de inmediato y mira alternativamente al comisario y a la agente Maya, tratando de descifrar el motivo de su visita basándose en alguno de sus gestos. Sin embargo, ambos permanecen impasibles.

—¿Por qué dice «era», comisario? —pregunta Amelia, escondiendo su recelo tras sus gafas redondas—. Como bien dice, Jon Uriona es uno de los profesores invitados este año en el departamento de Filosofía y Letras. Un hombre brillante, con una trayectoria impecable. Concretamente, se dedica a impartir clases en la asignatura de Estructura de la Lengua Inglesa —explica con suavidad, dejando que las palabras del comisario vayan calando en su mente—. Hoy no ha venido a trabajar. De hecho, lo he llamado por teléfono un par de veces, pero no ha contestado ni me ha devuelto la llamada aún —reconoce, casi en un susurro—. Supongo que vienen porque di un aviso en el número de teléfono que aparecía en el periódico solicitando la colaboración ciudadana. Jon podría ajustarse al perfil de la persona que están buscando, pero no creo que...

Durante unos segundos eternos, la frase sin terminar de la profesora queda flotando en el aire y el despacho queda impregnado de un silencio pesado, pegajoso, únicamente roto por las palabras temerosas de Amelia Ortiz.

—¿Le ha sucedido algo? —pregunta mirando alternativamente al comisario y a la

agente, sin estar segura de querer conocer la respuesta.

El comisario Gaztelu respira hondo antes de contestar. Detesta esta parte de su trabajo.

—Sí, señora. Lamentamos informarle de que el cuerpo que apareció anoche en la ría, no muy lejos de aquí, se corresponde con el del profesor Jon Uriona Leguizamón—explica apesadumbrado mientras tanto la agente Maya como él permanecen atentos a su reacción. En el rostro de Amelia pueden leer la incredulidad y el asombro ante las palabras que está escuchando.

La profesora se levanta de la silla donde permanecía sentada y da unos pasos por el despacho para tratar de calmar su inquietud, apretando los brazos contra su pecho y dejando que su mirada se pierda entre esas cuatro paredes.

—No puede ser —susurra, haciendo de sus palabras una cantinela interminable que acompaña con sus pasos por la habitación, moviendo la cabeza a uno y otro lado—. No puede ser, no puede ser, no puede ser...

—Amelia —dice la agente Maya con suavidad, acercándose a ella y poniéndole una mano sobre el brazo, interrumpiendo sus palabras y sus pasos—, sabemos que no es el mejor momento y lamentamos molestarla, pero necesitamos hacerle algunas preguntas. —La profesora no contesta, pero afirma ligeramente con la cabeza, por lo que la agente continúa hablando—. ¿Podría confirmarnos si lo conocía usted bien?

La profesora fija la mirada en el rostro de la agente sin contestar. Jone Maya teme que el disgusto por la noticia haya dejado a la mujer en shock y respira aliviada al ver que emite un suspiro y trata de buscar las palabras apropiadas para contestar.

—El profesor Uriona lleva en la universidad desde principios de curso, desde septiembre —explica, aunque luego rectifica sus palabras—. Quería decir «llevaba». Disculpen, pero no me hago a la idea de que debo hablar de él en pasado.

»Por falta de espacio, y debido a que su contratación se produjo en el último momento por motivos que no vienen al caso, no se le asignó un despacho a su llegada, por lo que, durante todo este tiempo, ha estado compartiendo el mío —añade tras una pausa, señalando con la cabeza hacia una pequeña mesa auxiliar que hay al lado de la puerta—. Ahí colocaba su ordenador portátil y preparaba sus clases. Todo lo que hay en esos cajones es suyo, y lo que hay en la estantería detrás de la silla también —dice, llevándose las manos al pelo, como sopesando qué va a hacer con los objetos que le pertenecían—. Al principio, la idea de tener que compartir mi despacho me produjo ciertos reparos, pero enseguida me di cuenta de que había sido un golpe de suerte. Jon irradiaba alegría, agente.

»¿Por qué lo habrá hecho? —pregunta después de una pausa, más dirigiéndose a ella misma que a las dos personas que tiene delante.

Gaztelu y la agente Maya se miran un instante, antes de contestar a la velada pregunta.

—¿Cree usted que se suicidó, profesora? —pregunta el comisario—. ¿Tenía algún motivo para ello?

—No, comisario. Sinceramente, no creo que tuviera ningún motivo para hacerlo. Yo lo conocía bastante bien, pasábamos muchas horas juntos en este despacho... Creo que me habría dado cuenta si algo le preocupara —contesta Amelia, con la tristeza oscureciendo sus ojos—. Jon era un hombre divertido y lleno de vida. Los alumnos lo adoraban.

—¿Y sabe usted si se llevaba mal con alguien? ¿Quizás con algún profesor? ¿Tenía algún enemigo o había sufrido algún altercado recientemente? ¿Alguien con quien hubiera discutido? ¿Alguna amenaza? —continúa preguntando Gaztelu, recitando un guion

aprendido a base de experiencia.

Amelia se queda en silencio con la mirada fija en el comisario, analizando sus preguntas. No le hacen falta muchos más datos para comprender el sentido de sus palabras. Cuando comienza a hablar, su discurso deja traslucir un resquicio de miedo.

—¿Por qué me hace esas preguntas, comisario? ¿Qué está tratando de decirme? ¿Insinúa que no ha sido un suicidio? —El tono de voz de Amelia va subiendo de volumen a medida que las preguntas se agolpan en su mente y tratan de salir a borbotones.

—Amelia —el comisario Gaztelu busca las palabras apropiadas para contestar a la profesora, adoptando un tono de voz que intenta ser confortante—, tenemos indicios suficientes para creer que el profesor Jon Uriona Leguizamón fue asesinado ayer, aunque por el momento desconocemos las circunstancias exactas de lo sucedido.

La profesora Ortiz mira alternativamente al comisario y a la agente, sin poder dar crédito a lo que está escuchando.

—No puede ser. No... No puede ser —susurra de nuevo moviendo la cabeza de un lado a otro y dejando que las lágrimas fluyan al fin por su pálido rostro—. ¿Quién iba a querer hacer algo así? Esto no tiene ningún sentido.

—Amelia, por favor, tranquilícese. Estamos intentando hacer todo lo posible por averiguar qué ha podido pasar —le asegura la agente Maya con delicadeza.

Después de unos segundos que parecen eternos, la profesora emite un hondo suspiro y alza la vista hacia la agente, quien le tiende una caja de pañuelos de papel que ha localizado sobre la mesa. La profesora coge la caja y extrae de ella un par de pañuelos, se retira las gafas dejándolas sobre la mesa y se limpia el rostro despacio. El comisario y la agente contemplan cada uno de sus gestos en silencio, pensando en el resto de cuestiones que necesitan aclarar.

—Amelia —el comisario retoma la conversación tratando de averiguar más detalles sobre el fallecido—, ¿qué puede contarnos sobre la vida de Jon fuera de la universidad? ¿Vivía solo? ¿Tenía...?

Un ruido en la puerta interrumpe sus preguntas. Alguien la ha abierto sin llamar, con brusquedad, haciendo que la hoja golpee contra la pared, y los tres giran la cabeza para ver de quién se trata. En el umbral, una mujer rubia de unos cuarenta años los observa con cara de sorpresa.

—Eh... disculpen. Por favor, disculpen —titubea, y las palabras salen de su boca atropelladamente mientras mira de manera alternativa a cada una de las personas que tiene delante, centrando luego su atención en la profesora—. Ameli, disculpa la interrupción, por favor. Solo quería enseñarte esto —dice levantando el brazo para mostrar una hoja de papel que lleva en la mano y que parece arrugada por la fuerza con la que la sujeta—, pero ya veo que estás ocupada. Volveré más tarde, si te parece bien.

—No te preocupes, Alicia. Pasa —indica Amelia, haciendo un gesto a sus visitantes, como solicitando permiso para darle alguna explicación mientras permanece en el despacho. Ni el comisario ni la agente dicen nada, a la espera de las palabras de Amelia—. Estas personas que me acompañan son el comisario Xabier Gaztelu y la agente Jone Maya, de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Mucho me temo que su visita tiene que ver con eso que quieres mostrarme —dice tratando de parecer más serena de lo que realmente se siente y extendiendo el brazo para solicitar que le deje ver lo que sujeta en la mano.

Alicia hace un gesto de asentimiento y se acerca hasta la mesa de Amelia, mostrándole

el papel. La profesora le echa un vistazo rápido y lo deja sobre la mesa para que el comisario y la agente puedan verlo también. Se trata de un folio impreso con el rostro de Jon Uriona en primer plano, seguido de un texto extraído de algún medio de comunicación que solicita la colaboración ciudadana, con un número de teléfono de contacto al que llamar en caso de tener alguna información.

—Alguien ha impreso infinidad de copias de este papel y las está colgando por toda la universidad —explica Alicia—. Pensaba que era una broma de mal gusto y por eso he venido a avisarte, pero ya veo que no es así...

Amelia hace un gesto de asentimiento y respira hondo antes de contestar, sin que su mirada se despegue de los ojos de Jon, que la observa desde el papel.

—Gracias, Alicia. Si no te importa, deja que termine de hablar con estas personas y te aviso después —asegura, con voz afectada por lo sucedido y despidiéndose de ella para seguir hablando con el comisario y la agente.

La mujer afirma con un gesto y se da la vuelta para desaparecer con la misma rapidez con la que ha llegado, cerrando la puerta tras de sí. En el despacho se hace el silencio y los tres pares de ojos contemplan el recuadro donde aparece la imagen del profesor fallecido.

—Disculpen la interrupción, por favor. Alicia es una buena profesora, pero es muy impulsiva. Comisario, en cuanto a lo que me estaba preguntando antes de que ella entrara... —La profesora retoma la conversación haciendo un esfuerzo por recordar las preguntas del comisario y tanto la agente como el propio Gaztelu la observan con atención—, Jon vivía solo, en un apartamento en el Casco Viejo. No recuerdo la dirección exacta, pero puedo pedir que se la localicen. Su aita y su hermano viven en Lekeitio y su ama falleció hace ya un par de años. No creo que tuviera muchos amigos en Bilbao, hacía poco tiempo que vivía aquí.

—Gracias, profesora. Si no le importa, le agradeceríamos que nos proporcionara la información antes de que nos marchemos —solicita el comisario agradecido por el ofrecimiento.

Amelia no se hace esperar y descuelga el teléfono para hablar con la persona que puede suministrarles dicho dato. La conversación dura apenas unos instantes y, cuando cuelga, les indica, solicita:

—Comisario, agente, pasen por favor por secretaría antes de marchar. Allí tendrán preparado un dossier con los datos que necesitan —les asegura.

—Muchas gracias, Amelia. No queremos robarle más tiempo. Le agradecemos que nos haya atendido viniendo sin avisar —indica el comisario levantándose para marchar—. La llamaremos si necesitamos cualquier otra información.

—Hágalo, comisario. Y, por favor, manténgame informada de los avances de la investigación. Jon era un buen amigo... —dice, sin poder evitar que se le quiebre de nuevo la voz.

—Cuente con ello —contesta el comisario, mientras la agente Maya y él salen del despacho cerrando la puerta tras de sí.

En el pasillo, les sorprende ver a Alicia charlando con la estudiante de pelo rosa que les ha dado indicaciones cuando han llegado. Ambas se giran hacia ellos y los despiden con un gesto cuando pasan a su lado de camino hacia las escaleras.

—¿Qué opinas? —pregunta Gaztelu a la agente Maya cuando comprueba que no hay nadie alrededor.

—No lo sé... Realmente parecía sorprendida. No creo que supiera que el profesor Uriona ha aparecido sin vida, pero, aun así... no puedo quitarme de encima la sensación de que hay algo que no nos ha dicho —dice Jone, sin saber en qué basar esa sensación.

—A mí también me ha dado esa impresión. No descartes que tengamos que hablar con ella de nuevo —afirma, dirigiendo sus pasos hacia la secretaría para recoger la documentación que les han prometido.

7.

Es la hora de cenar, pero Amelia no tiene hambre. No se cree capaz de ingerir un solo bocado, ni siquiera de sus amadas kokotxas, que la esperan en la cocina en cazuela de barro, como manda la tradición. La visita del comisario y la agente Maya ha desestabilizado su mundo, ya de por sí inestable.

Pasea arriba y abajo por su dormitorio, contando los pasos y asomándose de vez en cuando al balcón para recibir un poco de aire fresco y aliviar la sensación de ahogo. No quiere llorar. Ahora no. Ignacio está en la habitación del fondo, en su despacho, y no podría explicarle cómo se siente, la sensación de pérdida que la invade por dentro. Él no sería capaz de entenderlo. Es mejor dejarle que continúe inmerso en su trabajo, en sus investigaciones y su mundo, ajeno a todo lo que tenga que ver con ella. Simulará un fuerte dolor de cabeza, uno de tantos que suele tener, para esquivar la temible hora de la cena. Se acostará antes de que él acceda al dormitorio y, con suerte, estará dormida cuando se tumbe a su lado.

Alicia es otra cosa. Alicia, con su particular sentido de la justicia, sí es capaz de entenderla. Valora tanto su amistad que es la única persona con la que se ha sentido libre de sincerarse. Está convencida de que, al salir del despacho, no se ha alejado demasiado, sino que se ha quedado dando vueltas por el pasillo, aguardando la ocasión de acercarse de nuevo a hablar con ella, esta vez a solas, para asegurarse de que se encuentra bien. Por eso se ha animado a llamarla en cuanto el comisario y la agente se han marchado.

—Alicia, hola —dice con suavidad, buscando la mejor manera de iniciar la conversación cuando la mujer contesta al teléfono.

—Ameli, acabo de ver a esos policías por el pasillo. Se han marchado ya. Voy de camino hacia tu despacho para ver cómo estás —asegura conteniendo el tono de voz para evitar que sus palabras se escuchen entre el alumnado que recorre la tercera planta.

—No vengas —contesta su interlocutora de manera tajante.

—¿Cómo que no? Escúchame, Ameli. Con lo que ha pasado... no puedes estar sola. Al menos deja que te haga compañía un rato. Te vendrá bien hablar con alguien —ruega en susurros.

—Sí. Tienes razón, Alicia. Pero no aquí. Necesito unos minutos para serenarme ahora que se han ido. Después cogeré mis cosas y me iré a casa. ¿Por qué no te pasas por allí y charlamos con tranquilidad? ¿Qué te parece en media hora? —sugiere, consciente de que el

resto del profesorado estará pendiente de lo que ha pasado una vez que la noticia se expanda y de que el despacho se va a convertir en un ir y venir de gente ávida de información.

—Está bien. Ya he acabado mis clases de hoy, así que recojo y me acerco a tu casa en un rato. Pero ¿qué pasa con Ignacio? ¿No estará por allí? —pregunta, con la duda inundando su tono de voz.

—No te preocupes por Ignacio. Llegará tarde. Últimamente tiene mucho trabajo y pasa muchas horas fuera de casa. Y cuando está en casa se encierra en su despacho, así que estaremos tranquilas —contesta con un cierto alivio en la voz.

—Está bien. Nos vemos en media hora. Vete preparando el café —bromea para reducir la tensión.

En el salón de casa de Amelia, el televisor está apagado y el silencio resulta pesado, casi asfixiante. Ella se encuentra de pie junto a la ventana, observando la calle a través de los espacios vacíos que deja el tejido perforado de la cortina. No quiere pensar. No quiere sentir el dolor que le atenaza la garganta amenazando con ahogarla. Necesita con urgencia que Alicia llegue de una vez y llene aquella habitación con su presencia tranquilizadora para paliar el efecto que el silencio tiene en su estado de ánimo. Tiene que hablar con ella. Es la única persona en la que puede confiar, la única con quien se siente capaz de compartir su secreto. Hace apenas diez minutos que ha entrado en casa y ya no puede soportar el silencio cargado de recuerdos que la rodea. No. Aquel no es su sitio. ¿Por qué continúa allí? Quizás debería marcharse. Escapar. Abajo, en la calle, los coches circulan con normalidad, los comercios cumplen con sus horarios habituales y los transeúntes vienen y van llenando la calle del color de la rutina. La vida sigue, pero Jon no está.

Cuando el timbre suena, ni siquiera se molesta en preguntar quién es. Pulsa el botón de apertura del portero automático y espera con paciencia tras la puerta entornada a que Alicia acceda al cuarto piso por la escalera. Ha tardado poco más de media hora en llegar, pero la espera se le ha hecho eterna. En cuanto pone un pie dentro de la casa, Amelia siente sobre su cuerpo el abrazo cálido y protector de su amiga, su energía vital extendiéndose en ramificaciones por todo su ser, su aliento en el oído susurrándole palabras cariñosas para tratar de calmarla, como cualquiera haría con un bebé que no deja de llorar. Solo entonces se da cuenta de que está llorando con lágrimas silenciosas que su amiga seca con ternura infinita. Alicia es una mujer enérgica y expresiva, con una vitalidad y una valentía que Amelia siempre ha envidiado. ¿Por qué no puede ser como ella y enfrentarse al mundo y a los problemas con su misma visión optimista? No. Amelia es más comedida y mucho menos expresiva, y ahora se deja llevar apoyando su frente sobre el hombro de su amiga, encantada de aceptar su consuelo. Un rato después, mucho más calmadas y cogidas de la mano, ambas acceden al salón después de deshacer el improvisado abrazo y cierran la puerta para preservar la intimidad de su conversación, a pesar de que no hay nadie más en la casa. En la mesa baja frente al sofá, dos tazas de café esperan su turno.

Alicia es la primera en hablar, incapaz de reprimir su curiosidad por más tiempo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta sin ocultar su nerviosismo, la necesidad de saber y el ansia por obtener alguna respuesta—. Cuando he visto la nota en el periódico con la imagen de Jon y luego todos aquellos panfletos empapelando las paredes... casi me caigo de espaldas. He salido corriendo para enseñártelo y allí estaban esos policías haciéndote preguntas. No hago más que darle vueltas, Ameli. ¿Qué querían?

—Han encontrado su cuerpo en la ría —susurra en voz tan baja que, más que escucharla, Alicia ha de imaginar lo que está diciendo—. Ya estaba muerto, Ali. No han podido hacer nada. Estaba muerto... —repite, tapándose los ojos con ambas manos.

—Lo sé... Ese dato aparece en la noticia que los periódicos han publicado, pero... ¿cómo es posible? Quiero decir... no imagino a Jon escribiendo una nota de suicidio y saltando a la ría —titubea pensando en voz alta, tratando de entender.

—Yo tampoco, la verdad. Yo... me habría dado cuenta, supongo. De todas formas, esos policías que han venido a verme dicen que hay indicios para creer... para creer... —La voz de Amelia se rompe y se convierte en un sollozo prolongado que no le permite continuar. Alicia se acerca más a ella y pasa los dedos por sus mejillas, secando con cariño las lágrimas que cubren su rostro—. Para creer que fue asesinado —dice, en un alarde de valentía, levantando la vista hacia su amiga.

Alicia la mira fijamente, como si no acabara de entender sus palabras. Su labio inferior tiembla y sus manos se entrelazan con tal fuerza que las uñas se clavan en la piel dejando surcos rojizos. Ambas guardan silencio, sin saber muy bien qué decir, una sumida en su pérdida y la otra tratando de digerir este nuevo dato. A pesar de no saberlo, los pensamientos de ambas fluyen en una dirección similar.

—Cuando estuviste con él... la última vez... —titubea Alicia, dudando si preguntar o prolongar el silencio que las envuelve—, ¿recuerdas que te dijera algo que te resultara raro? No sé... o que se comportara de un modo extraño, como si algo le preocupara —insiste.

—No. Y eso es lo peor de todo. Si algo le sucedía, si estaba preocupado, ¿por qué no confió en mí? —pregunta dolida, levantándose del sofá y caminando por la habitación, como si los pasos la ayudaran a pensar con algo más de claridad—. Estuvimos juntos hace dos días, en su casa. No fueron más que un par de horas, pero él se comportó de una manera de lo más normal. Estuvimos... bueno, ya sabes —dice sonrojándose ligeramente—. Luego tomamos una copa de vino y charlamos durante un rato. Me dijo que este fin de semana quería ir a Lekeitio a estar con su familia porque su aita estaba algo delicado de salud. Fue la única preocupación que le noté.

Alicia escucha a su amiga con atención tratando de buscar en sus palabras algún indicio, algún motivo, pero los ojos de Ameli brillan con intensidad cuando habla de Jon, como siempre han hecho. Sabe bien que Jon se había convertido en su válvula de escape, sus anhelos hechos realidad. No puede evitar darse cuenta de que su rostro deja traslucir con demasiada claridad el sufrimiento por el que está pasando. Si Ignacio llegara a enterarse...

—Ameli —dice levantándose y caminando hacia ella para abrazarla de nuevo—, lo siento tanto...

Amelia asiente, aceptando sus muestras de cariño y sintiéndose reconfortada por tener a alguien con quien poder compartir su secreto y su dolor. Alicia ha sido su confidente. No desde el principio, claro, cuando todo parecía una casualidad y aún se avergonzaba por haberse embarcado en esa aventura apasionada. Entonces no habría podido hablar de ello porque todo parecía irreal. Pero sí cuando la relación con Jon se fue afianzando y comenzó a tomar conciencia de lo que estaba pasando. Incluso llegó a pensar que merecía la oportunidad de ser feliz. Ahora se siente tan cobarde, tan culpable. Alicia se lo dijo en más de una ocasión, tratando de abrirle los ojos a la nueva realidad de su vida. Su matrimonio con Ignacio hace tiempo que no funciona y Jon... estaba allí cuando ella lo necesitó. Entonces, ¿por qué no había tenido la valentía de dejarlo todo? ¿Habría cambiado algo de haberlo hecho?

Ambas mantienen el abrazo durante unos segundos sin necesidad de palabras que llenen el momento, hasta que un ruido al otro lado de la puerta las hace sobresaltarse. El abrazo se rompe de inmediato y ellas se miran con una mezcla de sorpresa y culpabilidad, como si hubieran sido pilladas cometiendo algún delito. En realidad, el ruido que han escuchado no es fuerte, es más bien un ligero roce, algo que quizás en otro momento habría

pasado desapercibido, pero que, en las actuales circunstancias, provoca que en sus miradas surja una nota de alerta. Amelia mira a su amiga a través de la distancia que se ha impuesto entre ellas y le indica con un gesto que se siente de nuevo en el sofá, mientras ella se encamina hacia la puerta cerrada del salón. Alicia obedece sin rechistar y llena con celeridad las dos tazas de café que descansan sobre la mesita, queriendo crear un ambiente de normalidad que disfrace de alguna manera la sensación de ansiedad que el ruido ha provocado. Con manos temblorosas, coge una de las tazas y se dispone a darle un sorbo. Si hay alguien al otro lado de la puerta y trata de acceder al salón, lo único que va a encontrar es a dos amigas charlando y tomando café.

Por su parte, Amelia lucha contra sus propios fantasmas mientras respira hondo tratando de tranquilizarse y camina hacia la puerta impostando una actitud serena. Cuando la abre, el pasillo por delante de ella está vacío, iluminado por la escasa luz que entra ya a través de las ventanas. Le hace un gesto rápido a Alicia para indicarle que enseguida vuelve y camina con parsimonia hacia la cocina, alerta ante cualquier sonido. El leve roce de una puerta que se cierra con suavidad le hace detener sus pasos. Continúa escuchando unos segundos, pero ya no se oye nada más. Abre el grifo del agua y llena dos vasos hasta la mitad. Bebe un sorbo de uno de ellos y regresa al salón con las manos ocupadas, cerrando la puerta de nuevo.

—Parece que Ignacio ya ha llegado a casa —confirma—. He escuchado cómo cerraba la puerta del despacho. No creo que vuelva a salir, al menos hasta dentro de un buen rato —asegura, guiada por la rutina de sus actos.

—¿Ves como me tiene manía? Estoy segura de que se ha dado cuenta de que estoy aquí y ni siquiera se ha acercado a saludar —susurra Alicia, sin poder ocultar el rencor que siente hacia ese hombre, pero Amelia no contesta. Sabe que su amiga tiene razón y se avergüenza por ello—. ¿Crees que habrá estado escuchando detrás de la puerta? —pregunta, bajando todavía más la voz.

—Me gustaría creer que no... —contesta Amelia, temerosa—, pero ya sabes cómo es Ignacio.

—Lo único que sé es que necesita controlarte a cada momento. No sé cómo lo soportas —dice, sin poder evitarlo.

Amelia agacha la cabeza avergonzada, pero no se atreve a desmentir sus palabras.

—En cualquier caso, es evidente que le disgusta mi presencia aquí. No quiere que seamos amigas. Creo que tiene miedo de la influencia que pueda ejercer sobre ti, así que es mejor que me vaya, para evitar causarte más problemas. —Alicia ha suavizado la voz. Sabe que su amiga lo está pasando mal y lo que menos necesita son sus reproches.

Amelia la coge de la mano y se la aprieta con cariño, mostrándole su comprensión. Sabe que tiene razón. A Ignacio no le gusta Alicia. Siempre dice que es una mala influencia para ella. Pero esto no tiene intención de confesárselo a su amiga, así que afirma con la cabeza permitiendo que se levante para marchar. Espera a que recoja su bolso y su chaqueta, y la acompaña a la puerta, despidiéndose con dos besos. Alicia le acaricia el rostro con suavidad una vez más.

—Mañana nos vemos —dice, y se da la vuelta, dejándola en la puerta contemplando cómo se desvanece en la luz mortecina de las escaleras.

—Hasta mañana —responde Amelia, pero ya no obtiene contestación.

—¿Qué novedades tenemos? —pregunta Gaztelu, nada más acceder a la sala de reuniones de la comisaría. El subcomisario Ochoa y el resto de agentes llevan un rato compartiendo comentarios y opiniones sobre la investigación, pero las voces se apagan y todos ellos guardan silencio tras la pregunta del comisario, que hace un gesto a Iñaki Mendibe para que comience.

—Buenos días, comisario —saluda, mientras revisa los papeles que tiene extendidos sobre la mesa para decidir por dónde empezar—. Con relación al escenario, aún no contamos con ningún dato concluyente relacionado con el trozo de guante que el subcomisario Ochoa y yo encontramos en las escaleras. Hemos podido confirmar que su fabricación es bastante común y su uso está muy extendido, sobre todo en el ámbito hospitalario. Lo hemos enviado a la unidad científica, a ver si ellos pueden encontrar algún residuo o alguna huella, aunque sea parcial, pero aún estamos a la espera del informe con los resultados —dice, mirando al subcomisario que, a su vez, hace un gesto afirmativo con la cabeza para corroborar sus palabras.

—Está bien. Llamadles para que se den prisa —les urge Gaztelu—. Necesitamos tener algún resultado cuanto antes o no vamos a poder quitarnos al juez Méndez de encima. Y, de paso, recordadles que, si no lo han hecho, deberían comprobar la zona más allá de las escaleras: jardines, alcantarillas, papeleras...

—¿Qué buscamos exactamente, comisario? —pregunta Mendibe, haciendo anotaciones en su libreta.

—No lo sé, Mendibe. Cualquier cosa que esté fuera de lugar y que podamos relacionar con la agresión... Quizás el asesino se haya deshecho de los guantes o tirado algún resto de cuerda... que busquen cosas así. Me cuesta imaginar que se haya podido llevar consigo alguna prueba que lo incrimine. Con toda seguridad, se habrá deshecho de ello en algún punto cercano. Según la doctora Valle, existen indicios suficientes para creer que el profesor Uriona fue maniatado, pero las ligaduras no han aparecido —les recuerda. Los agentes guardan silencio mientras toman nota de cada detalle.

Mendibe mira al subcomisario Ochoa, por si este quiere añadir algo más, pero su gesto le indica que no tiene nada que decir.

—Otra cosa, Mendibe —añade el comisario, llamando su atención—. Cuando hable con la unidad científica, pídales también que tomen una muestra del agua de la zona en la que apareció el cuerpo. Que la analicen y comparen los resultados con las muestras extraídas de los pulmones y la sangre del cuerpo de Jon Uriona. Habrá que comprobar si el resultado del análisis de las diatomeas coincide en ambos casos —dice, mirando esta vez a la agente Maya, que sonríe ante los gestos de incomprensión de sus compañeros y toma la palabra para explicar de qué está hablando el comisario.

—Las diatomeas son algas unicelulares que se encuentran en el agua o en ambientes húmedos —explica Jone consultando sus anotaciones—, y son características del lugar en el que se desarrollan. Según nos ha explicado la doctora Valle, su análisis comparativo con los restos encontrados en los pulmones de la víctima podría indicarnos el lugar exacto donde se ahogó el profesor Uriona.

—Si fue maniatado, lo más probable es que el ahogamiento se produjera en el mismo lugar en el que apareció el cuerpo, aunque no podemos descartar otras opciones. En cualquier caso, el análisis del agua de esa zona concreta nos facilitará más datos para reconstruir los hechos —termina el comisario—. Mendibe y Ochoa, acercaos, por favor, a la base de Erandio a ver qué datos os pueden facilitar los de la unidad científica y mantenedme al corriente.

—Sí, comisario. Vamos a presionarles un poco, a ver si nos pueden dar algún detalle cuanto antes —contesta Mendibe en su papel de anfitrión del subcomisario.

—Ramírez, Sagarna, ¿habéis sacado algo en claro con las llamadas de teléfono? —La actitud expectante de los dos agentes le indica que tienen algo que contar y que están esperando su turno para hacerlo.

—Sí, comisario —contestan al unísono, haciendo sonreír disimuladamente al resto de agentes. Ante la mirada seria del comisario, Sergio Ramírez le hace un gesto a su compañera para que sea ella quien continúe hablando.

—La gran mayoría de las llamadas que se han recibido, tanto aquí como en la central de teléfonos, no nos ha aportado ninguna información que hayamos podido aprovechar —reconoce la agente—. Sin embargo, ayer a última hora nos pasaron aviso por la llamada de una mujer que afirmó haber visto a alguien en la zona en la que apareció el cuerpo —explica la agente Sagarna.

—¿Tenemos algún motivo para creer que esa llamada puede resultar más fiable que las demás, agente? —pregunta el comisario con cautela.

—En un primer momento, fue la central de teléfonos quien contestó, pero tras escuchar a la mujer, y con buen criterio, valoraron derivarnos la llamada, comisario. La mujer estaba bastante alterada y tuvimos que esperar a que se calmara, pero, una vez que lo hizo, fue capaz de proporcionarnos datos del lugar en el que aseguraba haber visto a un hombre a última hora de la tarde anterior, y esos datos coinciden exactamente con el lugar donde ha aparecido el cuerpo —relata la agente.

—Comisario, la indicación del lugar exacto donde se ha encontrado el cadáver no ha trascendido en ningún medio de comunicación —le recuerda Ramírez, señalando el documento con el comunicado enviado a los medios.

—Está bien. Hay que hablar con ella, a ver qué más nos puede contar. Ramírez, Sagarna, ¿os encargáis vosotros? —pregunta el comisario, mirando a los dos agentes.

—Claro, comisario. Ya la hemos citado y pasará por aquí sobre las once de la mañana —confirma la agente Sagarna.

—Perfecto. Mantenedme al tanto de lo que os cuente. Si dispone de algún detalle creíble sobre el hombre al que dice que vio, llamad al dibujante, a ver si podemos conseguir un retrato robot —indica, haciendo una pequeña pausa para sacar un chicle del bolsillo de su chaqueta y llevárselo a la boca—. Y, cambiando de tema, ¿qué habéis averiguado sobre el teléfono desde el que se hizo la llamada a emergencias?

—Está desactivado, comisario. La geolocalización indica que dejó de emitir señal en la zona donde apareció el cuerpo —asegura Ramírez—. También hemos averiguado que se trata de un teléfono con una tarjeta prepago. Según el registro que nos ha enviado la compañía telefónica, no hay llamadas anteriores ni posteriores a la que se hizo a emergencias. Da la sensación de que habría sido adquirido con el único fin de hacer esa llamada.

—Bien. O sea que, por lo que parece, nuestro testigo podría ser también nuestro asesino, y tenía prisa por que encontráramos el cuerpo... —dice, caminando a lo largo de la sala mientras medita sobre este hecho—. ¡Mierda! —exclama, sobresaltando al resto de agentes, que habían quedado en silencio—. Estaba allí. ¡Joder! El hijo de puta estaba allí cuando llegaron las patrullas y los servicios de emergencias. Estaba observándolo todo... Ramírez, ¿cuál fue el tiempo de respuesta de la patrulla desde que se hizo la llamada a emergencias?

—No mucho, comisario. Unos cinco minutos o quizás menos —dice consultando sus notas—. La primera patrulla se encontraba por la zona cuando recibieron el aviso.

—No tuvo tiempo de alejarse mucho... Hay que localizar ese terminal. Si se deshizo de él, no puede estar muy lejos. Que la científica lo añada a su búsqueda —dice mirando a Mendibe y Ochoa, que hacen una afirmación de cabeza—. Y que extiendan la búsqueda a la ría, a ver qué tesoros encuentran —añade, convencido.

—Está bien, comisario, vamos a estar encima de ellos hasta que nos den algo —confirma Mendibe.

—La agente Maya y yo vamos a acudir esta mañana al domicilio del profesor Uriona. Según nos dijo ayer su compañera de despacho, la titular del departamento, Amelia Ortiz, Jon vivía solo en un inmueble del Casco Viejo. El resto de su familia, su aita y su hermano, vive en Lekeitio —explica—. De hecho, parece que tenía previsto ir a visitarles el fin de semana. Iñaki, Iván, igual podéis acercaros a la casa familiar cuando acabéis con la científica. A ver si alguno de los dos os puede contar algún detalle sobre sus amistades o si tenía pareja o algo que ocultar, quizás deudas de juego —añade levantándose para dar por terminada la reunión—. Cualquier novedad que vaya surgiendo, me la hacéis saber —les indica, mientras cuelga en la pizarra una foto del profesor Jon Uriona Leguizamón que les han facilitado en la universidad.

Se produce un pequeño barullo cuando los agentes comienzan a recoger sus papeles y carpetas moviendo sillas y levantándose de sus sitios para ponerse en marcha, cada uno con su objetivo en mente. Abandonan la sala despacio, compartiendo impresiones y comentando detalles sobre el caso, mientras Gaztelu se queda atrás para anotar en la pizarra un resumen de los datos que tienen hasta el momento. Recopilar información y reflejarla sobre aquella superficie blanca le resulta útil para poner en orden las ideas. No es la primera vez que el simple hecho de tener los datos a la vista hace que en su cabeza las piezas del puzle encajen y ocupen cada una su lugar, aclarando su mente.

El subcomisario Ochoa, tras volver la vista atrás un instante, es el último en abandonar la sala, dejando al comisario ensimismado con sus anotaciones. El gesto de preocupación que surca su rostro es apenas perceptible para los demás, o al menos, eso intenta creer.

—¿Se encuentra usted bien, subcomisario? —le pregunta la agente Maya, que le ha interceptado por el pasillo—. Apenas hemos tenido ocasión de conocernos. Soy Jone Maya —dice, extendiendo una mano que el subcomisario rechaza. En su lugar, se acerca más a ella para darle dos besos en las mejillas a modo de saludo.

—Encantado, Jone. Recuerdo tu nombre de la presentación de ayer. Tengo buena memoria para los nombres y para las caras —dice, guiñándole un ojo—. Soy Iván. Puedes llamarme así si algún día accedes a que salgamos juntos a tomar unas cervezas. Pero, dentro de este edificio, sigo siendo el subcomisario Ochoa. Y sí, agente Maya, me encuentro bien —confirma con una sonrisa, haciendo que la agente se sonroje.

—¿Nos vamos, agente? —El comisario Gaztelu ha salido de la sala y se ha acercado a ellos sin que se hayan dado cuenta, escuchando la última parte de la conversación—. Tenemos trabajo que hacer —le recuerda, con el rostro más serio de lo que pretendía.

La agente Maya hace un gesto afirmativo con la cabeza y le sigue en dirección a la puerta, despidiéndose del subcomisario, que sonrío divertido.

9.

Es media mañana cuando el comisario Gaztelu y la agente Maya acceden al aparcamiento subterráneo del Arenal por San Nicolás. A estas horas, encontrar un lugar donde estacionar el vehículo en pleno centro neurálgico de Bilbao es casi misión imposible, así que la opción del parking es su mejor baza para evitar perder el tiempo dando vueltas

sin sentido alrededor de la zona.

Una vez tomada la precaución de recordar el número exacto de la hilera en la que han estacionado el vehículo, regresan de nuevo a la claridad de la superficie, donde el repentino bullicio del centro de la ciudad los golpea de lleno, haciendo que, durante un instante breve, se queden quietos observando alrededor. El ritmo frenético de la gente que viene y va, los coches y autobuses que circulan sin apenas detenerse en los pasos de peatones, los tumultos en las tiendas y la algarabía en los bares los confunden durante un momento, convirtiéndolos en espectadores ocasionales de la vorágine de la gran ciudad. Sin embargo, ninguno de los dos olvida a dónde van y para qué están allí, así que cruzan la plazuela de San Nicolás con intención de adentrarse en el corazón del Casco Viejo, dejando atrás la iglesia, que los despidе con unas campanadas alegres, invitándolos a volver a su encuentro en otra ocasión.

El comisario y la agente se adentran en la calle Askao sin contagiarse de la prisa del resto de viandantes. A su izquierda queda la estación de metro y ferrocarril a la que, por su ubicación, le ha tocado compartir el nombre de la plazuela y de la iglesia. Caminan con tranquilidad, observando las callejuelas de suelos adoquinados y los edificios con fachadas de colores diversos, consultando cada poco tiempo la distancia que les falta por recorrer hasta llegar a la dirección que están buscando. Ambos se preguntan si, en algún momento, el asesino habrá recorrido también aquella calle, vigilando los movimientos de Jon y planeando su estrategia de caza. Buscan con la mirada recovecos y rincones, callejuelas estrechas donde una persona podría apostarse para espiar sin ser vista.

El número dos de la calle Askao, a donde se dirigen, es un portal discreto, estrecho y antiguo, pero en un excelente estado de conservación, con un portón de entrada con enrejado de hierro sobre el cristal en el que se adivina un cartel desgastado que anuncia oficinas en alquiler. El comisario y la agente levantan la vista para observar la fachada y las ventanas, y constatan que toda la superficie del primer piso parece estar ocupada por oficinas, mientras que el resto de los pisos parecen viviendas de uso habitual. Sin detenerse más tiempo en esa primera inspección ocular, ambos se acercan al portal con intención de echar un vistazo rápido al panel de timbres que reluce a la derecha de la puerta. Se trata de un edificio de cuatro plantas, con dos viviendas enfrentadas en cada una de ellas, a derecha e izquierda de las escaleras de acceso, pero el panel no contiene ninguna identificación de los nombres de los inquilinos. Únicamente consta si se trata de la vivienda derecha o izquierda.

—Es el cuarto, ¿no? —pregunta Gaztelu, solo por asegurarse.

—Sí, comisario. El cuarto derecha —confirma la agente, de memoria.

Por si acaso, la agente Maya consulta sus notas. Efectivamente, la vivienda del profesor Uriona está ubicada en el último piso, el cuarto derecha. El comisario Gaztelu retrocede hacia el centro de la calle para revisar de nuevo la fachada, buscando el cuarto piso, mientras la agente se dispone a pulsar uno de los timbres al azar con la esperanza de que algún vecino les abra la puerta de acceso al portal. Duda si llamar a las oficinas. Probablemente ahí nadie les pregunte su identidad antes de franquearles el acceso al inmueble. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, una mujer se acerca a ellos con un manojo de llaves en las manos. La agente Maya se retira educadamente para cederle el paso y espera con paciencia a que acierte a abrir la cerradura. Cuando lo hace, la agente se interna en el edificio tras ella, sujetando la puerta para que el comisario acceda también al interior.

—Disculpen, pero... ustedes no viven aquí, ¿verdad? —les pregunta la mujer, que se ha dado la vuelta al darse cuenta de que han entrado tras ella, y se ha quedado delante de la escalera, entorpeciendo el paso.

—No, señora, no vivimos aquí —contesta la agente Maya, fijándose en cómo la mujer sujeta con fuerza contra su pecho el bolso que lleva al hombro, como si temiera ser víctima de algún ataque o robo—. Pero, no se preocupe, somos ertzainas —dice, sacando su identificación del bolsillo del pantalón y enseñándosela a la señora, que se acerca un poco a ella para verla mejor.

—¡Ah! ¡Qué susto me han dado! —confiesa la mujer, relajando un poco el gesto y mostrándose ya algo más tranquila—. En esta zona suele haber algún robo casi cada día y yo ya estoy muy mayor para salir corriendo. ¿Saben que en el último año se han incrementado los robos casi en un cincuenta por ciento? Sin ir más lejos, el otro día le robaron la cartera a mi amiga Conce. Se llama Concepción, ¿sabe?, pero las amigas siempre la llamamos Conce, porque es más corto. El caso es que no se dio cuenta hasta que llegó a casa y vio que tenía el bolso abierto, la pobre. Ella cree que fue un joven que subió con ella en el ascensor —dice, bajando la voz y adoptando un tono de confidencia.

—Disculpe que le hayamos asustado, señora. No era nuestra intención. En realidad, solo venimos a confirmar unos datos. ¿Quiere que le ayude con esa bolsa? —pregunta el comisario, haciendo un gesto hacia la pequeña bolsa con recados que la mujer sujeta en su mano izquierda y viendo de reojo cómo la agente Maya sonríe divertida.

—Muchas gracias. Es usted todo un caballero —contesta, tendiéndole la bolsa con una sonrisa coqueta—. Están aquí por lo de ese chico, ¿verdad?

La agente y el comisario se miran un instante antes de contestar, preguntándose cuánta información tendrá la mujer, y es Jone la que toma la palabra.

—Así es. Hemos venido a echar un vistazo al domicilio del señor Uriona. ¿Lo conocía usted? —pregunta, mientras ambas comienzan a subir las escaleras, seguidas de cerca por el comisario.

—Yo conozco a todo el mundo —contesta con una sonrisa y haciendo una parada en el primer tramo de escaleras para recuperar el aliento—, en este edificio y en todos los de alrededor. Llevo viviendo aquí más de cincuenta años —les aclara orgullosa.

—¿Y qué puede decirnos del señor Uriona? ¿Era un buen vecino? —La agente Maya no quiere perder la oportunidad de conocer más detalles sobre la vida del profesor y continúa preguntando con confianza, como si estuviera hablando con una buena amiga—. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Mi nombre es María del Pilar Sagastia, agente —contesta con una sonrisa que delata la satisfacción que le produce sentirse protagonista de la conversación—, aunque aquí todo el mundo me llama Pili o Pilarín. Jon me llamaba Pilarín, para adularme. Siempre me decía lo joven y guapa que me veía... —dice con añoranza, haciendo una pausa para dejarse llevar por el recuerdo—. No llevaba mucho tiempo viviendo aquí, pero era un buen chico. Siempre me subía las bolsas a casa, como usted —dice, dirigiéndose ahora al comisario Gaztelu con una sonrisa—. Puede dejar la bolsa ahí, si quiere —le indica, señalando la puerta a su izquierda—. Yo ya he llegado.

—Pili, ¿sabe usted si Jon vivía solo? —pregunta la agente Maya, mientras espera con paciencia a que la mujer saque las llaves de su bolso para abrir la puerta.

—Sí. Vivía solo —confirma la mujer—. Aunque, ¿sabe una cosa? —dice bajando el tono, como si estuviera a punto de contar un gran secreto—. A veces recibía visitas.

—¿Visitas? ¿Quiere usted decir que su familia venía de vez en cuando a pasar el día con él? —pregunta el comisario, tirando del hilo.

—No, joven, no. Por el escándalo, no parecía que la visita fuera de la familia... Ya me

entiende —contesta haciendo un guiño cómplice a Gaztelu.

—¿A qué se refiere, Pili? —pregunta el comisario, siguiendo a la mujer al interior de la vivienda para depositar la bolsa con los recados sobre la mesa de la cocina.

—¿Lo visitaba alguna mujer? —se adelanta la agente Maya, para facilitarle la confidencia.

—Sí... —contesta de forma enigmática—. Aunque yo nunca la he visto, ¿eh? No vaya a creer que espío desde detrás de la puerta o que me gusta meterme en la vida de los demás.

—¡Cómo voy a creer eso, mujer! Si salta a la vista que es usted una persona discreta —contesta la agente, ganándose una sonrisa satisfecha por parte de su interlocutora—. Y dígame, Pilar, ¿le parece a usted que era siempre la misma mujer la que lo visitaba? —pregunta la agente con curiosidad.

—Sí, sí... Siempre la misma. Ya le digo que el muchacho era muy formal. Yo le decía a menudo que, a su edad, tenía que sentar la cabeza, y siempre me respondía que estaba camino de ello —asegura la mujer con rapidez.

La agente y el comisario se miran sin poder reprimir una sonrisa. Está claro que la mujer les ha dicho la verdad: conoce a todo el mundo.

—Pili, ahora nos tenemos que marchar a casa de Jon —le indica la agente con amabilidad, girándose en dirección a la puerta.

—¿Tan rápido? ¡Pero si acaban de llegar! ¿No quieren tomar un café o algo? Tengo una botella de vino en la nevera. La puedo abrir si les apetece —dice, dirigiéndose sobre todo al comisario—. Era la que más le gustaba a mi difunto esposo, que siempre decía que los mejores caldos son los que salen de La Rioja alavesa.

—Se lo agradecemos mucho, Pili, pero mejor otro día. Ahora tenemos un poco de prisa —contesta el comisario, declinando la invitación.

—¿Quieren que les acompañe? Puedo mostrarles cuál es la vivienda de Jon —se ofrece solícita la mujer.

—No hace falta, de verdad. Ya le hemos robado demasiado tiempo y tendrá usted sus cosas que hacer —contesta la agente Maya, leyendo la desilusión en su rostro—. Le agradecemos mucho la ayuda que nos ha prestado.

Pilar se da la vuelta y abre la puerta de un armario bajo para sacar una caja de latón con dibujos geométricos de colores llamativos.

—Al menos cojan una galleta. Las he hecho yo —dice, ofreciéndoles la caja.

El comisario y la agente toman una galleta cada uno y le dan las gracias efusivamente antes de salir de la vivienda despidiéndose de la vecina, que cierra la puerta enseguida, y simulan no escuchar el ruido metálico de la mirilla al abrirse mientras continúan el ascenso por las escaleras hasta el último piso, sin poder evitar hacer comentarios jocosos sobre la intimidad en los edificios.

A diferencia de las que han visto en el resto de pisos del inmueble, las dos puertas que hay en el cuarto están bien diferenciadas. La de la derecha es vieja y está necesitada de una buena capa de barniz, sobre todo en la parte baja y alrededor de la cerradura, donde los rayones en la madera muestran el poco cuidado con el que se ha tratado a lo largo del tiempo. Además, no dispone de cerradura de seguridad. Gaztelu mira hacia el otro lado y comprueba que la de la izquierda sí tiene un doble cerrojo. Seguramente, no será una vivienda de alquiler. Siguiendo el protocolo, el comisario llama al timbre de la vivienda del profesor Uriona y se identifica, pero nadie contesta al otro lado. Llama una segunda vez, acompañando el timbre de unos golpes en la madera de la puerta, pero el resultado sigue siendo el que esperaban: no hay respuesta en el interior de la vivienda.

—Está claro que no hay nadie —dice, encogiéndose de hombros—. ¿Puedes comprobar si nos ha llegado ya la orden judicial? —pregunta a la agente, que permanece un poco por detrás de él.

La gente Maya revisa su teléfono móvil, pero no encuentra ninguna notificación que contenga la orden que están esperando. Le hace un gesto al comisario, moviendo la cabeza a un lado y a otro, así que este decide llamar a comisaría para comprobar cómo están los trámites.

—Ramírez —dice, cuando el agente contesta al otro lado—, ¿tenemos ya la orden del juez para entrar en el domicilio del profesor Uriona? —pregunta impaciente.

—Un segundo, comisario. Voy a comprobarlo —contesta el agente, dejando en espera a Gaztelu—. La tenemos —dice, tras unos segundos de verificación—. Se la estoy enviando al móvil.

—Gracias, Ramírez. Envíanos también a Masi a la dirección del profesor. Mientras tanto, vamos a ver si podemos hablar con algún vecino —dice, despidiéndose y cortando la comunicación.

Para cuando Masi, el cerrajero que habitualmente trabaja con la Policía judicial, aparece por allí, Gaztelu y la agente Maya ya han podido hablar con el vecino de la vivienda anexa, que les ha confirmado su consternación por la noticia. Al parecer, no se conocían demasiado, pero, según el vecino, Jon era un hombre discreto, de los que no arman jaleo en el vecindario y siempre tiene una palabra amable para los demás. Cuando le han preguntado por una posible relación con alguien, el vecino ha mantenido un silencio que ha durado apenas unos segundos y les ha indicado que él no conocía la vida privada del profesor, pero les ha confirmado que alguna vez ha escuchado voces dentro de la vivienda, señal de que Jon estaba acompañado.

—¿Qué te parece? —le pregunta Gaztelu a Jone, tratando de comprobar si ambos se han hecho la misma idea con relación a la figura del hombre que están investigando.

—No lo sé... A primera vista, parece un hombre educado que mantiene un trato cordial con los vecinos. Pero hay algo raro en todo esto... Si mantiene una relación con alguien, ¿por qué ocultarlo? Parece que los vecinos han oído a esa persona, pero nadie la ha visto. No deja de parecerme extraño en una comunidad como esta, en la que todo el mundo se conoce —reflexiona la agente, tratando de ordenar sus ideas.

—Tienes razón. Quizás no sea más que una coincidencia, pero habrá que tenerlo en cuenta —contesta Gaztelu haciéndole un guiño.

—Ya sabes lo que dicen...: Una vez es casualidad, dos es coincidencia. Tres veces es acción enemiga. ¡Habrá que seguir preguntando a los vecinos! —dice decidida.

—Gracias, Masi —contesta el comisario a la señal que les permite la entrada en la vivienda del profesor Uriona.

—De nada, comisario. Para eso estamos —dice, recogiendo su caja de herramientas para marchar, mientras el comisario y la agente se enfundan los guantes antes de acceder al domicilio.

Nada más abrir la puerta, los recibe un oscuro pasillo que desemboca en un ventanal cuyas contraventanas permanecen cerradas y les invade un olor a madera vieja que ya han percibido antes al entrar en la vivienda de Pili. A ambos lados del pasillo, un zócalo de listones de madera de aproximadamente un metro de altura se interrumpe hasta en cinco ocasiones para dar paso a las correspondientes estancias: una cocina, un salón, un baño y dos dormitorios. Tras un vistazo rápido sin nada reseñable que despierte su curiosidad, pasan de largo la cocina, cuadrada y amplia, y el cuarto de baño. Su interés se centra, sobre todo, en los dormitorios y el salón. No saben qué buscan exactamente, pero por algún sitio hay que empezar.

Les llama la atención el inmenso sofá de tapicería gris que ocupa gran parte del salón. El resto del escaso mobiliario resulta insignificante a su lado: un pequeño mueble bajo donde descansa un televisor no demasiado grande y unas estanterías repletas de libros. Mientras el comisario se acerca a la ventana para hacer una inspección ocular rápida y trata de ubicarse observando la calle, la agente se agacha para revisar los cajones que rematan la zona baja de la estantería. En su interior solo encuentra papeles y una caja de cartón con algunas fotografías, nada que parezca darles ninguna pista sobre los motivos que alguien haya podido tener para asesinar al profesor, pero, de todos modos, tendrán que llevárselo todo para tratar de entender quién era Jon Uriona Leguizamón.

La ventana que el comisario ha dejado abierta desata de repente una ligera corriente de aire que recorre la estancia haciendo que la hoja de la puerta se mueva, amenazando con cerrarse de golpe.

—Hay corriente —constata el comisario extrañado, adelantándose para cerrar la ventana. Durante el tiempo que ha permanecido analizando tanto la ventana como los posibles accesos a ella, no ha sentido el aire como en este momento—. ¿Has dejado abierta la puerta de la calle? —pregunta Gaztelu a la agente, ya que ella ha sido la última en entrar en la vivienda.

—No. He cerrado con cuidado. De eso estoy segura. Pero es posible que haya alguna otra ventana abierta en cualquiera de los dormitorios de enfrente —especula la agente, saliendo al pasillo y asomándose a las dos habitaciones para comprobarlo—. ¡Nada! ¡Todo cerrado! —grita, después de revisar cada estancia.

Gaztelu se acerca a la puerta de uno de los dormitorios y le hace un gesto a la agente para que entre en el otro.

—Vamos a echar un vistazo, a ver si el profesor guardaba algún secreto por aquí —dice, entrando en el primero de los dormitorios y agachándose para mirar bajo la cama. Cuando comprueba que no hay nada, levanta la voz para que la agente Maya le escuche desde la habitación contigua—. He encontrado unas zapatillas y algo de polvo...

—Aquí tampoco hay gran cosa, comisario. Esta habitación está prácticamente vacía. Hay un par de maletas guardadas en el armario, algunas perchas y poco más. Supongo que no

necesitaba más que un dormitorio —contesta la agente, retrocediendo sobre sus pasos para ir al encuentro de su compañero.

—Este armario está ordenado —dice, haciéndose a un lado para que la agente pueda asomarse—. No parece que haya nada fuera de su sitio —confirma el comisario un tanto desilusionado.

—Xabier —dice Jone, mirando hacia el interior del armario—, ¿recuerdas cómo has dejado tu parte del armario al salir de casa esta mañana?

Gaztelu la observa sin comprender. Jone vuelve la vista alrededor de la habitación y dirige su atención de nuevo al armario.

—Fíjate bien. Todo esto está demasiado ordenado, como si alguien hubiera pasado por aquí para recoger la ropa o los zapatos y dejarlos exactamente en el lugar que tienen que estar. No hay nada fuera de lugar. ¿No te parece extraño? —pregunta, con el ceño fruncido—. Deberíamos preguntar si el profesor tenía contratada alguna ayuda para la limpieza de la vivienda —dice, convencida.

—No lo creo —contesta Gaztelu, con seguridad—. He encontrado bastante polvo bajo la cama. Y mira esto —añade, llamando la atención de la agente hacia la mesilla de noche que hay junto a la cama—. También hay polvo sobre la mesilla de noche, como si no se hubiera limpiado en días, pero fíjate en ese vacío a la izquierda.

La agente dirige la mirada hacia el punto que el comisario le indica y no puede reprimir su sorpresa.

—Había algo sobre la mesilla de noche y ha desaparecido —confirma la agente—, y por el tamaño yo diría que se trata de un marco para fotografías. ¿Alguien se ha molestado en venir hasta aquí para llevarse un marco con una foto?

La pregunta queda flotando en el aire mientras el comisario y la agente se sumen en un silencio que casi deja escuchar el engranaje de sus pensamientos.

—Está bien —dice el comisario, tras un par de minutos en los que ambos continúan revisando el dormitorio—. Vámonos. Aquí no vamos a encontrar mucho más. Pediremos a la Policía científica que se acerque a recoger huellas, a ver si dan con algo que pueda sernos de utilidad.

Ambos se dirigen hacia la salida tratando de poner orden en sus ideas. La agente Maya, que aún porta en las manos los papeles y la caja con fotografías que ha encontrado en el salón y que, de repente, ha cobrado un interés especial, es la primera en recorrer el tramo de pasillo que los separa de la puerta de entrada. En un gesto automático, levanta una mano para sujetar el pomo de la puerta, pero la acción se detiene a medio camino.

—Xabier —dice en un susurro, llamando la atención de su compañero y pidiéndole que se detenga—, fíjate en esto. —La agente señala algo en el quicio de la puerta que el comisario se acerca a examinar con interés. Su ceño fruncido delata su incredulidad ante lo que está viendo.

—No puede ser —duda—. Si hemos sido las últimas personas en acceder a la vivienda, los últimos en abrir y cerrar la puerta, ¿cómo es posible que haya un pelo atrapado entre la puerta y el marco? Habría caído al suelo al entrar nosotros —confirma mirando a la agente, que está paralizada frente a la entrada.

—La corriente de aire... no ha sido ninguna ventana —asegura la agente, con un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Crees que había alguien en la casa cuando hemos llegado? —pregunta el comisario, poniendo voz a los pensamientos de ambos.

—Creo que hemos sido los últimos en entrar, pero me parece que ya había alguien dentro cuando hemos llegado, alguien que no ha contestado cuando has llamado identificándote, alguien que tenía llave y acceso libre a la vivienda... La cerradura no estaba forzada cuando hemos llegado. Es posible que esa persona se haya escondido en una de las habitaciones cuando nos ha escuchado, antes de que entráramos. Seguramente se habrá mantenido oculta, esperando, y habrá aprovechado el momento en el que estábamos en el salón para salir... Arriesgado.

—Alguien profesional o acostumbrado a no hacer ruido —añade el comisario, dando por buenas las elucubraciones de la agente mientras saca una pequeña bolsita del bolsillo de su pantalón para introducir el cabello—. Habrá que enviarlo a analizar —dice, abriendo la puerta para salir.

—¿Crees que habrá venido a por la fotografía que falta en el dormitorio? —pregunta la agente, sujetando con más fuerza la caja que lleva en las manos.

—Es posible. Llave, acceso a la vivienda y fotografía desaparecida...

—¿Estás pensando en la mujer misteriosa? —pregunta la agente, para confirmar que ambos tienen a la misma persona en mente.

Sin embargo, el comisario no contesta. Se dirige de nuevo a la puerta de la vivienda contigua para tocar el timbre. Hay algo que quiere confirmar antes de abandonar el inmueble.

—¡Ah! Son ustedes de nuevo. Pensaba que ya se habrían marchado —dice, nada más abrir la puerta.

—Disculpe que le molestemos otra vez, pero tenemos una última pregunta. ¿Podría decirnos si ha escuchado pasar a alguna persona por delante de su puerta durante el tiempo que hemos permanecido en la vivienda?

El gesto serio del comisario hace que el vecino borre la sonrisa de su rostro. Dirige la mirada de Gaztelu a la agente, fijándose en el bulto que esta lleva en sus manos, antes de contestar.

—No, comisario. Le aseguro que no he visto a nadie en el rellano ni en las escaleras. Estaba echando un cigarro en el balcón.

—Ya. ¿Y ha visto salir a alguien del portal mientras echaba ese cigarro? —pregunta el comisario, recordando que el balcón ubicado en la cocina está justo encima de la entrada del edificio.

—Ahora que lo dice, es posible que haya salido alguien. Me ha parecido escuchar la puerta, pero, si ha salido, ha debido caminar pegado a la fachada, porque no he visto nada —contesta mostrando poco interés.

—Está bien. Gracias por su colaboración —termina el comisario, haciendo un gesto de despedida antes de darse la vuelta para dirigirse a las escaleras, seguido de cerca por la agente Maya.

pasillo y se dedican a hurgar en sus bolsillos en busca de alguna moneda suelta, mientras charlan despreocupadamente. Después de unas horas sentados frente al ordenador contrastando datos, necesitan estirar un poco las piernas y tomar un café. Aún les quedan cinco minutos antes de su cita con la testigo a la que tienen que interrogar, así que han decidido que no es mal momento para hacer un pequeño descanso.

El primero en asomar es el cappuccino de la agente Sagarna, que deja un rastro de agradable aroma en el pequeño espacio cerrado. La agente coge el vaso, distraída por la conversación, pero con cuidado de no quemarse, y añade más monedas a la ranura de la máquina para que Sergio Ramírez haga su elección. Solo, con doble ración de azúcar. Ambos miran los vasos de material reciclable —ya no se permite el plástico, para tratar de salvar el medioambiente, lo cual no deja de parecerles una ironía, dadas las circunstancias — y hacen un gesto de repulsión hacia el líquido que contienen.

—Recuérdame que te invite a un buen café cuando salgamos de aquí —dice el agente Ramírez, mirando su vaso con desgana.

—Aceptado —contesta la agente—. ¿Qué tal si nos acercamos luego hasta el Skull? Allí sí que tienen un brebaje que merece la pena, no como esto...

Están seguros de que nunca han probado nada peor. Ni siquiera entienden cómo es posible que se le llame café, cuando en realidad se trata de un preparado artificial que tiene muchas posibilidades de provocarles molestia intestinal durante horas, pero, aun así, lo beben con resignación. Necesitan la dosis de cafeína más que nunca. El caso es el que están trabajando les está trayendo más de un dolor de cabeza. Aún siguen a la espera de los datos que les pueda proporcionar la Policía científica, pero, mientras tanto, no tienen nada.

—¿Qué te parece si compramos una buena cafetera, de esas que funcionan con cápsulas? Podríamos colocarla en la sala común. Al menos nos evitaríamos este mal trago —dice la agente, señalando su vaso, ya medio vacío, con un gesto de repugnancia.

—Joder, me parece una idea genial, en serio. Con las horas que pasamos aquí, la necesitamos más que en casa. —Con la espalda apoyada contra la pared, el agente Ramírez hace movimientos rotatorios con el cuello con el fin de estirarlo después de un buen rato sentado delante de la pantalla de su ordenador. Mientras tanto, remueve su café agitando la cucharilla de manera enérgica para disolver el extra de azúcar que ha pedido, sin poder evitar que una gota de líquido salpique el centro de su camisa.

—¡Mierda! —exclama sobresaltado, separándose de la pared y contemplando la mancha que se extiende cerca de uno de los botones de la pechera, mientras desata el botón y estira la tela para separarla del pliegue de la botonadura y que el líquido derramado no la traspase.

Su compañera lo mira, sorprendida por el exabrupto. No está acostumbrada a que Ramírez diga una palabra más alta que otra y hace ademán de contestarle, pero se ve interrumpida por alguien que se ha acercado hasta ellos sin que lo hayan visto llegar.

—Sagarna, Ramírez —les llama la atención en ese momento el agente que está de turno hoy en la entrada—, hay una mujer en la puerta que pregunta por vosotros.

—¡Maldita sea! ¡Qué oportuna! —susurra entre dientes el agente Ramírez, bebiendo de un trago el resto del café que queda en el vaso.

—Qué puntual, querrás decir —contesta la agente, mirando su reloj—. No te preocupes. Yo me encargo —asegura, mientras le indica al agente que les ha dado el aviso que acompañe a la mujer a la sala de interrogatorios—. Dígale que ahora mismo voy —le pide, con una sonrisa. Y cuando el agente desaparece por el pasillo, se vuelve de nuevo hacia Ramírez—. Te espero abajo. Cámbiate sin prisa y luego te acercas —le indica, dándole una

palmadita en el hombro para tranquilizarlo—. Ya me ocupo de entretenerla hasta que llegues.

Sin esperar a la contestación de su compañero, Maitane Sagarna apura su resto de café y deja el vaso en el contenedor instalado al efecto, encaminándose sin prisa a la sala ubicada en el sótano del edificio. Antes de entrar, se encarga de dejar aviso al agente que custodia la puerta para que haga pasar a Ramírez en cuanto llegue y abre la puerta con curiosidad. La testigo permanece de pie, en una esquina de la sala de espaldas a ella, pero se da la vuelta al escuchar los pasos de la agente, que la invita a acercarse y tomar asiento frente a ella, a lo que obedece sin un solo gesto que evidencie su incomodidad.

La agente la observa sin disimulo. Se trata de una pelirroja con una media melena cortada a capas que hace bailar su mirada de un lado a otro de la sala, inspeccionando el lugar con curiosidad. Cuando su mirada se cruza con la de la agente, ambas entonan un «buenos días» discreto y sin aspavientos.

—Soy la agente Maitane Sagarna, de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza —comienza diciendo, tratando de que su voz resulte tranquilizadora—. Como sabe, hemos solicitado su presencia en esta comisaría como testigo en una investigación en curso.

La mujer hace un gesto afirmativo con la cabeza, confirmando que conoce el motivo de su presencia allí.

—Disculpe mi nerviosismo, agente, pero es la primera vez que piso una comisaría —dice la mujer mirando a la agente Sagarna, que le dedica una mirada de comprensión y una media sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe. Me hago cargo. En primer lugar, le haré unas preguntas sencillas, antes de empezar con lo relativo al caso —le explica, y una vez que la mujer le confirma que está de acuerdo mediante un gesto de asentimiento, la agente comienza el interrogatorio—. ¿Sería tan amable de indicarme su nombre completo? —pregunta, siguiendo el protocolo de identificación y pulsando el botón de encendido de la grabadora que tiene delante. El interrogatorio quedará registrado y pasará a formar parte del expediente del caso, junto con el resto de pruebas de la investigación.

—Me llamo Leire Alzola Olabarria y vivo en Bilbao, en el barrio de Deusto —contesta la mujer juntando las manos frente a ella sobre la mesa y entrelazando los dedos, como si no supiera qué hacer con ellos.

Leire es una mujer en mitad de la treintena, atlética y con el rostro curtido por la brisa del cantábrico, aunque no demasiado moreno. Allí donde termina la tela de la manga de su camiseta se puede apreciar la diferencia de color entre las zonas de la piel expuestas al sol y las que la ropa habitualmente oculta, por lo que no es difícil adivinar la cantidad de horas que la mujer permanece entrenando al aire libre, aunque según constata la agente, estas marcas no parecen incomodarla lo más mínimo, más bien al contrario, puesto que las enseña orgullosa por ser el resultado de su esfuerzo y dedicación a un deporte hasta hace poco reservado al género masculino. Leire es remera en la trainera de Deusto, primero por devoción, ya que, según le indica a la agente: «El veneno del remo se te cuela dentro del cuerpo atravesándote el alma», y después por tradición: «En mi casa he vivido la fiesta de las traineras desde siempre, ya que mi aita era bogador», explica.

Mientras la agente Sagarna la arrastra a una charla ligera sobre esta afición con el fin de ahuyentar sus nervios y la mujer le explica con paciencia que la presentación del equipo femenino del Club de Remo Deusto o Deustu Arraun Taldea no tuvo lugar hasta mediados del año 2016, ambas escuchan abrirse la puerta de la sala de interrogatorios en la que se encuentran, dando paso a un agente de rostro afable, que se queda callado, de pie, cerca de la puerta, escuchando con interés la conversación.

—Leire —dice la agente Sagarna, cuando la mujer finaliza la explicación y después de comprobar que quien ha entrado por la puerta es su compañero, que regresa con una camisa impoluta y sin rastro de manchas—, le presento a mi compañero, el agente Ramírez. Ella es Leire Alzola —le indica al agente, para ponerle en antecedentes—. Aún no hemos comenzado con la narración de lo que vio hace dos días mientras entrenaba en la trainera de la que forma parte.

—En realidad, estábamos ya de regreso hacia el pabellón —aclara la mujer—. Ese día, el entrenamiento fue algo más corto. Llovía mucho y el viento nos traspasaba la ropa, así que estábamos cansadas y deseando regresar. La lancha en la que iba el entrenador se había adelantado y nosotras seguíamos nuestro ritmo, ansiosas por terminar.

—Leire, cuando llamaste por teléfono a comisaría, explicaste que esa tarde habías visto algo que te resultó extraño —dice la agente tuteándola por primera vez para buscar su cercanía en la narración.

—Bueno... sí —confirma la mujer, mientras ambos agentes la miran expectantes—. Habitualmente, cuando regresamos de un entrenamiento, apenas nos quedan fuerzas para mirar alrededor. Pero ya les digo que ese día fue distinto. Regresábamos antes, después de un entrenamiento algo más ligero que el de los días previos. Yo levantaba la cabeza de vez en cuando para comprobar cuánto nos faltaba, para calcular los tiempos y animar a mis compañeras. Todas ellas son más jóvenes que yo y he asumido la responsabilidad de animarlas y mantener la moral —explica sonrojándose ligeramente—. Ese día remábamos a favor de la marea, que estaba terminando de bajar y, literalmente, nos empujaba hacia el pabellón.

—¿Recuerdas qué hora era? —la interrumpe el agente Ramírez.

—No... la hora exacta no la recuerdo —duda la mujer, levantando la vista hacia los ojos del agente y perdiéndose en sus propios pensamientos, tratando de recordar—. Yo creo que serían sobre las ocho y algo, no más tarde de las ocho y media, calculando que salimos del pabellón sobre las nueve y cuarto, y antes habíamos recogido la trainera y los remos, y nos habíamos duchado...

—Leire, cuéntanos qué es lo que te llamó la atención exactamente —le indica la agente Sagarna. La mujer suspira profundamente antes de comenzar de nuevo a hablar.

—Había un hombre —dice, bajando el tono de la narración, como si el hombre estuviera por allí y pudiera escucharla—. Estaba de pie, detrás de una de las columnas que soportan el paseo de Uribitarte, justo frente a la casa del botero —explica mirando alternativamente a los dos agentes—. No sé por qué, pero en ese momento me pareció extraño verlo allí. No fue tanto su presencia como su actitud. Me dio la sensación de que trataba de ocultarse de algo o alguien, aunque estaba dentro del círculo de luz de una de las farolas y parte de su cuerpo asomaba tras la columna. Fue raro, porque ambas márgenes de la ría estaban desiertas, no había nadie paseando ni mirando hacia el agua, ni siquiera pescando, como suele ser habitual, y ese hombre allí medio oculto... reconozco que me produjo un escalofrío. Tuve la sensación de que me miraba fijamente —confiesa con un hilo de voz.

Ambos agentes guardan silencio un instante, dejando que las palabras de Leire calen hondo en sus mentes.

—¿Estás segura de que era un hombre? —pregunta la agente Sagarna—. Has dicho que se encontraba medio oculto tras una de las columnas...

—Sí. De eso estoy segura, agente. Sin duda, era un hombre —contesta la mujer, elevando la voz.

—¿Y podrías hacer una descripción de ese hombre? O quizás recuerdes algún detalle

que nos pueda ser de utilidad para identificarlo... —sugiere Ramírez, mirando a la mujer con intensidad para infundirle ánimo—. Quizás alguno de nuestros dibujantes podría ayudarte a resaltar algún rasgo importante.

—No creo que pudiera describirle... Se encontraba medio oculto tras la columna y estaba lejos... —titubea la mujer—. Su figura no destacaba por ser demasiado gordo o delgado, pero me pareció que se cubría con una especie de gabardina o abrigo largo y oscuro, por lo que no se apreciaba demasiado cómo era realmente. Era alto. Eso sí. Y no me dio la sensación de ser un hombre joven, pero no sabría decirles por qué —contesta la mujer, tratando de recordar.

—Entonces, ¿crees que no podrías identificarlo si lo vieras de nuevo? —pregunta la agente Sagarna, ante la vaguedad de las descripciones.

—No. Creo que no —contesta la mujer algo cabizbaja—. Lo siento.

—No te preocupes. En cualquier caso, nos has ayudado mucho y agradecemos que te hayas tomado la molestia de acercarte hasta aquí —contesta Ramírez, levantándose para acompañarla hasta la puerta.

Leire esboza una ligera sonrisa y se despide de la agente Sagarna en la sala y del agente Ramírez nada más atravesar la puerta, prometiendo que volverá a ponerse en contacto con ellos si recuerda algún otro detalle.

—¿Qué te parece? —pregunta Sergio Ramírez nada más regresar a la sala, donde su compañera le espera para intercambiar opiniones.

—No lo sé. Parece un poco confusa y nerviosa. Es probable que sea cierto que no puede identificarle, pero me preocupa que él sí pueda identificarla a ella —dice la agente Sagarna, y ambos se quedan en silencio pensando en ello.

11.

Va cayendo la tarde en Bilbao, despacio, con la dulce cadencia de los instantes que reverberan durante un momento hasta desaparecer entre las sombras de la memoria. El aire se ha vuelto pesado y gélido por culpa de la densa bruma que ha llegado desde el mar, alcanzando cada rincón y dejándolo envuelto en una neblina que la brisa es incapaz de disipar.

El parque de Doña Casilda Iturrizar, convertido en pulmón de esta ruidosa ciudad, se encuentra extrañamente vacío y silencioso a esta hora. La pegajosa humedad de la bruma ha hecho que los viandantes se hayan ido retirando progresivamente, unos hacia el interior de bares en los que las voces se alzan sobre la música y el ruido rebota contra las decoradas paredes sin que parezca molestar a nadie, y otros, los más prudentes, hacia el refugio de sus hogares en busca de la protección y el amparo de un entorno conocido, favoreciendo todos ellos que los distintos caminos que bordean cada uno de los jardines del parque se encuentren desiertos. Ni siquiera rodean la pérgola central los grupos de jóvenes que habitualmente cargan con sus bolsas llenas de bebida ávidos de organizar botellón y tan solo se escucha, de vez en cuando, el agudo chillido de una gaviota que reclama con codicia su alimento diario.

A través de la bruma y desgarrando el silencio surge el sonido de unos pasos ligeros y una respiración agitada. Un desgastado par de zapatillas golpea de forma rítmica contra el suelo de cemento, espantando a varias palomas que dormitaban sobre el tejado del edificio

que bordea el estanque. La corredora emerge de repente bajo el cerco de luz de una farola, avanzando sin mirar atrás, concentrada en el ritmo de su respiración. Apenas es consciente del intenso silencio que la rodea. La música resuena a todo volumen en sus oídos a través de unos auriculares que conectan de manera inalámbrica con el dispositivo que lleva adosado al brazo, impidiéndole incluso percibir el intenso golpeteo de su corazón contra el pecho. Su movimiento es enérgico, dirigido en todo momento por el ritmo de la música, que le permite mantener la mente en blanco y avanzar sin necesidad de pensar.

En un primer momento, el simple hecho de ponerse en pie, librarse de la pereza que la mantenía pensativa en el sofá y salir a practicar su ejercicio diario le ha supuesto un esfuerzo descomunal. Sin embargo, es consciente de que el comienzo es lo más duro e intenta recordarse a sí misma que no debe dejarse arrastrar por la desgana. Una vez que consigue ponerse en marcha, el ritmo se apodera de su cuerpo, permitiendo que el ejercicio le ayude a aligerar la pesada carga que lleva en la mente, los recuerdos y las múltiples posibilidades que danzan en su cabeza tras convertirse en confidente de las palabras de su amiga. Correr le hace bien, le ayuda a vaciar su parte de responsabilidad, le hace olvidar las palabras de Ameli.

Hace el esfuerzo de escuchar los latidos de su corazón acelerado por encima de las notas que resuenan en sus oídos. Le gusta la sensación de libertad que la embarga cuando hincha sus pulmones respirando el aire que la rodea, aunque hoy la bruma y el frío se pegan a su piel y la siente húmeda.

Es una mujer de costumbres arraigadas. Completa el mismo recorrido casi cada día, siguiendo el circuito establecido que rodea los jardines, bordeando el parque, desde el Museo de Bellas Artes hasta las inmediaciones del Palacio Euskalduna, bajando al estanque y subiendo a la pérgola, para regresar hacia el museo y comenzar el recorrido de nuevo, una vez más, sumando metros. Como siempre, su concentración se centra en la música y en los pasos, en los latidos del corazón y la pesada bruma que apenas le deja ver hacia adelante. No se percata del peligro que acecha detrás.

Coldplay, la banda británica que descubrió cuando era adolescente entrando a hurtadillas en la habitación de su hermano y enredando entre sus cosas, resuena ahora con fuerza en sus oídos mientras trata de alcanzar las escaleras de la pérgola, donde la brisa se cuela entre las columnas haciendo danzar los mechones de cabello que se han soltado de su coleta. Por un momento, el esfuerzo la obliga a reducir ligeramente su ritmo provocándole un leve y repentino pinchazo en un costado. Arquea el cuerpo hacia la izquierda tratando de aliviar el dolor y, con el movimiento, uno de sus auriculares se desprende, cayendo al suelo a su lado, haciendo que las notas se alejen de su oído y dejándole una extraña sensación de vacío. Antes de agacharse para recogerlo, ya intuye que algo no va bien.

Al principio, se trata solo de una sensación, un presentimiento que provoca que sus sentidos se pongan alerta y su musculatura se tense. Pero enseguida se da cuenta de que hay otra respiración además de la suya, la respiración de alguien que se ha aproximado a ella aprovechando su concentración y que ahora se encuentra demasiado cerca, casi rozando su espalda. El instinto le pide que actúe, que continúe corriendo, más rápido, esta vez sin detenerse y sin mirar atrás, pero sus piernas están paralizadas, pesadas como hierros clavados en el cemento.

Una fría ráfaga de brisa voltea las hojas de los árboles y escucha el crepitar de sus ramas como un aviso ominoso, tomando al fin conciencia de su situación y tratando de escapar de la parálisis de sus miembros entumecidos. Sin embargo, para cuando el miedo le permite reaccionar y trata de darse la vuelta, ya siente el calor de ese otro aliento en el cuello y sus pulsaciones se disparan, mientras su mente trabaja veloz buscando la forma de ganar algo de distancia que la separe de ese jadeo ajeno que se agita junto al suyo.

Y entonces escucha su voz con nítida claridad, tan cerca de su oído que su cuerpo se

estremece de terror al cobrar conciencia de lo que está a punto de suceder.

—Lo siento —susurra, tan despacio que permite que el siseo de las letras penetre en su mente provocando un escalofrío que recorre veloz su espalda, erizándole el vello.

—No lo hagas, no...Por favor... —suplica, con la voz atenazada por el miedo.

«Esto no está pasando. No. No puede ser verdad», piensa angustiada, mientras su corazón palpita frenético y sus ojos buscan alrededor tratando de encontrar una salida que no existe.

Ni siquiera tiene tiempo de girar la cabeza para contemplar la expresión de su rostro. Su atacante se abalanza sobre ella con agilidad, derribándola con fuerza contra el suelo y dejándola tendida boca abajo, inmóvil bajo la presión de su cuerpo. Siente el peso sobre su espalda y la fuerza de sus rodillas sobre los brazos, que quedan aprisionados contra el cemento. No consigue gritar por culpa de unas manos enguantadas que se aferran a su cuello con fuerza presionando cada vez más, dejándola sin respiración. No encuentra ninguna posibilidad de lograr ayuda. Trata de patear para liberarse del peso que la oprime, pero no es más que una reacción generada por el primitivo instinto de supervivencia. Sabe que el esfuerzo es inútil. Abre la boca y boquea como un pez fuera del agua, tratando de conseguir esa mínima dosis de oxígeno que le permita vivir un segundo más, pero, en el fondo, es consciente de que ya no hay nada que hacer y permite al fin que la oscuridad penetre en sus entrañas hasta aniquilar por completo la luz.

12.

—Xabier.

Una voz a su espalda le hace darse la vuelta despacio, con la desgana del que no termina de saber muy bien por qué está ahí. Lleva diez minutos acodado en la barra de un restaurante del casco viejo bilbaíno en el que nunca había entrado, con un vaso de agua con gas como único acompañamiento.

—Gracias por venir habiéndote avisado con tan poca antelación —dice la mujer, dudando entre darle la mano o acercarse para saludarlo con un par de besos en las mejillas.

—No te preocupes, Amaia —dice, solventando sus dudas al adelantarse un paso y besarla en la mejilla de manera demasiado formal, más de lo que ella hubiera preferido—. De todas formas, no me viene mal picar algo antes de regresar a casa, así que, ¿por qué no hacerlo aquí? —sugiere, paseando la mirada por el local, sin hacer más comentarios.

—¿No ha venido tu compañera contigo? —pregunta mirando alrededor como si la buscara, a pesar de que ya se ha dado cuenta de que hay una única consumición sobre la barra.

—No. Jone aún tenía trabajo que hacer en la comisaría. Papeleo. Estos días están siendo complicados y todos andamos muy liados. Supongo que no hace falta que te lo diga. Tú estarás en la misma situación.

—La verdad es que sí. Odio cuando suceden estas cosas. Será que me estoy haciendo mayor, pero cada vez aprecio más la rutina —afirma la mujer.

—¿Nos sentamos? —ofrece el comisario, evitando ahondar en el comentario de la doctora y señalando una mesa discreta al final de la barra.

Amaia Valle hace un gesto de asentimiento y se dirige hacia la mesa sorteando a las personas que vienen y van, seguida de cerca por el comisario, que ha dejado su consumición olvidada sobre la barra. El lugar tiene una iluminación tenue, que se intensifica con la mortecina luz de las farolas que penetra a través del cristal creando sombras que bailan sobre sus rostros. Sentados uno frente al otro, observan la carta con atención durante unos instantes, tratando de decidir qué comer, y se decantan por sendas ensaladas con queso.

—Veo que te has pasado a la comida sana. Tienes buen aspecto, la verdad —dice la mujer, mirándolo largamente y haciéndole un guiño cómplice.

—Amaia... ¿para qué me has citado aquí? —pregunta Xabier, impaciente, sin intención de contestar al comentario. Aún no sabe por qué derroteros va a avanzar la conversación y no quiere seguir dando rodeos.

—Tienes razón, Xabier. Perdona —se disculpa Amaia, echándose hacia atrás en la silla y recuperando la seriedad de su tono—. Es que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvimos juntos charlando y estoy nerviosa. Solo trato de romper el hielo.

—Exactamente, han pasado tres años desde el día en que llegaste a casa, te sentaste a mi lado en el sofá, apagaste la televisión para que te prestara atención y me dijiste que te ibas, que no podías más y que querías hacer tu camino sin mí —le recuerda con resquemor y sin apartar la vista de sus ojos.

Amaia agacha la cabeza y dirige la mirada a la mesa durante un instante. Después

respira hondo, tratando de coger fuerza, y la vuelve a levantar para mirar a Xabier a los ojos. Sabe que se siente herido, a pesar del tiempo transcurrido desde aquello, y le duele ser la causante de ese dolor.

—Tienes razón y entiendo que estés enfadado. Estaba mal, Xabier. En aquel momento me pareció que era lo que tenía que hacer. Alejarme de aquella casa, de aquella vida...

—Joder, Amaia. ¡Yo también estaba mal! También era mi hijo, ¿recuerdas? —El comisario levanta la voz más de lo que hubiera querido y mira alrededor al darse cuenta. Afortunadamente, la mesa que comparten está situada en un lugar apartado, lejos de los demás clientes y a salvo de miradas indiscretas—. Y lo peor de todo es que me culpaste de lo que pasó. Llevo tres años arrastrando esa culpa...

—Lo siento. De verdad que lo siento. Aquel accidente destrozó nuestras vidas... destrozó nuestro matrimonio —contesta la mujer, con los ojos enrojecidos, intentando evitar el aluvión de lágrimas que trata de escapar de sus ojos.

—No te equivoques, Amaia —contesta con dureza—. Aquel accidente nos arrebató a nuestro hijo y el único culpable fue el conductor que lo atropelló. He tardado mucho en asumir esa realidad y llevaré ese dolor dentro de mí mientras viva —dice y, haciendo una pausa para coger aire, continúa—. Pero nuestro matrimonio lo destrozaste tú cuando decidiste salir huyendo. Podríamos haberlo superado juntos, pero no, ni siquiera nos diste la opción.

El silencio cae como una losa sobre ambos cuando Xabier deja de hablar. Tiene la mirada nublada, con una mezcla de ira, dolor y rencor acumulado durante años. Amaia sujeta el tenedor con dedos temblorosos y escarba en la ensalada, retirando a un lado pedazos de lechuga y acumulando en una esquina del plato todos los trozos de cebolla que ha podido encontrar. Las lágrimas golpean el borde de la mesa mojando el mantel, pero la mujer no parece darse cuenta.

—Veo que sigue sin gustarte la cebolla —dice Xabier, ya más tranquilo, señalando el plato.

Amaia levanta la cabeza hacia él y se seca una lágrima con el dorso de la mano. Se da cuenta de que Xabier la observa fijamente, atento a cada uno de sus gestos y haciendo un esfuerzo por superar el enfado.

—Hay cosas que nunca cambian —dice, tratando de sonreír.

Xabier extiende una mano hacia ella y entrelaza los dedos con los suyos, dándole un ligero apretón. El mero contacto con su fina piel le provoca una especie de descarga eléctrica que le hace retirar la mano para evitar recordar tantos instantes vividos juntos.

—En realidad —comienza a decir Amaia, sin percatarse de su reacción—, te había citado aquí para decirte que me gustaría que enterráramos el hacha de guerra. No sé si va a ser posible, pero no quiero seguir enfadada contigo, Xabier. Por fin siento que estoy preparada para construir un nuevo camino y no quiero que el rencor lo entorpezca. Tenemos tantos recuerdos juntos... Ojalá las cosas fueran como antes.

—Las cosas no volverán a ser como antes, Amaia —le aclara, quizás con más seguridad de la que en realidad siente—. Pero estoy de acuerdo en que debemos dejar el rencor a un lado. Cada uno de nosotros ha vivido su particular calvario y ya hemos tenido bastante castigo. La vida es demasiado corta como para desaprovecharla en reproches. ¿Recuerdas el día que fuimos a la playa los tres por primera vez? —pregunta tras un instante de vacilación, buscando en su cartera una vieja fotografía en la que aparecen en bañador y con el pelo mojado—. ¡Vaya escándalo que montaba el enano cada vez que venía una ola y le mojaba los pies!

Amaia sonríe recordando aquellos momentos y saca también algunas fotografías de los tres que guarda en algún lugar del bolso. Durante los siguientes minutos, la tensión se va disipando y el tiempo transcurre entre comentarios y recuerdos, hasta que el teléfono de la forense interrumpe la conversación. La mujer le muestra la pantalla al comisario vocalizando una disculpa e indicándole que se trata de una llamada que no puede obviar.

—Buenas tardes, juez.  Qu  puedo hacer por usted? —contesta con prudencia, mirando al comisario Gaztelu mientras lo hace.

—Hola, Amaia. Espero no pillarte en mal momento —dice su interlocutor.

—No. No. Es tan buen momento como cualquier otro —contesta intrigada.

—Est s acompañada,  verdad?

—Eh... s . Estoy con el comisario Gaztelu, revisando los detalles del caso del ahogado.

—Bien, porque acaban de avisarme de que tenemos un cadáver en el parque de Doña Casilda. Seguro que a tu comisario también le interesa, así que acercaos los dos. Yo estoy de camino —le indica el juez.

—De acuerdo. Vamos para all  ahora mismo —contesta la doctora, antes de que la comunicación se corte.

A su lado, el comisario se encuentra también hablando por teléfono. Amaia se levanta de la mesa y se acerca hasta la barra a pedir la cuenta, y ambos salen del restaurante en dirección al coche.

—Era de la comisaría —explica Gaztelu, nada más colgar el teléfono—. Un cadáver en el parque de Doña Casilda. Supongo que vamos al mismo sitio,  no?

—S . El juez Méndez ya está de camino. Nos espera all  —dice, señalando hacia un vehículo que se encuentra estacionado en la acera de enfrente—. Vamos. Tengo el coche ahí mismo. Ya vendr s a recoger el tuyo después.

—Así que el juez Méndez,  eh? —dice Xabier con una sonrisa socarrona nada más sentarse en el vehículo—.  Qu  os tra is entre manos? Ya sabes que circulan rumores...

Amaia gira la cabeza hacia él visiblemente sonrojada, lo que hace que Gaztelu se r a con ganas.

—No te preocupes. No se lo dir  a nadie. Dejar  que siga siendo un rumor —le asegura con una sonrisa y disfrutando al ver el apuro reflejado en su rostro.

—Venga ya, Xabier.  Si solo hemos salido a cenar un par de veces! —Amaia trata de justificarse, aunque sabe que no es necesario.

—Pero te has sonrojado cuando ha llamado y te ha costado decirle que estabas conmigo... No sabías cómo disimular.

— Tan evidente ha sido? —pregunta la mujer, un tanto avergonzada.

—Un poco s ...

— Ah! Y,  qu  me dices de esa agente?  C mo se llama, Jone? —contraataca la forense—. Ya me he dado cuenta de cómo te mira...

Gaztelu no contesta, pero sonríe desviando la mirada y observando a través de la ventanilla abierta. No tiene intención de hacer ningún comentario sobre su relación con

Jone. Afortunadamente, acaban de llegar al parque y la doctora Valle olvida el tema para concentrarse en el asunto que los ha llevado hasta allí. Conduce su vehículo durante unos metros más dejándose guiar por las luces que emite la ambulancia y estacionándolo junto al coche fúnebre, que ha llegado ya.

—Ah, ya estáis aquí —dice el juez Méndez acercándose a ellos y haciéndoles un gesto para que lo acompañen al lugar donde descansa la víctima, boca abajo y con los ojos abiertos.

Mientras la doctora Valle y el juez se acercan a examinar el cuerpo atravesando el cordón policial, Gaztelu se dirige hacia su equipo. El subcomisario Ochoa, el agente Mendibe y la agente Maya han llegado antes que él y se encuentran fuera del perímetro marcado por la patrulla ciudadana que ha acudido al lugar al recibir la llamada.

—¿Qué tenemos? —pregunta, tratando de evitar la mirada de la agente Maya, que tiene el rostro serio y lo observa con atención. Es el subcomisario Ochoa quien contesta.

—Una mujer, comisario. A primera vista parece que la han estrangulado —dice, señalando con la cabeza hacia donde descansa el cuerpo.

—¿La habéis identificado?

—Sí, señor — contesta Mendibe consultando sus notas—. Se trata de Alicia Estévez. Hemos localizado su teléfono en el suelo, a unos pasos del cuerpo, y el documento de identidad en el bolsillo de su pantalón, junto con unas llaves que probablemente sean de su domicilio.

—¿Algún rastro de bolso o cartera? —pregunta el comisario, mirando hacia el lugar donde yace el cuerpo.

—Ninguna de las dos cosas, comisario. Parece que la mujer había salido a correr y no llevaba encima nada más que el teléfono móvil, las llaves, unas monedas sueltas, su identificación y unos auriculares que estaban en el suelo —contesta Mendibe—. El teléfono parece haberse desprendido durante el forcejeo del brazalete en el que lo llevaba y ha ido a parar unos pasos más allá.

—Si no existe constancia de que haya desaparecido ningún objeto personal, entonces podemos descartar el robo —concluye, mirando al agente, por si tuviera que añadir algún otro detalle—. ¿Algún indicio de agresión sexual?

—A primera vista no, comisario. La mujer lleva la ropa puesta y no hay evidencia de que haya sido manipulada —contesta esta vez el subcomisario Ochoa.

—¿Heridas defensivas? —pregunta de nuevo, tratando de obtener toda la información posible.

—No se aprecia ninguna, comisario, pero supongo que eso tendrá que determinarlo la doctora —contesta la agente Maya, mirando en dirección al cuerpo y observando los movimientos de la forense y el juez en torno a la víctima.

—Bien. Tendremos que esperar a las conclusiones del informe forense. ¿Habéis encontrado algún testigo por la zona?

—Solo al hombre que la encontró, comisario. Es aquel de allí, el que sujeta al perro. No ha visto nada. Ha encontrado el cadáver cuando paseaba con el animal y ha llamado a emergencias. Ya lo hemos interrogado —explica Mendibe, señalando al hombre, que espera de pie a varios metros de distancia de donde se encuentran los agentes. Gaztelu lo observa con atención durante un instante. El hombre frota la mano que tiene libre sobre la pernera

de su pantalón con insistencia.

—¿Os ha dicho si ha tocado el cadáver? —pregunta el comisario, volviendo la mirada hacia el agente Mendibe, que parece ser quien ha hablado con el hombre.

—No, comisario. Según nos ha explicado, ha visto a la mujer en el suelo y ha llamado a emergencias. No hay constancia de que se haya acercado al cuerpo —contesta el agente.

—Está bien. Pero vamos a asegurarnos de que vaya a comisaría. Me gustaría hablar con él fuera de este entorno, a ver si hay algo más que no nos haya contado —dice Gaztelu sin volver a mirar al hombre.

—Comisario... —Esta vez es la agente Maya la que toma la palabra—. Creo que debería acercarse al cadáver...

Gaztelu mira a la agente con gesto interrogante, pero no obtiene más detalles sobre lo que esta le quiere decir. Al otro lado del cordón policial, la doctora Valle se inclina sobre el cuerpo y lo examina con calma, mientras va tomando notas que irán a parar al informe preliminar. Haciendo caso a las palabras de la agente, se acerca despacio hasta el lugar donde yace el cuerpo, tratando de no interrumpir el trabajo de la doctora, e intercambia un par de palabras con ella mientras observa el cadáver con atención. La agente Maya tiene razón. Él ha visto a esa mujer antes, no hace mucho tiempo. Levanta la vista hacia la agente y le indica con un gesto que no está equivocada.

—¿Qué pasa, Xabier? —pregunta la doctora Valle, a la que no le ha pasado inadvertido el cambio de actitud del comisario—. ¿Conoces a esta mujer?

Como única contestación, el comisario hace un gesto afirmativo con la cabeza y se da la vuelta, alejándose de allí. Cuando regresa al lugar donde los agentes le esperan, tiene el rostro demudado. El subcomisario Ochoa y el agente Mendibe lo observan sin entender.

—La agente Maya y yo coincidimos con la víctima ayer en la Universidad de Deusto, en el despacho de Amelia Ortiz. Era profesora y compañera de facultad de Jon Uriona, nuestro cadáver de la ría —explica, haciendo una mueca de disgusto—. Creo que vamos a tener que volver a hablar con Amelia, esta vez en la comisaría —dice, dirigiéndose a la agente Maya, que afirma levemente con la cabeza.

13.

—Buenos días a todos —saluda el comisario Gaztelu con gesto taciturno, nada más acceder a la sala de reuniones, donde el resto de los miembros de su equipo le están esperando. Hoy apenas ha dormido y la fatiga se deja ver en sus ojos sin brillo.

A su alrededor, todos los agentes le dan los buenos días sin levantar apenas la voz, con un susurro en el que el desánimo deja traslucir lo que todos saben: que la investigación no va por buen camino. Gaztelu los mira uno a uno, rostro a rostro, y reconoce que, con toda probabilidad, ninguno de ellos ha dormido más que él. La agente Maya ha pasado la noche en vela dando vueltas en la cama y, en cuanto al resto, el aspecto cansado es la nota predominante en la sala.

Nada más tomar asiento, el comisario extiende unos papeles sobre la mesa y los coloca en riguroso orden. Después, mira el reloj y desvía su atención hacia una de las sillas, que permanece desocupada. El subcomisario Ochoa no ha llegado aún. Gaztelu le hace un gesto interrogante al agente Ramírez, que contesta alzando los hombros, dando a entender que

no sabe dónde está. Gaztelu comprueba una vez más su teléfono móvil. Ni llamadas ni mensajes. Ningún indicio de por qué no ha contestado a la convocatoria.

—Está bien. Creo que vamos a comenzar con la reunión, a la espera de que el subcomisario nos honre con su presencia —dice, provocando alguna sonrisa velada entre los agentes—. Como sabéis, anoche una mujer fue hallada muerta en el parque de Doña Casilda. Fue un vecino de la zona quien encontró el cuerpo y dio el aviso a emergencias.

Alrededor de la mesa se mantiene un silencio expectante, únicamente roto por el comisario Gaztelu, que revuelve entre los papeles que ha dejado sobre la mesa hasta encontrar lo que busca: un sobre marrón de tamaño folio, del que extrae dos fotografías que muestra a los agentes.

—Esta imagen que veis corresponde a Alicia Estévez, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto y compañera de Jon Uriona —indica el comisario, mostrándoles la imagen de una mujer sonriente y levantándose de la mesa para colocarla sobre la pizarra blanca que tiene a su espalda y que recorre la pared de lado a lado—. Como ya sabéis, Alicia es la mujer que fue asesinada en el parque ayer —aclara mientras les muestra la segunda de las fotos, en la que la mujer yace sobre el cemento boca abajo, con el cuello ladeado hacia la derecha—. Parece indudable que su muerte está relacionada con la del profesor Jon Uriona. Solo hace falta saber por qué y quién se ha encargado de quitarles la vida a ambos —concluye, sentándose de nuevo y mirando a sus compañeros en busca de respuestas.

Alrededor de la mesa, no se escucha ni un solo susurro. Los agentes observan las fotografías que el comisario ha colocado sobre la pizarra, junto a las imágenes de la primera víctima. A estas alturas, nadie duda de que ambos crímenes estén relacionados. Sin embargo, la forma de proceder en cada uno de ellos parece diferente, como les hace ver la agente Maya, que es la primera en romper el silencio que se ha establecido en la sala tras las palabras del comisario.

—Si lo que estamos buscando es a un único asesino, hay algo en su forma de proceder que no cuadra demasiado. El primer crimen fue metódico y bien planificado. El asesino se tomó su tiempo para realizarlo: el pinchazo para dejar a la víctima inconsciente, su traslado hasta la ría, la preparación del escenario para que pareciera un suicidio cuando lo encontráramos, el regreso para retirar las ataduras... Le llevó tiempo y una buena organización. A mi entender, estamos buscando a un sujeto inteligente y controlador —dice, haciendo una pausa antes de continuar—. Sin embargo, el asesinato de Alicia parece algo precipitado y sin planificar, algo fruto de la ira o la rabia. Me da la sensación de que esta mujer era un cabo suelto con el que el asesino no contaba, una pieza en el tablero que le molestaba y decidió eliminarla —expone la agente, ante la atenta mirada de sus compañeros—. Quizás sabía más de la cuenta.

—O eso, o son dos asesinos diferentes, agente Maya. —La voz los sorprende a todos, que se giran hacia la puerta al escuchar al recién llegado. El subcomisario Ochoa camina con seguridad entre las sillas hasta ocupar una vacante junto a la agente, a la que mira con su mejor sonrisa—. Buena teoría. Aunque parece que aún estamos lejos de poder demostrar algo —le recuerda con un guiño cómplice.

—Buenos días, subcomisario. Me alegra que por fin haya decidido honrarnos con su presencia. Más vale tarde que nunca, como suele decirse. —El comisario Gaztelu lo mira con dureza, reclamando una explicación.

—Ah, sí —dice el subcomisario, volviendo su atención hacia Gaztelu—. Pido disculpas por el retraso. Me ha surgido un asuntillo de última hora y no he podido llegar antes —dice, sin añadir más explicaciones.

—Supongo que podemos continuar con la reunión, ¿verdad? —pregunta el comisario, a

lo que Ochoa contesta con un ligero gesto de asentimiento—. Bien. Vamos a dejar la cuestión de si nos enfrentamos a un único asesino incontrolado o a más de uno hasta que tengamos algún resultado del laboratorio. A ver si hay suerte y la unidad científica localiza alguna huella aprovechable sobre el cuerpo de la víctima o en los alrededores —dice, con intención de pasar al siguiente tema—. Ramírez, Sagarna, ¿qué podéis contarnos sobre la reunión con la testigo? ¿Algún detalle que nos sirva para conseguir una identificación?

—Poca cosa, comisario. La mujer confirma que la figura que vio correspondía a un hombre, pero no puede describirlo. Dice que estaba lejos y escondido entre las columnas. Al parecer iba vestido con un abrigo o una gabardina oscura y le pareció que no era un hombre joven, pero sí era alto. Son datos muy imprecisos, la verdad —reconoce el agente Ramírez, que consulta las notas de la libreta que tiene sobre la mesa.

—No es mucho, no... —confirma el comisario, pensativo—. Con esa descripción no vamos a ningún sitio.

—Comisario —interrumpe la agente Sagarna—. La testigo nos ha contado que tuvo la sensación de que el hombre la miraba fijamente. Dadas las circunstancias —dice, señalando las fotografías que ocupan gran parte de la pizarra—, creo que a nuestro asesino no le resultaría difícil encontrarla. Pertenece a un club de remo en el que las mujeres son una minoría. Me atrevería a decir que es posible que esta mujer se encuentre en peligro ahora mismo.

El comisario Gaztelu asiente, mirando a la agente y sopesando sus palabras.

—Tiene razón, agente Sagarna —confirma—. Ramírez, asegúrese de que una patrulla ronde por los alrededores de su casa y la mantenga bajo observación. Solicite también una orden de protección al juez Méndez. No queremos que esto se repita —dice, señalando la imagen de Alicia en la pizarra.

—Entendido, comisario. En cuanto acabemos aquí, redacto la solicitud y la envío —confirma el agente Ramírez, tomando nota en su libreta.

—Comisario —interviene la agente Maya, bajo la atenta mirada de Ochoa, que no deja de observarla en ningún momento—, ambas víctimas tienen un nexo en común: la Universidad de Deusto. Cuando estuvimos allí, pudimos ser testigos de la complicidad que, tanto Jon como Alicia, tenían con Amelia Ortiz, la titular del departamento. Me pregunto si Amelia está de alguna manera relacionada con los crímenes...

—No podemos descartar nada, Jone —confirma el comisario, haciendo un gesto que indica que ya ha considerado esa posibilidad—. Sin embargo, la testigo afirma que la persona a la que vio en la escena del primer asesinato era un hombre y, personalmente, creo que la profesora Ortiz estaba genuinamente sorprendida cuando le dimos la noticia del fallecimiento de Jon Uriona.

—En ese caso, comisario —reflexiona, en esta ocasión, la agente Sagarna—, quizás deberíamos considerar a Amelia como una víctima potencial. Alguien podría tener una cuenta pendiente con los profesores de ese departamento.

—Estoy de acuerdo, agente. Por ese motivo, vamos a tener que volver a hablar con ella. Habrá que solicitar que se acerque a la comisaría a lo largo del día. Y vamos a solicitar también una orden de protección para la profesora Ortiz, por si nuestro asesino la tuviera en el punto de mira —dice, volviendo la vista hacia Ramírez, que asiente y toma nota de todo—. Por cierto, Ramírez, cambiando de tema. ¿Ha llegado ya el informe toxicológico de las muestras extraídas al cuerpo de Jon Uriona? La doctora Valle no me ha comunicado nada —dice, mirando a Jone de reojo y dándose cuenta de que su expresión cambia en cuanto oye mencionar el nombre de la doctora.

—Ha llegado a primera hora, comisario —confirma el agente—. Lo tengo por aquí —dice, levantando la libreta y extrayendo un par de papeles del montón que tiene frente a él—. Según el informe del laboratorio, en las muestras de sangre que se extrajeron del cadáver hay restos de una sustancia denominada ketamina. Se trata de una droga disociativa que se usa principalmente para la inducción y mantenimiento de la anestesia general en intervenciones quirúrgicas. Si su administración es por vía intravenosa, el efecto sedante se produce aproximadamente un minuto después de la administración.

—O sea que nuestro asesino tuvo que actuar con rapidez después de inyectarle la dosis del medicamento, para trasladarlo y preparar el escenario antes de que el efecto se disipara. Probablemente aún estaba bajo los efectos de la ketamina cuando el agua comenzó a entrar en sus pulmones —reflexiona el comisario, mirando a Ramírez con atención.

—Entonces, esa droga, la ketamina, ¿es de uso hospitalario? Porque si fuera así nos ayudaría a acotar un poco el perfil de nuestro asesino —pregunta Mendibe.

—En realidad, no exactamente... —titubea Sergio Ramírez.

—¿Habéis comprobado ya cómo se puede obtener esa sustancia? —pregunta el comisario, dirigiéndose directamente a Ramírez y Sagarna. Sabe que el trabajo de ambos agentes frente a la pantalla del ordenador es indispensable para cualquier investigación y tiene plena confianza en ellos.

—Sí, comisario —contesta, en esta ocasión, la agente Sagarna—. A pesar de que su uso es principalmente hospitalario, cualquiera puede adquirirla por Internet, en polvo o en viales de cinco o diez mililitros. En el caso de nuestra víctima, descartamos la compra en forma de polvo ya que su uso fue intravenoso y...

—Comisario —El agente Ramírez interrumpe a su compañera, haciéndole un gesto de disculpa—. Acaba de llegar un correo electrónico con el informe del laboratorio —dice, señalando un ordenador portátil que se encuentra abierto sobre la mesa, frente a él—. Os lo reenvío.

—Bien. Pero háganos el favor de descargar el archivo, Ramírez, y ábralo en la pantalla del televisor para que lo veamos todos bien —indica Gaztelu, mientras se gira hacia la pantalla que cuelga en la pared de la izquierda, esperando a que los datos aparezcan sobre sus cabezas.

Cuando Ramírez enciende el televisor, la pantalla se ilumina con la primera página del informe que ha enviado el laboratorio. Ramírez pasa de largo la introducción y busca la página donde aparecen reflejados los primeros resultados. Con relación al escenario del crimen de Jon Uriona, no hay ningún dato concluyente. Dado el tiempo transcurrido desde la aparición del cadáver, la unidad científica no ha podido aislar ninguna huella interesante de entre todas las halladas en las escaleras y la barandilla.

Seis pares de ojos miran la pantalla con atención esperando encontrar algún dato revelador. Sin embargo, las noticias no son buenas. Sin huellas ni rastros, siguen como al principio.

—Bueno, en realidad era un poco lo esperado, ¿no? —dice la agente Maya, leyendo el desánimo en los rostros de sus compañeros y no queriendo dejarse llevar por el pesimismo—. Ramírez, mira por favor a ver si hay algún resultado sobre las diatomeas.

El agente revisa con atención las páginas del informe hasta encontrar la palabra que busca.

—Aquí dice que el resultado al cotejar las muestras del agua con la sangre de Jon Uriona

es positivo. Hay coincidencia. —El agente levanta la cabeza para mirar a sus compañeros nada más terminar de leer.

Se hace el silencio en la sala. Las mentes de los presentes ponen en marcha sus engranajes, que comienzan a funcionar a un ritmo trepidante.

—Eso confirma las conclusiones de la doctora Valle. El cuerpo no fue arrastrado por la marea. Jon Uriona se ahogó en el mismo lugar en el que lo encontraron —expone Gaztelu, recordando las explicaciones de la doctora.

—¿Puedes mirar a ver si dice algo sobre el trozo de guante que encontramos en el escenario? —pregunta Mendibe, mirando a su compañero esperanzado.

Ramírez hace un gesto afirmativo y recorre las páginas hasta encontrar lo que están buscando.

—Han encontrado una huella parcial en el interior del guante —dice, señalando la pantalla—, pero no hay con qué compararla.

—Bueno, algo es algo —afirma Mendibe, echándose hacia atrás en la silla, respirando hondo y exhalando una bocanada de aire—. Ahora solo hay que buscar un sujeto cuya huella coincida con esa. —A su lado, la agente Sagarna sonríe.

—También han aislado dos pares de huellas en casa del profesor —dice Ramírez, que ha continuado leyendo el informe, ajeno a los comentarios de Mendibe—. Como cabía esperar, han identificado las del profesor Uriona, pero del resto no hay ningún resultado en las bases de datos.

—¿Las han cotejado con las del guante? —pregunta Gaztelu con interés.

—Sí, comisario. Pero no hay coincidencia —contesta Ramírez, que sigue leyendo los datos del informe y mostrándoselos al resto de compañeros.

—Casi con toda seguridad, pertenecerán a la persona que estaba en casa del profesor cuando llegamos —afirma la agente Maya, mirando al comisario, que está pensativo, con la vista vuelta hacia la pantalla.

—O quizás a la persona que visitaba a nuestra víctima en su domicilio. O a ambas, si son la misma persona —reflexiona el comisario Gaztelu—. Me atrevería a descartar que pertenezcan al asesino. Se tomó demasiadas molestias para que creyéramos que la víctima se había suicidado. Todo estaba muy bien planificado, así que dudo que entrara en casa del profesor sin guantes.

—Entonces, dado que no tenemos ningún dato que nos lleve a identificar a nuestro asesino, deberíamos centrarnos en identificar a la persona que estuvo allí, la que, según sus vecinos, visitaba a Jon con frecuencia, pero nadie pudo ver. Quizás podría arrojar algo de luz sobre todo esto —sugiere la agente Maya.

—¿Quién está revisando las fotografías que encontramos en la casa? —pregunta el comisario, mirando alrededor de la mesa.

—Yo, comisario —contesta el agente Mendibe—, pero hay muchas y no he podido sacar nada en claro aún. Parece que nuestra víctima era de la vieja escuela... Hoy día la gente conserva los archivos fotográficos en formato digital, pero el profesor guardaba muchas fotos impresas.

—Subcomisario, eche una mano a Mendibe. Necesitamos dar con algo y esas fotografías pueden ser la clave que necesitamos —dice Gaztelu, mirando a Ochoa y esperando su reacción.

—En realidad, comisario, estaba tratando de averiguar si se nos ha escapado alguna cámara en la zona donde apareció el cuerpo. Tengo pendiente que me confirmen algo en uno de los edificios que hay frente al puente... Creo que voy a acercarme hasta allí un momento. Seguro que Mendibe puede terminar de revisar las fotografías hoy él solito —contesta Ochoa, con una sonrisa sarcástica.

—Comisario, yo puedo echar una mano a Mendibe con las fotografías —se ofrece la agente Sagarna, mirando a su compañero.

El comisario guarda silencio durante un instante. Considera que no es el mejor momento para iniciar una discusión, así que dirige la mirada hacia Ochoa sin decir nada, pero prometiéndose a sí mismo hablar con él más adelante, y se vuelve hacia la agente.

—Perfecto, agente. Pónganse con ello de inmediato y avísenme si encuentran algo de interés —accede Gaztelu, levantándose para poner fin a la reunión.

A través de la puerta abierta de su despacho, Gaztelu contempla el ir y venir de los agentes, consultando datos o haciendo comentarios sobre aquello que están buscando. Mendibe y Sagarna trabajan codo con codo sin descanso. Han dejado de lado sus ordenadores y se sientan frente a una mesa en la que han recopilado las fotografías extraídas de la caja que la agente Maya y él retiraron de casa de Jon Uriona. Los observa mientras las separan y las clasifican en diferentes montones, comentando cualquier detalle que les parezca significativo. En el fondo, todos esperan que se obtenga alguna identificación, algún posible testigo, un hilo del que tirar.

El subcomisario Ochoa ha desaparecido de nuevo. Su mesa está vacía y el ordenador apagado. No lo ha vuelto a ver después de la reunión. Desconoce si será cierta la excusa de la búsqueda de una posible cámara que les pueda ofrecer algún detalle de la noche en la que encontraron el cuerpo de Jon Uriona, pero tiene serias dudas sobre ello. Van pasando los días y el subcomisario está lejos de alcanzar las expectativas que se había formado en torno a él. A veces se pregunta si debería haberle dado algo más de confianza desde un principio, quizás algo más de responsabilidad.

El comisario siente la ansiedad en forma de calambres en sus dedos, que juegan a dar vueltas a un bolígrafo sobre la mesa, hasta que, al final, este cae al suelo a sus pies. Se agacha para recogerlo con una mueca de fastidio e, instintivamente, su mirada se dirige al último cajón de su mesa, el que queda más cerca del bolígrafo caído. Duda apenas un instante antes de abrirlo. En su interior, un taco de papeles garabateados descansa olvidado. Gaztelu introduce la mano en el cajón y busca bajo los papeles hasta encontrar un sobre blanco inmaculado que él mismo puso allí hace ya algún tiempo y que nunca, hasta ahora, se había atrevido a tocar. Coge el sobre con delicadeza y lo coloca sobre la mesa, mirándolo con veneración. Sus dedos repasan el borde una y otra vez, como si quisiera cerciorarse de que sigue intacto. Sus pulsaciones se aceleran cuando levanta la solapa y sus dedos acceden al interior, alcanzando el preciado contenido. Al extraerla, la fotografía queda sobre el envoltorio, justo bajo sus ojos, que comienzan a anegarse en lágrimas amargas. La sonrisa inocente de su hijo le da la bienvenida a una etapa de su vida que antes quiso cerrar, pero que se empeña en regresar a su mente atormentada. «Ya está bien», piensa después de un hondo suspiro, tragándose las lágrimas como tantas veces antes ha hecho. Recoge la fotografía con dedos casi temblorosos y la devuelve al sobre, que, a su vez, regresa al interior del cajón de donde ha salido. Antes de cerrarlo, Gaztelu introduce la mano hasta tocar la pared del fondo. Palpa sin ver un bulto que tiene el tamaño de lo que está buscando: un paquete de tabaco. «El de la recaída», se recuerda a sí mismo, pero desecha inmediatamente la idea. «Solo uno», se promete, mientras guarda el paquete en el bolsillo de su chaqueta y sale del despacho en dirección a la calle.

—Vuelvo en un rato —dice a los agentes, que siguen trabajando para tratar de buscar algún dato de interés, y pasa junto a Jone sin hacer caso a su expresión interrogante. «Perdóname, Jone», dice para sí. «Llegaré el momento de explicarte todo aquello que quieras saber».

de la comisaría. Uno lo ha encendido nada más salir y el resto se han ido consumiendo entre sus dedos mientras permanece sentado en la terraza del Skull Bar, pegado a la pared para resguardarse de la corriente de aire frío que se cuela desde el mar. Se ha acercado hasta allí dando un paseo, con la esperanza de encontrar a Esteban, el dueño, para poder charlar un poco y distraerse. Necesita olvidar todo lo que le ronda por la cabeza, al menos durante un rato, y Esteban es un buen conversador. Sin embargo, se ha llevado una pequeña decepción al comprobar que no está por allí. La camarera que lo ha atendido le ha asegurado que volvería enseguida, pero no ha aparecido aún.

Su teléfono descansa sobre la mesa y se entretiene comprobando la hora en la pantalla una vez más, mientras apaga el cigarrillo golpeándolo con fuerza contra el cenicero de cristal. Los mensajes de Jone le llegan a intervalos regulares, pero no los ha contestado. Sin embargo, sí ha estado tentado de llamar a Amaia en un par de ocasiones, aunque no lo ha hecho. ¿Para qué? ¿Qué le va a decir? ¿Que lo deje en paz, que vivía más tranquilo cuando ella lo culpaba de la muerte de su hijo?

El quinto cigarrillo se desliza entre sus dedos. Se lo lleva a la boca casi por inercia y lo enciende sin pensar, dándole una calada profunda que le provoca un espasmo de tos. «¿Qué estoy haciendo?», se pregunta bajando la vista hacia sus dedos amarillentos. No puede evitar sentir una punzada de remordimiento al pensar en Jone y darse cuenta de que la está decepcionando con su actitud, así que apaga el cigarrillo sin haber llegado a consumirlo y se levanta de la mesa, dejando unas monedas para pagar el café. No tiene sentido prolongar la espera por más tiempo. Lo mejor que puede hacer es volver a la comisaría y centrarse en el trabajo, a ver si deja de compadecerse de sí mismo de una vez por todas.

El aire le golpea en el rostro cuando comienza a desandar el camino, obligándolo a levantar los cuellos de su chaqueta para protegerse del frío y guardar después las manos en los bolsillos, al abrigo del viento. Aún no ha comenzado a llover, pero unos densos nubarrones le indican que no va a pasar mucho tiempo antes de que las primeras gotas hagan su aparición. Irremediablemente, su mente regresa a la noche en que encontraron el cadáver del profesor e intenta visualizar la escena. A pesar de la lluvia y el viento, la testigo asegura que vio a un hombre con un abrigo o una gabardina oscura. Dada la falta de indicios de lucha, ese hombre tuvo que haber transportado al profesor inconsciente hasta allí, posiblemente a primera hora de la mañana, antes del amanecer. Entre la oscuridad y la lluvia, lo más probable es que el paseo de Abandoibarra estuviera desierto, permitiéndole actuar con libertad. Pero no deja de darle vueltas al hecho de que no es fácil cargar con una persona inconsciente. Tuvo que contar con algún tipo de ayuda o tener una gran fuerza física. En cualquier caso, y si se confirma la hipótesis de que la víctima estaba inconsciente, aún tienen que determinar dónde se le pudo administrar el fármaco. ¿En su propia casa, tal vez? Y si fuera así, ¿cómo consiguió entrar el asesino? ¿Le abriría Jon la puerta? En ese caso, ¿sería alguien conocido, que no suscitara la desconfianza del profesor?

Los interrogantes se agolpan en su cabeza mientras camina, pero las piezas del puzle están tan dispersas que no tiene ni idea de cómo hacerlas encajar. Por fortuna, el sonido del teléfono viene a interrumpir sus pensamientos.

—Dígame, Ramírez —contesta Gaztelu al segundo tono.

—Comisario, tenemos novedades —asegura el agente, con una nota de excitación en la voz.

—Bueno... por fin una buena noticia —reconoce el comisario, deseando escuchar las novedades a las que se refiere el agente—. Cuénteme —le pide, mientras acelera el paso para llegar cuanto antes a la comisaría.

—Le paso el teléfono a la agente Maya, comisario. Ella ha sido quien se ha dado cuenta —dice Ramírez, haciéndole sitio a Jone en su mesa.

—Comisario, hola —titubea la agente antes de comenzar a hablar, dirigiendo la mirada a Sergio Ramírez, que permanece a su lado, atento a sus palabras. Hay tantas cosas que quiere decir..., pero sabe que tiene que centrarse en la investigación, así que trata de dar a su voz un tono lo más neutro posible—. Se trata de las fotografías que encontramos en casa del profesor. Hay cientos de ellas en la caja. Mendibe y Sagarna han estado revisándolas, pero me ha parecido que necesitaban ayuda, así que me he acercado a echarles una mano para que pudieran acabar antes y las he visto.

—¿Qué ha visto, agente? —Gaztelu comienza a impacientarse. Llevan días sin una buena noticia y cualquier cosa que hayan podido encontrar podría dar un giro a la búsqueda que están llevando a cabo.

—Resulta que entre las fotografías sueltas que abarrotaban la caja había un sobre blanco sin ningún tipo de membrete que también contenía fotografías... una docena de ellas —explica la agente entusiasmada por el hallazgo.

—Y algo me dice que esas fotografías son diferentes de las demás... —anticipa el comisario, esperando la respuesta con interés.

—Muy diferentes, comisario. La mayoría son fotografías familiares, de reuniones, celebraciones y cosas así, y no parece que tengan mucho interés, pero estas no. Estas son fotografías de mujeres.

—¿De mujeres? —contesta el comisario, frunciendo el ceño intrigado—. ¿A qué se refiere con eso de fotografías de mujeres, agente?

—Tiene que verlas, comisario. Digamos que son mujeres ligeras de ropa, casi desnudas, y con actitudes y poses... se podría decir que lascivas —contesta la agente, sonrojándose.

—Joder, Jone. ¿Estamos hablando de pornografía? —pregunta el comisario, que no se esperaba algo así.

—Algo así, sí —duda la agente, haciendo una pequeña pausa antes de continuar con la información—, pero la cuestión es que no son fotografías sacadas de Internet, comisario. Y tampoco parecen profesionales.

—¿Cómo lo sabe, agente? Quizás el profesor las descargaba e imprimía para su disfrute personal —dice Gaztelu, tratando de buscar una explicación.

—No lo creo, comisario. A mí me parecen imágenes domésticas. De hecho... —titubea—, una de las mujeres que aparecen en las fotografías es Amelia Ortiz —confirma la agente.

A ambos lados de la línea se hace el silencio. La agente Maya espera la reacción del comisario, pero este ha dejado de prestar atención al teléfono. Su cabeza ha comenzado a funcionar a pleno rendimiento, tratando de encajar esta nueva información entre las piezas del puzle.

—Hay que hablar con ella, agente —dice Gaztelu tras procesar esta nueva información—, creo que tiene muchas cosas que contar.

—Mendibe y Sagarna han ido a la universidad a buscarla, comisario. No creo que tarden mucho en volver —confirma Jone, ya más tranquila.

—Perfecto, agente. Estaré allí en diez minutos. Si ellos llegan antes, que me esperen —indica, antes de colgar el teléfono.

Un cuarto de hora más tarde, el comisario ya ha llegado a su despacho y se encuentra

sentado frente a su ordenador, a la espera de los agentes Sagarna y Mendibe, que no han aparecido aún.

—Ramírez, ¿sabemos algo? —pregunta Gaztelu con impaciencia a través de la puerta abierta, al ver que no parece haber más movimiento del habitual en la sala común de la comisaría.

—Nada, comisario. No han llegado aún. Pero tampoco han reportado ningún incidente, así que no creo que se retrasen mucho más —contesta el agente, que está tan impaciente como los demás por conocer la versión de la profesora Ortiz.

—Está bien —dice, mientras emite un suspiro resignado—. ¿Dónde está la agente Maya? —pregunta, mirando alrededor. Se ha levantado de nuevo, dejando su chaqueta colgada en el respaldo de la silla, y se ha acercado a la puerta para hablar con Ramírez. Le resulta extraño no haber visto a la agente en su puesto desde que ha entrado, sobre todo teniendo en cuenta que su teléfono sí está sobre la mesa. Ahora siente una punzada de remordimiento al recordar que no ha contestado a ninguno de sus mensajes.

—Está en la sala de reuniones, comisario. Han llevado allí todas las fotografías para poder extenderlas sobre la mesa y clasificarlas. Aquí no había demasiado espacio para hacerlo —contesta, haciendo un gesto con la cabeza hacia las mesas de esa zona de la comisaría.

—Perfecto, Ramírez. Gracias —contesta aliviado—. Voy yo también para allí y así me pongo al día con lo que tenemos. Avísenos cuando lleguen Mendibe y Sagarna —dice, encaminándose hacia la sala—. ¡Ah! Y dígales que acompañen ellos mismos a la profesora a la sala de interrogatorios. Nosotros seguiremos la conversación a través de la pantalla —añade antes de desaparecer por el pasillo.

Como le ha indicado Ramírez, Jone se encuentra en la sala de reuniones, inclinada sobre la mesa y contemplando las fotografías, que ya han sido clasificadas en diversos montones en base a su contenido. Lo que no le ha contado el agente es que no está sola. El subcomisario Ochoa se inclina también sobre la mesa, demasiado cerca de ella, y hace comentarios sobre las fotografías en voz tan baja que la agente tiene que acercarse a él para escuchar lo que dice. Desde la puerta, Gaztelu no es capaz de reconocer el sentido de sus palabras, pero observa con inquietud su lenguaje corporal, que provoca que en sus entrañas surja la sombra de los celos. En un momento determinado, contempla cómo el rostro de Jone comienza a esbozar una de esas sonrisas que le hacen perder la razón y decide entrar en la habitación, dejando que las suelas de sus botas resuenen fuerte contra el suelo, alertándolos de su presencia.

La agente Maya y el subcomisario Ochoa se dan la vuelta nada más escuchar el sonido de sus pasos; ella con los ojos brillantes por el alivio de verlo, tras tantos mensajes sin contestar, y él con el fastidio reflejado en una mueca burlona. Sus rostros, contagiados por la actitud del comisario, adquieren la seriedad propia del trabajo al verlo llegar. Gaztelu los saluda y hace un gesto hacia las fotografías, invitándolos a contarle todo lo que han encontrado.

—Ya están todas clasificadas, comisario —dice la agente Maya, siguiendo la mirada de Gaztelu, que ha ido a detenerse sobre los montones que descansan encima de la mesa—. Las fotografías de la izquierda corresponden a reuniones familiares —explica la agente—. Hemos identificado a algunas de las personas que aparecen en ellas como el aita y el hermano de Jon. También hay algunas de su ama, aunque no demasiadas —dice, extendiendo algunas de las fotografías para que el comisario pueda verlas mejor.

Gaztelu se acerca al montón de la izquierda y comienza a revisar cada fotografía,

comparando caras y tratando de hacerse una idea de la ubicación donde se ha tomado cada instantánea, tratando de buscar un hilo conductor o algún dato que pueda serle de utilidad.

—Subcomisario —dice, sujetando una de las fotografías que le ha llamado la atención—, ¿han podido sacar algo en claro de la visita a Lekeitio, a casa de la familia del profesor Uriona?

—Nada interesante, comisario. Nos abrió la puerta el hermano y nos hizo pasar al salón. Allí estaba el padre, sentado en una silla de ruedas y viendo un programa de televisión. Le hicimos un par de preguntas, pero no contestó. De hecho, no retiró la mirada del televisor en ningún momento —explica.

—¿Y el hermano?

—Ese sí contestó. Nos dijo que lleva viviendo con el padre desde que la madre murió. Cuida de él y lo atiende en casa, sin ayuda externa. Lo lleva a pasear por los alrededores un par de veces al día, si el tiempo se lo permite. Parece que al hombre le ha gustado siempre andar por el monte y, aunque ahora ya no puede caminar, su hijo lo lleva por los senderos que hay junto a la casa, sin alejarse demasiado. Echa en falta que su hermano se acerque más por allí. En realidad, era Jon quien heredó la afición de su padre por el monte. A él nunca le ha gustado demasiado. También nos contó que apenas hablaba con su hermano. Por lo general, iba a visitar al aita una vez a la semana, momento que él aprovechaba para salir un rato y desconectar. No sabe quiénes eran sus amigos ni si mantenía una relación.

Gaztelu asiente, pensativo, mirando la fotografía que todavía sostiene en la mano.

—¿Son estos el padre y el hermano? —pregunta, para confirmar.

—Sí, comisario. Esos son. Y la mujer que está de pie es la madre. Esa fotografía debe tener unos cuantos años.

El comisario deja la fotografía sobre la mesa, junto a las demás, y continúa revisando el montón. Cuando termina de inspeccionarlas todas, mira de nuevo a la agente Maya, pidiéndole que le muestre el siguiente bloque de imágenes.

—Eche un vistazo a las que están a la derecha, comisario —le indica la agente—. En este caso las fotografías son variadas, sin un nexo común, y aún no hemos identificado a las personas que aparecen en ellas. Parecen reuniones de trabajo o celebraciones de distinto tipo. Habrá que seguir trabajando con ellas, pero a priori no parecen tener un interés extraordinario.

Gaztelu se acerca a las fotografías que le indica la agente y les echa un vistazo rápido, constatando que, efectivamente, todas ellas son variadas y no parecen mostrar ninguna conexión unas con otras.

—¿Dónde está el resto de las fotografías, agente? —pregunta el comisario, que no ve sobre la mesa las imágenes a las que se ha referido la agente cuando han hablado por teléfono.

—Hemos vuelto a guardarlas en el sobre en el que estaban, comisario —contesta la agente, señalando un pequeño paquete que hay al otro lado de la mesa.

El subcomisario Ochoa se acerca al lugar que indica la agente para alcanzar el sobre y mostrárselo al comisario, pero se detiene al escuchar las palabras de Gaztelu.

—Subcomisario —dice con seriedad—, espero que no haya estado hasta ahora manipulando las fotografías sin los guantes reglamentarios —le recrimina, al comprobar su intención de coger el sobre con las manos desnudas.

Ochoa dirige una mirada rápida a la agente Maya, que le hace un gesto que viene a significar algo así como «te lo dije», y baja las manos sin atreverse a tocar nada más. Gaztelu da la vuelta alrededor de la mesa y abre con cuidado el sobre, sacando las imágenes y extendiéndolas frente a él. A pesar de que la agente ya le ha adelantado el contenido, Gaztelu no puede evitar emitir un hondo suspiro al verlas. Al menos una docena de mujeres posan frente a la cámara en distintas posturas: algunas ligeras de ropa, otras con lencería transparente que muestra más que lo que oculta, y algunas más exhibiendo su desnudez con un falso aire recatado. Hay mujeres jóvenes y mujeres maduras; mujeres morenas, rubias y pelirrojas. Las imágenes no siguen un patrón definido.

La agente Maya observa las reacciones del comisario mientras este busca entre los rostros de todas las mujeres y encuentra el de la profesora Amelia Ortiz, como le había adelantado la agente por teléfono. Desde el papel, la profesora lo observa con los labios húmedos y entreabiertos y una mirada felina, mientras permanece recostada de lado sobre la cama, con un pecho sobresaliendo de un sujetador negro sin tirantes, mientras que el otro apenas queda oculto bajo la fina tela bordada. Las piernas, enfundadas en unas medias de malla también negra que finalizan en un ligero de encaje, se superponen la una a la otra con las rodillas ligeramente flexionadas. Todo en ella es erótico y muy distinto de la imagen de la mujer que han conocido en la universidad. El comisario levanta la vista de la fotografía y se vuelve hacia la agente Maya, que espera su reacción en silencio. Gaztelu mueve la cabeza de un lado a otro, mostrando su incredulidad ante lo que tiene delante.

—¿Estas son todas? —pregunta con seriedad.

—Sí, comisario. Son las que estaban en la caja.

—Habrá que registrar la casa a fondo, por si hubiera más imágenes escondidas en algún sitio —dice, mirando esta vez al subcomisario Ochoa, que hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Agente Maya, en cuanto a la otra mujer, Alicia...

—No aparece en las fotografías, comisario. He mirado bien, pero no está en ninguna de ellas.

—Bien... —contesta Gaztelu, que ya ha comenzado a recoger las imágenes para guardarlas de nuevo en el sobre.

—Comisario —Sergio Ramírez está en la puerta de la sala, esperando su turno para dirigirse a ellos—, los agentes Mendibe y Sagarna acaban de llegar. Han bajado a la profesora Ortiz a interrogatorios.

—Gracias, Ramírez. Tenga, hágase cargo de esto —dice, acercándose a él y alargándole el sobre con las fotografías—. Entrégueselo a Sagarna y que lo utilicen en el interrogatorio. A ver qué les cuenta la mujer.

—¿No va a bajar usted, comisario? —pregunta el agente, extrañado.

—No. La profesora Ortiz ya nos conoce a la agente Maya y a mí. Si bajamos nosotros, querrá aferrarse a la versión de la historia que nos quiso hacer creer cuando estuvimos con ella en la universidad. Es mejor que nos quedemos aquí y sigamos el interrogatorio a través de la pantalla —dice, señalando el rectángulo sobre su cabeza.

—Comisario, ¿quiere que baje yo a interrogarla? —pregunta Ochoa, mirando fijamente a Gaztelu.

—No. Quédese aquí con nosotros. Cuando acabe el interrogatorio, quiero que lleve usted mismo todas las fotografías al laboratorio, a ver si pueden extraer alguna huella.

El subcomisario Ochoa guarda silencio un instante antes de contestar.

—Entendido, comisario —dice, moviendo una de las sillas para sentarse a observar la pantalla sin añadir nada más.

15.

El agente Mendibe contempla en silencio a una asustada Amelia Ortiz, que se frota las manos bajo la mesa mientras mira a ambos lados de la sala. Colgada en la pared, una cámara deja constancia de todo lo que sucede en esa habitación y envía las imágenes a la pantalla instalada en la sala de reuniones del piso superior, en la que, en estos momentos, se encuentran Gaztelu, Ochoa y la agente Maya. Como cabía esperar, todos permanecen en silencio, expectantes. Durante un par de minutos, eternos, no sucede nada. Después, la agente Sagarna entra en la sala de interrogatorios con un sobre en la mano, que deposita con suavidad sobre la mesa a su lado. Es ella quien se dirige a la profesora para preguntarle por su nombre, dando así comienzo al interrogatorio.

—Profesora, la hemos traído aquí porque queremos hacerle unas preguntas con relación al asesinato de Jon Uriona —expone la agente, tratando de no fijarse en el nerviosismo de la mujer y el movimiento continuo de sus manos—. ¿Puede decirnos cuándo fue la última vez que lo vio?

La mujer mira alternativamente a los dos agentes que se sientan frente a ella, centrando por fin su atención en Maitane Sagarna. Respira hondo antes de contestar.

—Jon y yo compartíamos despacho en la universidad, agente. No era extraño que nos viéramos a diario. Él estuvo allí trabajando el día antes de... —titubea— de que lo encontraran.

En la sala de reuniones, Gaztelu y Maya recuerdan la conversación que ambos tuvieron hace un par de días con Amelia en la universidad, pero no hacen ningún comentario, a pesar de las miradas de soslayo que les dirige de vez en cuando el subcomisario Ochoa. En esta ocasión, y a la vista de los nuevos datos de los que disponen, ambos esperan que los agentes puedan arrinconar a la profesora y sacar de ella la información que necesitan.

—¿Y le pareció que se encontraba bien o lo notó preocupado por algo? —La agente ha comenzado con las preguntas rutinarias, tratando de que la mujer se tranquilice un poco y adquiera la suficiente confianza como para contestar con sinceridad.

—Yo no noté nada extraño, agente. Jon era... una persona alegre, siempre sonriente. Daba gusto trabajar con él. Y ese día no había nada diferente en su actitud —recuerda la mujer, con un tono de añoranza.

—¿Cómo era su relación con él, profesora? —pregunta la agente, mientras Mendibe simula tomar notas y no prestar demasiada atención, para que la mujer no se sienta cohibida.

Amelia se sonroja ligeramente, pero mantiene la mirada fija en la agente Sagarna y contesta sin ningún atisbo de duda.

—Éramos compañeros, agente. Nuestra relación era cordial. Compartíamos el interés por la enseñanza y nos gustaba trabajar juntos.

—¿Y qué más compartían, profesora? —pregunta la agente, dando a sus palabras un tono inocente e inclinándose ligeramente hacia adelante, como si esperara recibir la confidencia de una amiga.

Los ocupantes de la sala de reuniones de la primera planta observan la pantalla con atención, pero no alcanzan a ver el rubor que cubre las mejillas de Amelia, que se pone inmediatamente a la defensiva.

—No sé a qué se refiere, agente. Ya le he dicho que Jon y yo trabajábamos en el mismo despacho y...

—Profesora, ¿tenía usted una relación con el profesor Uriona que traspasara los límites laborales? —le corta la agente, sin levantar la voz y utilizando un tono neutro que provoca el creciente enfado de la mujer.

—Discúlpeme, agente —dice la mujer, poniéndose en pie con un gesto brusco—, pero no tengo por qué aguantar esto. He venido hasta aquí voluntariamente para colaborar con ustedes y no estoy dispuesta a tener que escuchar unas acusaciones que no tienen ni pies ni cabeza.

—Siéntese, Amelia —le indica la agente Sagarna con suavidad y sin hacer el más mínimo amago de levantarse ella también—. Creo que ha llegado el momento de que hablemos claro y nos explique exactamente cuál era su relación con el profesor Uriona —dice, con un gesto tan serio que la mujer busca con la mirada al agente Mendibe, tratando de encontrar su apoyo. El agente, sin embargo, le hace un gesto con las manos para que vuelva a sentarse.

Amelia Ortiz suspira sin poder evitarlo y se sienta de nuevo, resignada. Da la sensación de que su enfado se ha disipado y se ha dado cuenta de que no va a salir de aquella sala hasta haber contado a los agentes lo que quieren saber. Maitane Sagarna aprovecha la confusión que se refleja en su rostro para coger el sobre que le ha traído Ramírez y extraer la fotografía en la que aparece, poniéndola sobre la mesa frente a la mujer, que la mira con una mezcla de estupor y sobresalto que le hace fruncir el ceño en un gesto de derrota.

—Volvamos a la pregunta que habíamos dejado a medias, Amelia —comienza de nuevo la agente, mirando fijamente a la profesora—. ¿Tenía usted una relación con Jon Uriona que traspasara los límites laborales?

—¿De dónde han sacado esa fotografía? —pregunta a su vez la mujer, que parece hacer caso omiso a las palabras de la agente.

—Amelia...

La profesora Ortiz mira alternativamente la fotografía y a la agente Sagarna. Para ella, todo lo demás ha desaparecido de escena, incluso el agente Mendibe, que permanece en silencio, tomando notas y escuchando sin intervenir. Durante un instante, en aquella sala solo se escucha el goteo rítmico e incesante de un grifo mal cerrado en algún lugar cercano. La mirada de Amelia se ensombrece mientras gira la cabeza a derecha e izquierda dando muestras de su incredulidad.

—Jon y yo éramos amantes —confiesa por fin, buscando una complicidad que no encuentra en los ojos de la agente—. Ya sé lo que me van a decir. Soy una mujer casada que engaña a su marido y, además, Jon era más joven que yo, pero lo cierto es que no fue algo premeditado ni buscado. Simplemente, conectamos desde el primer momento.

—No estamos aquí para juzgar su relación, Amelia —le interrumpe la agente Sagarna, tratando de mitigar el apuro de la mujer—. Eso es cosa suya. Nuestro único interés es averiguar quién y por qué motivo ha acabado con la vida de Jon Uriona.

Amelia respira hondo y guarda silencio un instante, sopesando las palabras de la agente. Después, adelantándose a cualquier otra pregunta, continúa con su narración liberándose al fin del pesado secreto que ha estado ocultando hasta ahora.

—Al principio, solo se trataba de un juego inocente, un cruce de miradas, unas palabras comprometidas susurradas al oído, un ligero roce al pasar a su lado, la tentación de romper con la rutina, algún mensaje de Whatsapp subido de tono... Eran instantes que aportaban ilusión al día a día, pero sin intención de ir más allá. Después llegó un primer beso, en el despacho, con la emoción de saber que en cualquier momento la puerta podría abrirse dando paso a algún alumno o profesor. —Amelia hace una pausa durante la que parece pensar en todo aquello, evadiéndose de entre las paredes de aquella habitación—. ¿Saben lo que significaba eso para alguien como yo? ¡Yo estaba muerta antes de conocerlo a él! —grita la mujer, volviendo a la realidad y llevándose las manos al rostro para ocultar sus lágrimas.

Mendibe y Sagarna respetan durante unos instantes el silencio que se ha hecho en la sala tras las palabras de Amelia, que aún parecen flotar en el aire a su alrededor. La agente le acerca una caja de pañuelos de papel, que la mujer le agradece con un gesto. Utiliza uno de ellos para sonarse la nariz y mira alrededor en busca de alguna papelería donde tirarlo. No hay ninguna, así que lo mantiene en la mano, con el puño apretado, y continúa hablando.

—Jon era tan necesario para mí como respirar o comer, agente. Era el motivo por el que me levantaba cada mañana. —Sus palabras son ahora más pausadas, más íntimas.

En la sala de reuniones de la primera planta, Gaztelu y la agente Maya escuchan con atención las palabras de Amelia, haciéndose una idea de la situación que la mujer está relatando. El subcomisario Ochoa, sin embargo, se recuesta contra el respaldo de la silla con los brazos cruzados contra el pecho, chasqueando la lengua con escepticismo.

—Comenzamos a vernos alguna tarde, fuera de los límites de la universidad —continúa diciendo—, y pasó lo que tenía que pasar. Y lo cierto es que no me arrepiento de ello —reconoce la mujer, mirando a los agentes desafiante.

—Amelia, ha dicho antes que usted está casada —afirma la agente, viendo cómo la mujer cabecea en respuesta a sus palabras—. ¿Su marido sabe algo de esto? —pregunta con delicadeza.

Amelia fija la mirada en ella antes de responder.

—No, agente. Mi marido no sabe nada. Y comprenderá que me gustaría que siguiera siendo así —dice sin poder reprimir un tono de súplica—. Mi marido tiene un trabajo importante. Es cirujano, ¿sabe? Salva vidas a diario. Y también se dedica a la investigación y la docencia. Apenas tiene tiempo para ocuparse de nada más. Incluso cuando está en casa, se encierra en su despacho y apenas se deja ver. Lo que menos necesita en estos momentos es preocuparse por este tipo de cuestiones.

—¿Y no cree posible que pueda tener alguna ligera sospecha? —presiona la agente Sagarna.

—No, agente. No lo creo —contesta con rotundidad.

—¿No ha notado ningún cambio en su actitud hacia usted, que se haya vuelto más reservado en los últimos tiempos, quizás? ¿Más taciturno? —insiste la agente, mirándola fijamente, tratando de leer más allá de la expresión de su rostro.

—Por desgracia, mi marido siempre ha sido reservado, agente. Sus intereses se limitan al trabajo y apenas le queda tiempo para nada o nadie más. Sin embargo, a pesar de ello, se sigue preocupando si llego tarde a casa sin avisar —explica la mujer.

—¿Quiere decir que no le gusta que usted llegue tarde a casa? ¿Se enfada si lo hace? —pregunta Maitane Sagarna, dándole la vuelta a las palabras de Amelia para tratar de encontrar un nuevo significado a lo que está contando. No es la primera vez que se enfrenta a una situación de este tipo, donde la aparente preocupación enmascara una relación de control emocional.

—No tiene motivos para enfadarse, agente. Siempre he sido disciplinada y me gusta mantener las rutinas.

—Pero alteró sus rutinas al comenzar una relación con el profesor Uriona...

—Sí. Es cierto. Pero él no tenía por qué enterarse. Fui cuidadosa —dice, aparentando seguridad.

—Amelia, ¿qué me puede decir de sus amistades? —pregunta la agente, desviando un poco el tema para dar un respiro a la mujer—. ¿Hay alguien con quien tenga especial afinidad? Si su marido dedica su tiempo al trabajo, usted tendrá su propio grupo de amigos con quien salir a divertirse...

La profesora Ortiz se envara contra el respaldo de la silla, mirando a la agente Sagarna con ojos vidriosos.

—No salgo demasiado, agente —contesta, con voz cada vez más débil.

—¿Y qué me dice de Alicia? Según tengo entendido, ustedes dos se llevaban bien, ¿no es así? —Maitane Sagarna quiere aprovechar el momento de debilidad de Amelia para tratar de obtener la información necesaria para rellenar los vacíos que existen en la historia que tienen delante. En la sala de reuniones de la primera planta no se oye ni un solo sonido, salvo las palabras que fluyen a través de la pantalla.

—Alicia era mi amiga, agente. De hecho, creo que era la única amiga que he tenido en los últimos tiempos. La que me escuchaba sin juzgar, dándome su opinión sin esperar nada a cambio. —La expresión de Amelia es ahora de serenidad y deja que las palabras que

guardaba en su interior viajen hacia los agentes, como si ya no le quedara nada por lo que luchar—. Y como ya sé lo que va a preguntarme a continuación, le diré que no. A mi marido no le gustaba Alicia. No dejaba de decir que era una mala influencia para mí. Aunque, para ser sinceros, a Ignacio le disgusta cualquier persona que pueda relacionarse conmigo —confiesa la mujer, mirando alternativamente a Sagarna y Mendibe, como si supiera que ha perdido la batalla y su mejor opción es desahogar sus miedos—. Ahora ya no tiene por qué preocuparse.

—Amelia... —la agente Sagarna hace una pequeña pausa antes de preguntar—, ¿dónde se encontraban Ignacio y usted en la madrugada del día diez, entre las seis y las ocho de la mañana?

—En la cama, agente. Al menos a las seis. Suelo levantarme un poco más tarde, sobre las seis y media de la mañana, para estar en la universidad antes de las ocho. Ese día tenía clase a primera hora. Pueden preguntar en secretaría si quiere. Una clase entera de alumnos les dirá que estuve allí —contesta la mujer, sin necesidad de hacer memoria.

—¿Y qué me dice de Ignacio, profesora? —pregunta la agente de nuevo—. ¿Dónde estaba él?

—Ignacio suele despertarse más tarde que yo. Ese día, al salir de casa, aún no se había levantado —confirma.

—Amelia, disculpe mi curiosidad, y no se lo tome a mal, pero ¿Ignacio y usted duermen juntos, en la misma habitación? —Esta vez es el agente Mendibe quien pregunta. Ha dejado de tomar notas en su cuaderno y mira fijamente a la mujer, esperando una respuesta.

—Eh... bueno —titubea, antes de responder—, Ignacio y yo compartimos el mismo dormitorio, pero muchas noches se queda dormido en el sofá que tiene en su despacho, sobre todo si termina tarde de trabajar.

—¿Y esa noche? ¿Recuerda si se quedó en el despacho? —insiste Mendibe.

—Sí. Esa noche se quedó en el despacho. Últimamente se queda casi todas las noches —contesta Amelia, con un hilo de voz.

—Entonces, no lo vería por la mañana antes de ir a trabajar, ¿no es así? —pregunta el agente, mirando fijamente a la mujer.

—No. No lo vi. Ya le he dicho que suele despertarse más tarde. A veces se levanta antes de que yo salga de casa, pero no es infrecuente que permanezca en la cama y no nos veamos hasta el anochecer —dice la profesora, un tanto irritada.

—Y si no lo vio por la mañana, ¿cómo tiene la certeza de que él estaba dormido en su despacho? De hecho, podría haber salido de casa antes incluso de que usted se despertara y no se habría enterado, ¿no es así? —afirma más que pregunta el agente Mendibe.

—Tengo el sueño ligero, agente —dice—, creo que me habría enterado.

—¿Está segura? —Amelia Ortiz se queda en silencio, sin saber muy bien qué contestar. El agente tiene razón. En realidad, desconoce si Ignacio estaba en casa y, por un instante, las implicaciones que ello conlleva caen sobre ella como una losa. «¿Y si ha tenido algo que ver en la muerte de Jon?», piensa, llevándose las manos a la cara para reprimir las lágrimas. En ese caso, ella sería la culpable de todo lo que ha pasado.

Mendibe y Sagarna salen de la sala de interrogatorios, dejando a la mujer sola durante unos minutos. Necesitan estirar las piernas y darle a Amelia una pequeña tregua para que se tranquilice un poco antes de seguir con las preguntas. Suben las escaleras hacia la

primera planta en silencio y se reúnen con sus compañeros. En el rostro de cada uno de ellos pueden leer que, por fin, la investigación está tomando el rumbo adecuado.

—Comisario —dice el agente Ramírez, que acaba de regresar a la sala tras salir a atender una llamada—, han llamado del laboratorio para confirmar que las huellas de Amelia Ortiz que les hemos enviado coinciden con las encontradas en casa de Jon Uriona.

Gaztelu asiente con un gesto y da las gracias al agente, mientras pasea arriba y abajo por la sala, tratando de pensar en cómo encajar toda la información que les está llegando.

—¿Y el pelo que encontramos en la puerta? ¿Han podido obtener algún resultado? —pregunta, deteniéndose junto a la pizarra.

—Aún no tenemos los resultados del ADN, comisario —contesta el agente, haciendo un ligero gesto con los hombros indicando que no sabe nada—, pero creo que está claro de quién es.

Gaztelu hurga en el bolsillo del pantalón hasta encontrar el paquete de chicles que siempre lo acompaña y se mete uno en la boca, bajo la atenta mirada de los agentes, que no pierden detalle de sus gestos.

—Bien. Esto es lo que yo creo —dice, alzando la mirada hacia la pizarra—. Amelia tenía una relación con el profesor Uriona y frecuentaba su domicilio, aunque las entradas y salidas eran discretas, para no dejarse ver por los vecinos y preservar así su intimidad. Al parecer, tiene un marido celoso y controlador, y lo último que habría querido es que se enterara de esta relación. Tras la muerte del profesor, Amelia regresó al domicilio, aunque no sabemos con qué objetivo. Traten de que se lo cuente —indica Gaztelu, mirando con seriedad a los agentes Sagarna y Mendibe, que afirman ligeramente con la cabeza—. En mi opinión, la señora Ortiz regresó a buscar algo que no quería que encontráramos —concluye, convencido, dejando que los demás digieran estas palabras.

Tras las palabras del comisario, Sagarna y Mendibe no tardan más de cinco minutos en regresar a la sala de interrogatorios y, cuando lo hacen, encuentran a la profesora Ortiz algo más serena de lo que la habían dejado, pero con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Agentes —dice, nada más verlos entrar y sentarse frente a ella—, ¿ustedes creen que Ignacio puede tener algo que ver en esto? No nos hemos comunicado mucho últimamente, seguramente por mi culpa. Yo estaba tan abstraída con mi secreto que no quise... quizás no supe darme cuenta de que algo estaba cambiando. Ignacio no es tonto, ¿saben? Es observador. ¿Y si se dio cuenta de lo que estaba pasando? —pregunta, dejando que las palabras floten en el aire, sin recibir respuesta—. ¡Como he podido estar tan ciega! —se lamenta, dando voz a sus dudas y hablando para sí misma más que para los agentes, pero resumiendo en sus palabras toda la incertidumbre que le atenaza el alma.

—Nosotros no creemos nada, Amelia —contesta Mendibe, mirando a la mujer con dureza—. Nos limitamos a seguir indicios y nos ceñimos a las pruebas. Y ahora mismo las pruebas nos indican que el domicilio de Jon Uriona está lleno de sus huellas.

—¿Cómo? ¿No creerán que yo...? —A Amelia se le rompe la voz solo por el hecho de pensar en la posibilidad de que aquellos agentes valoren seriamente la idea de que ella haya tenido algo que ver con la muerte de Jon—. Yo no... no podría haberlo hecho. ¡Yo lo quería!

—Amelia, tranquilícese —le pide la agente Sagarna, mirando a los ojos de la mujer—. Nuestro deber es valorar todos los indicios con los que contamos y, en este momento, lo que necesitamos es que nos cuente toda la verdad. Solo así podremos acercarnos a

descubrir qué es lo que ha sucedido en realidad.

Amelia baja la mirada y se frota las manos. Es consciente de que haber comenzado ocultando la verdad no le va a beneficiar, así que su única baza ahora mismo es demostrar su inocencia.

—Profesora —insiste la agente—, quizás se haría un favor a usted misma si nos explicara qué hacía en casa de Jon Uriona el día que mis compañeros se acercaron a hacer el registro.

Amelia mira a la agente haciendo un ligero gesto de asentimiento con la cabeza. Sabe que ha llegado el momento de hablar con sinceridad.

—Yo intuía que a Jon le había pasado algo... Lo llamé varias veces por teléfono, pero no contestó. Eso no era típico de él. Estábamos en contacto continuamente, salvo cuando yo estaba en casa, para evitar problemas con Ignacio. Me preocupé al ver que no respondía a las llamadas —explica, mirando directamente a los ojos de la agente Sagarna—. Luego leí el aviso en el periódico. Jon encajaba en la descripción de la persona que habían encontrado, pero no quise creer que fuera él. Uno siempre piensa que esas cosas les pasan a otras personas... Pero iban pasando las horas y seguía sin noticias. Y la posibilidad de que fuera Jon comenzó a abrirse camino en mi cabeza. Llegué a pensar que me estaba volviendo paranoica... hasta que el comisario y esa otra agente aparecieron por mi despacho en la universidad y me dieron la noticia. Entonces tomé conciencia de lo que eso significaba... Lo había perdido para siempre. Había perdido mi razón para continuar adelante.

La mirada de Amelia se pierde un instante en algún punto de la pared que tiene frente a ella, como si ante sus ojos pudiera vislumbrar una ventana asomándose a otro mundo, a otra vida. Esta vez es una lágrima solitaria la que surca su rostro, partiéndolo en dos sin pudor.

—Quise ir a su casa al día siguiente —continúa hablando, como si ya nada pudiera detener las palabras que se agolpan en su garganta—, pero no fui capaz de encontrar las llaves. Vacíé el contenido de mi bolso sobre la mesa del despacho, pero allí no estaban. Revisé todos los bolsillos y cremalleras, busqué en todos los lugares que se me ocurrieron, aunque fueran improbables. ¡Incluso revisé el cajón de la mesa de Jon, por si hubiera alguna copia allí! Pero no encontré nada —dice, mirando a la agente—. Entonces me entró el pánico. Sabía que, antes o después, la Ertzaintza se acercaría a registrar la casa. Necesitaba entrar allí y retirar... bueno... mis cosas —explica, agachando la cabeza avergonzada.

—Y, ¿cómo consiguió entrar, si no tenía las llaves? —pregunta la agente Sagarna, consiguiendo que su curiosidad atraiga las palabras de Amelia, que sigue hablando sin omitir detalle alguno.

—Realmente no sé cómo pasó, agente —contesta la mujer—, pero la cuestión es que, esa misma noche, al sacar las gafas del bolso para leer un poco antes de acostarme, me encontré con que allí estaban las llaves, en la carterita en la que habitualmente las guardo.

—¿Las mismas llaves que no había conseguido encontrar por la mañana? —pregunta esta vez el agente Mendibe, que ha dejado de tomar notas y mira a la mujer con desconfianza, tratando de analizar si dice la verdad.

—Sí. Las mismas —contesta la mujer con rapidez, abriendo su bolso y mostrándolas a los agentes—. Estas son. La llave del portal y la de casa, con el llavero que nos regalaron en la universidad al finalizar el pasado curso. Supongo que, con los nervios, no fui capaz de encontrarlas antes.

—Y le pareció una buena idea acercarse a casa de Jon para recoger sus cosas —continúa la agente, sin dejar de mirar el llavero, que ha quedado sobre la mesa sin que nadie lo

toque.

—Quizás le parezca una cobardía, agente, pero mi único pensamiento era evitar a toda costa que Ignacio se enterara de mi relación. Jon ya no estaba y eso ya no tenía remedio. ¿Para qué añadir más sufrimiento? —dice, encogiéndose de hombros.

—Amelia, cuéntenos qué pasó mientras estaba en casa de Jon —pide el agente Mendibe, haciendo que la mujer vuelva su atención hacia él.

—Llevaba un rato allí cuando escuché golpes en la puerta —dice bajando la voz.

—Pero no fue a abrir, a pesar de que las personas que estaban al otro lado se identificaron —le recrimina Mendibe.

—No. No fui —contesta, avergonzada—. Pensé que, si no hacía ningún ruido, se marcharían, pero no lo hicieron, así que me escondí bajo la cama. Había recogido ya mis cosas y las tenía guardadas en una bolsa que sujetaba contra el pecho para que no golpeará con nada. Me quedé quieta, esperando, durante lo que me pareció una eternidad. Los oí entrar y me pareció reconocer en sus voces que se trataba de las mismas dos personas que me habían visitado en el despacho, el comisario y la agente... No recuerdo su nombre. Contuve la respiración e incluso cerré los ojos, en ese gesto inconsciente del que no desea ser visto. Cuando me di cuenta de que habían entrado en el salón, al fondo del pasillo, pensé que esa sería la única oportunidad que tendría de salir de allí sin ser vista, así que me puse en pie y me moví de la forma más sigilosa de la que fui capaz. Cuando ya estaba junto a la puerta del dormitorio, me percaté de que el portarretratos con la fotografía en la que aparecíamos Jon y yo besándonos en el parque se había quedado sobre la mesilla, así que volví atrás, lo cogí, lo metí en la bolsa junto al resto de las cosas que había recogido y salí de allí lo más rápido que pude.

—Pero esto no se lo llevó —dice la agente Sagarna, señalando la fotografía que ha extraído del sobre hace un rato y que continúa sobre la mesa, frente a la profesora.

Amelia respira hondo y baja la vista para observar la imagen. Después extiende una mano y la sujeta entre los dedos.

—No sabía que Jon tuviera esta foto —dice, sin dejar de mirarla.

—Pero es usted la persona que aparece en ella —le remarca la agente, a pesar de que no necesita su confirmación.

—A veces, Jon y yo nos enviábamos fotografías mientras chateábamos, agente. ¿No lo ha hecho usted nunca? —dice, bajando la voz mientras mira fijamente a Maitane Sagarna buscando su comprensión—. Era como una especie de juego con el que nos divertíamos cuando no podíamos estar juntos. No sabía que Jon había imprimido la fotografía —confiesa tras una pequeña pausa, posando los ojos de nuevo en ella—. Pensé que las borraba, como hacía yo.

—Al parecer, no las borraba, profesora —indica Mendibe—. Se ve que le gustaba volver a verlas —dice, ganándose un gesto de reprimenda por parte de la agente Sagarna.

Ante la mirada de incomprendimiento de Amelia Ortiz, la agente saca del sobre el resto de las fotografías y las coloca una tras otra frente a la mujer, que observa, atónita, las imágenes que le van mostrando.

—¿Qué es esto, agente? —pregunta, mirando alternativamente las fotografías y a Maitane Sagarna, en busca de algún tipo de explicación.

—¿Reconoce a alguna de estas mujeres, Amelia? —pregunta, a su vez, Mendibe,

haciendo que la profesora se gire hacia él, mirándolo como si estuviera en trance.

—Todas estas fotografías estaban guardadas en una caja en el domicilio de Jon Uriona, junto a la suya —interviene la agente Sagarna—. Amelia, haga el favor de mirarlas bien y decirnos si reconoce a alguna de estas mujeres.

Amelia centra su atención en ellas, pero no las toca. Simplemente las recorre con la mirada, incrédula. No sabe quiénes son todas esas mujeres ni qué hacían sus fotografías en casa de Jon. No entiende qué está pasando.

—No sé quiénes son, agentes. Nunca he visto a estas mujeres —contesta, sin despegar la vista de las imágenes.

—Cada una de estas fotografías tiene una fecha escrita a mano en el dorso. Creemos que se trata de la fecha en la que fueron tomadas. Algunas de ellas son anteriores a la llegada de Jon a la universidad. Pero estas dos son posteriores. Son las más recientes. ¿Puede revisarlas de nuevo? —solicita Sagarna.

Amelia centra su atención en las dos imágenes que le indica la agente, pero niega con la cabeza.

—Quizás esta cara no me resulte del todo desconocida, pero no sé decirle quién es, agente —contesta la mujer, desorientada.

La agente Sagarna le hace un gesto a su compañero, que asiente inmediatamente. Ambos están de acuerdo en que poco más pueden sacar ya en el interrogatorio que están llevando a cabo.

—Una última pregunta, Amelia —dice la agente, mostrando su intención de terminar—. ¿Cuándo vio usted por última vez a Alicia Estévez?

—Alicia... —titubea la mujer, guardando silencio un instante antes de contestar—, como les he dicho antes, Alicia era una buena amiga. En realidad, creo que era la única persona a la que podía llamar amiga, mi apoyo en los momentos malos y la persona con quien compartía los buenos. Ella era mi confidente, agente. Me escuchaba sin juzgar. La última vez que la vi fue hace dos días y estábamos en mi casa. Le había pedido que viniera para desahogarme por el asunto de Jon... Con ella no tenía que disimular. Fue el mismo día que el comisario y la agente vinieron a verme.

—¿Qué cree que le ha sucedido? ¿Tiene alguna teoría? —pregunta Mendibe con interés.

—No lo sé... —contesta, llevándose las manos a la cara para reprimir el llanto—, pero espero que lo averigüen. Ninguno de los dos merecía lo que ha pasado —dice, imitando el gesto de los agentes y levantándose de la silla para salir de allí.

—Por cierto, Amelia, antes de que se marche me gustaría que nos dejara las llaves de casa de Jon, las que nos ha enseñado antes —le indica Maitane Sagarna.

Amelia no pregunta, no hace comentario alguno. Solo saca las llaves del bolso y se las entrega a la agente sin rechistar.

—Quédenselas —dice desde la puerta, dándose la vuelta antes de salir de allí—. Yo ya no las voy a necesitar.

Sagarna y Mendibe permanecen de pie en la sala de interrogatorios, recogiendo las fotografías que habían extendido frente a la profesora. Mendibe presiona el botón de apagado y la cámara deja de emitir imágenes. En la sala del primer piso, la pantalla se oscurece dando paso al silencio.

—Estamos solos —dice Mendibe, y su compañera afirma con la cabeza—. ¿Para qué le has pedido las llaves? —pregunta, tras una ligera pausa.

—Creo que alguien se las quitó del bolso, Iñaki. No creo que ella haya tenido nada que ver en todo esto. Quiero entregarle las llaves a Ramírez para que las envíe al laboratorio, a ver si encuentran alguna huella —explica la agente.

—Su amante y su amiga... Esta investigación gira alrededor de Amelia Ortiz —le recuerda el agente Mendibe—. Es difícil creer que no haya tenido nada que ver. Las únicas huellas encontradas en casa de Jon son las suyas. Y luego está esa fotografía... ¿Crees que alguien está tratando de implicarla en los asesinatos?

Maitane Sagarna no contesta. Solo alza los hombros indicando que es una posibilidad, y las palabras quedan flotando en el aire cuando salen de la sala para regresar junto a sus compañeros.

16.

Ochoa y Ramírez charlan junto a la máquina de café cuando los agentes Sagarna y Mendibe acceden a la primera planta. En realidad, más que charlar, da la sensación de que discuten, por el gesto acalorado en el rostro del subcomisario. Ramírez, con su habitual diplomacia, mantiene la calma. Ambos hombres se giran para mirar a los recién llegados y el subcomisario hace una inclinación de cabeza a modo de despedida antes de alejarse por el pasillo en dirección a los ascensores.

—¿Algún problema, Sergio? —pregunta Mendibe, extrañado por la escena de la que ha sido testigo, dirigiéndose a Ramírez, pero con la vista fija en la espalda del subcomisario.

—No. Nada que merezca la pena mencionar —dice, dándose la vuelta y caminando en dirección a la sala común. Sin embargo, apenas ha dado un par de pasos cuando se gira de nuevo hacia sus compañeros, que caminan tras él—. Este tío me saca de quicio —dice, bajando la voz—. ¡No se puede ser más arrogante!

Mendibe y Sagarna sonrían divertidos. Saben que Ramírez tiene razón. Resulta difícil trabajar con el subcomisario, pero ambos son conscientes de que, al menos de momento, no les queda otro remedio que aguantar.

—Me está pidiendo las transcripciones de todas las declaraciones que tenemos hasta el momento, pero me he negado a dárselas. Le he dicho que se las tiene que solicitar al comisario. Y ya sabéis qué pasa cuando crees estar por encima de todo... Se ha puesto como una furia —dice, frunciendo el ceño.

—Tranquilo —dice Mendibe, dándole una palmadita en el hombro—, al menos a ti no te toca de compañero... Que no sabes la que me lio ayer en la base de Erandio cuando fuimos a comprobar si tenían resultados.

Tanto Ramírez como Sagarna se quedan mirando al agente, esperando a que siga con la narración. Ninguno de los dos le ha escuchado contar nada de eso antes.

—En el laboratorio se negaron a proporcionarnos el informe con los resultados. Dijeron que estaban pendientes de firma y que, en todo caso, se lo enviarían a nuestro superior. Es cierto que la persona que nos atendió no se comportó de una manera muy amable, pero no os imagináis la reacción del subcomisario. Se encaró con él y pensé que le iba a dar un puñetazo. Lo llamó funcionario incompetente diciendo eso de «no sabes con quién estás tratando, soy el subcomisario» y qué sé yo qué más. Yo no sabía ni dónde meterme —les cuenta Mendibe, hablando a media voz—. Poco faltó para que nos echaran de allí.

—¡Joder con el subcomisario! —exclama Ramírez, que ha relajado el rostro hasta mostrar un ademán divertido—. A este paso, va a poner en nuestra contra a todas las secciones de la Ertzaintza.

—Por cierto, Sergio —dice la agente Sagarna, que ha escuchado las quejas de sus compañeros y, a pesar de estar de acuerdo con ellos, prefiere no hacer más comentarios al respecto y tratar de devolver a su rostro la seriedad del trabajo después de los minutos de desahogo—, tengo un par de cosas para ti. —La agente le tiende el sobre con las fotografías y las llaves que les ha dejado Amelia, ambas cosas debidamente embolsadas—. Hablando del laboratorio, envíalo todo, a ver si hay alguna huella reconocible.

—Ahora mismo —contesta Ramírez, haciéndole un guiño cómplice.

—Buen trabajo, agentes. —La voz del comisario Gaztelu suena a su espalda y los tres se dan la vuelta para mirarlo.

—Gracias, comisario —contesta la agente Sagarna—. La profesora Ortiz parecía bastante afectada con todo esto... No creo que estuviera fingiendo.

—Yo tampoco lo creo, agente —confirma el comisario—, pero, en cualquier caso, no vamos a descartarla todavía. Primero habrá que comprobar su coartada en la universidad. Hay que cerciorarse de que realmente estaba dando clase a la hora del asesinato de Jon Uriona. Por otro lado, no podemos olvidar que ha estado ocultando información y ha sustraído pruebas, lo cual no ha hecho otra cosa que obstaculizar nuestra investigación. Eso, como mínimo, podría suponerle una pena de multa —dice, mientras los agentes confirman sus palabras con un gesto de asentimiento—. Por cierto, la agente Maya y yo vamos a acercarnos a hablar con el marido de Amelia, a ver qué tiene que contar.

—No sé, comisario, ese tipo me da mala espina —dice la agente—. Parece que controla todos los movimientos de Amelia. Salvo para ir a trabajar, ella apenas sale de casa y ni siquiera su única amiga era de su agrado. Es posible que incluso controlara su teléfono móvil. Es algo muy típico en este tipo de relaciones en las que uno de los miembros trata por todos los medios de controlar al otro. ¿Y si se enteró de la relación de Amelia con el profesor y decidió ponerle fin? Es posible que se sintiera amenazado. A mi modo de ver, tiene un motivo y creo que también la ocasión... Apuesto a que sustrajo las llaves de casa de Jon del bolso de Amelia, por eso no las encontraba. Pudo volver a ponerlas en su sitio después...

—No es una mala teoría, agente —confirma Gaztelu, mirando a sus otros dos compañeros, que también afirman con la cabeza—. El problema es que no tenemos ninguna prueba.

—Es cierto, comisario. Habrá que intentar buscar algo que lo relacione con Jon Uriona. De momento, le he pasado a Ramírez el sobre con las fotografías y las llaves de Amelia. Habrá que comprobar si contienen alguna huella aprovechable —dice, haciendo un gesto hacia su compañero, que muestra ambas cosas.

—Ramírez, que lo analicen con urgencia. Necesitamos esos resultados cuanto antes. Y que pasen las fotografías por el programa de reconocimiento facial. Hay que averiguar quiénes son esas mujeres y hablar con ellas —indica el comisario—. Mendibe, Sagarna, vosotros acercaos a la universidad. Comprobad si el día diez de abril la profesora Ortiz tenía clase a primera hora y si asistió. Y, si es posible, que os indiquen el nombre de algún alumno o alumna que estuviera en esa clase, solo por si acaso. Por cierto —dice, mirando alrededor—, ¿sabéis dónde se ha metido Ochoa? Ha desaparecido al finalizar el interrogatorio y no lo he vuelto a ver. Le había pedido que buscara datos sobre Alicia Estévez, pero tampoco lo he visto trabajando en su ordenador.

Los tres agentes se miran de reojo sin saber muy bien qué decir.

—La última vez que lo hemos visto se dirigía hacia los ascensores, comisario —contesta Ramírez en tono neutro—, pero no ha dicho a dónde iba.

—Me parece que voy a tener que hablar con él —dice el comisario, como si estuviera pensando en voz alta—. Me da la sensación de que va por libre y ya va siendo hora de que aprenda a trabajar en equipo. Ramírez, hable con la comisaría de Amara y entérese del motivo por el que pidió el traslado a nuestra unidad. Si le ponen alguna pega, me pasa la llamada.

—Voy a hacer el envío de las muestras primero, comisario. En cuanto lo haga, trato de contactar con ellos, a ver qué me pueden contar —confirma Ramírez.

—Comisario. —La voz seria de la agente Maya hace que los cuatro se giren hacia ella de forma inmediata—. Tenemos un aviso.

—¿De qué se trata, agente? —pregunta Gaztelu, sorprendido por la urgencia en la voz de Jone Maya.

—Acaban de llamar los compañeros de la comisaría de Deusto. Al parecer se ha producido un allanamiento en el pabellón de remo —explica la agente—. Cuando el entrenador ha llegado, la puerta estaba abierta y la cerradura forzada, pero no había nadie dentro.

—¿Un robo? —pregunta Ramírez, adelantándose a los demás.

—Parece que no. El entrenador ha confirmado que no falta nada, aunque han entrado en el vestuario y forzado las taquillas. Han encontrado todas abiertas y revueltas. Y han escrito la palabra PUTA en la pared, con letra mayúscula —explica la agente, haciendo hincapié en esta última parte.

—La testigo... ¡Comisario! ¡La testigo! ¡Hay que tratar de localizarla! —grita la agente Sagarna, dirigiéndose con rapidez hacia los teléfonos—. ¡Que alguien se ponga en contacto con la patrulla que tenía que custodiarla! ¡Nuestro asesino ha ido a por ella!

Tanto el comisario como el resto de agentes se dirigen a sus respectivos puestos, contagiados por la urgencia en las palabras de la agente Sagarna.

—Se llama Leire, Leire Alzola. ¡Hay que localizarla! —grita de nuevo la agente desde su mesa, mientras busca sus datos de contacto en el informe que ya ha abierto en su ordenador y marca su número sin perder un segundo—. ¡Maldita sea, Leire! ¡Contesta al teléfono!

La agente Sagarna marca una y otra vez el número de teléfono de la testigo, pero nadie contesta al otro lado, a pesar de que la señal de llamada sigue activa. Presa de la impotencia, golpea la mesa con fuerza, haciendo que el resto de sus compañeros dirijan la mirada hacia ella. Mendibe se levanta de su sitio y se acerca a la agente, poniéndole la mano en el hombro para tratar de calmarla.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, Maitane —dice, en tono conciliador.

—Lo sé, lo sé... pero me gustaría poder hacer algo más —dice, colocándose tras la oreja un mechón de pelo que se ha escapado de su coleta.

El comisario Gaztelu sale de su despacho y se acerca a los agentes. Lleva la chaqueta en la mano y ha comenzado ya a ponérsela.

—La patrulla que tenía que custodiarla tampoco contesta. No han podido contactar con ellos —dice con seriedad.

—¿Y qué hacemos? —El tono de la agente no deja lugar a dudas sobre su estado de frustración.

—Han activado la geolocalización del vehículo policial y parece que se encuentra estacionado frente al domicilio de la testigo. Nos vamos para allá —indica el comisario, haciendo un gesto a Mendibe y a Maya—. Ramírez, usted coordine la búsqueda desde aquí. Envíe un par de patrullas y una ambulancia, por si fuera necesario. Le iremos informando de las novedades.

—Sí, comisario —contesta el agente, regresando a su ordenador. Sabe que va a ser un día muy largo.

Leire Alzola vive en una zona residencial del municipio de Getxo, en una vivienda unifamiliar de dos plantas que cuenta con un pequeño jardín en su parte delantera. Justo delante de la valla que bordea el jardín se encuentra estacionado el vehículo asignado a la protección de la testigo, un coche sin distintivos policiales que susciten las sospechas de los vecinos. Esa fue, precisamente, una de las condiciones que puso la testigo antes de permitir que la patrulla la custodiara. Cuando el comisario y los agentes llegan a la casa, unos veinte minutos después de salir de la comisaría, una patrulla los está esperando al otro lado de la calle. Dos agentes uniformados cruzan la carretera para acercarse a ellos, indicándoles que han comprobado el vehículo, pero no han encontrado a nadie. Sagarna y Mendibe se acercan cada uno por un lateral y se asoman para mirar a través de las ventanillas de la parte delantera. Ambos confirman la versión de la patrulla.

—No hay ningún signo de violencia ni señal de que se hayan forzado las puertas, comisario —indica Mendibe.

—¿Dónde se habrán metido? —pregunta la agente Sagarna, malhumorada mirando alrededor —Aquí no hay nadie.

Tampoco se ve a ningún vecino a lo largo de la calle, nadie a quien preguntar. Las aceras de ambos lados están desiertas.

—Esta puerta está abierta —dice la agente Maya, bajando la voz y mirando a sus compañeros, mientras su mano enguantada descansa sobre la manilla de la puerta de entrada al jardín.

—Entremos —ordena el comisario, sacando su arma e indicando con un gesto a los demás que hagan lo mismo.

Recorren en silencio los metros que los separan de la vivienda, uno detrás de otro y escudándose detrás de sus armas. El comisario Gaztelu abre la marcha, atento a cualquier movimiento, tanto en el jardín como detrás de las cortinas que cubren las ventanas de la fachada principal de la casa.

—Mendibe, Sagarna, id por detrás y comprobad si hay alguna otra entrada —indica, con voz apenas audible y haciéndoles un gesto con el brazo hacia la derecha.

Cuando los agentes dan la vuelta a la esquina, le hace un gesto a Jone para que se aproxime a la puerta, mientras él se mantiene por detrás de ella, pegado a su espalda y mirando hacia la calle.

—Está abierto, comisario —confirma en voz baja, viendo cómo la puerta se desplaza ligeramente nada más apoyarse sobre ella. A un gesto del comisario, Jone la abre del todo para acceder a la vivienda con cautela.

Gaztelu entra tras ella, seguido de cerca por los dos agentes de la patrulla ciudadana, y, una vez dentro, todos ellos se detienen en el recibidor, escuchando. La superficie pulida de un enorme espejo que recorre la pared de lado a lado les devuelve la imagen de sus rostros tensos. No se percibe ningún sonido en el interior, así que deciden continuar avanzando despacio, comprobando una a una las habitaciones que encuentran a lo largo del estrecho pasillo. Todas ellas están vacías. Con un gesto silencioso, el comisario indica a los agentes de la patrulla que accedan al piso superior a través de las escaleras que hay junto a la cocina y espera a que sus pasos desaparezcan sobre sus cabezas. Después se gira hacia la puerta de acceso al salón, que está abierta frente a ellos. Cuando está a punto de entrar, un ruido distrae su atención e, instintivamente, vuelve la mirada hacia la entrada de la vivienda, levantando su arma. Los agentes Mendibe y Sagarna se encuentran junto a la

puerta y le hacen un gesto negativo indicando que no han localizado ningún otro acceso en la parte trasera del edificio. Mientras tanto, la agente Maya da unos pasos en dirección al salón y se detiene.

—Comisario —dice, haciendo un gesto para que se acerque—. Tiene que ver esto.

Gaztelu se aproxima hacia la agente, hasta quedar un paso por detrás, y contempla en silencio lo que ella acaba de ver. En el suelo, junto al sofá, hay dos cuerpos tendidos uno al lado del otro, ambos con los ojos abiertos. El comisario se aproxima a ellos sin soltar su arma y se agacha con cuidado para colocar sus dedos índice y corazón en el cuello del primero, justo por debajo de la mandíbula. No tiene pulso. Repite el protocolo con el segundo y hace un gesto negativo con la cabeza. Están muertos. Agacha la cabeza y suspira hondo. Esto sí que no se lo esperaba.

Antes de que pueda moverse, el agente Mendibe se adelanta para echar un vistazo a los cuerpos.

—Son los dos agentes que custodiaban a la testigo —dice, señalando con la cabeza el bulto que se deja notar bajo las chaquetas de ambos. Con cuidado, retira la tela unos centímetros para dejar ver el arma reglamentaria del cuerpo que está más cerca—. Ni siquiera les ha dado tiempo a sacar su arma. Los han estrangulado. Fijaos en las marcas del cuello y en las petequias conjuntivales.

El comisario y la agente Sagarna siguen la mirada de Mendibe y confirman su explicación con un gesto. La agente Maya, sin embargo, abandona la habitación sin hacer comentario alguno.

—El asesino los ha debido sorprender y no han podido reaccionar —dice la agente Sagarna, tratando de dar sentido a la situación—. Pero ¿por qué demonios estaban aquí dentro y no en el coche?

La pregunta queda flotando en el aire durante un instante, sin que nadie conteste.

—Y, ¿dónde está Leire Alzola? —pregunta de nuevo Sagarna, que no obtiene más respuesta que el silencio.

Para cuando la comitiva judicial llega a la escena, ya han terminado de registrar minuciosamente las dos plantas de la vivienda y el jardín buscando alguna señal de la testigo y pueden confirmar que Leire Alzola ha desaparecido.

—Buenas tardes, comisario, agentes. —La voz del juez hace que todos ellos dejen de hacer conjeturas en torno a lo que ha sucedido allí y se concentren en el recién llegado.

—Buenas tardes, Méndez. Lamento que volvamos a encontrarnos en estas circunstancias —dice Gaztelu con seriedad.

—Comisario, no se engañe, usted y yo estamos destinados a encontrarnos en estas circunstancias —contesta el juez, utilizando sus mismas palabras y haciéndole un guiño cómplice—. ¿Tienen idea de qué es lo que ha pasado?

—¿No ha venido con usted la doctora Valle? —pregunta Gaztelu, quien, al ver la expresión suspicaz del juez, se ve obligado a aclarar la pregunta—. Lo digo porque podemos esperar a que ella llegue para ponerles en antecedentes a los dos al mismo tiempo.

El juez Méndez sopesa la respuesta del comisario durante un instante, decidiendo si dar por válida su explicación o no.

—La doctora ha llegado hace un rato, comisario. Está fuera, junto al subcomisario Ochoa

y la agente Maya, que, al parecer, se encontraba indispuesta —contesta el juez, relajando ligeramente la expresión de su rostro.

Xabier Gaztelu fija la mirada durante un instante en el juez Méndez, tratando de disimular su sorpresa y ocultar la punzada que siente en el estómago tras escuchar sus palabras. Hasta ese momento no ha dado importancia al hecho de que la agente no haya estado presente en el registro que han hecho de la vivienda tras encontrar los cuerpos. Pero en ningún momento se le ha ocurrido pensar que pueda haberle sucedido algo.

—El agente Mendibe le pondrá al corriente de las circunstancias del hallazgo, juez. Si me disculpa un momento... —dice, dándose la vuelta para dirigirse al jardín, siguiendo el sonido de las voces y las luces de las ambulancias que asaltan la vivienda a través de las cortinas de las ventanas.

En el exterior, una leve brisa agita las hojas de los árboles, que danzan a la luz decadente del atardecer. El horizonte se ha tornado de un delicado color naranja pálido, pero Gaztelu no da señales de haberse dado cuenta. Su mirada se ha detenido en la escena que tiene ante sus ojos: el subcomisario Ochoa pasa uno de sus brazos por encima de los hombros de la agente Maya, que se inclina ligeramente hacia adelante, con las manos sobre su estómago. La doctora Valle se encuentra frente a ella, retirándole delicadamente un mechón de pelo de la cara.

—¿Se encuentra bien, agente? —pregunta, sin acercarse demasiado a ellos y tratando de retener el impulso de salir corriendo, dar un puñetazo al subcomisario para borrarle esa sonrisa de autosuficiencia que lleva grabada en la cara y apartar a Amaia de su camino.

Los tres miran al comisario, sorprendidos por su repentina aparición. La agente Maya hace un gesto de asentimiento con la cabeza, queriendo dar a entender que se encuentra bien.

—Sí, comisario. Me encuentro mucho mejor. La visión de esos cuerpos me ha revuelto el estómago y he salido a tomar un poco el aire —dice, mordiéndose el labio inferior al terminar de hablar.

Gaztelu asiente, dando por buena la explicación de la agente y volviendo su atención hacia Ochoa.

—Subcomisario, ya que ha venido, haga el favor de entrar en la vivienda y que Mendibe le ponga al día de lo que ha sucedido —dice, ignorando el brillo de ira contenida en los ojos de Ochoa.

—Ya me ha puesto al día Ramírez, comisario —contesta, desafiante, mirando fijamente a Gaztelu.

El comisario no dice nada durante unos instantes. Luego, se dirige a la forense, que contempla con interés el intercambio de palabras entre los dos hombres.

—Doctora, Méndez la está esperando dentro para hacer la inspección preliminar —dice, ignorando la mirada iracunda del subcomisario.

Amaia Valle asiente y se pone en marcha hacia la vivienda. Al pasar junto al comisario, se acerca ligeramente para hacerle un comentario al oído.

—Tu agente estaba vomitando aquí fuera, Xabier —dice, en un susurro, y continúa caminando hacia la puerta de entrada sin esperar respuesta.

Gaztelu espera a que la forense desaparezca y se gira para quedar de frente al subcomisario Ochoa.

—Creo que le he dado una orden, subcomisario —le recuerda, sin levantar la voz más de lo necesario.

Ochoa le mantiene la mirada durante un instante, pero, tras unos segundos de tensión, sonríe y retira el brazo de los hombros de la agente para dirigirse por fin al interior de la vivienda. Gaztelu clava la mirada en su espalda hasta verlo desaparecer y se acerca a la agente, con las manos en los bolsillos de su chaqueta para evitar la dolorosa tentación de abrazarla. Sabe que no es el momento ni el lugar para mostrar sus sentimientos de forma abierta.

—Jone... —dice, buscando su mirada. Como la agente tiene la cabeza agachada, con la vista fija en las puntas de sus botas, Gaztelu acerca una mano a su mentón para levantársela y la obliga a mirarlo—, ¿qué ha pasado?

Una lágrima surca el rostro de la agente, haciendo que el pulso del comisario se acelere notablemente.

—No lo sé, Xabier. Esto no me había sucedido antes. Ha sido ver los cadáveres y... el estómago me ha dado un vuelco y he tenido que salir a vomitar. Lo siento —se excusa, aun sabiendo que no es necesario.

—No lo sientas —dice, mirándola con ternura y recorriendo su mejilla con los dedos para borrar el rastro de humedad—. ¿Estás mejor?

—Sí. Mucho mejor —asegura, tratando de sonreír para confirmar sus palabras.

Gaztelu le devuelve la sonrisa antes de que su expresión se vuelva seria de nuevo.

—Por cierto, ¿qué hacía aquí Ochoa? —pregunta con cautela.

—Ha llegado poco después que el juez y la forense. Ha dicho que le habían avisado de la comisaría —contesta, tratando de recordar las palabras exactas.

—Está bien, no te preocupes —dice, sin poder evitar acariciarle el rostro—. Ya hablaré con él en otro momento.

Desde el interior de la vivienda, Ochoa observa la escena con atención, reteniéndola en su memoria. Es ambicioso y el comisario Gaztelu es un estorbo en su camino.

17.

A primera hora de la mañana, el ambiente en la comisaría está cargado de una tensión palpable. Se escucha el golpeteo incesante de los dedos sobre las teclas en cada uno de los ordenadores y el tono excesivamente alto de las palabras que, de vez en cuando, se dirigen entre los agentes. Gaztelu comprueba su reloj una vez más, la cuarta o quinta en la última media hora. Suspira y se levanta de la silla, mueve la cabeza a un lado y a otro para estirar los músculos del cuello y da unos pasos cortos por el despacho. La espera se le está haciendo interminable. Cuando, a través del cristal, comprueba que Ramírez ha regresado, se encamina hacia su mesa sin perder un segundo más.

—Ramírez, dígame que hay novedades —dice, sin poder controlar la ansiedad en su tono de voz—. Tenemos cuatro cadáveres y una persona desaparecida. El culpable no puede ser tan inteligente como para no habernos dejado ningún rastro que seguir.

—Acabo de hablar con el laboratorio, comisario. No hay ninguna huella en las llaves, salvo las de Amelia.

—¡Joder! —exclama el comisario, dando un golpe con el puño en la mesa, haciendo que todas las cabezas se giren hacia él—. Está bien, está bien —repite, para tratar de calmarse—. Otro callejón sin salida. De todas formas, hay que hablar con el marido de Amelia. Dadas las circunstancias, tendremos que comprobar si tiene coartada para el día del asesinato de Jon Uriona y quizás nos pueda confirmar si conocía la relación que lo unía con su mujer.

—Mendibe y Sagarna han ido a buscarlo hace un rato, comisario, pero no han vuelto aún. En su domicilio les han informado de que, a estas horas, habitualmente se encuentra trabajando, así que se han acercado hasta el Hospital de Basurto. Cuando he hablado con ellos, aún estaban tratando de averiguar en cuál de los pabellones está ubicado su despacho. Aunque mucho me temo que, si se encuentra en medio de una intervención quirúrgica, van a tardar un buen rato en regresar con él para interrogarlo —explica Ramírez, haciéndose eco de las palabras de los agentes, con los que ha hablado hace unos minutos.

—Bien. Habrá que esperar, entonces. Eso sí, Ramírez, que ellos mismos dirijan el interrogatorio cuando lleguen. Los demás lo estaremos observando a través de la pantalla de la sala de reuniones. A ver si sacamos algo en claro de una vez —dice, pasándose las manos por la cara para ahuyentar el cansancio y mirando más allá del cristal del ventanal.

—¿Está usted bien, comisario? —le pregunta Ramírez tras un instante de vacilación, al ver que se ha quedado callado y con la mirada perdida, contemplando el paisaje más allá de la ventana.

—Estoy bien, agente. Solo pensaba —dice, emitiendo un suspiro—. ¿Qué pasa con las fotografías? —pregunta, volviendo la mirada de nuevo hacia Ramírez.

—Bueno... en las fotografías sí han encontrado huellas —confirma, bajando la voz, mientras Gaztelu lo mira con un gesto interrogante—. Han encontrado las de Jon Uriona y otro juego más. Las han cotejado con las bases de datos y, según el resultado obtenido, pertenecen al subcomisario Ochoa.

Gaztelu tiene la extraña sensación de no haber entendido bien las palabras de Ramírez.

—¡Maldita sea! ¡Joder! Le vi toqueteando las fotografías sin utilizar los guantes —se lamenta, sabiendo que ya no hay remedio. Sabe que, como responsable, tendrá que responder del comportamiento del subcomisario ante sus superiores—. ¿Has conseguido hablar con la comisaría de Amara?

—Aún no, comisario —dice Ramírez.

—Está bien. No importa. Ya habrá tiempo para eso. Por una vez, me alegro de que no esté aquí ahora mismo... —dice, dando muestras de un enfado que va a tardar en disiparse.

—Comisario... —Ramírez llama de nuevo la atención de su superior que, ante el tono de voz que utiliza el agente, se olvida por completo de las desavenencias que pueda tener con el subcomisario y presta atención a lo que el agente tenga que decir—. Con relación a las fotografías... hay algo más.

—¿Algo más? ¿A qué se refiere?

—Han pasado las imágenes por el programa de reconocimiento facial para tratar de identificar a las mujeres que aparecen en ellas.

—¿Y? ¿Han identificado a alguna? —pregunta, con interés renovado.

—A todas, comisario.

Gaztelu fija la mirada en el agente y, durante un instante, ambos permanecen en

silencio. Por la expresión de Ramírez, el comisario se da cuenta de que lo que le va a contar es importante, así que le hace un gesto para que continúe hablando.

—Todas las mujeres que aparecen en las fotografías se encuentran en la base de datos de personas desaparecidas. Nos lo acaban de confirmar.

El rostro del comisario se ensombrece al darse cuenta de que la noticia es mucho peor de lo que esperaba y, durante un instante, no sabe bien qué contestar.

—¿Se lo ha dicho a alguien más, Ramírez? —pregunta, bajando la voz.

—No, comisario.

—Está bien. Avise a la agente Maya y reúnanse los dos conmigo en mi despacho. Este es un asunto delicado y prefiero que, por el momento, no trascienda. Hablaremos con Mendibe y Sagarna en cuanto regresen.

Ramírez se da la vuelta para ir en busca de la agente y le pide que lo acompañe, sin darle ningún detalle del motivo por el cual el comisario los ha convocado. Apenas tardan un par de minutos en llegar al despacho y entran sin llamar, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Ramírez, ¿contamos con el informe de identificación de las mujeres de las fotografías? —pregunta Gaztelu, en cuanto asoman por la puerta.

—Sí, comisario. Lo he descargado y está en la carpeta del expediente del caso. Puede abrirlo usted mismo —dice, señalando hacia el ordenador.

La agente Maya observa a ambos hombres con atención: al comisario, tratando de encontrar la documentación que busca; y al agente, dándole indicaciones que el comisario no duda en seguir. Desconoce de qué están hablando, así que espera con paciencia hasta que Gaztelu localiza el informe y lo abre en la pantalla para ponerle al tanto de los detalles de lo que acaban de averiguar.

—Entonces, tenemos una docena de fotografías que hemos encontrado en casa del profesor Uriona en las que aparecen mujeres desnudas o con poca ropa, y me decís que todas esas mujeres tienen en común que, en algún momento, alguien ha denunciado su desaparición —dice la agente, pensando en voz alta.

—Eso es —confirma Ramírez.

—Todas, salvo la profesora Ortiz, que sabemos que no ha desaparecido —les hace notar la agente—. Entonces, ¿qué hace su fotografía entre las de esas otras mujeres?

La pregunta queda flotando en el aire mientras el comisario accede a la base de datos de personas desaparecidas para comprobar uno a uno los detalles de cada una de las denuncias.

—Vayamos por orden —dice—. Ramírez, ¿cuál de estas mujeres fue la primera en desaparecer?

El agente las va enumerando una a una, abriendo las fotografías en riguroso orden cronológico, mientras el comisario busca las denuncias expedidas en cada ocasión, tratando de encontrar una conexión entre ellas.

—Hagamos una lista de fechas y lugares, a ver si sacamos algo en claro —sugiere Gaztelu.

—Comisario, ¿podemos volver a ver las fotografías? —pregunta la agente Maya, después de un buen rato trabajando a puerta cerrada con los informes de las desapariciones.

—Aún no han devuelto los originales del laboratorio, pero ya has visto que están todas escaneadas dentro del expediente —indica Ramírez abriendo de nuevo los archivos, antes de que Gaztelu pueda contestar.

—Fijaos —dice la agente Maya, llamando su atención sobre la primera de las imágenes—. Esa fecha escrita a mano en el dorso de la fotografía coincide con la fecha de la desaparición.

Ramírez y Gaztelu se miran sorprendidos al constatar que la agente tiene razón e inmediatamente comprueban el resto de las fotografías, para contrastarlas con sus respectivos informes. En todos los casos, las fechas coinciden. Salvo en la fotografía de Amelia. En esta no hay ninguna fecha escrita.

Los agentes y el comisario guardan silencio, tratando de asimilar el alcance de lo que acaban de encontrar.

—La primera desaparición se produjo en Lekeitio, hace dos años. Las dos últimas en Bilbao, hace cinco y dos meses respectivamente —dice Gaztelu, leyendo los datos de los informes que tiene delante.

Sus compañeros guardan silencio una vez más.

—Ramírez, ¿puede comprobar los lugares en los que trabajó Jon Uriona antes de empezar como profesor invitado en la Universidad de Deusto?

—Claro, comisario. Ahora mismo.

El agente sale del despacho cerrando la puerta tras él, dejando al comisario y a la agente Maya sumidos en un silencio pesado, mientras comprueban una vez más las fechas en las fotografías y los informes de las desapariciones. No hay datos relativos a las mujeres en fechas posteriores a la desaparición. En todos los casos, parece como si la tierra se las hubiera tragado sin remedio.

Ramírez no tarda demasiado en regresar con el resultado de la búsqueda encomendada. El profesor Uriona ha trabajado en distintos campus de la Universidad del País Vasco en los últimos dos años, además de la Universidad de Deusto, y cada uno de esos lugares coincide con una o varias desapariciones.

—¡Joder! —exclama Gaztelu, echándose hacia atrás en la silla, y mirando a Ramírez y a Maya—. Pero ¿quién demonios era Jon Uriona?

18.

—¿Se sabe algo de la mujer desaparecida? —La irrupción del comisario Gaztelu en la sala común sobresalta a los agentes que se encuentran trabajando allí, incluidos Ramírez y Maya, que hace rato que han regresado a sus mesas para continuar con la investigación, dejando en manos del comisario la labor de seguir repasando informes.

—Nos van llegando algunos datos, comisario —confirma Ramírez, que unos minutos antes ha finalizado la última llamada en un teléfono que no para de sonar—. La unidad científica ha localizado su teléfono bajo el sofá, cerca de donde se encontraban los cuerpos de los agentes de escolta. Está apagado y tiene la pantalla aplastada, pero han dicho que es muy posible que puedan acceder al registro de sus llamadas, aunque les llevará algún tiempo.

Ramírez hace una pausa, por si el comisario quiere añadir algo, pero no hay más comentario que una ligera inclinación de cabeza, así que continúa enumerando las novedades que han recibido hasta el momento.

—La puerta del domicilio no estaba forzada y las únicas huellas que han encontrado en ella son las de la testigo, Leire Alzola. Parece que la abrió voluntariamente. O bien tuvo algún motivo que desconocemos para dejar entrar a los agentes, o permitió el acceso a otra persona conocida y los agentes entraron después. En cualquier caso, una patrulla ha estado haciendo preguntas en las casas de las inmediaciones, por si alguien hubiera visto algo extraño —añade, mirando a Gaztelu—. Es una zona tranquila, comisario. Por lo general, el único movimiento que hay en esa calle es el de los propios vecinos. Sin embargo, el inquilino de la vivienda adyacente ha dicho que ayer pudo ver un vehículo que no le resultaba familiar estacionado frente a la casa de Leire. Un todoterreno, al parecer.

—¿Un todoterreno? —pregunta, extrañado—. Entonces no era el vehículo de los escoltas.

—No, comisario —confirma Ramírez—. A pesar de no tener distintivos, todo el vecindario sabía que se trataba de un vehículo policial y ya le tenían echado el ojo. El vehículo que ha descrito el vecino era muy diferente. La agente Maya ha estado revisando las cámaras de tráfico y lo ha encontrado. Pertenece a una empresa de alquiler. Están tratando de localizarlo en este momento.

—Bien. Veamos si tenemos suerte con eso. —Gaztelu da una palmada en el hombro de Ramírez y se da la vuelta con la intención de retirarse hacia su despacho. Sin embargo, hay algo que le ronda por la cabeza, así que se gira de nuevo en dirección al agente—. Ramírez,

¿llamó usted al subcomisario Ochoa para ponerlo al corriente del operativo en torno a la casa de la testigo?

—No, comisario. No he vuelto a hablar con Ochoa desde que ayer se marchara tras el interrogatorio a la profesora Ortiz —contesta el agente, sin entender muy bien la razón de la pregunta.

Gaztelu hace un gesto de asentimiento y, sin añadir nada más, entra en su despacho cerrando la puerta. Un minuto más tarde está al teléfono hablando con un viejo conocido de la comisaría de Amara, una conversación breve, pero productiva.

—Comisario. —Cuando la agente Maya abre la puerta del despacho de Xabier Gaztelu, lo encuentra de pie frente a la ventana, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida a través del cristal. Conoce de sobra esa expresión ausente, indicativo de que algo importante ronda en su cabeza—. Han encontrado el vehículo.

Gaztelu se da la vuelta al oír la voz de la agente y, durante un instante breve, la observa sin decir nada, como si no hubiera escuchado sus palabras.

—Jone, pasa —dice, invitándola a entrar al despacho y haciendo caso omiso al tono de urgencia en la voz de la mujer—. ¿Cómo te encuentras? —pregunta, acercándose a ella y acariciándole la mejilla.

—Bien. Estoy bien, Xabier —contesta agradecida, pero mirando hacia atrás por encima del hombro, tratando de comprobar si alguien ha podido detectar ese pequeño gesto de intimidad entre ellos.

—No te preocupes, no hay nadie mirando hacia aquí —la tranquiliza el comisario con un guiño—. ¿Qué decías del coche?

—Han llamado de tráfico. Se trata del coche que estaba estacionado frente a la casa de la testigo desaparecida. Lo han localizado en un descampado en el alto de Artxanda.

Gaztelu observa a la agente con cautela, esperando alguna otra información adicional.

—No había nadie dentro —añade la agente, intuyendo qué es lo que el comisario quiere saber.

—¿Han revisado el maletero?

—Sí, comisario. Está vacío —asegura la agente.

Gaztelu suelta el aire retenido y comienza a pasear arriba y abajo por el despacho. Su instinto le dice que fuera quien fuese la persona que estuvo en la casa y mató a los agentes, se llevó a la testigo en ese vehículo. Pero si la intención era acabar con su vida, ¿por qué no hacerlo allí mismo, en la casa? ¿Por qué arriesgarse llevándosela?

La agente Maya sabe que no debe interrumpirlo mientras piensa, pero, aun así, no puede evitar continuar hablando.

—La unidad científica ya está de camino, comisario. Nos avisarán en cuanto tengan algo —dice, tratando de reprimir todas las dudas que la asaltan.

—Gracias, Jone —dice, deteniendo sus pasos—. En cualquier caso, encárgate por favor de que envíen patrullas a Artxanda para que rastreen los alrededores. Esa zona es amplia y boscosa. Habría que pedir colaboración también a la Policía local.

—¿Crees que han podido dejarla por allí? —pregunta la agente, bajando la voz.

—No lo sé, Jone. Pero si lo han hecho, podría seguir viva, así que vamos a necesitar toda la ayuda que podamos conseguir. Estamos hablando de una zona extensa y podemos tardar en encontrarla. Habrá que dividir todos los alrededores en cuadrantes y organizar partidas de búsqueda para trabajar más rápido. Mientras tanto, no nos queda más remedio que esperar a ver si localizan algún rastro.

—¿Nos sumamos a la búsqueda? —pregunta la agente, mostrando sus dudas.

—No. Ahora somos más útiles aquí, tratando de encontrar a quien haya hecho esto —le asegura—. Que la unidad científica tome muestras de todo lo que encuentre en las inmediaciones del vehículo, sobre todo huellas de pisadas o de arrastre, y nos avise. Y que Ramírez envíe también a los servicios de emergencia. No sabemos lo que nos vamos a encontrar —añade con cautela.

La agente Maya asiente, pero no tiene tiempo de decir nada más. El teléfono del comisario vibra sobre la mesa con insistencia y ambos desvían la mirada hacia la pantalla encendida. Gaztelu se acerca para contestar mientras la agente se da la vuelta y sale del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

—Amaia, buenos días —dice, sentándose de nuevo y tratando de localizar papel y boli entre los montones de documentos que cubren su mesa, por si tuviera que tomar nota de algún dato.

—Buenos días, Xabier. ¿Cómo va la investigación?

—Bueno... no sé qué decirte. Las cosas están un poco confusas y damos palos de ciego —reconoce con cautela.

—El juez Méndez se está poniendo nervioso —le indica la forense, tras un instante de vacilación.

—¿Te ha dicho algo?

—Bueno, oficialmente no... Pero hace comentarios. Creo que tiene pensado llamarte.

—Estaré encantado de explicarle todo con detalle —dice, mordiéndose la lengua para no añadir nada más—. En realidad, creo que nos estamos acercando a algo.

—Cuando dices eso es que tienes alguna teoría rondándote por la cabeza... ¿Quieres compartirlo? —pregunta con curiosidad.

—Algo hay, sí. Pero aún es pronto para poder demostrarlo. Digamos que, por el momento, no es más que una intuición.

—Ya sabes que esto funciona así. En cualquier momento encuentras la pieza que hace que todo encaje y el puzle toma forma.

Gaztelu asiente con la cabeza mientras la escucha. Sabe que ella no puede verlo, pero le hace gracia que lo conozca tan bien y sepa cuál es su estado de ánimo con solo prestar atención a su tono de voz.

—Cambiano de tema. Tengo el informe preliminar de la autopsia de Alicia Estévez —dice, captando toda su atención—. Voy a enviarlo al juzgado ahora, pero quería que lo supieras tú primero.

—¿Qué has encontrado? —pregunta, con la ansiedad reflejada en la voz.

—La víctima tenía petequias hemorrágicas en los ojos, así como signos de cianosis que...

—Amaia —la interrumpe Gaztelu—, que esto no es tu informe ni una tesis doctoral...

—Perdona, Xabier, tienes razón. La víctima presenta lesiones en los ojos por rotura de vasos sanguíneos...

—Las famosas petequias.

—Eso es —confirma la doctora Valle, sonriendo al otro lado del teléfono—. Y también se aprecia coloración azul en los labios, consecuencia de la falta de oxígeno en la sangre, lo que en patología forense denominamos cianosis. No hay evidencias de tóxicos en sangre, por lo que se ha determinado que la causa de la muerte es estrangulamiento. La compresión del cuello se produjo presionando sobre la tráquea con ambas manos, por lo que podemos concluir que tu asesino es alguien con la suficiente fuerza como para matar con sus propias manos, probablemente un hombre. Además, como en el caso de Jon Uriona, también llevaba guantes. No los hemos encontrado, pero la piel del cuello de la víctima conserva las marcas de los dedos y, sin embargo, no hay ninguna huella.

—¿Algún rastro bajo las uñas que indique que la víctima se defendiera? —pregunta, esperanzado.

—Nada. Parece que el asesino la asaltó por sorpresa, cayó al suelo y no tuvo tiempo ni ocasión de defenderse. No hay ningún rastro bajo las uñas, pero hemos enviado su ropa al laboratorio. Quizás ellos tengan más suerte.

Gaztelu asiente, pensativo, con cada una de las palabras de la doctora Valle. Su silencio se prolonga más allá de las explicaciones de la forense, que aguarda sus comentarios con impaciencia.

—Otra cosa, Xabier —añade la doctora tras una espera prudencial—. Hemos hallado restos de semen en la ropa de la víctima. De momento, seguimos a la espera de que el laboratorio los analice. Nos avisarán si logran identificar el ADN.

—Amaia... ¿habéis constatado si el cuerpo de la víctima tenía signos de agresión sexual? —pregunta el comisario. De alguna manera, había esperado que sus sospechas no fueran ciertas, pero las palabras de la doctora Valle confirman algo que le rondaba por la mente.

—No. No hay ninguna señal de que la víctima fuera agredida sexualmente. De hecho, su ropa estaba perfectamente colocada, sin signos de haber sido retirada en ningún momento. Únicamente tenemos las salpicaduras de semen sobre la camiseta y parte superior del pantalón —confirma.

—Está bien, Amaia, gracias. Estaremos pendientes de los resultados que nos hagan llegar desde el laboratorio —dice, con ánimo de despedirse.

—Xabier... —La doctora parece que aún no ha terminado con lo que tenía que decir—. Estate pendiente de tu compañera, la agente Maya.

—¿Qué pasa con ella? —contesta el comisario, con tono de alarma.

—Nada grave, supongo. Pero quizás debería consultar con un médico... por lo de los vómitos.

La doctora Valle espera un instante, imaginando la cabeza del comisario Gaztelu dando vueltas de forma acelerada, pero este no añade nada, así que cuelga el teléfono, pensando en si habrá sido buena idea hacer ese último comentario.

—¡Ramírez! —el comisario eleva la voz para llamar la atención del agente, que parece absorto en el documento que cubre por completo la pantalla de su ordenador.

El agente dirige la mirada hacia su superior, extrañado por la urgencia en la voz de este, y observa cómo le hace gestos para que se acerque al despacho.

—Dígame, comisario —contesta desde la puerta, mientras contempla cómo Gaztelu revuelve entre los papeles que tiene sobre la mesa en busca de algo.

—Ramírez, necesito hablar con el testigo que encontró a Alicia Estévez, el que dio el aviso a emergencias. No sé dónde he dejado el informe de su declaración —explica, removiendo otro montón de papeles sin encontrar nada.

—Está toda la documentación en el expediente, comisario. Ahora le traigo una copia —dice, extrañado por la actitud de Gaztelu—. ¿Se encuentra usted bien?

Gaztelu levanta la vista de los papeles que tiene sobre la mesa y posa la mirada sobre el agente. En sus ojos lee una preocupación genuina que le hace relajarse un poco.

—Estoy bien, Ramírez, no se preocupe. Aunque todo este asunto me tiene un poco tenso, la verdad —confiesa.

—No me extraña, comisario. Estamos todos un poco desquiciados con este caso —le asegura el agente—. Cada nuevo dato que recibimos viene a enmarañar aún más el ovillo y no hay de dónde tirar.

—La cuestión es que los asesinatos del profesor Uriona y de Alicia Estévez están conectados de alguna manera con Amelia Ortiz, pero, sin embargo, la mujer no cuadra con los datos del asesino que tenemos hasta ahora y no sé muy bien dónde encajarla —dice Gaztelu, haciendo una pausa antes de continuar—. Nos ha mentado, eso es cierto, pero creo que, sobre todo, ha sido por temor a las posibles represalias del marido, que parece querer controlarlo todo.

Sergio Ramírez asiente, dando a entender que está de acuerdo con el comisario.

—Si me paro a pensarlo fríamente, y una vez vistas las fotografías y todo el trasfondo que llevan implícito, la profesora Ortiz me parece más una víctima que otra cosa; sin embargo, no quiero que nos precipitemos y la descartemos definitivamente. Tenía motivos para asesinar a Jon Uriona... quizás temía un posible chantaje. Aunque no creo que tenga conocimiento de las desapariciones... Creo que era sincera cuando decía que no conocía a las mujeres de las fotografías.

—Y tiene coartada para el crimen de Jon Uriona, comisario. Una patrulla ha estado en la universidad y les han asegurado que el día diez de abril estuvo dando clase a primera hora de la mañana. Incluso han hablado con algún alumno que ha confirmado lo que les han dicho en secretaría.

—Entonces solo nos falta confirmar dónde estaba el marido a esa hora... ¿Se sabe algo de Mendibe y Sagarna?

—No, comisario. En la última comunicación han avisado de que no habían conseguido dar con él. Al parecer, en el Hospital de Basurto no han sabido darles ningún dato sobre su paradero. Han conseguido hablar con algún enfermero de su servicio y les ha confirmado que lleva dos días sin aparecer por allí y que, incluso, han tenido que suspender algunas intervenciones quirúrgicas hasta encontrar quién le sustituya.

Gaztelu se queda pensativo un instante. Han llegado a un punto en el que no pueden arriesgarse a dar ningún paso en falso.

—Solicite el apoyo de tráfico, Ramírez. Que localicen el vehículo de Ignacio Marín. Y compruebe que se le haya puesto vigilancia a la profesora Ortiz, por si contacta con ella. Tenemos que localizarlo.

—Tráfico ya está sobre aviso, comisario —indica Ramírez—. ¿Quiere que solicitemos también una orden para intervenir el teléfono de la profesora?

—Sí, Ramírez. Hable con Méndez, a ver si pueden emitirla cuanto antes —solicita el comisario—. Si se pone en contacto con ella, tenemos que saberlo. De momento, no nos queda más remedio que esperar a que lo localicen... y hablar con él. Parece que tiene mucho que explicar. En cualquier caso —continúa Gaztelu, impidiendo que Ramírez salga del despacho—, el crimen de Alicia no cuadra. Como amiga y confidente de la profesora Ortiz, dudo mucho que esta haya intervenido en su asesinato. Y si tiene coartada para el asesinato de Uriona, creo que podríamos descartarla como implicada en ambos crímenes, sobre todo teniendo en cuenta que, en ambos casos, tanto la forma de matar como la declaración de la testigo indican que estamos buscando a un hombre...

—¿Y si la profesora Ortiz no es la culpable, pero sí la causa?

—¿Qué quiere decir, agente?

—Realmente no lo sé... Es solo una idea, pero ella parece estar relacionada con todo esto de alguna manera. Quizás no sea la autora de los asesinatos, cosa que al parecer podría imputarse a un hombre, pero podría ser la causa de que se produjeran...

—Vamos a tratar de no hacer especulaciones, Ramírez —le pide el comisario—. Veremos lo que las pruebas nos van contando. —Gaztelu hace una pausa antes de continuar hablando—. Por cierto, ¿qué se sabe sobre la desaparición de la testigo?

—Aún nada, comisario. Siguen rastreando la zona de Artxanda, pero no hay ninguna novedad.

—Está bien —dice, poniéndose en pie—. Estaré en la sala de reuniones. Avísame cuando lleguen Mendibe y Sagarna. Y haga el favor de localizar la declaración del testigo del parque y hacerle venir. Tenemos que hablar con él.

Ramírez afirma con la cabeza y regresa a su mesa, mientras Gaztelu se entretiene guardando unos papeles en la carpeta y sale con ella en dirección a la sala de reuniones.

19.

Xabier Gaztelu alterna su atención entre los papeles que ha extendido sobre la mesa y los datos y fotografías que se encuentran colgados en la gran pizarra blanca de la sala de reuniones. Su mente analítica trata de captar cada detalle y ponerlo en orden para obtener una visión global del caso que les ocupa. A un lado, la imagen de Jon Uriona y los detalles que conocen hasta el momento. Según la testigo, su asesino sería un hombre alto. Según el perfil que han ido creando, se trataría de una persona organizada y con una gran capacidad de planificación. Al otro lado de la pizarra, la imagen de Alicia Estévez capta ahora su atención. Su asesino también ha de ser una persona fuerte, para usar sus propias manos como arma homicida, pero es evidente que este crimen no cuenta con la planificación que se han encontrado en el primer asesinato. Más bien parece un brote de ira que no se ha podido controlar. Gaztelu no puede dejar de dar vueltas a este hecho en su cabeza. Y luego está la desaparición de la testigo y la muerte de los dos escoltas. La puerta no estaba forzada. ¿Dejaría entrar a su atacante en la casa? Es poco probable, a no ser que lo conociera.

Las ideas se agolpan en su cabeza, pero hay una que sobresale por encima de las demás, obligándolo a coger su chaqueta y salir de la sala con prisa.

—Agente Maya, venga conmigo —dice, al llegar a la altura de la mesa de la agente, que lo mira extrañada.

—¿Se marcha, comisario? —pregunta el agente Ramírez que, sentado a escasos metros de la agente, no ha podido evitar escuchar la orden de Gaztelu.

—Será un momento, Ramírez. No tardaremos mucho —contesta convencido, mirando a la agente Maya, que ya ha cogido su chaqueta y se ha puesto en pie para seguirlo—. Nos vamos al parque de Doña Casilda, a hacer una nueva inspección ocular.

—Pero ya ha estado allí la unidad científica, comisario —le recuerda el agente, extrañado por su actitud.

—Lo sé, Ramírez. Pero tengo una ligera idea de lo que pasó y necesito comprobarlo in situ —dice, mientras ambos agentes esperan alguna otra explicación que les haga entender la ansiedad en la actitud de Gaztelu—. Creo que el asesino de Alicia podría haber estado esperándola. No sé cuánto tiempo estuvo allí, pero podría haberse ocultado entre los arbustos que hay en esa zona. Necesito volver allí y comprobarlo. Con un poco de suerte, igual podemos determinar el lugar exacto. Quizás haya alguna huella o algo que delate su presencia. Si es así, tenemos que encontrarlo —dice, mientras Ramírez sopesa la decisión del comisario y hace cálculos para intentar reorganizar los interrogatorios que tienen que llevar a cabo en las próximas horas.

—Comisario, he avisado al testigo y debe estar a punto de llegar —le recuerda Ramírez—. Y también los agentes Mendibe y Sagarna.

—Díales a todos que hagan el favor de esperar. Esto es importante, agente, y no podemos dejar que pase más tiempo o los posibles rastros desaparecerán.

—Está bien, comisario —acepta Ramírez, sin añadir más objeciones, mientras el comisario y la agente desaparecen tras la puerta abierta.

—Este es el lugar donde el testigo encontró el cuerpo sin vida de Alicia Estévez. —Una vez estacionado el vehículo a la entrada del parque de Doña Casilda, la agente Maya abre la puerta y, sin esperar al comisario, se adelanta un par de pasos, distanciándose unos metros y caminando con seguridad hasta el lugar donde yacía el cadáver cuando atendieron la llamada del servicio de emergencias. Intenta no recordar que Xabier llegó al lugar unos minutos más tarde, cuando ya se había delimitado el perímetro, y lo hizo acompañado de la doctora Valle—. Y allí es donde nos estaba esperando cuando llegamos.

La agente se gira hasta quedar de frente, buscando la confirmación a sus palabras en los ojos del comisario, que se limita a mirar hacia donde ella señala. Recuerda con claridad al hombre que dio el aviso: bajo y enjuto, embutido en una chaqueta de paño azul, esperando a que los agentes se acerquen a él y le hagan preguntas. Lo ve como si estuviera allí en ese preciso instante, con sus gestos nerviosos a los que en aquel momento no quiso dar demasiada importancia. Ahora está seguro de que el hombre ocultaba algo y se hace una ligera idea de qué es.

Mirando alrededor se da cuenta de que, a la luz del día, la zona del parque en la que se encuentran parece más amplia y menos amenazante que cuando acudieron atendiendo el aviso de emergencias. La pista asfaltada por la que Alicia debía llegar corriendo cuando la asaltaron se encuentra hoy llena de transeúntes paseando, madres con bebés en su cochecito y niños corriendo entre las piernas de la gente, riendo y gritando. Entre ellos, el comisario y la agente destacan por sus semblantes serios y su inmovilidad, quietos en mitad del camino, observando a cada lado y tratando de reconstruir los últimos momentos

de la mujer. Se pregunta si alguna de las personas que los rodean recordará lo sucedido allí hace escasas horas, cuántos de ellos echarán de menos a la mujer asesinada, y descubre que al menos una persona lo hace.

—Mira allí —le dice a la agente Maya, que gira la cabeza para poder ver lo que el comisario le indica. Sobre el césped, una solitaria rosa amarilla descansa envuelta en papel celofán.

—Las rosas amarillas simbolizan la amistad —susurra la agente, respondiendo al gesto interrogante del comisario—. En algún sitio, hay alguien que llora su pérdida, y me atrevería a decir quién es...

Las palabras de la agente los sumen en un silencio respetuoso, pero ambos son conscientes de que están allí para tratar de dar un paso más en la investigación, así que dejan de lado los sentimientos y se centran en encontrar lo que han venido a buscar.

—A nuestra víctima, que venía corriendo de aquella dirección —dice la agente, señalando a su derecha—, le debió parecer que esta zona estaba oscura. Pasó bajo el haz de luz de aquella farola apenas unos segundos antes de llegar aquí, por lo que, si el asesino la esperaba en este lugar, tuvo que verla con claridad.

—Sí. Está claro que el asesino la estaba esperando y la vio llegar —confirma el comisario—, pero ella seguramente no pudo verlo a él. Esta zona en la que estamos está mucho menos iluminada. La siguiente farola está algo alejada y aquí las sombras de los árboles ocultan en parte el foco de luz. Ella debió pasar de largo y el asesino se movió con sigilo para colocarse tras ella, sorprendiéndola por la espalda —reflexiona el comisario, mirando alrededor—. ¿Dónde estaría esperando?

—Creo que no le hizo falta ocultarse mucho. Mira esas ramas —dice la agente, señalando un árbol cuyas largas ramas se inclinan por encima de un banco de madera algo deteriorado por el sol y la lluvia.

Gaztelu dirige la mirada en la dirección que la agente le indica. El banco, retirado del camino asfaltado y situado prácticamente en el borde que une este con el césped, se oculta tras una papelera metálica hasta cuya parte superior descenden algunas ramas del árbol que tiene detrás.

—Jone, aléjate un poco por el camino y regresa siguiendo la dirección que traía Alicia —dice el comisario, acercándose hasta la esquina del banco y sentándose en él.

La agente sigue las indicaciones que le ha dado Gaztelu y se aleja unos metros antes de darse la vuelta y regresar sobre sus pasos.

—¿Me ves desde ahí? —pregunta el comisario, impaciente.

—No. Desde aquí no veo nada. Las ramas y la papelera te tapan —dice, elevando la voz sin dejar de caminar—. Ahora sí que veo algo... —sigue hablando mientras camina, sin hacer caso a las miradas furtivas que les dirige la gente—, el hombro y parte del brazo —confirma a medida que avanza—, aunque de noche no creo que Alicia lo apreciara, y menos si iba corriendo concentrada en sus pasos y su música —concluye, llegando de nuevo al banco en el que el comisario espera.

—Creo que el asesino esperó sentado pacientemente en este banco a que Alicia pasara por delante de él. Se ocultó al abrigo de la sombra que proporcionan las ramas y la vio llegar, expuesta a la luz de la farola. Se levantó, se acercó a ella por la espalda y la sujetó con fuerza, tirándola al suelo —dice, escenificando esos mismos pasos para acercarse a la espalda de Jone. Sin embargo, la demostración se interrumpe cuando sujeta a la agente por detrás y la abraza con firmeza, acercando su cuerpo al de ella.

—¡Xabier! ¿Qué haces? —dice, sin hacer ningún esfuerzo por soltarse de entre sus brazos y emitiendo una carcajada sincera—. ¡Que estamos trabajando!

Gaztelu sonrío y afloja el abrazo, liberando a la agente.

—Ya veo que no te gusta que me acerque a ti... —se queja, alejándose mientras se hace el ofendido.

—Anda, ven aquí... —contesta la agente, cariñosa, atrayéndolo hacia ella y posando sus labios sobre los del comisario, que se deja hacer sin protestar.

—Espera un momento —dice Gaztelu de manera repentina, alejándose de su compañera para acercarse de nuevo al banco que tienen delante—. Mira esto.

—¿Colillas? —pregunta la agente Maya, sin entender.

—Nuestro asesino conocía las rutinas de Alicia. Sabía que saldría a correr al atardecer, cuando apenas queda gente por aquí, y decidió aguardar en esta zona, que es una de las más oscuras del parque. Se sentó en este banco y fumó algún cigarrillo mientras esperaba a que la mujer apareciera.

La agente Maya sopesa las palabras del comisario mientras procede a colocarse los guantes que siempre lleva consigo.

—Y quieres que nos llevemos estas colillas para enviarlas al laboratorio, ¿verdad? —pregunta, sin esperar confirmación, mientras se agacha para recogerlas y guardarlas en una bolsa transparente.

—Ya veo que nos entendemos a la perfección... —contesta Gaztelu, sonriente.

La agente recoge media docena de colillas que se encuentran arremolinadas bajo el banco, cerca de la papelera, mientras el comisario sigue revisando la zona en busca de algún otro detalle que les pueda ser de utilidad. Cuando termina de recogerlas todas y se levanta, siente un ligero mareo que la obliga a apoyarse en el lateral del banco. Con cuidado, se sienta y respira hondo agachando la cabeza.

—¿Qué te pasa? —Gaztelu se acerca a ella al comprobar, por el gesto en su rostro, que no se encuentra bien, y le sujeta la barbilla con delicadeza, tratando de leer respuestas en sus ojos esquivos—. ¿Vas a vomitar?

—No —niega la agente, sin apenas mover la cabeza para mirarlo—. Solo es un pequeño mareo por levantarme rápido —dice, tratando de restarle importancia y levantándose para demostrarlo—. Podemos marcharnos cuando quieras.

Gaztelu guarda la bolsa con las colillas que la agente lleva en una mano y la sujeta del brazo para darle estabilidad, sin hacer excesivo caso a su optimismo. Ambos caminan despacio en dirección al coche, guardando silencio.

—¿No crees que deberías ir al médico en algún momento? —se atreve a preguntar, pasados unos minutos—. No sé... los vómitos, ahora este mareo... Estoy preocupado, Jone.

La agente detiene sus pasos y se gira hacia el comisario dispuesta a protestar, pero algo en su mirada le dice que no bromea. Su preocupación es genuina.

—Lo haré. Llamaré al médico si con eso te quedas más tranquilo —asegura con un suspiro—. Pero que conste que estoy bien —dice, sin llegar a ver la sonrisa en los labios de Gaztelu.

20.

Durante los escasos treinta minutos que han tardado en regresar desde el parque de Doña Casilda, un aire gélido se ha colado en la cornisa cantábrica anunciando galerna. En la costa, el cielo se ha tornado de un gris plomizo y amenazante, preludio de las intensas lluvias que los distintos servicios de meteorología llevan días anunciando y que parece que no van a tardar en hacer su aparición.

Gaztelu camina con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente agachada para contrarrestar la fuerza del viento. La agente Maya ha cruzado los brazos sobre el pecho para tratar así de evitar que el aire se cuele a través de la botonadura de su chaqueta. Ambos aceleran el paso, deseando resguardarse cuanto antes dentro del edificio de la comisaría. Al abrir la puerta acristalada, media docena de hojas secas son impelidas por el viento hacia el interior y se arremolinan en la esquina del mostrador de entrada sin que nadie se percate de su intromisión. El cielo ruge con fuerza, acompañando a las primeras gotas, que ya han comenzado a caer.

El comisario y la agente se detienen un momento para desprenderse de sus chaquetas y caminan hacia la zona común, conscientes de que han tenido suerte al poder llegar antes de que se desate la peor parte del temporal. A su alrededor, varios agentes trabajan en sus ordenadores, ajenos a las inclemencias del tiempo, hasta que la cercanía de un trueno que amenaza con provocar un apagón les hace dirigir la mirada hacia la cristalera. Ramírez, que lleva un buen rato esperando su regreso, respira aliviado al verlos llegar y los saluda con un gesto, levantándose para acercarse al comisario, mientras la agente se aleja en dirección al aseo.

—Comisario, ¿qué tal ha ido? ¿Han podido encontrar algo? —pregunta con interés, esperando recibir una respuesta afirmativa.

Gaztelu sonríe ante el entusiasmo del agente, y no puede dejar de pensar en el orgullo que siente al trabajar con todas las personas que forman parte de su equipo. Bueno, no todas, se recuerda a sí mismo, pero ese es un problema que ya abordará cuando llegue el momento.

—Ya veremos, Ramírez, ya veremos... —contesta, sin querer mostrarse demasiado optimista—. Hemos tratado de recrear los últimos instantes de vida de la víctima y hemos recogido unas muestras de colillas del lugar donde creemos que esperaba el asesino de Alicia. Las hemos dejado en el laboratorio de camino hacia aquí. Veremos si encuentran alguna huella o algún resto de ADN identificable...

Mientras hablan, ambos caminan en dirección al despacho del comisario que, nada más entrar, deja su chaqueta sobre una de las sillas de manera descuidada y sin molestarse demasiado en comprobar cómo ha quedado. Su atención se centra de inmediato en una carpeta de color azul que alguien ha depositado sobre su mesa. Gaztelu mira con gesto interrogante a Ramírez, que no tarda en contestar.

—Le he dejado una carpeta con los datos del testigo. Lo que me pidió —dice, ante la mirada de confusión del comisario—. Ahí está toda la información de la que disponemos. Y alguna fotografía de la víctima y la escena del crimen —le asegura, mientras recoge la chaqueta, que ha caído al suelo, y la coloca sobre el respaldo de la silla

—Ah, sí. Gracias, Ramírez —dice, alabando con un gesto la iniciativa del agente—. ¿Ha llegado ya el testigo?

—Sí, comisario. Está abajo esperando, en la sala tres de interrogatorios.

Gaztelu afirma con la cabeza y coge la carpeta, ojeándola por encima.

—Está bien —dice, dirigiéndose al pasillo—. Voy a hablar con él, a ver qué tiene que contar. Dígale a la agente Maya que no hace falta que baje.

Gaztelu se aleja en dirección a las escaleras, pero en el último momento, y con un ligero sentimiento de culpa, decide coger el ascensor.

La sala tres se encuentra al final de un largo pasillo cuyas luces se van encendiendo a medida que el comisario avanza. En la puerta, el agente uniformado que bloquea el paso se hace a un lado al ver llegar a Gaztelu y coloca la mano sobre el pomo para franquearle el acceso. El comisario entra con determinación, pero se detiene nada más poner un pie dentro de la sala. Frente a él se encuentran dos hombres, uno a cada lado de la mesa, que guardan silencio al escucharlo entrar, sin poder reprimir un gesto de sorpresa. Gaztelu hace un esfuerzo por contener la ira que ya nota ascender desde sus tripas y, con voz calmada, se dirige al primero de ellos.

—Subcomisario, ¿podemos hablar un momento? —dice, sin moverse de su posición.

El subcomisario Ochoa no contesta. Siente el nerviosismo de un niño que ha sido sorprendido cometiendo una travesura, pero lo disimula con una sonrisa y poniéndose en pie despacio, sin dejar de mirar a su superior, que espera con el ceño fruncido.

—Claro, comisario —dice con voz pausada, caminando hacia la puerta.

Gaztelu sale al pasillo por delante de él y espera hasta que la puerta se cierre.

—Pero ¿qué cojones crees que estás haciendo? —le grita al subcomisario, que aguanta el exabrupto impertérito.

—Comisario...

—¡Ni comisario ni ostias! ¿Quién coño te ha pedido que bajes aquí a hablar con este hombre?

—Comisario, el testigo lleva un rato aquí esperando y he pensado que podría empezar con el interrogatorio antes de que usted llegara —dice sin alzar la voz.

—¡Pues has pensado mal! —grita, acercándose un paso al subcomisario de manera amenazante y quedándose frente a él, con la mirada fija en sus ojos, mientras el agente que custodia la puerta asiste a la escena sin un solo gesto que delate su sorpresa—. Joder, Ochoa. —Gaztelu se retira, ya más calmado, y da un par de pasos por el pasillo tratando de pensar—. Me parece que tenemos unas cuantas cosas de las que hablar. Haz el favor de esperarme en mi despacho. Quiero verte cuando acabe aquí —dice, bajando el tono de voz.

Ochoa hace amago de discutir la orden del comisario, pero no tiene tiempo de decir nada.

—¡En mi despacho, subcomisario! —repite Gaztelu, levantando un dedo amenazante.

El subcomisario le mantiene la mirada un instante antes de hacer un gesto afirmativo con la cabeza y dar un par de pasos en dirección a las escaleras. Gaztelu respira hondo para serenarse y entra de nuevo en la sala tres.

—Buenas tardes, Rafael —dice, nada más entrar en la sala de interrogatorios, dirigiéndose al hombre que tiene delante y que, hasta ese momento, no ha tenido más remedio que entretenerse realizando un escrutinio visual de la sala en la que se encuentra, centímetro a centímetro—. Mi nombre es Xabier Gaztelu, comisario de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Le doy las gracias por haber venido hoy aquí.

—Realmente, comisario, no sé muy bien qué hago aquí ni a qué están jugando. Primero ese agente, luego usted... —dice, acompañando la inseguridad de sus palabras con el movimiento rítmico de sus piernas bajo la mesa—. Creo que ya les conté a los otros agentes lo que había visto.

—Tiene razón, Rafael. Pero entenderá que nos encontramos en una situación delicada y necesitamos llegar al fondo de este asunto. Es de vital importancia que conozcamos cada detalle de lo sucedido —dice, conciliador, mientras el hombre lo observa y hace un ligero movimiento con los hombros, mostrando su acuerdo—. ¿Puede contarme de nuevo todo lo que pasó hace dos noches?

—Como les dije a los agentes que me interrogaron allí, yo había salido con mi perro para que hiciera sus necesidades en el parque, como hago todos los días —explica, envarándose en la silla y mirando fijamente al comisario.

—Así que tiene un perro... —repite el comisario, simulando buscar esa información entre los papeles que tiene delante y tratando de romper la barrera de frialdad del hombre, que lo observa sin pestañear—. A mí me encantan los perros. ¿De qué raza es el suyo?

El testigo contempla, un tanto desorientado, cómo el comisario sonríe ligeramente de manera inocente, pero, antes de que pueda contestar, la puerta de la sala se abre dando paso a la agente Maya, que camina hasta donde se encuentra Gaztelu, ocupando una silla a su lado. El comisario no hace gesto alguno al verla llegar, a pesar de que habría preferido que Jone no se encontrara presente en ese interrogatorio, pero lee en su mirada que por nada del mundo se habría mantenido al margen.

—Rafael, esta es la agente Maya. —El hombre hace un ligero asentimiento con la cabeza, dando a entender que ya la conoce—. Agente, el señor Sánchez Guzmán estaba a punto de contarme más detalles sobre su perro —le indica, tratando de disimular un gesto interrogante con el que pretende recordarle que no debería estar allí y al que la agente responde con una mirada desafiante y desviando su atención hacia el testigo.

—Adelante —dice la agente, animándolo a continuar—. Estamos impacientes por conocer todos los detalles. El comisario es un gran amante de los animales, sobre todo de los perros —asegura, sin mirar a su compañero.

—Eh... bueno, sí. Tengo un yorkshire terrier —explica, mirando al comisario y a la agente para constatar que conocen la raza—. Es pequeño, pero me hace mucha compañía. ¿Quieren ver una foto? —pregunta, relajando su actitud.

—Claro, hombre. Enséñenos una foto —dice el comisario con una sonrisa.

El testigo saca la cartera que lleva en el bolsillo trasero del pantalón y la abre, acercándosela para que vean la foto del animal.

—Es bonito —dice la agente, mirando al testigo—. Tiene un pelaje precioso. Se nota que lo cuida usted mucho —alaba, regalándole los oídos.

El hombre sonríe agradecido mientras devuelve la cartera al bolsillo del que ha salido.

—Y dígame, Rafael, ¿vive usted solo? —pregunta el comisario, escrutando el rostro del testigo.

—Sí, señor —confirma, sin añadir más detalles.

—Así que es usted quien sale a pasear con el perro cada día... ¿Cómo se llama? —pregunta, mostrando un interés que está lejos de sentir.

—Se llama Casper, comisario —dice, orgulloso—. Salimos a pasear al amanecer y al

anochecer. Todos los días.

—Entiendo —dice, manteniéndole la mirada—. Entonces, supongo que habría visto con anterioridad a la mujer asesinada. ¿Me equivoco? —pregunta Gaztelu abriendo la carpeta, extrayendo de ella una fotografía en color de una sonriente Alicia Estévez y colocándola sobre la mesa, frente al testigo.

El hombre mira la fotografía durante un largo momento, pero no contesta.

—¿Qué me dice? ¿La conocía usted? —insiste el comisario.

—La había visto alguna vez, sí —confirma el testigo, arrastrando las palabras.

—Era guapa, ¿verdad? —pregunta el comisario, sonriendo y tratando de buscar la confianza del testigo, mientras la agente le dirige una mirada atónita.

El testigo observa la fotografía sin decir nada, con los ojos perdidos en la imagen y la mente reviviendo recuerdos que no tiene intención de contar a las dos personas que tiene delante.

—Dígame la verdad, Rafael —insiste el comisario, esta vez tiñendo sus palabras de seriedad—. La chica le parecía guapa, así que salía a pasear por el parque a la misma hora a la que ella pasaba corriendo por allí. La esperaba cada día, con paciencia, pero ella ni siquiera le dirigía una mirada, y usted se marchaba a casa con la imagen de sus mallas ajustadas y sus senos moviéndose al ritmo de la carrera. ¿Se masturbaba al llegar a casa, Rafael? ¡Claro que sí! Era muy guapa —afirma el comisario, guiñando un ojo al testigo según termina de hablar.

La agente Maya no da crédito a lo que está escuchando y mira a su compañero, atónita.

—No me equivoco, ¿verdad, Rafael? Venga, hombre. A mí me lo puede contar. ¿Cuántas veces ha soñado con ella, y ella ni siquiera se percataba de su presencia allí?

El testigo no puede apartar la mirada de la fotografía de Alicia Estévez. Parece que ni siquiera escucha las palabras del comisario, que continúa lanzando pullas buscando una reacción que no llega.

—¿Y qué me dice de hace dos días? Usted la estaba esperando, pero no apareció ¿verdad? Se llevaría una gran decepción —le increpa, alzando los brazos y elevando el tono de voz. El testigo, por fin, levanta la vista de la fotografía y la clava en el comisario, que no retira la mirada—. ¿Qué pasó, Rafael? —pregunta, más calmado—. Déjeme que le diga lo que yo creo. Creo que, al no verla, fue en su busca. Creo que la encontró en el suelo, sin vida —dice, leyendo en el rostro del testigo que va bien encaminado y sintiendo la mirada de la agente clavada en su rostro, expectante—. Creo que se arrodilló junto a ella y la observó. Por fin la tenía delante, como llevaba tanto tiempo soñando. ¿Y qué hizo entonces? ¿La tocó? Claro que la tocó. Era tan guapa... Puso sus manos sobre ella y acarició sus nalgas por encima de su ropa sudada. Y se excitó —afirma, analizando cada gesto del hombre—. Pero eso no era suficiente, así que descendió con sus manos hasta su sexo y la tocó de nuevo. La tocó con suavidad, como se toca un objeto largamente deseado. Y sintió su erección plena dentro del pantalón. No había nadie alrededor, así que pensó: «¿Por qué no?». Se aflojó el cinturón, bajó la cremallera del pantalón y liberó su miembro. Se masturbó delante de ella mientras la tocaba y se derramó sobre su cuerpo sin emitir un solo sonido. Finalmente, la limpió como pudo y llamó a emergencias, alejándose del cadáver.

Gaztelu respira hondo y se echa hacia atrás en la silla, sin retirar la mirada del hombre que tiene delante. En la sala se ha hecho un silencio pesado, pegajoso. La agente Maya mira alternativamente al comisario y al testigo, sintiendo en su propio cuerpo la tensión que fluye entre los dos hombres.

—Dígame que me equivoco, Rafael. Dígamelo —le pide el comisario por fin, pero el testigo se refugia en su mutismo y agacha la cabeza, cubriéndose los oídos con las manos—. Vendrán a tomarle una muestra de ADN —concluye tras una breve pausa, levantándose para marchar y haciéndole a la agente Maya un gesto para que lo siga.

Antes de salir por la puerta, Gaztelu se gira de nuevo hacia el testigo.

—Una última pregunta... ¿Vio usted a la persona que atacó a Alicia? ¿Se encontró con alguien mientras llegaba al lugar donde la encontró?

El testigo mira al comisario y niega despacio, bajando la cabeza y enterrándola entre las manos en un gesto de amarga derrota.

21.

En el exterior, la tormenta arrecia. Las hojas de los árboles se agitan contra los cristales empujadas por el viento, provocando sombras fantasmagóricas que se reflejan en los círculos de luz de las farolas más cercanas. Gaztelu contempla el paso de la galerna, tratando de decidir qué hacer. No ha regresado a su despacho. Aún no. Necesita poner en orden sus ideas antes de enfrentarse al subcomisario Ochoa. En su mente resuenan las palabras de su contacto en la comisaría de Amara:

—Fue él quien solicitó el traslado, comisario. Al parecer, por un motivo personal, como consecuencia de la pérdida de alguna persona de su entorno, creo. Aunque Ochoa es tan hermético que nunca llegó a hablar de ello con sus compañeros ni nos dio ningún dato concreto. Los motivos exactos quedaron entre su superior y él.

—¿Y no hubo ninguna filtración? Quiero decir, que antes o después esas cosas se saben...

—Comisario, a Ochoa se le respetaba, pero nadie tenía contacto estrecho con él. Le gustaba trabajar a su aire y lo dejaban hacer, y todo el mundo cruzaba los dedos para no tenerlo como compañero. Cuando se marchó... digamos que no nos invadió la pena.

—Entiendo —reconoce el comisario, pensando en el poco tiempo que hace que conoce al subcomisario y la actitud individualista que ha podido observar.

—Aunque las semanas anteriores al traslado estuvo muy distraído, eso sí le puedo decir.

—Esa pérdida que dice que sufrió... ¿recuerda cuándo fue?

—No sabría decirle. Hará unos dos meses o así... Recuerdo que estaba de vacaciones y se incorporó un par de días más tarde de lo que tenía programado. Pero nadie por aquí le hizo muchas preguntas. Si quiere que le pregunte al comisario...

—No te preocupes, Jaime. Déjalo estar. En realidad, no es más que curiosidad, ya que ahora forma parte de mi equipo y me gusta conocer las circunstancias de cada una de las personas con las que trabajo.

La conversación ha estado resonando una y otra vez en los oídos de Gaztelu desde que tuvo lugar, pero, a la vista de los nuevos descubrimientos, las palabras se reagrupan formando una idea que no puede obviar. Necesita posponer la charla con Ochoa unos minutos más. Primero, tiene que cerciorarse de que no se equivoca con las piezas del puzle, así que enfila el pasillo hasta la sala de reuniones y entra, cerrando la puerta tras de sí.

Desde la pizarra en la que cuelgan las imágenes de los escenarios, los rostros de Jon Uriona y Alicia Estévez lo observan burlones, retándole a descubrir las piezas que faltan para completar la visión global de lo que ha sucedido en los últimos días. Trata de no centrarse en ellos y desvía su atención hacia una idea muy concreta que le ha llevado hasta allí. En este momento, no tiene tiempo para perder en divagaciones.

Sobre la amplia mesa libre de papeles, el ordenador portátil llama su atención con la luz de encendido parpadeante. Gaztelu alcanza el cable cargador y lo conecta a la red para asegurarse de que la sesión no se cierre en medio de su búsqueda, al tiempo que levanta la tapa para mostrar el escritorio. Sobre un fondo azul intenso, infinidad de carpetas se muestran alineadas a la izquierda y ordenadas alfabéticamente. En este punto, se recuerda a sí mismo que debe agradecer a Ramírez su gusto por el orden y sonríe sin poder evitarlo. Busca la carpeta que contiene el expediente del caso y la abre, repasando con la vista todos los archivos incluidos en ella: informes de laboratorio, declaraciones de testigos, imágenes... Desecha de inmediato la documentación gráfica relativa a los escenarios y las víctimas, y se centra en las fotografías que han encontrado en casa de Jon Uriona, las de las mujeres desaparecidas. Siguiendo el orden cronológico con el que han sido etiquetadas, las va abriendo y, una a una, repasa los rostros de las mujeres, comparándolos con las fotografías que aparecen en los informes de las desapariciones: Ana Belén Gil, desaparecida en Lekeitio en agosto de dos mil veintiuno, inicia la secuencia. Ibarrangelu, Mundaka y Elantxobe son los lugares de residencia del resto de desaparecidas de ese año. A partir de ahí, y aproximadamente cada dos meses, una denuncia por desaparición en los alrededores de Vitoria-Gasteiz, dos más durante el verano de dos mil veintidós en Donostia, y la última hace poco más de dos meses en Bilbao.

Gaztelu emite un hondo suspiro y levanta la vista de la pantalla del ordenador, fijándola en la pared desnuda. ¿Cómo han podido pasar por alto estas desapariciones? Es cierto que las mujeres tienen poco o nada en común. De edades diversas y con una apariencia física bien distinta, solo un buen investigador podría haberlas relacionado para construir un caso conjunto. Sin embargo, ahora que las tiene delante, siente una ligera punzada de rabia y, de alguna manera, se siente culpable porque nadie haya sido capaz de darse cuenta y hacer algo por ellas. Por inercia, palpa el bolsillo de su pantalón en busca de algún cigarrillo que sabe que no tiene y, en su lugar, encuentra el cajetín de chicles que siempre lo acompaña. Coge uno y lo mete en la boca, masticándolo hasta dejar de sentir el frescor de la menta ascendiendo por sus fosas nasales. «¿Qué habrá sido de ellas?», se pregunta. Su mirada regresa a la pantalla del ordenador y se pierde entre los archivos hasta encontrar uno denominado JON URIONA. Lo abre y repasa cada página hasta llegar al final. Entonces, coge el teléfono y marca el número del agente Ramírez.

—Comisario, ¿dónde está? —dice el agente, nada más contestar la llamada, sin dejarle hablar—. Hace rato que Ochoa lo espera en su despacho.

—Sergio, baja la voz y escucha. Esto es importante. —Volviendo la mirada de nuevo hacia las fotografías, Gaztelu imagina al agente haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, así que continúa con lo que tiene que decir—. Estoy revisando el expediente del caso en la sala de reuniones. Quiero que imprimas una copia de todas las fotografías que habéis enviado al laboratorio, las de las mujeres desaparecidas, y las traigas aquí. Supongo que no nos han devuelto los originales, ¿verdad?

—No, comisario. Aún no.

—Entonces haz las copias. Pero no le comentes nada a nadie. Y mucho menos al subcomisario.

—Está bien. ¿Pero qué hago con el subcomisario? No hace más que preguntar por usted.

—Deja pasar cinco minutos y convoca a todos los agentes a que se reúnan conmigo en la sala. Avisa también al subcomisario Ochoa.

—Sí, señor.

—¿Mendibe y Sagarna han llegado ya?

—Sí, comisario. La orden de búsqueda de Ignacio Marín, el marido de Amelia, está en marcha. Mientras tanto, todos los agentes permanecen en comisaría a la espera de novedades.

—Bien. Que vengan también —dice, sin dar más explicaciones, antes de colgar.

No han pasado más de diez minutos cuando los agentes comienzan a llegar, charlando entre ellos de manera desenfadada, y poco a poco van reuniéndose alrededor de la mesa. Desde la cabecera, delante de la pizarra, Gaztelu les saluda con poco más que una ligera inclinación de cabeza, uno a uno, según entran. El último en llegar es el agente Ramírez, que aparece acompañado de un iracundo Ochoa. Este dirige la vista al comisario y ambos hombres se sostienen la mirada, como en un duelo que apenas dura unos segundos, pero que no deja a nadie indiferente. Sin hacer caso a los rostros tensos de sus compañeros, Gaztelu se recuerda a sí mismo que están allí para trabajar y no para enfrentarse unos a otros, así que se da la vuelta, permitiendo que el subcomisario relaje su expresión y se siente, a la espera del resultado de aquella reunión.

Sobre la mesa, Gaztelu ha mantenido el ordenador encendido con un documento abierto, aquel que contiene la información que han ido recabando sobre la primera víctima, Jon Uriona. Con un gesto, le indica al agente Ramírez lo que tiene que hacer y este asiente. Inmediatamente, el documento se muestra a la vista de todos, ya que su imagen se ha enviado a la pantalla del televisor. Aunque nadie dice nada, todos los presentes se dan cuenta de que el archivo está abierto por su última página.

—En primer lugar —comienza diciendo el comisario, para recabar la atención de los agentes—, os doy las gracias por atender la solicitud de reunión. Sé que todos estáis muy ocupados y habéis dejado lo que estabais haciendo para estar aquí, así que trataré de no entreteneros durante demasiado tiempo, pero es importante que todos conozcamos el estado actual de la investigación. Además, cuando acabe la exposición, también me gustaría contar con vuestras opiniones al respecto.

Alrededor de la mesa se escucha un murmullo aprobatorio y Gaztelu espera a que, de

nuevo, se haga el silencio en aquella habitación.

—Como veis, he ido colocando en la pizarra las fotografías encontradas en casa de Jon Uriona, ordenadas de forma cronológica de acuerdo con la fecha que se encuentra escrita al dorso de cada una de ellas —dice, señalando tres filas de imágenes—. Ya sabéis que cada una de esas fechas coincide con las denuncias por desaparición que efectuaron las familias de estas mujeres. Además, acaban de confirmarnos que el análisis grafológico efectuado indica que fue el propio profesor Uriona quien las escribió.

Gaztelu dirige la mirada hacia el agente Ramírez, que hace una ligera inclinación de cabeza confirmando el dato que él mismo acaba de proporcionar al comisario, al entregarle la copia de las fotografías. Después, hace una pequeña pausa para permitir a los agentes hacer preguntas o comentarios, pero nadie dice nada. Todos aguardan las palabras del comisario, tratando de saber a dónde quiere ir a parar.

—Ana Belén Gil —dice, alzando la voz y señalando a la primera de las mujeres—. Desaparecida en Lekeitio a comienzos de agosto de dos mil veintiuno. Elena Salazar, Marta Peláez y Raquel Olivares —enumera, mirando a una audiencia totalmente entregada—. Desaparecidas en Ibarangelu, Mundaka y Elantxobe, todas ellas durante el año dos mil veintiuno. Apenas hay un intervalo de algo más de un mes entre cada una de las desapariciones.

—¡Joder! —exclama la agente Sagarna sin poder evitarlo, mientras las miradas se giran hacia ella—. Disculpe, comisario. Continúe, por favor.

Gaztelu le dirige una sonrisa triste, resignada, y alza la mano para señalar la segunda fila de fotografías.

—Durante la primera mitad de dos mil veintidós se denunció la desaparición de estas tres mujeres en Gasteiz: Irati Lavín, Dorleta Ramos y Maite Saenz de Rozas. Y dos más durante el verano en Donostia: Ane Eguileor y Sara Álvarez. Desgraciadamente, no sabemos qué ha sido de ninguna de ellas. No han regresado con sus familias, pero tampoco se ha hallado rastro de sus cuerpos —confirma, dando muestras de un cansancio descomunal—. Echad un vistazo al documento que tenéis en pantalla y decidme lo que veis.

Todos los agentes observan ahora el documento con interés, leyendo cada dato que en él se detalla.

—Son todos aquellos lugares en los que Jon Uriona ha vivido o trabajado en los últimos dos años —dice la agente Maya, sin necesidad de leer dos veces el documento.

—Y coinciden con las fechas y lugares de las desapariciones —añade Iñaki Mendibe, frunciendo el ceño y mirando al comisario en busca de confirmación.

Gaztelu respira hondo y observa con atención los rostros de las personas que lo acompañan en aquella sala. Todos ellos muestran evidencias de estar sorprendidos en mayor o menor medida. Todos, salvo el subcomisario Ochoa, que no ha necesitado leer el documento que tienen en pantalla.

—Bien —continúa—. Como ven, es fácil relacionar todas estas desapariciones con el profesor Uriona. Desconozco por qué motivo esas mujeres posaban semidesnudas para él o qué ha sido de ellas, y me temo que el profesor ya no va a poder contarnos nada —dice, mirando directamente al subcomisario.

—Comisario —dice la agente Sagarna, distrayendo su atención—, no ha dicho nada de la mujer que aparece en la última fila.

—Tiene razón, agente Sagarna. Disculpen —reconoce Gaztelu, girándose hacia la

pizarra y descolgando la fotografía a la que la agente ha hecho alusión—. Esta mujer es Andrea Beraza —dice, depositando la imagen en manos de la agente e indicándole con un gesto que la vaya pasando alrededor de la mesa para que la vean también los demás—. De origen donostiarra, Andrea se trasladó a Bilbao hace algunos meses por motivos de trabajo. Sus familiares denunciaron la desaparición a principios de febrero.

—¿No se abrió una investigación en torno a la desaparición, comisario? —pregunta el agente Ramírez, sorprendido.

—Claro que se abrió, pero, al igual que en el resto de los casos, no fue concluyente. Al parecer, la mujer vivía sola. Una vez a la semana llamaba a casa para hablar con sus padres. En la última conversación les dijo que se iba a coger unas pequeñas vacaciones y, a partir de ahí, no volvieron a saber nada de ella. Pensaron que había conocido a alguien y no le dieron más importancia, pero al ver que no volvía a contactar con ellos, lo denunciaron a la Policía.

—¿Creéis que había conocido a Uriona? —pregunta Mendibe—. En esas fechas él ya estaba en Bilbao como profesor invitado en la universidad.

—Es muy posible, Mendibe —dice, y vuelve la mirada para dirigirse a Ochoa, que está al otro lado de la mesa—. Subcomisario, ¿quiere compartir algo con nosotros?

Ochoa ha sido el último en recibir la fotografía y la sujeta con firmeza entre los dedos, sin levantar la vista de ella.

—No, comisario. Nada —contesta con voz grave.

—Es guapa, ¿verdad? —le increpa Gaztelu, tratando de hacerle reaccionar.

Ochoa siente cómo la ira va ganando terreno y sus dedos comienzan a temblar, haciendo que deje la fotografía sobre la mesa y apriete los puños con rabia.

—Andrea Beraza era del barrio de Amara, como usted, Ochoa. Pertenecían a la misma cuadrilla desde críos e incluso salieron juntos durante algún tiempo, ¿me equivoco? —El silencio en la sala de reuniones es pesado, asfixiante. Los agentes vuelven a sentir la incómoda sensación de estar presenciando un duelo, solo que esta vez la expectación se centra en lo que el subcomisario tenga que decir y posan en él todas las miradas—. Pero ella quiso romper la relación y cambió de trabajo. Se alejó de usted y vino a Bilbao para poner tierra de por medio. ¿Qué pasó, Ochoa?

—No pasó nada, comisario —dice, levantando la mirada, desafiante.

—¿Prefiere que charlemos en interrogatorios, subcomisario? Igual está más cómodo allí —sugiere.

Ochoa le mantiene la mirada un instante, pero inmediatamente se deja caer hacia atrás en la silla, en un gesto de derrota.

—No sé cómo se ha enterado, comisario, pero sí, Andrea y yo nos conocíamos desde niños —dice, sin mirar a nadie en concreto—. Compartíamos el mismo grupo de amigos, y de adolescentes comenzamos a salir... digamos que a intervalos regulares. Nos enfadábamos a menudo, cortábamos la relación y meses después volvíamos a estar juntos. Se podría decir que la relación era tormentosa porque ambos teníamos un carácter bastante fuerte. Pero Andrea siempre fue la más centrada de los dos —reconoce—. En nuestra última etapa juntos incluso llegamos a planear nuestra boda, pero luego yo tuve un pequeño desliz y todo se fue a la mierda. Andrea no me lo perdonó. Pidió el traslado a Bilbao y yo me quedé atrás. Al principio no quise darle más importancia. Pensé que ya volvería. Siempre volvía. Y luego desapareció —dice, bajando la voz de tal manera que sus

últimas palabras apenas son audibles desde el otro lado de la sala.

—¿Volvió a tener contacto con ella después de que se marchara? —pregunta Gaztelu, manteniendo la seriedad de su voz.

—La llamé un par de veces, sí. La primera vez... digamos que no fui muy amable y me colgó el teléfono. La segunda vez ni siquiera quiso contestar.

—Y entonces fue cuando se cogió unos días de vacaciones y vino a Bilbao a buscarla, ¿no es así, subcomisario? ¿Qué pasó? ¿Quiso obligarla a volver con usted?

—¿Qué insinúa, comisario? —grita, poniéndose en pie y señalando con el dedo a Gaztelu—. ¡Yo no la toqué! ¿Queda claro?

Gaztelu no hace ademán de moverse y soporta estoicamente que el subcomisario le señale de manera amenazante. Ambos hombres se mantienen la mirada, hasta que Ochoa da un paso atrás y se deja caer nuevamente en la silla.

—Ni siquiera pude verla... —dice, bajando la voz hasta que solamente se escucha un murmullo—. Era una experta esquivándome. Llevaba años haciéndolo, cada vez que nos enfadábamos.

—Y entonces decidió pedir un traslado. Pensó que, estando más cerca, sus posibilidades de reanudar la relación aumentarían.

—Así es... Pero ya fue demasiado tarde. Mientras preparaba el papeleo para la solicitud, Andrea desapareció. Me enteré por el grupo de WhatsApp de la cuadrilla.

—Y pensó que estaba huyendo de usted.

—Sí. Fue lo primero que pensé. Pero luego...

—¿Qué pasó, Ochoa? —Gaztelu le incita a seguir hablando, hasta completar la historia.

—Me volví loco, comisario. Necesitaba saber dónde estaba, a dónde había huido. Me propuse seguirla a donde fuera. Y me dediqué a revisar sus redes sociales. Solo quería encontrar alguna pista que me llevara hasta ella —dice, con un hilo de voz.

Por un momento, parece que únicamente comisario y subcomisario se encuentran en aquella sala, frente a frente. Las personas que hay alrededor no se atreven siquiera a respirar, hasta que Ramírez, que está sentado detrás de Ochoa, le toca el hombro de manera afectuosa para infundirle ánimo.

—Y entonces lo vi. Estaba en aquella foto con ella —añade.

—¿Qué es lo que vio, Ochoa? —pregunta el comisario, atento a cada una de sus palabras.

—Una fotografía del mismo día en el que se puso la denuncia por desaparición. Una fotografía de Andrea con ese tío. La vi de casualidad. Unas horas después, cuando volví a entrar en sus redes, ya no estaba. Alguien la había borrado —dice apesadumbrado.

—¿Quién era ese tío? —pregunta Gaztelu, materializando la duda que está en mente de todos.

Ochoa guarda silencio, con la cabeza hundida entre las manos.

—¡Ochoa! ¿Quién coño era ese tío? —grita ahora Gaztelu, haciendo que el subcomisario levante la cabeza, mostrando sus ojos húmedos.

—Era Jon Uriona, comisario —afirma, ante la atenta mirada de todos.

—¿Quiere hacernos creer que su novia le deja e inicia una relación con Jon Uriona, que usted la persigue hasta aquí, pero, antes de que pueda localizarla, ella desaparece, no sin antes colocar en sus redes sociales una fotografía en la que se la ve con el profesor y que, al día siguiente, ya no está?

—Ya sé que parece una locura, comisario. Pero es la verdad. Yo vi esa foto —asegura.

—Vale... digamos que doy crédito a lo que está contando... ¿Cómo sabe que era Jon Uriona? Solo lo vio un momento.

—No me di cuenta al principio, comisario. Vi la foto de aquel tipo y no pensé en nada más que en buscar a Andrea. Necesitaba recuperarla. No me importaba quién fuera aquel hombre —reconoce—. Sin embargo, su imagen se quedó dando vueltas en mi cabeza. En mi fuero interno, sabía que lo había visto en algún sitio, pero no conseguía recordar dónde y tampoco conseguía quitármelo de la cabeza.

Iván Ochoa recorre con la mirada los rostros de sus compañeros. Se da cuenta de que apenas ha hecho el más mínimo esfuerzo por conocerlos, pero ahora ya no importa. Solo necesita que alguien crea en él.

—Unas horas después, mi cerebro hizo la conexión y lo vi claro. Yo había visto a aquel hombre antes —confirma, haciendo una pausa antes de continuar. Sabe que, a su alrededor, todos le prestan atención y están expectantes—. Antes del traslado, cuando trabajaba en Donostia, las denuncias por desaparición de Ane Eguileor y Sara Álvarez habían estado sobre mi mesa. En aquella ocasión, también busqué en sus redes sociales cuando tuve que preparar los informes para pasárselos a mi superior. Hice un rastreo de sus últimos días, centrándome en los lugares en los que habían estado y en las personas que aparecían con ellas en las fotografías. Ambas habían subido fotos con ese tío. En aquel momento no me di cuenta. No relacioné las imágenes. Pero cuando lo vi con Andrea... supe que era el mismo.

El comisario Gaztelu ha comenzado a caminar a lo largo de la sala, tratando de asimilar las palabras de su subordinado.

—Comisario —lo interrumpe Ramírez, haciendo un gesto hacia su teléfono para indicar que está vibrando con la entrada de una llamada.

—Puede contestar, Ramírez. No se preocupe —le indica Gaztelu, sin detener sus pasos.

El agente sale al pasillo para hablar con la persona que está al otro lado de la línea. La conversación es breve, pero en su rostro se refleja la urgencia cuando regresa a la sala.

—Comisario, llamaban de...

—Un segundo, Ramírez. Vamos a ver si acabamos con esto de una vez —le corta Gaztelu, mirando a Ochoa, que observa sus movimientos con atención—. Por ahora, vamos a dar crédito a la historia del subcomisario. Quiero que hable con la unidad de delitos informáticos para que revisen las redes sociales de todas las mujeres desaparecidas. No me interesa lo que vean. Sobre todo, necesito que se centren en lo que no está. Quiero que encuentren cualquier cosa que se haya podido borrar. Veremos si pueden confirmar la versión del subcomisario —dice mirándolo con dureza.

—Comisario...

—Vale, Ramírez, suéltelo. ¿Qué pasa ahora?

—Se trata de la línea de teléfono intervenida a Amelia Ortiz. Su marido ha contactado con ella.

—¿Y? —pregunta el comisario con interés renovado, animando al agente a seguir hablando.

—Ha quedado en ir a buscarla a la universidad. Al parecer, quiere tener una charla con ella.

—Está bien. Supongo que tenemos a una patrulla por allí. Que estén atentos y lo retengan cuando aparezca. O mejor, que lo detengan y lo traigan aquí, a ver si podemos hablar con él de una vez por todas —indica, irritado.

Ramírez asiente y sale de la sala para seguir las indicaciones del comisario.

—Bien, continuando con lo que nos estaba contando, subcomisario... ¿qué pasó cuando se dio cuenta de que el hombre de las fotografías era el mismo? Entiendo que lo comunicaría a su superior para poder investigar las desapariciones de esas tres mujeres. —Gaztelu permanece de pie, pero apoya los puños sobre la mesa, mirando fijamente al subcomisario.

—No —contesta, en voz tan baja que el resto de sus compañeros apenas le escuchan.

—¿Cómo dice? —pregunta Gaztelu, levantando la voz.

—¡Joder, comisario! ¡Las desapariciones no eran una prioridad! ¡Ni se hubieran tomado la molestia de comprobarlo! —contesta, fuera de sí.

—Y tuvo la brillante idea de hacerlo usted mismo, ¿verdad? —le increpa el comisario.

—¡Claro que sí! Es posible que no fuera su prioridad, pero sí era la mía —grita—. Si encontraba a aquel hombre, quizás podría encontrar a Andrea... y al resto de mujeres desaparecidas.

Gaztelu respira hondo antes de seguir preguntando. La agente Maya le hace un gesto para que se calme y el comisario se da cuenta de que, gritando, no va a llegar a ninguna parte.

—Es evidente que lo encontró...

—Sí, comisario. Encontré a ese desgraciado y averigüé su identidad. Era Jon Uriona. Pero no encontré a Andrea —reconoce con pesar—. Lo seguí durante días, pero nada. Ni rastro de ella.

En la sala, los gestos del resto de agentes muestran su decepción ante las palabras de Ochoa. Tratan de ponerse en la situación del subcomisario y se preguntan qué habrían hecho de haber estado en su lugar.

—Y después, unas semanas más tarde, lo vi con aquella otra mujer —continúa diciendo, activando todas las alertas.

—¿Te refieres a Amelia Ortiz? —pregunta inmediatamente la agente Maya.

El subcomisario vuelve la cabeza hacia ella y asiente con tristeza.

—Me di cuenta de que, probablemente, esa mujer iba a ser la siguiente víctima, así que me dediqué a observarla... a seguir sus pasos. Quería prevenirla, hacer que entrara en razón, pero sabía que no me escucharía —reconoce con pesar—. Las mujeres se enamoraban de él, comisario. Lo idolatraban. Hacían cualquier cosa que él les pidiera —dice, señalando las fotografías—. Nada que yo pudiera decir o hacer iba a convencer a Amelia de que se alejara de él.

—¿Y ya está? ¿No hiciste nada? ¡Maldito cabrón! —exclama la agente Sagarna, ganándose una mirada reprobatoria del comisario y sintiendo la mano de Mendibe sobre su brazo, impidiéndole que se levante para acercarse a Ochoa—. Tienes delante de tus narices a alguien a quien crees responsable de la desaparición de varias mujeres y no haces nada... No mereces llevar esa placa —afirma, con desprecio.

Ochoa la observa, dejando que sus palabras lo golpeen sin piedad. Ahora ya no parece un engreído de mirada desafiante. Su actitud ha cambiado tanto que sus compañeros apenas lo reconocen.

—Hablé con su marido —dice en un susurro.

—¿Que hiciste qué? —Gaztelu da un manotazo sobre la mesa, sin poder refrenar su rabia. El resto de agentes contiene la respiración. Nadie quiere estar en su lugar.

—Tenía que encontrar la manera de ayudar a esa mujer, comisario, así que no se me ocurrió otra cosa que hablar con él... —reconoce, con pesar—. Vi en ella a una copia de Andrea, entregada a ese hombre, incapaz de ver más allá de esa mierda de relación. Quise pensar que él tenía derecho a saberlo. Creí que hablaría con ella y la haría entrar en razón.

—¿Y no se te ocurrió contar toda esa historia en comisaría? ¡Joder, Ochoa! ¿En qué estabas pensando? —Gaztelu se da la vuelta hacia la pizarra, dándole la espalda y tratando de pensar.

—Comisario.

La voz de Ramírez irrumpe en la sala liberando parte de la tensión acumulada en el ambiente. Gaztelu lo mira sin contestar, pero indicándole con un gesto que hable.

—La patrulla que se encontraba en la Universidad de Deusto acaba de reportar un incendio en una zona de despachos. Los bomberos ya están en camino.

Gaztelu tarda unos segundos en asimilar la información.

—¿Es grave? —pregunta, con la esperanza de que no sea más que un pequeño accidente ocasional causado por un cigarrillo mal apagado.

—Parece que las llamas se están extendiendo con rapidez, comisario.

—Vale. Moveos. Nos vamos todos para allá —dice, urgiendo a sus compañeros y abriendo el paso hacia la puerta—. Ochoa, tú te quedas aquí. Ramírez, con él.

El agente asiente, viendo cómo todos sus compañeros se apresuran tras el comisario. Sin embargo, Gaztelu se detiene un instante y se da la vuelta antes de abandonar la sala de reuniones.

—Una última cuestión, Ochoa.

El subcomisario se remueve en la silla, incómodo.

—¿Mataste tú a Jon Uriona? —Gaztelu vuelve sobre sus pasos y se coloca delante del subcomisario, apoyándole una mano sobre el hombro y sujetándole con firmeza para impedir que se ponga en pie.

—No, comisario. No lo hice —dice, mirando a los ojos de Gaztelu sin pestañear.

Las luces rotatorias de los vehículos policiales han invadido el campus bilbaíno de la Universidad de Deusto y miembros de las patrullas ciudadanas están tratando de desalojar el edificio de La Literaria. A pesar de los simulacros que, cada cierto tiempo, suelen llevarse a cabo, y de las indicaciones del profesorado y personal de la universidad, que tratan en vano de mantener un cierto orden, el pánico está a punto de estallar entre algunos de los grupos de estudiantes que se encontraban en el interior y que no pueden evitar los gritos y las carreras. Sin embargo, no son pocas las personas que, desafiando toda lógica, tratan de escabullirse dentro del perímetro policial que los miembros de la Ertzaintza han establecido, con el fin de grabar toda la escena con sus teléfonos móviles, buscando ese minuto de gloria que les haga aumentar su número de seguidores en Instagram.

Tras una frenética carrera desde la comisaría, saltándose los semáforos y escuchando la emisora de radio por encima del estruendo de la lluvia en el parabrisas, con los músculos completamente en tensión y sin articular palabra, el comisario Gaztelu y la agente Maya alcanzan la entrada del campus y avanzan hacia el acceso al edificio central, esta vez más despacio, tratando de sortear a las personas que corren para tratar de alejarse de allí. La barrera que habitualmente obstaculiza el paso se encuentra levantada, así que nada les impide acercarse hasta la misma entrada del edificio.

—Ya han llegado los bomberos —constata la agente, con las manos sujetas con fuerza al volante.

Gaztelu asiente de manera casi imperceptible.

—Es la dotación que tiene base bajo el puente de La Salve —le recuerda el comisario—. Afortunadamente, están a apenas unos minutos de aquí y habrán llegado enseguida. Con suerte, eso ayudará a minimizar los daños, aunque espero que los de Miribilla no tarden mucho más en llegar. Mira allí —dice, con un gesto que señala hacia una de las alas del edificio. Las lenguas de fuego comienzan a hacer estallar los cristales, salvando las barreras que les impedían elevarse hacia el tejado.

En los rostros de ambos se refleja el brillo de las luces rotatorias mezclado con los anaranjados que ascienden hacia el cielo, desafiando a la lluvia torrencial que no deja de caer.

—Aún siguen sacando a gente del edificio —observa la agente, iniciando la maniobra para estacionar el vehículo—. Xabier, ¿crees que Amelia seguirá ahí dentro?

—El fuego se ha iniciado en el ala contraria del edificio y aún no parece que haya llegado a la zona donde se encuentra su despacho. Es probable que siga dentro, sí.

—¿Crees que ha sido provocado?

—No creo en las casualidades, Jone.

El teléfono del comisario comienza a sonar, impidiéndole seguir hablando. Gaztelu mira la pantalla y reconoce el número de inmediato.

—Ahora no, juez —susurra, bajo la atenta mirada de la agente, silenciando el terminal y guardándolo de nuevo en el bolsillo, sin llegar a contestar.

El comisario y la agente descienden del vehículo y se dirigen al maletero con el fin de abastecerse del equipo necesario. A su espalda, Mendibe y Sagarna hacen lo propio y se reúnen con sus compañeros, esperando órdenes.

—La agente Maya y yo iremos por delante, ya que conocemos el camino hacia el decanato —les indica Gaztelu, mirando a cada uno de ellos con seriedad—. Dejad el fuego y la evacuación para los bomberos. Recordad: nuestro objetivo es tratar de localizar a la

profesora Ortiz y a Ignacio Marín.

Los agentes asienten y se apresuran hacia la entrada del edificio, siguiendo las zancadas del comisario.

—No se puede acceder al edificio. —Situado junto al cordón policial, un agente uniformado perteneciente a la Policía local trata de impedirles el paso. Dos agentes más, que se encontraban en las cercanías, se acercan y se unen a su compañero, formando una barrera entre ellos y la puerta.

—División de Investigación Criminal —dice Gaztelu, mostrando su identificación—. Buscamos a un sospechoso de asesinato y a una o dos posibles víctimas de secuestro.

—Perdone, comisario, pero tenemos órdenes de no permitir el acceso a nadie.

—Me parece estupendo, agente. Sigán cumpliendo esas órdenes. Están haciendo un gran trabajo. Pero nosotros vamos a entrar —dice, apartando al agente que tiene delante y levantando el cordón policial para pasar por debajo, dejando a los tres hombres sin saber muy bien cómo reaccionar—. ¡Vamos! —grita, y acelera el paso hacia el interior del edificio.

Apoyada contra una de las ventanas del tercer piso, una figura observa a través del cristal. La galerna ha pasado de largo, pero la lluvia y el viento persisten, empapándolo todo de un gris ominoso y dejando en el suelo regueros de agua en los que las luces azules danzan, ajenas al desastre que está a punto de sobrevenir.

—Deberíamos salir de aquí.

Es esa voz de nuevo. Al principio, pensaba que era fruto de su imaginación y que quería confundirlo, pero no. Ahora sabe que no lo es. Ha reconocido la suave cadencia de la voz de Amelia. Su dulce Amelia. Lentamente, se da la vuelta abandonando la visión que el cristal le ha estado proporcionando hasta ahora. Las luces, las sirenas, las carreras, la lluvia, los bomberos... todo queda atrás, al otro lado, en otro mundo. A todo ello lo sustituye el bulto de Amelia, sentada al fondo del despacho, al otro lado de la mesa. Apenas puede verla. La única iluminación es la que penetra a través de la ventana, pero no es suficiente para ver con claridad.

—¿No me has oído? ¡Deberíamos salir de aquí! ¡Ya!

Amelia tiene razón. Siempre la tiene. Ella es la inteligente, la cabal, y lo que dice es cierto. Deberían haber salido ya de allí, hace rato, antes de que se montara todo este circo. No era su intención permanecer en aquel lugar. Solo pretendía tratar de desviar la atención para poder hablar con ella con tranquilidad. Pero las cosas no han salido como esperaba porque Amelia no escucha. ¿Por qué no escucha? No va a darle la razón, no. Ni siquiera en estas circunstancias. Eso sería igual a aceptar su debilidad.

Una arcada sube hacia la garganta de Amelia, que trata en vano de hacerla desaparecer. El humo está cada vez más cerca. Lo nota en las fosas nasales y en el picor que comienza a sentir en los ojos, irritados y llorosos.

Ignacio es consciente de que quizás sea demasiado tarde. Se gira con movimientos lentos hacia la ventana una vez más y deja que su mirada se pierda en el reflejo anaranjado que se deja ver a través del cristal, cerca, cada vez más cerca.

—Ignacio, por favor...

La voz de Amelia ya no exige. Ahora suplica. ¿Por qué ahora? ¿Por qué, Amelia, por qué has hecho esto? Quiere hacerle entender que ya no merece la pena suplicar. El daño ya está

hecho. Sabe que debería gritarle para que se dé cuenta de que es culpa suya. Pero está cansado. Tan cansado... El tic de su cuello regresa, poniendo de manifiesto ese movimiento involuntario que tanto odia. Y Amelia lo observa, con una mezcla de temor y desdén que no puede soportar.

Gaztelu y su equipo ascienden los peldaños hasta el tercer piso de dos en dos. El aire se está volviendo irrespirable a causa del humo y tienen que darse prisa. A su alrededor no hay más sonido que el eco de las voces de la entrada reverberando contra las gruesas paredes de piedra.

Nada más alcanzar el rellano que da acceso al pasillo, Gaztelu levanta la mano dando la orden de detenerse y los agentes permanecen alerta a su espalda. Por gestos, les indica que saquen sus armas y comiencen a avanzar pegados a la pared de la izquierda. El comisario abre la marcha, seguido de cerca por la agente Sagarna. Mendibe le hace un gesto a la agente Maya para que marche por delante de él. La pequeña comitiva revisa cada hueco que localiza a su paso sin encontrar nada. Solo al acercarse a la puerta situada a la derecha del ventanal del fondo escuchan una voz que susurra:

—Ignacio, por favor...

Los policías se sitúan a ambos lados de la puerta abierta, dos a la derecha y los otros dos a la izquierda, sin apenas guardar distancia entre ellos. Gaztelu se asoma con sigilo para hacerse una idea de lo que se van a encontrar dentro de aquel despacho y su mirada recorre la estancia de lado a lado. Hay un hombre de pie delante de la ventana, de espaldas a ellos. Su figura se recorta contra la escasa luz que penetra desde el exterior, pero, debido a su posición, resulta imposible verle la cara. El hombre tiene los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y de su mano derecha sobresale un objeto que no alcanza a distinguir. Sin embargo, su instinto le dice que se trata de un arma y que no dudará en utilizarla contra todo aquel que se le ponga por delante. Tienen que actuar con cautela.

A su izquierda, al fondo del despacho, sentada en una silla y con las manos a la espalda, se encuentra la profesora Ortiz, con la cabeza agachada en un gesto de derrota. La agente Sagarna roza ligeramente el brazo del comisario para llamar su atención, señalando con un gesto hacia una zona del despacho a la que apenas llega la luz. En el suelo hay un bulto inmóvil, un cuerpo encogido sobre sí mismo, una mujer cuyo cabello se desparrama formando un halo alrededor de su cabeza. Por la expresión en el rostro de la agente, el comisario deduce que el bulto corresponde a la testigo desaparecida, Leire Alzola. Con un movimiento rápido y adivinando sus intenciones, el comisario sujeta el brazo de la agente para impedir que dé un paso dentro del despacho. «Cautela», parece decirle con la mirada, a lo que la agente asiente a regañadientes, en el mismo instante en el que la profesora Ortiz levanta la cabeza y los ve, enmarcados en el hueco de la puerta abierta. La mujer no puede evitar que sus ojos reflejen la sorpresa y que de su boca emerja un gemido de alivio, leve, pero suficiente para alertar al hombre que la retiene.

En ese momento, y una vez perdido el factor sorpresa, Gaztelu y los agentes aprovechan para irrumpir en el despacho, apuntando con sus armas al escurridizo doctor Ignacio Marín. Sin embargo, para sorpresa de todos, el hombre actúa con una rapidez pasmosa, abandonando su posición junto a la ventana y acercándose en dos zancadas a Amelia para situarse tras ella utilizándola como parapeto y poniéndole en el cuello el escalpelo que sujetaba en la mano.

—Aléjense de aquí —dice con voz calmada, apoyando la punta del arma sobre el cuello de su mujer, provocando que un fino hilo de sangre mane de la minúscula punción.

—Ignacio, hágase un favor y tire el arma al suelo. Sabe que no nos iremos. No nos obligue a disparar. —Mientras habla, Gaztelu analiza la línea de tiro. La mayor parte del

cuerpo de Ignacio se encuentra protegido tras la profesora, a la que ha obligado a ponerse en pie.

—Por favor... —se escucha decir a la mujer.

—¡Esto es todo culpa tuya, así que cállate! —grita el hombre, sujetándola del pelo y haciendo que eche la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello—. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Creías que no me enteraría? ¿Me consideras tan tonto como para no darme cuenta de que mi mujer se está follando a otro tío?

La profesora Ortiz es incapaz de contestar. El pánico se ha apoderado de ella y las lágrimas descienden libres por su rostro. Es consciente de que cualquier movimiento que haga, por pequeño que sea, puede hacer que la firmeza de las manos de Ignacio desaparezca y el escalpelo se introduzca en su carne, seccionando los músculos del cuello.

—Ignacio... vamos a tranquilizarnos todos —le pide el comisario, sin perder de vista su mano—. Podemos soltar nuestras armas si dejas ir a Amelia.

—¡No!

—Sabemos que te ha hecho daño, pero matándola no vas a solucionar nada. Además, ya has conseguido quitarte de en medio al profesor Uriona...

—¡Ese malnacido! —dice, sin dejar que el comisario termine de hablar—. ¿Sabe que era un puto degenerado? Ese policía me lo contó todo, con todo tipo de detalles. Y entonces fui a hablar con él...

Gaztelu hace un gesto con el brazo a la agente Maya, que se encuentra detrás de él. Esta baja el arma y retrocede unos pasos hasta alcanzar la puerta, desapareciendo tras ella.

—¿Y qué le dijo? ¿Le pidió que se alejara de Amelia? Yo lo habría hecho... —dice el comisario, moviéndose ligeramente hacia la derecha sin perder de vista a Ignacio. Quiere que este le siga con la mirada. Quizás con suerte pueda hacer que modifique su posición para ponerse a tiro.

—¡Le dije que lo denunciaría! Le conté lo que ese policía me había dicho. ¡Todo lo que sabía sobre sus andanzas! ¿Y sabe lo que hizo? —pregunta con una mueca de desdén.

—Cuéntemelo, Ignacio. ¿Qué es lo que pasó? —dice, moviéndose un poco más.

—¡No se mueva! —grita el hombre, tirando del pelo de Amelia hacia sí mismo, amenazante, y provocando que la mujer grite de nuevo.

—Está bien, está bien...

—¡Se rio en mi cara! ¡Ese hijo de puta se rio de mí! Me dijo que Amelia ya era suya. ¡Que fuera despidiéndome de ella porque iba a correr la misma suerte que las demás!

De los labios de Amelia surge un gemido de horror, como si hasta ese momento no hubiera sido consciente del destino que el profesor Uriona había preparado para ella.

—¿Qué pasa? No habrías pensado que te quería, ¿verdad? Era un jodido depravado. Disfrutaba haciendo sufrir a las mujeres, escuchar cómo suplicaban por su vida —dice, acariciando el cuello de Amelia con la afilada hoja del escalpelo—. Te creíste todas sus patrañas, ¿verdad? —le susurra, acercándose a su oído.

—Ignacio —le interpela el comisario, tratando de acaparar su atención para que separe el arma del cuello de la profesora—, comprendo que le pusieron en una situación difícil. De haber estado en su lugar, no sé cómo habría reaccionado yo. Pero ahora podemos

arreglarlo. Suelte a Amelia para que podamos hablar con tranquilidad.

—No me hable de situaciones difíciles... no tiene ni la más remota idea —dice, cediendo al movimiento involuntario de su cuello, que le provoca un ligero tic en la cabeza. Con la inercia, la mano que sujeta el escalpelo se desplaza ligeramente, provocando un nuevo reguero de sangre que desciende hasta el cuello de la blusa de Amelia—. Pero tuvo lo que se merecía...

—¿Qué pasó, Ignacio? —pregunta de nuevo el comisario, buscando una confesión—. ¿Lo siguió? ¿Averiguó dónde vivía?

Ignacio sonríe, mirando al comisario con condescendencia. Sabe que ha llegado su gran momento, el punto álgido de esta obra teatral en la que se ha convertido su vida. Y en el acto final mostrará a todos su valía, dejando que los aplausos de su público lo acompañen, incluso después de que se haya bajado el telón.

—Ha hecho bien los deberes... ¿Cómo ha dicho que era su nombre? —pregunta, entrecerrando los ojos para observar a Gaztelu.

—Comisario Gaztelu, de la División de...

—Sí, sí, sí... Ahórrese los detalles, comisario —dice, con una mueca burlona—. En el fondo, ese profesor era un ingenuo. Lo seguí hasta un portal en el Casco Viejo. Era vuestro nidito de amor, ¿verdad, nena? —Un nuevo tirón de pelo y una nueva mueca de dolor de la profesora hacen que los dedos del comisario sujeten con más fuerza su arma, tensándose alrededor del gatillo—. Estuve varios días rondando por allí, y os vi entrar y salir en diversas ocasiones. Hablé con una vecina, aunque no conseguí sacarle mucha información. Pero pude ver a ese hijo de puta asomándose a la ventana y supe que lo había encontrado...

Ignacio hace una pausa en su exposición y observa uno a uno los rostros de las personas que están frente a él en el despacho, evaluándolos.

—¡Vaya! Una de las chicas se ha marchado... ¿se aburría, comisario? —pregunta al darse cuenta de que la agente Maya ya no está.

—La agente ha salido a informar por radio. En breve tendremos aquí a los refuerzos. Deje ir a Amelia o no podré hacer nada para ayudarle, Ignacio. Se nos acaba el tiempo —dice, notando cómo el olor del humo es cada vez más penetrante.

Ignacio sonríe un instante, antes de continuar hablando.

—¿Sabe usted lo que es la ketamina, comisario? Imagino que, a estas alturas, se habrá informado, claro... En mi trabajo, su uso es frecuente. Su administración por vía intramuscular no es tan rápida como cuando se utiliza la vía intravenosa, pero, aun así, es muy efectiva para inducir la inmovilidad en una persona —explica, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra y aflojando un poco la tensión en el cuero cabelludo de Amelia.

Gaztelu hace un gesto al agente Mendibe, que, a su vez, tensa el brazo, tratando de localizar un buen ángulo desde donde disparar en caso de que sea necesario.

—Tuve que esperar a que Ameli se acostara, claro. Si no, no habría podido quitarle las llaves de ese bolso que lleva a todas partes. Cerré la puerta despacio y ni se enteró de que había salido de casa —explica con una mueca traviesa—. El profesor también estaba dormido cuando llegué. ¡Parece que los dos estaban muy cansados! Ni se inmutó cuando le apliqué el anestésico.

—No puede ser... no... no... —Los sollozos de Amelia suben de intensidad y se

entremezclan con un acceso de tos repentino. El humo está cada vez más cerca. En la calle, las sirenas no han dejado ni un segundo de sonar, pero en el pequeño despacho nadie parece escucharlas.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Te das cuenta por fin de lo que soy capaz de hacer por ti? —dice, cariñoso, depositando un ligero beso en el cabello de Amelia, que aún sujeta con fuerza por detrás.

—Ignacio, tenemos que salir de aquí. En unos minutos esto estará lleno de humo —le recuerda el comisario, tratando de disimular la ira que le atenaza—. Suéltala.

—Aún no, comisario. ¿No quiere conocer el resto de la historia? Hay que tener paciencia... —dice, con una sonrisa afilada—. La ketamina aplicada en la región suboccipital tuvo un efecto bastante rápido... aunque ese cabrón se despertó antes de lo previsto y me vi obligado a atarlo. Pero fue tan gracioso cuando por fin se desinhibió... Respondió a todas las preguntas que quise hacerle, comisario. Me contó cómo había violado y torturado a un montón de mujeres y, mientras lo contaba, recreaba gestos obscenos y se reía de ellas, de su miedo, de sus gritos suplicando por su vida. También me dijo lo que había hecho con sus cuerpos... Seguro que está como loco por saberlo, ¿eh, comisario? Entonces me di cuenta de lo que tenía pensado hacer con Amelia y me volví loco. Tuve que acabar con aquello. Lo entiende, ¿verdad?

A pesar de ser interpelado directamente, Gaztelu no contesta. Se niega a entrar en el juego. Siente la tensión de sus compañeros y agradece tenerlos cerca. Mendibe no aparta la vista de las manos de Ignacio, atento a cualquier movimiento que pueda hacer con el escalpelo. Sagarna alterna la mirada entre Ignacio y el bulto inerte de la mujer que está en el suelo.

—Cuando por fin sus músculos se relajaron y entró en un estado de sedación, lo sujeté por las axilas para sacarlo de allí. Lo más complicado fue decidir qué hacer con él... y entonces se me ocurrió la idea del suicidio. Nadie investiga un suicidio, ¿no es así, comisario?

—¿Cómo sacó al profesor Uriona de su casa, Ignacio? No pudo hacerlo usted solo. —Gaztelu evita deliberadamente contestar a las preguntas de Ignacio. Quiere provocarlo para obligarlo a cometer algún error que le permita acercarse a él y acabar con la situación.

—¡Qué perspicaz, comisario! —dice con una sonrisa—. ¡Ha dado en el clavo!

Ignacio hace un guiño en dirección a Gaztelu. A su alrededor, ya ni siquiera se escuchan los sollozos de Amelia, que permanece tan atenta a la historia como cualquiera de ellos. Con cada palabra de su marido, su mundo se derrumba un poco más.

—Como bien dice, me di cuenta de que me iba a resultar muy complicado sacar al profesor de allí por mí mismo, así que recurrí a la única persona que sabía que no dudaría en ayudarme. ¿Y sabe por qué, comisario? Porque esa persona estaba tan interesada como yo en que ese cabrón dejara este mundo —sentencia, sin dudarlo ni un instante.

A través de la puerta abierta, se escucha el sonido inconfundible de botas subiendo los peldaños de la escalera con prisa. En el despacho se hace el silencio, tratando de averiguar hacia dónde se dirigen los pasos. Se están alejando. Hacia la otra ala del edificio, con toda probabilidad.

—¿Necesita que le explique quién me ayudó, comisario? ¿O ya lo ha deducido usted mismo? —pregunta, con una sonrisa en los labios.

Gaztelu no tiene tiempo de contestar. Un sollozo se eleva desde el suelo, seguido de un ligero movimiento, leve, pero suficiente para despertar la alarma. La agente Sagarna se

mueve con rapidez, tratando de acercarse a la mujer que permanece tendida en el suelo y a quien no ha quitado el ojo de encima en todo el tiempo que llevan allí.

—¡Quieta! —El grito airado hace que la agente se detenga, levantando las manos para demostrar que no supone una amenaza. Ignacio presiona de nuevo el escalpelo contra la piel del cuello de Amelia que, a su vez, no puede evitar gritar de terror. Gaztelu y Mendibe recuperan la posición de disparo, sujetando sus armas con firmeza.

—Vamos a tranquilizarnos todos —dice el comisario, tratando de contener el volumen de su voz—. Ignacio, si esa mujer está viva, tiene que permitir que los sanitarios la atiendan y la saquen de aquí.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Esa mujer es el único testigo que puede identificarme en una rueda de reconocimiento. Estaba en el lugar equivocado... digamos que ha tenido mala suerte.

—¿Y pensaste que lo correcto sería ir a por ella y acabar con los agentes que la custodiaban? ¿Sacrificas a una mujer inocente para salvar tu asqueroso culo? —pregunta Gaztelu con desdén, harto ya de tanta pantomima.

—¡Inocente! —Ignacio mantiene la vista fija en el rostro del comisario—. Esa mujer estuvo en comisaría hablando con ustedes. ¡Podía identificarme!

—No podía, Ignacio. No vio tu rostro. Estaba lejos y apenas quedaba luz.

Ignacio niega con la cabeza, dando a entender que no cree en sus palabras.

—No fue eso lo que él me dijo, comisario —afirma, con un atisbo de duda que le quiebra la voz—. Él me aseguró que podía identificarme... Dijo que había que deshacerse de ella.

—Ignacio, deja que los sanitarios se la lleven al hospital. Si lo haces, jugará a tu favor en el juicio y puede que se reduzca tu condena —le aconseja Gaztelu.

—Yo ya estoy condenado para siempre, comisario —dice, aunque, por un instante, la sombra de la duda empaña sus ojos.

Tras un momento de vacilación, Ignacio le indica a la agente Sagarna que puede acercarse hasta la mujer que yace en el suelo. Maitane no pierde el tiempo y, en dos zancadas, se aproxima al lugar donde está Leire.

—Sin prisa, agente. Procure no hacer movimientos bruscos. Deje su arma en el suelo y acérquese despacio.

Maitane Sagarna vuelve la vista hacia el comisario, que asiente sin dudar, y se agacha con cuidado para dejar el arma donde le ha indicado Ignacio. Luego, bajo la atenta mirada de todas las personas que ocupan el despacho, se arrodilla junto a la mujer.

—Hay que llamar a una ambulancia —dice consternada, tras verificar el estado en el que se encuentra, mirando primero al comisario y después al hombre que se oculta tras el cuerpo tembloroso de Amelia Ortiz.

Ignacio se encoge de hombros y hace un gesto afirmativo, señalándole el teléfono que hay sobre la mesa. La agente se incorpora y se acerca despacio para marcar el número de emergencias.

—Espero que esta vez tarden menos en llegar de lo que tardaron cuando di el aviso para que localizaran al profesor. Al fin y al cabo, con el circo que hay montado ahí fuera... —dice, recuperando el tono irónico de sus palabras y señalando hacia la ventana, refiriéndose al despliegue policial, bomberos y ambulancias que trastocan el apacible atardecer

bilbaíno. La agente Sagarna le dirige una mirada cargada de odio y resentimiento, a lo que Ignacio contesta con un guiño, antes de volver la vista de nuevo hacia Gaztelu—. ¿Por dónde íbamos antes de que nos interrumpieran, comisario? —pregunta—. ¡Ah, sí! Creo que quería saber quién me ayudó a trasladar al profesor hasta el lugar donde lo encontraron...

Gaztelu asiente, preparado para seguir escuchando. Ignacio es un hombre paciente y no parece tener prisa por salir de allí. Pero él también lo es y sabe que, en algún momento, bajará la guardia y podrán actuar.

Nuevamente se escuchan pasos rápidos en las escaleras. Sin embargo, en esta ocasión no se alejan. El eco que generan suena cada vez con más fuerza en el suelo embaldosado, reverberando en las altas paredes y llenando el espacio del pasillo como si de un ejército entero se tratara. Sin embargo, son dos sanitarios, un hombre de mediana edad y una mujer joven, los que se asoman a través de la puerta abierta.

—Vaya... ya estáis aquí. ¡Qué eficiencia! —dice Ignacio, haciendo un gesto para que entren y se acerquen a la mujer que yace al otro lado del despacho—. ¡Y parece que venís acompañados! ¡Cuánto honor!

La agente Sagarna y el agente Mendibe siguen la mirada de Ignacio y descubren que, tras los sanitarios, han entrado la agente Maya y el subcomisario Ochoa, dejando un poco por detrás, junto a la puerta, al agente Ramírez. Todos ellos van provistos de chaleco antibalas y llevan sus armas en las manos. A pesar de no haber retirado la mirada de su objetivo ni un instante, Gaztelu sabe que la agente Maya está de vuelta y no puede evitar sentir una ligera punzada de intranquilidad.

—Agentes, bienvenidos a esta pequeña reunión de amigos —dice Ignacio, saludándolos con una inclinación de cabeza y tensando el brazo que sujeta a Amelia, en una exhibición que pretende demostrar que, aun estando solo, sigue manteniendo el control—. ¡Subcomisario Iván Ochoa! ¡Qué sorpresa verte por aquí! ¿Aún no te han detenido? —pregunta, sonriendo satisfecho al ver la crispación en el rictus del hombre que acaba de entrar—. Me alegro de que llegues a tiempo. Estaba a punto de contarle al comisario la parte en la que me ayudas a sacar al profesor de su casa para llevarlo hasta el paseo de Uribitarte...

—¡Cabrón! —grita el subcomisario, moviéndose unos pasos hacia adelante con intención de abalanzarse sobre su interlocutor. La agente Maya y el agente Ramírez se encargan de sujetarlo, agarrándolo cada uno por un brazo hasta que se calma.

—Haz caso a tus compañeros, subcomisario —dice con sorna—. Recuerda que no les va a costar mucho solicitar al juez una orden para acceder al registro de tus llamadas. Verán la llamada que te hice la madrugada del día diez de abril y también las de días anteriores y posteriores. Se darán cuenta de que me hiciste partícipe de tus sospechas sobre el profesor y de que todo este embrollo lo orquestamos entre los dos...

—¡Mientes! ¡Yo no tuve nada que ver con el asesinato de Uriona! —grita Ochoa, ante la atenta mirada de sus compañeros.

—Quizás no... Pero me ayudaste a sacarlo de casa y llevarlo hasta allí. Por supuesto que a ti no se te habría ocurrido lo de simular un suicidio... no eres tan inteligente —le increpa.

Ochoa se revuelve y trata de desasirse de la sujeción de sus dos compañeros, que no cejan en su empeño de inmovilizarlo.

—Reconoce que tú eres mucho más visceral, más de utilizar la fuerza bruta que la inteligencia... —le dice, sin perder la sonrisa—. Y si no, que se lo pregunten a Alicia, ¿verdad? ¡Ah, no! ¡Que ya no es posible! ¡Que te encargaste de silenciarla para que no hiciera públicas sus sospechas! Sabías que no se fiaba de mí y temías que me delatara y eso te implicara a ti... no te lo podías permitir.

—¡Cállate, maldito hijo de puta!

—¿Qué pasa? ¿Qué ahora te arrepientes? Recuerda que todo esto lo has hecho para vengar a esa putita amiga tuya. ¡Y eso que ella no quería saber nada de ti! —dice, volviendo su atención hacia Amelia—. Igual que esta... —susurra, tirando de su pelo hacia atrás para exponer el cuello y clavándole el escalpelo con odio.

En ese momento, el despacho se convierte en un caos de confusión. Los sanitarios que permanecían arrodillados en el suelo atendiendo a la testigo se pegan a la pared de manera instintiva, en el mismo instante en el que el subcomisario Ochoa consigue zafarse de los agentes que lo custodian y saca su arma, apuntando directamente a la cabeza de Ignacio. Cuando suena la detonación, el caos deja paso a un silencio pesado, roto únicamente por el sonido de dos cuerpos que caen al suelo inertes.

23.

El precinto policial, colocado tras las escaleras que dan acceso al tercer piso, impide el paso a cualquier persona ajena a la investigación del caso, incluyendo a los representantes de los diversos medios de comunicación que se han dado cita allí, iluminando el pasillo con los incómodos flashes de sus cámaras. Por fortuna, los bomberos han sido capaces de sofocar por fin el incendio que ha asolado gran parte del ala derecha del edificio, a pesar de que aún persiste algún rescoldo mínimo que la incesante lluvia se encargará de mitigar. Aun así, las volutas de humo que se elevan desde los rescoldos de la madera calcinada no impiden el ir y venir de personal autorizado en aquel recinto.

Hace rato que dos ambulancias han trasladado a las mujeres heridas al servicio de urgencias del Hospital Universitario Basurto. El cuerpo de Ignacio, sin embargo, permanece en el suelo del despacho, a la espera de que el juez Méndez ordene su traslado al Instituto de Medicina Legal.

—No consigo entender qué hacía aquí el subcomisario Ochoa —dice el juez, sin dirigirse a nadie en particular y caminando a lo largo del despacho hasta llegar junto a la ventana—. Si sus sospechas eran fundadas —añade, encarándose con Gaztelu—, ¿por qué demonios no lo metió en una celda, comisario?

Gaztelu mira de reojo al subcomisario, que sigue la conversación con atención.

—Como usted mismo ha dicho, lo único que teníamos hasta ahora eran muchas sospechas y ninguna prueba. Contábamos con indicios circunstanciales, pero nada sólido que justificara su encarcelamiento —asegura el comisario Gaztelu, manteniendo la mirada del juez.

—Fue culpa mía, juez —interviene Ramírez, antes de que ninguno de los dos hombres pueda añadir nada más.

Tanto el comisario como el juez se muestran irritados por la interrupción y se giran hacia el agente esperando una explicación.

—Explíquese, agente.

—El comisario me ordenó que lo retuviera en comisaría, pero ya conoce a Ochoa. No se le da bien seguir las normas, así que hizo cuanto pudo para acercarse hasta aquí —explica, pasándose la mano por el mentón, en el que la marca de un hematoma comienza a hacer su aparición.

—Tranquilo, Ramírez. Deje que yo me encargue. Este equipo está a mi cargo y asumo cualquier tipo de responsabilidad sobre lo que ha sucedido —le asegura Gaztelu, mirando al juez Méndez, a la espera de sus comentarios.

—Ya hablaremos sobre ello, comisario —asegura, con seriedad—. De momento, reténganlo hasta que se le tome declaración.

Desde el otro lado del despacho, el subcomisario Ochoa mira a los dos hombres de manera desafiante. No piensa decir nada sin que esté presente un buen abogado y ha hecho bien sus deberes. Sabe quién es la mejor.

—Doctora, ¿ha terminado ya con la inspección ocular y los preliminares? —El juez Méndez se dirige en esta ocasión a la forense Amaia Valle, que permanece agachada examinando el cuerpo de Ignacio.

—Sí, Méndez. Yo ya he terminado aquí —confirma, poniéndose en pie—. El cuerpo presenta herida de bala en el lóbulo frontal sin orificio de salida, con lesión cerebral traumática y muerte inmediata. Nos lo llevamos al anatómico para extraer la bala y confirmar que proviene del arma del subcomisario Ochoa —dice, dándose la vuelta mientras se retira los guantes, para desecharlos en la bolsa de residuos que ha dejado en el suelo—. Engreído... —susurra entre dientes, lo que arranca una sonrisa de la boca de Gaztelu.

—Entonces, si ya hemos terminado, vamos a firmar el informe y despejar la zona. Gaztelu, ordene a su equipo la retirada del operativo —indica el juez, abandonando el despacho con los papeles en la mano y sin esperar respuesta.

—Juez Méndez —le llama el comisario, antes de que desaparezca definitivamente de allí.

—¿Qué sucede ahora, comisario? —contesta, irritado, dándose la vuelta hacia Gaztelu sin ocultar una expresión de fastidio.

—Quiero solicitar una orden de registro para la vivienda familiar de Jon Uriona en Lekeitio.

—¿Cómo dice?

—Y quiero que incluya también los terrenos adyacentes a la casa. Toda la propiedad —solicita Gaztelu, sin retirar la mirada de los ojos del juez, mientras el resto de personas atienden a la conversación con interés.

—¿Y en qué basa esa solicitud, comisario? —pregunta a su vez el juez, entre sorprendido e interesado.

—Según las declaraciones de Ignacio Marín y del subcomisario Ochoa, aquí presente, el profesor Uriona confesó haber abusado sexualmente y haber torturado a todas las mujeres que aparecen en las fotografías incautadas en su domicilio del casco viejo. Los casos de desapariciones comenzaron cuando él aún vivía en Lekeitio, en el domicilio familiar, y poco después del trauma por el fallecimiento de su madre, que bien podría haber sido el detonante. Como comprenderá, las familias de esas mujeres merecen saber qué ha sido de ellas —expone con seriedad.

El juez Méndez parece pensarse la respuesta durante unos instantes. Sin embargo, no encuentra argumentos con los que poder rebatir las palabras del comisario.

—¿Y cree que va a encontrar algo en el domicilio familiar?

—Merece la pena intentarlo, ¿no le parece?

—Le diré a mi secretaria que prepare el documento. Firmaré la orden en cuanto llegue al despacho —asegura.

Gaztelu asiente levemente con la cabeza.

—Comisario —le interpela—, manténgame al tanto de lo que encuentren. Y retire a su equipo de aquí de una vez —dice, atravesando la puerta sin esperar contestación.

—Está bien, ya habéis oído. Nos vamos —ordena Gaztelu, haciéndose eco de las palabras del juez—. Sagarna, Mendibe, escoltad al subcomisario hasta la comisaría. Que espere en el calabozo hasta que llegue su abogado —dice, mientras Ochoa asiente mostrando su conformidad—. Iñaki, en cuanto tengamos la orden del juez, te encargas tú del operativo en la casa familiar de Uriona —le indica al agente Mendibe.

—Comisario —le llama la atención Ochoa, que hasta ahora ha permanecido callado.

—No, Ochoa. Rotundamente, no —contesta, leyéndole el pensamiento—. Esta vez vas a hacer caso a lo que te dicen y te vas a quedar quietecito en la comisaría. Mendibe puede encargarse del registro —dice, sin admitir réplica—. En cualquier caso, te avisaremos si encontramos algo —añade, con algo más de suavidad, recordando las circunstancias que rodean a la relación entre Ochoa y la desaparecida Andrea Beraza.

Cuando le parece que los agentes se han metido de lleno en sus quehaceres y que, lo más probable es que el juez se encuentre ya a una distancia prudencial, dadas las ganas que tenía de salir de allí, Gaztelu se acerca a la doctora Valle y llama su atención cogiéndola del brazo.

—¿Estás bien, Amaia?

—Claro. ¿Por qué lo dices?

—No sé... Me ha parecido —dice, señalando hacia la puerta, haciendo alusión a la salida del juez— que hay algo de tensión entre vosotros...

—No te equivoques —contesta con brusquedad—. Ni tensión ni nada. Eso es lo que hay entre nosotros. Nada —afirma de forma vehemente y con el ceño fruncido, haciendo sonreír a Gaztelu.

—Vale, vale —dice, levantando las manos en un gesto de rendición, consiguiendo que Amaia sonría también—. Es cosa tuya y no seré yo quien se meta en tus asuntos... Por cierto, cambiando de tema. ¿Tienes alguna noticia del hospital?

—Poca cosa, la verdad. Según me han informado los sanitarios, en el momento del traslado, la testigo, Leire Alzola, presentaba múltiples traumatismos y evidencias de intoxicación por sustancias psicotrópicas. A la espera de los resultados de las pruebas toxicológicas, el equipo de emergencias que ha realizado la primera valoración de su estado ha determinado que no se teme por su vida. —Amaia hace una pausa antes de continuar aportando detalles sobre las mujeres—. La profesora Amelia Ortiz, sin embargo, ha sufrido un shock hipovolémico por sangrado profuso con afectación de vasos arteriales y su pronóstico es reservado. La última noticia que tengo es que ha entrado en quirófano —confirma, mientras termina de recoger su maletín para salir de allí—. Estaré en el depósito —dice, señalando el cuerpo que permanece en el suelo y al que unos operarios están preparando para su traslado—. Estamos en contacto.

Gaztelu asiente y le da las gracias a la doctora por la información.

—¿Pasa algo, Xabier? —La agente Maya se ha acercado sin que se dé cuenta, preocupada por la expresión en el rostro del comisario.

—No pasa nada, Jone —dice, dándole un ligero apretón en la mano—. Solo pensaba en que aún nos faltan algunos datos para poder cerrar esta investigación.

La agente Maya asiente. Ella tiene la misma sensación.

—Ha sido un día muy largo. ¿Qué tal si nos vamos a casa, nos damos una buena ducha y descansamos un poco? Por la mañana seguro que vemos las cosas con más claridad — sugiere la agente, reteniendo la mano del comisario en la suya.

Gaztelu la observa, sorprendido. Parece que Jone está perdiendo el pudor a mostrar su relación en público. ¿Tendrán algo que ver los últimos acontecimientos? Mientras el comisario piensa, Jone alza los hombros en un gesto que parece indicar: ¿por qué no?, y sonríe divertida.

—Comisario —le llama la atención Ramírez, que ha observado la escena sin atreverse a interrumpir hasta ahora—, han llamado de la central. Han recibido aviso del hospital informando de que la testigo se encuentra consciente y orientada.

—Buena noticia, Ramírez —exclama el comisario, mirando inmediatamente a Maitane y viendo el gesto de alivio en su rostro—. La agente Sagarna y yo vamos a acercarnos hasta allí a hacerle unas preguntas, a ver qué nos puede contar —dice, dando un par de pasos hacia ella, que asiente agradecida—. Agente Maya, acompañe a Mendibe a comisaría y asegúrese de que dan aviso al abogado del subcomisario. —Gaztelu es consciente de que la agente Sagarna se ha implicado demasiado en su relación con la testigo y debería dejarla al margen, pero, aun así, entiende que le hará bien comprobar con sus propios ojos la mejoría de la mujer.

—Entonces, lo de ir a descansar... —dice Jone, resignada.

—Eso tendrá que esperar —contesta Gaztelu, con un guiño, provocando las sonrisas sofocadas del resto de agentes.

24.

El pasillo de la primera planta del pabellón Gandarias, en el Hospital de Basurto, está desierto y tenuemente iluminado, salvo por la luz que se desprende del puesto de control de enfermería. Tras el mostrador, una enfermera repasa informes en el ordenador, mientras otra permanece de pie, preparando el carro con las dosis de medicación que han de suministrar a cada paciente esa noche. Las dos mujeres levantan la vista hacia el comisario Gaztelu y la agente Sagarna, que muestran sus placas de identificación antes de preguntar por la habitación de Leire Alzola.

—Habitación 135 —dice la primera de ellas, señalando con la mano hacia las habitaciones del lado derecho—. Al fondo del pasillo.

—Gracias —contesta la agente Sagarna, mientras Gaztelu hace un gesto de asentimiento y enfila el pasillo.

La puerta de la habitación está cerrada, así que la agente da unos ligeros golpes con los nudillos antes de asomar la cabeza. Desde la cama, Leire le hace un gesto para que pase y le señala una silla junto a la ventana, aunque la agente prefiere permanecer de pie, con el comisario a su lado.

—Buenas noches, Leire. Soy la agente Maitane Sagarna, de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza.

—Me acuerdo de usted, agente —dice, arrastrando las palabras—. ¿Ha cambiado de compañero? —pregunta, dirigiendo la vista hacia el comisario.

—Eh... sí. Te presento al comisario Xabier Gaztelu. Hemos venido para hacerte algunas

preguntas.

La mujer observa a la agente con gesto de cansancio y gira la cabeza, dejando que su mirada se pierda a través de la ventana, en lo más profundo de la oscuridad.

—Leire... es importante. —La voz de la agente suena como un ruego.

—También era importante la vez anterior y mire dónde estoy ahora —contesta la mujer, abatida.

La agente Sagarna se acerca a ella y se sienta a su lado al borde de la cama, sujetándole la mano entre las suyas.

—Tienes razón, Leire. Y lo siento. No sabes cuánto siento lo que ha pasado —dice, acariciándole el dorso de la mano—. Intentamos protegerte. Te pusimos una patrulla de escolta.

La mujer asiente, desviando la mirada.

—Los mató... Ese hombre los mató —susurra—. Estaba fuera de sí.

—¿Qué pasó, Leire? —pregunta esta vez el comisario, animándola a seguir hablando—. ¿Por qué no nos cuentas lo que recuerdes? —insiste, temiendo que la mujer no quiera rememorar lo sucedido.

La agente Sagarna presiona la mano de la mujer, tratando de infundirle ánimo.

—Llamaron al timbre —recuerda, con la mirada ausente—. Me pareció raro, porque vivo en un barrio tranquilo, con muy poco movimiento, y no esperaba a nadie. Al principio, pensé que se trataría de alguien que se habría equivocado, un repartidor o alguien así, y esperé a que se marchara. Pero la persona que estaba al otro lado de la puerta insistió, así que me acerqué a mirar. Alguien había puesto una placa de policía delante de la mirilla y fue lo único que vi.

Aprovechando una pausa en el relato de la mujer, Gaztelu y la agente Sagarna cruzan una mirada de extrañeza.

—Pensé que se trataba de alguno de los agentes de escolta, aunque me pareció raro, porque habitualmente apenas se movían del coche, salvo cuando llegaba a casa y comprobaban que todo estaba bien antes de dejarme entrar —recuerda con tristeza—. Y abrí la puerta —dice, mirando a la agente Sagarna.

La agente asiente al escuchar las palabras de Leire. Entiende su confusión y su reticencia a hablar.

—Leire... Entiendo que esto es difícil para ti —le asegura la agente—, pero necesitamos saber lo que pasó cuando abriste la puerta.

La mujer asiente y respira hondo antes de continuar hablando.

—No se trataba de ninguno de los agentes de escolta que me habían asignado. A esos ya los conocía. No me dejó hablar. Empujó la puerta según la abrí y me hizo dar un traspié hacia atrás. Sacó un arma y me apuntó con ella. Dijo que no debería haber acudido a la Policía.

Las manos de la mujer tiemblan al recordar. Con cuidado, trata de incorporarse un poco sobre la almohada.

—¿Puede darme un poco de agua, por favor? —le pide a la agente, señalando la botella

que tiene sobre la mesita—. Ese hombre —continúa, tras dar un par de sorbos— me sujetó el brazo izquierdo a la espalda y me apoyó el arma en el costado derecho. Me pidió que hiciera una llamada para solicitar que uno de los escoltas se acercara a la casa con cualquier absurda excusa. Lo hice. Y cuando vimos que se acercaba a la puerta, me asomé y lo hice entrar. ¡Tienen que entender que yo no sabía lo que iba a pasar! ¡Y tenía un arma contra mi cuerpo! —grita exaltada, mirando al comisario.

Gaztelu hace un gesto de asentimiento con la cabeza para tranquilizar a la mujer, cuyas lágrimas empapan ya por completo su rostro magullado.

—No vio al hombre que se escondía tras la puerta. —Leire continúa con su relato, sabiendo que las dos personas que tiene delante no se marcharán hasta que lo haya contado todo—. Cuando sus manos le rodearon el cuello, la sorpresa se reflejó en su rostro y trató de forcejear, pero no sirvió de nada —dice, dejando vagar la mirada por la habitación—. Yo... me quedé inmóvil, bloqueada. ¡Podría haber hecho algo! ¡Podría haber tratado de ayudarlo! —dice, entre hipidos angustiosos—. Y cuando fui capaz de reaccionar, no me quedé a ver nada más. Salí corriendo escaleras arriba y traté de esconderme. ¡Tenía que huir de ese monstruo!

La puerta de la habitación se abre cuando Leire pronuncia esas últimas palabras. Una de las enfermeras que han visto en el control entra en la habitación llevando en la mano un vasito con las pastillas que Leire tiene que tomar: analgésicos, antiinflamatorios, calmantes.

—Deberían dejarla descansar —recrimina, mirando a Gaztelu y a la agente Sagarna.

—Enseguida nos vamos —le asegura la agente, con amabilidad.

La enfermera asiente y sale de la habitación, dejando la puerta entornada. La agente Sagarna cruza su mirada con la del comisario.

—Yo la cierro —dice, retirándose del lugar que ocupaba junto a la cama. Gaztelu se adelanta unos pasos y la sustituye.

—Leire... —dice, con voz tranquila—, si te enseño una fotografía, ¿reconocerías a ese hombre?

—Vi cómo ese hombre mataba a aquel agente, oí cómo arrastraba su cuerpo hasta el salón y sentí pánico al escuchar sus pasos en las escaleras, subiendo a buscarme. ¡Hasta me oriné encima! —exclama, dando rienda suelta a su miedo—. Me dio una paliza que no voy a olvidar nunca, comisario. ¿Cómo no voy a reconocerlo? —pregunta, mirando fijamente a los ojos de Gaztelu.

El comisario le sostiene la mirada un instante, antes de buscar su teléfono móvil y acceder a la galería de imágenes. Apenas tarda un momento en encontrar lo que busca. Acerca el móvil a los ojos de la mujer mostrándole una fotografía del subcomisario Ochoa. La mujer observa la fotografía y, después, vuelve la mirada de nuevo hacia el comisario.

—No es él —dice, convencida.

—¿Está segura?

—Estoy segura, comisario. Ese no es el hombre que entró en mi casa. Ni el hombre que vi en la ría, oculto tras las columnas.

Gaztelu mira a la agente Sagarna y ambos respiran aliviados.

—¿Era este otro? —le pregunta de nuevo el comisario, acercándole el teléfono una vez más.

Leire aprieta los puños y se muerde el labio con fuerza, hasta hacer asomar una minúscula gota de sangre.

—Quítelo de mi vista —dice, con rabia.

—Está muerto, Leire. Ya no volverá a hacer daño a nadie más —le asegura la agente Sagarna, mientras el comisario devuelve al bolsillo el teléfono, que aún muestra en la pantalla una imagen de Ignacio Marín.

Gaztelu se pone en pie, haciéndole a la agente un gesto en dirección a la puerta.

—No te molestamos más, Leire —dice la agente—. Cuídate y descansa.

La mujer asiente, tratando en vano de mostrar una sonrisa, pero antes de que desaparezcan por la puerta, se atreve a hacerles una última pregunta.

—¿Qué pasó con el otro hombre?

La agente Sagarna y el comisario Gaztelu se giran de nuevo hacia ella, sin saber muy bien qué decir.

—¿A quién te refieres? —pregunta, a su vez, la agente Sagarna.

—Al otro escolta. El que se quedó en el coche. Mientras ese hombre me golpeaba, tocó al timbre. Supongo que le extrañaría no tener noticias de su compañero.

Leire mira a las dos personas que tiene delante, pero ninguna de ellas contesta.

—Me salvó la vida, ¿saben? Su interrupción hizo que dejara de pegarme. Bajó a abrir la puerta. Escuché un forcejeo y luego nada. Creo que me desmayé.

La mujer observa los rostros apesadumbrados de Gaztelu y Sagarna.

—Está muerto, ¿verdad?

La agente hace un gesto afirmativo con la cabeza, a lo que Leire no responde. Se limita a girar el rostro hacia la ventana, dejando que las lágrimas lo recorran de nuevo, empapando la almohada. Gaztelu y la agente salen de la habitación en silencio, cerrando la puerta con cuidado de no molestar. Al pasar por el control de enfermería, se despiden dando las gracias y se alejan por los jardines del hospital sin cruzar una sola palabra.

25.

Como suele ser habitual, el paso de la galerna ha dejado un amanecer frío, pero con un cielo completamente despejado de nubes. En las calles, los restos de las ramas partidas por el temporal están siendo despejados por los servicios de limpieza, que han comenzado su jornada hace ya un buen rato.

Gaztelu abre la puerta de la comisaría, dejando entrar el gélido aire con él, y se dirige a su despacho atravesando la sala común.

—¿Qué tal va ese mentón, Ramírez? —pregunta al agente, que aparece por el pasillo con un vaso de café caliente en la mano.

—Sigue hinchado, comisario —contesta, haciendo un gesto hacia la bolsa de hielo que tiene sobre la mesa.

—¿No han llegado aún los demás?

Ramírez niega con la cabeza.

—Mendibe ha salido a primera hora hacia Lekeitio. Llamará si encuentran algo —dice—. La agente Sagarna ha llamado para decir que llegará un poco más tarde. Quería pasar por el hospital para ver qué tal se encuentra Leire.

Gaztelu asiente, mostrando su conformidad.

—La agente Maya también vendrá más tarde. Tenía una consulta médica —explica el comisario, ignorando la sonrisa que se ha formado en los labios de Ramírez—. Creo que yo también voy a ir a por un café —dice, señalando el vaso que el agente lleva en la mano—, aunque sea de esa máquina infernal.

—¿Ha pensado en lo de comprar una cafetera en condiciones, comisario?

Gaztelu sonríe sin poder evitarlo.

—Estoy en ello, agente —le asegura, sin dar más explicaciones.

Según se aleja de la sala común en dirección al pasillo, no puede evitar darse cuenta de la tranquilidad que se respira hoy allí. No suenan llamadas, ni hay voces alteradas ni ruido de pasos acelerados. Sabe que es una calma pasajera, pero, aun así, la agradece más que nunca.

Comprueba que tiene monedas suficientes en la cartera y decide sacar dos cafés de la máquina, en vez de uno. Con ellos en la mano, desciende las escaleras hasta el piso inferior y se adentra en el pasillo que da acceso a los calabozos. Le hace un gesto al agente que custodia la entrada y este, a pesar de mirarlo con extrañeza, le franquea el paso abriendo las dos puertas que lo separan del subcomisario.

Ochoa está despierto, sentado en el camastro con la vista fija en la pared. Tiene aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche y de necesitar una buena ducha.

—He pensado que te apetecería tomar un café —le dice, a modo de saludo.

—Gracias, comisario —contesta Ochoa, alargando el brazo para coger el vaso de manos de Gaztelu.

—¿Cómo estás? —pregunta, tras una ligera pausa.

—He tenido días mejores —contesta con resignación, haciendo un vano intento por forzar una sonrisa.

—¿Pudiste hablar con tu abogado anoche?

—Con mi abogada —le corrige—. Sí. Estuvo aquí.

Los dos hombres se quedan en silencio, pensando, y aprovechan para dar un sorbo al café.

—Hay algo que no logro entender —dice Gaztelu, después de un rato. Ochoa lo mira, esperando a que continúe hablando—. Si no tuviste nada que ver con el allanamiento en casa de Leire Alzola, el secuestro y la muerte de los escoltas, ¿cómo es que Ignacio mostró tu placa para conseguir acceder a la vivienda sin levantar sospechas?

—No sé cómo ni en qué momento se hizo con ella, comisario. Le he dado muchas vueltas a esa cuestión, pero desconozco cuándo me la quitó. De hecho, hasta ahora había

pensado que la había perdido. Me volví loco buscándola. En ningún momento se me ocurrió pensar que la tuviera él.

Gaztelu asiente, confirmando que no pone en duda sus palabras.

—Hemos podido acceder al registro de llamadas de Ignacio Marín. Te llamó la madrugada del asesinato de Uriona —confirma, mirando a Ochoa con tristeza.

—Sí, comisario. No mentía. Me pidió ayuda para sacar al profesor de su casa. Dijo que se merecía un escarmiento. Y, a decir verdad, yo también lo creía. Pero no sabía lo que tenía pensado hacer con él.

—¿Y qué creía que iba a hacer? ¿Llevarlo de paseo? —pregunta, levantando la voz.

—No lo pensé, comisario. Estaba cegado por la ira que sentía hacia ese hombre —reconoce.

Ambos callan de nuevo, concentrándose en dar vueltas al palito de madera que viene incluido en el vaso de café.

—¿Y Alicia? —pregunta Gaztelu, rellenando los huecos de información que aún le faltan—. Hemos confirmado que las colillas que había en el parque eran tuyas. La estuviste esperando.

—Ignacio me habló de ella. Decía que era una mala influencia para su mujer. La culpaba de la infidelidad de Amelia, de haberla empujado hacia los brazos de Uriona por meterle ideas estúpidas en la cabeza —explica, recordando la conversación—. Y estaba convencido de que sospechaba de él. Me contó que las había escuchado hablar, escondido tras la puerta del salón de su casa. También me amenazó diciendo que, si Alicia acudía a la Policía, él diría que todo había sido idea mía. —Ochoa mantiene la vista fija en el comisario—. Me volví loco, comisario. Y me arrepiento de ello.

—Pero fuiste tú quien le habló de la testigo, de Leire Alzola.

—Sí... Fui a verlo. Discutimos. Le grité que habíamos acabado con la vida de Alicia para nada. Que había otra mujer. Una que lo había visto junto al cuerpo de Uriona y podía identificarlo. Le dije que aquello tenía que acabar. —Ochoa hace una pausa antes de seguir hablando—. Buscaba justicia para Andrea y para todas aquellas mujeres, pero no a ese precio. No iba a matar a nadie más.

—Y decidió hacerlo él mismo.

Ochoa asiente con tristeza. Alarga la mano y le devuelve al comisario el vaso vacío de café.

—Gracias por el café, comisario —dice, dando por terminada la conversación.

Gaztelu se dirige hacia la salida, caminando despacio, pero antes de poner un pie fuera de la celda, se vuelve hacia el hombre que está en el camastro.

—La testigo, Leire Alzola —dice, llamando su atención—, se recuperará. Y la profesora Ortiz ha superado la intervención. Saldrá de esta.

Un amago de sonrisa se dibuja en el rostro de Ochoa cuando el comisario atraviesa la puerta.

—Comisario, Ochoa tenía razón.

Gaztelu regresa a la sala común con intención de dirigirse directamente a su despacho para revisar algunos datos sobre la investigación, pensando en hacer tiempo hasta conocer los resultados del registro en la casa familiar del profesor Uriona, pero, al parecer, Ramírez tiene novedades para compartir.

—¿A qué se refiere, Ramírez? —pregunta, cambiando la dirección de sus pasos y plantándose delante de la mesa del agente.

—Ah, sí. Disculpe, comisario. Han llamado de la unidad de delitos informáticos. Han revisado las distintas redes sociales de las mujeres de las fotografías y en todas ellas se habían eliminado imágenes en fechas cercanas a cada una de las desapariciones.

—¿Han podido rescatar esas fotografías?

—Sí, comisario —dice, con una sonrisa—. Se las he dejado sobre la mesa de su despacho.

—Está bien, Ramírez. Gracias —contesta, dándose la vuelta y dirigiéndose, esta vez sí, a su santuario.

En una carpeta con cubierta de plástico transparente, colocada estratégicamente bajo el teclado del ordenador para no pasar desapercibida, Gaztelu encuentra las fotografías de las que le ha hablado Ramírez. Antes de extraer cada una de las imágenes y colocarlas sobre la mesa, el comisario respira hondo. Lo que está a punto de ver son mujeres llenas de vida, sonrientes e ilusionadas ante la perspectiva de descubrir el amor. Sin poder evitarlo, su mente se desplaza por los derroteros de su propia vida, recorriendo momentos y acontecimientos, avanzando y retrocediendo en el tiempo como si estuviera viendo capítulos de la serie de moda sentado en su sofá. Las imágenes se detienen en un fotograma que le muestra a Amaia Valle unos años atrás, con el largo cabello recogido en una coleta alta y un precioso bebé en su regazo. El brillo de sus ojos no deja lugar a dudas, es una mujer feliz, como aquellas de las fotografías que tiene delante. Las imágenes avanzan, quizás demasiado deprisa, y cuando se da cuenta, los ojos de la mujer ya no brillan. Observa sus brazos cruzados sobre el pecho, el rictus de dolor en el rostro. Y la ausencia que los rompe a ambos por dentro. En un gesto inconsciente, se inclina para abrir el último cajón y hurgar al fondo hasta encontrar la fotografía de su hijo. La coloca sobre la mesa, junto a las fotografías de las mujeres, y no puede evitar pensar en lo efímera que es la vida y en lo fácilmente que pueden llegar a truncarse las ilusiones.

—Xabier, ¿estás bien? —La voz procede de la puerta abierta. La agente Maya se encuentra recostada contra el marco, observándolo.

—Jone —dice, mirándola despacio y apreciando cada uno de sus gestos—, ¿llevas mucho tiempo ahí?

La agente alza los hombros, dando a entender que no importa cuánto tiempo lleve ahí. Lo importante es que está. Gaztelu le hace un gesto para que se acerque y la agente toma una silla para colocarla junto a la suya.

—Ya has visto las fotografías... —afirma, recorriéndolas con la mirada—. Es Jon Uriona, ¿verdad?

—Sí. Está en todas ellas. Como dijo Ochoa.

La agente afirma con la cabeza y ambos se quedan en silencio.

—¿Es tu hijo? —La agente señala la fotografía que Gaztelu ha dejado sobre la mesa—.

Perdona, no quería incomodarte —dice, al ver que no contesta.

Xabier niega con la cabeza.

—No me incomodas —dice, enjugándose un atisbo de lágrima—. Te dije que hablaríamos de ello cuando acabara la investigación... No ha terminado aún, pero este puede ser tan buen momento como cualquier otro.

La agente le aprieta la mano para infundirle ánimo y deja que hable sin interrumpirle.

—Se llamaba Oier. Fue Amaia quien eligió el nombre... El día que cumplió seis años le regalamos un patinete. No recuerdo ya cuánto tiempo llevaba pidiéndolo —dice con nostalgia—. Habíamos celebrado una pequeña fiesta en un local de juegos infantiles y regresábamos a casa cargados de bolsas y regalos. Él se empeñó en ir montado en el patinete y ninguno de los dos teníamos ganas de discutir ese día. Iba jugando con un par de amigos que peleaban por conseguir su turno con el juguete y, de repente, en un forcejeo, el patinete salió disparado cuesta abajo. Oier echó a correr tras él... sin detenerse al llegar al borde de la acera. Un coche lo atropelló. El estruendo fue tan grande que aún hoy lo escucho cuando cierro los ojos. Cuando llegué a su lado, no pude hacer nada. Solo escuchaba de fondo los gritos de su madre y la sirena de la ambulancia. Pero él ya no tenía pulso.

Jone traga saliva y le aprieta la mano con fuerza, sin poder reprimir un llanto silencioso. Xabier ha visto esa escena en su memoria tantas veces que ya apenas le quedan lágrimas, así que seca las de ella con tanto cuidado como si se fuera a romper.

Ambos tardan unos minutos en serenarse y, cuando lo hacen, Jone toma de nuevo la mano de Xabier y la acerca hasta su vientre.

—He estado en el médico —dice, con la voz algo temblorosa.

Xabier la observa sin atreverse a anticipar lo que le quiere decir, pero Jone hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estoy embarazada —dice, sonrojándose ligeramente y recibiendo el abrazo más increíble que haya recibido antes del hombre que ama y que, ahora sí, empapa el hombro de su camisa con sus lágrimas de felicidad.

Media hora más tarde, una llamada al teléfono del agente Ramírez trae de nuevo el desasosiego a la comisaría.

—Comisario —dice, trasladándole las novedades—, el registro en la casa familiar de Jon Uriona no ha dado ningún resultado. Sin embargo, en los alrededores de la vivienda, en un terreno irregular cubierto de piedras, han encontrado una fosa con restos humanos. De momento, se ha confirmado el hallazgo de dos cuerpos, pero dicen que podrían ser más. La forense y la comitiva judicial están en camino.

Gaztelu se pone en pie de un salto y coge su chaqueta.

—¡Vamos! —dice, metiéndoles prisa—. Cuanto antes identifiquemos los restos, antes podrán descansar las familias.

Ramírez y la agente Maya se ponen en marcha tras él y a ellos se une la agente Sagarna, que permanecía sentada delante de su ordenador, pero ha escuchado la orden del comisario.

—Jone, tú quédate aquí y estate pendiente del teléfono —le indica, con ánimo protector.

—De eso nada, comisario —contesta, haciéndole un guiño y encaminándose a la calle por delante de él, provocando un suspiro de exasperación de Gaztelu y las risas sofocadas de sus compañeros.

FIN

Agradecimientos

Terminar de escribir una historia siempre me deja con una sensación de vacío o de pérdida. Son muchas las horas que he compartido con los personajes que aparecen en este libro. He vivido cada día con sus mismas emociones, sentimientos, o decepciones. Sin embargo, ha llegado el momento de ponerle el punto final. Y mientras guardo todas las anotaciones, guiones y recordatorios que me han ayudado a llegar hasta aquí, no puedo hacer otra cosa que sonreír, porque a partir de este instante, esta historia deja de vivir en mí para volar libre. Ahora sois vosotros, lectores, los encargados de recoger estas letras y hacerlas vuestras. Es por eso por lo que mi primer agradecimiento es para todas las personas que habéis confiado en mí y seguís haciéndolo, día tras día. No sois pocos los que me paráis por la calle, me enviáis mensajes o contactáis conmigo a través de las redes sociales para hacerme llegar vuestros comentarios o vuestros mensajes de ánimo. Sin saberlo, contribuís a que este sueño de letras sea una realidad. ¡Animaos a seguir haciéndolo! ¡Os estaré esperando!

Gracias a Gustavo, Javi y Ziortza por tomaros la molestia de leer mis múltiples borradores. Sé que os robo buena parte de vuestro tiempo, pero los comentarios que me hacéis llegar son indispensables para que esta historia arribe al mejor puerto posible.

Gracias a todas las personas que aguantáis mi bombardeo de preguntas, a Jose, Íñigo, Noelia y tantos otros, por la profesionalidad de vuestras respuestas y por poner a mi disposición conocimientos que luego me permito trastocar a mi antojo. Mis disculpas por los errores que haya podido cometer.

Gracias a los mejores amigos que se puede tener, a Gustavo, Carmen, Goio, Wences, Josu, Begoña, Laura y Romero, la cuadrilla de la suerte, mi respaldo en los momentos difíciles y mi alegría en las celebraciones. ¡Sois únicos e irrepetibles!

Gracias a Mónica, por ser un regalo sobrevenido e insustituible. ¡Qué orgullosa debe estar tu ama!

Gracias a Miren y Arantza, por enseñarme tanto sobre la amistad y el trabajo desinteresado. Quizás ni siquiera vosotras mismas seáis conscientes de todo lo que habéis logrado.

Gracias a Javi, por esos cafés que nos sirven para desconectar y, al mismo tiempo, son el germen de nuevas y variadas ideas.

Gracias a Toño, por mostrarme el valor de la melodía de la vida.

Gracias a Iván por prestarme su nombre. Ya sabes lo que eso significa...

Y gracias, mil gracias, Eva (@evalispm). ¡Qué gran labor realizas! Seguiremos encontrándonos entre letras.

Gracias Jose, Argiñe, Mikel, Irune y Amets, por vuestro cariño infinito. Sois la familia que

elegí tener.

Y, por supuesto, gracias a mis padres, Iñaki y Nati; a mis hijos, Maitane y Unai; y a mi hermana y mi cuñado, Ziortza y Alfonso. Soy consciente de que os robo tiempo para poder crear historias, pero sé que mis alegrías también son las vuestras. Os quiero mucho.

A mis tías, Paki y Kontxi, y al resto de mi familia, gracias por acompañarme siempre. Contar con vosotros es un lujo al que no pienso renunciar.

Me gustaría hacer mención a dos mujeres muy especiales, fuertes y valientes como pocas. Montse, Rosa, la vida solo tiene un camino, y es hacia adelante pisando firme.

A las mujeres que ya no van a poder leer esta historia, pero que estarían orgullosas de tenerla entre sus manos.

Y, para terminar, quiero mostrar un agradecimiento especial a las librerías de barrio, las que están cerca, las que asesoran a cada lector haciéndole sentir único y apoyan a cada escritor para ayudarle a cumplir su sueño. En esta ocasión y de manera especial, vaya mi felicitación para Librería Begoña-Begoña Liburudenda, por esos 75 años difundiendo cultura.